

**EL RITUAL FUNERARIO
Y EL CONFLICTO SOCIAL**
Aproximaciones teóricas

Memoria de Licenciatura presentada por
Juan Antonio Cámara Serrano, bajo la
dirección de Fernando Molina González.

Universidad de Granada, 1994

A Julia Rísquez, que ya sólo está en
nuestros recuerdos.

A Torredonjimeno, siempre en rojo.

HEROES DE LA PLAZA DEL MERCADO

Separaban los pies pero no sabían si debían correr,
el dinero les ataba la voluntad como la voz los paraba,
y dejaban sus vidas a la ruleta de la forma,
al juego de la escasez, y del poder, y la palabra...
Y cómo dejar en la huelga la piel y el futuro,
arrastrando las almas de los que esperan medrar,
volar en las alas del fuego social y esperar;
y me pregunto si saben que arrodillarse ante el enemigo
es abrir las páginas de una revista de salmos
y esperar no morir,
aprender a andar sin dejar el suelo...,
arrastrarse como nunca...
Y me pregunto si piensan en los mártires
o sólo devoran sus raciones de hambre...
Suspiraban los héroes en la plaza del mercado
viendo las compras y las ventas, las nubes y las hojas,
y dejaban sus vidas en el campo del honor,
en el plano del camino recto y del sudor del orgullo.
Mas cómo vencer ese triste miedo que los atenaza,
emprendiendo el destino que nos quieren robar,
llevar a los labios dos veces la traición y llorar;
por eso pregunto que harán mañana
con el dolor de la lucha en las calles de la ciudad,
si devoramos el mercado que creen los alimenta.

Y me pregunto que harán si sus hijos les roban el pan,
porque mueren sin causa según sus amos
y viven sin premio porque les dicen no lo merecen...
Y me pregunto si me escuchan cuando escribo de amor,
si atienden mis súplicas frente a sus celdas,
y si cogen las armas cuando sueñan la luz;
si la sangre les llama aunque derramen la propia
y sin dudar vuelven los ojos al futuro que dibujan
en papeles como éstos, puestos a secar en el tiempo.
Y si esperaban crecer antes de dejar sus raíces,
si van a afrontar cambios de planes en la madrugada,
el trueque de sus nombres cuando en el frío aprendan
a gritar y a correr, arrastrando a su lado la ilusión,
al juego de los dobles y al canto de los cisnes.
Y cómo olvidar en el caos los ojos de los padres
devorando cada hora las migajas del dolor,
vivir cada verso aprendiendo sus secretos, y creer,
aprender a luchar dejando las cadenas en la casa...
Y, sin embargo, estrujando esta noche como la última,

veo sus ojos recorrer los caminos de la Historia,
veo sus manos recoger las semillas en los campos quemados
y empezar a vencer sólo empuñando las armas;
y escribo de victorias que me llenan de paz,
y cuento las hazañas de un espejo arrinconado,
reteniendo los cantos de los que nunca hablaron;
y escribo de victorias que tardan en llegar,
cimientando entre las rejas rotas la libertad real,
derritiendo la carne en la plaza del mercado,
subiendo a los héroes a un libro que recito...
Y me pregunto si son capaces de vivir
pero estoy seguro que se aferran al cuchillo,
que no quieren dormir su último suspiro,
y escribo de batallas que he decidido,
y espero las victorias con un alma en la mano,
convirtiéndome en un héroe contra el mercado,
desfilando en las cumbres que sé que alcanzaré,
clavando las uñas en un rincón de tierra,
con las cejas prietas y un mendrugo en el bolsillo,
esperando la luz con la linterna en el abrigo;
porque no quiero dormir para siempre.

Granada/Torredonjimeno del 14 al 26 de Julio de 1994.

INDICE

Págs.

PRESENTACION

1

1. PROBLEMAS DE ESCALA Y TERMINOLOGIA

5

Introducción. Ciencia y política

5

A) Modo de producción y formación social

9

La producción. Las relaciones sociales

9

Los conflictos. Ideología y subversión

16

Clase y conciencia de clase

16

Ideología de continuidad: Historia, mito y rito

18

Dominio y resistencia

Estado y falacias	26
	28
B) Cultura y formación social	
	33
Definición de Cultura. Cultura y sociedad	
	33
Cultura material como totalidad. El hombre como realidad material	34
Relaciones sociales y acción. El papel del individuo	
	35
Naturaleza y Cultura	
	36
División e integración. Cultura mundial y subculturas	
	38
Cultura o grupo arqueológico. La escala en ciencia	
	44
Conclusión. Cultura e identidad. Aspiraciones y realidad social	48
2. LA SOCIEDAD Y EL TRATAMIENTO DE SUS DIFUNTOS	51
Introducción. La información extraíble de los fenómenos funerarios	51
A) Esfera funeraria y esfera doméstica. Algunas hipótesis sobre la utilización de la muerte y la vida: la significación social	55
El enterramiento como continuación de la vida social. Realidad	

e invención

	55
El enterramiento como enmascaramiento de las diferencias sociales	56
La muerte negada. La continuidad de la Naturaleza	56
La muerte como mejora. Resurrección y paraíso. El mundo copiado	
	57
Conclusiones. Igualdad y desigualdad. El poder y el miedo	60
B) Ritual funerario como comunicación. La historia de los estudios prehistóricos	
	61
El enterramiento como resultado de la producción y los inicios de la diferenciación social	
	62
El enterramiento como fenómeno ideológico y la afirmación del poder	76
Afirmación y crisis del sistema productivo. Legitimación y subversión	84

3. LA EVIDENCIA FUNERARIA Y SU PAPEL EN LA COMPRENSIÓN DE LA EVOLUCIÓN SOCIAL PREHISTÓRICA. UN EJEMPLO

HIPOTÉTICO

	87
A) Introducción. Tradición social y cambio	
	87
B) Los límites de la reproducción social	
	113
La presión interna y las armas del poder (religioso-militar). El establecimiento del sistema ideológico-parental	
	113
La presión interna y la promesa exterior. Conquistas y aceleración de la diferenciación. La adaptación del sistema ideológico	117
Crisis y revuelta	
	131
a) El fin de las garantías ideológicas	
	131
b) El nacimiento/auge de las alternativas	
	137
c) Imposición sintética de un nuevo sistema de poder	142
C) Conclusión: la ambivalencia de los elementos ideológicos	145

BIBLIOGRAFIA

147

INDICE DE FIGURAS

181

PRESENTACION

Hace aproximadamente tres años, al concluir mis estudios universitarios de Prehistoria, el director de esta Memoria de Licenciatura, D. Fernando Molina González, me propuso como tema de Tesis Doctoral el fenómeno funerario en el Calcolítico de la Península Ibérica. En aquel momento me pareció una empresa titánica, como aún hoy, debido no sólo a la complejidad del objeto de estudio en sí sino también al interés que había despertado en numerosos investigadores españoles y extranjeros durante el desarrollo histórico de nuestra disciplina, máxime cuando, incluso partiendo de diferentes enfoques teóricos, el prestigio de muchos de ellos era considerable (Siret, Childe, Leisner, Almagro, Arribas, Chapman, Gilman, etc.).

En el transcurso del tiempo mis premisas originales no han conducido a una simplicación o reducción del tema a tratar, por el contrario éste se ha expandido tanto en el marco cronocultural del que se ocupa (casi toda la Prehistoria Reciente) como en los aspectos sociales que incluye y que se desprenden del estudio de los fenómenos funerarios. Esto también ha conducido a la necesidad de hacer explícitos los planteamientos teóricos con los que siempre he tratado de acercarme al estudio de la Historia y que no son otros que los del materialismo histórico.

Es por esta causa por lo que no se hallarán en el texto referencias a la denominada "Arqueología de la Muerte", un campo de estudio en mi opinión totalmente inexistente a no ser en las mentes de aquellos que pugnan por compartimentar el estudio de la Historia con objeto de purgarla de toda referencia revolucionaria y convertirla en lo que siempre

ha sido, un arma del poder. De igual forma tampoco existiría nada que se pudiera denominar Arqueología Espacial, llegándose en estos casos a un absurdo conceptual, ya que si la Arqueología es la ciencia que se ocupa del estudio de la Historia a través de los restos de Cultura Material no escrita, no puede existir ningún estudio arqueológico que prescindiera de la dimensión espacio-temporal. Sólo en los mitos destinados a asegurar la reproducción del sistema incidiendo en la permanencia de sus rasgos por toda la eternidad las referencias directas al lugar y el tiempo del suceso se pierden, y los estudios funcionalistas al buscar leyes universales de desarrollo y señalar, frecuentemente, que el tiempo y el espacio son categorías humanas proyectadas y no realidades independientes (ver GANDARA, 1982) tienden a cumplir la misma función de legitimación del orden establecido y negar cualquier cambio que no sea puramente técnico. Los ritos funerarios se conciben como meros reflejos de categorías generales de organización social sin referente a la evolución ni al papel del conflicto en ésta.

Con estos precedentes debemos justificar ahora la organización de la obra, dividida en cinco partes distribuidas en tres grandes bloques. En el primer bloque marcamos los objetivos generales de nuestro trabajo y pasamos después a discutir diversos conceptos relacionados con la organización social y sus resultados, la producción (en la que se inscriben los fenómenos funerarios). En la segunda parte de este bloque acometemos el estudio de la Cultura Material y su relación con la sociedad, como forma de garantizar una investigación que conecte correctamente los restos que de ella nos han llegado con la sociedad que los produjo y los utilizó en su reproducción.

El segundo bloque parece contar con una menor unidad interna, pero en definitiva pretende mostrar la dialéctica entre la continuidad -con cambios indudables- de algunos sistemas ideológicos, que utilizan el tránsito que supone la muerte como argumento

importante del discurso (parte primera), y ejemplos de estudios científicos que muestran la utilización diferencial de ésta a lo largo del tiempo y en conexión a las relaciones sociales de producción dominantes en cada momento (lo que se desprende incluso de estudios meramente funcionalistas).

El último bloque, a través de la relación del fenómeno funerario con una evolución social concreta, debe mostrar como un sistema ideológico se adapta a ésta y repercute en ella como elemento activo.

El tratamiento de las distintas partes es también diferente. Así el primer bloque contiene citas largas para apoyar con una mayor claridad conceptual los argumentos sociales aquí defendidos. El carácter ejemplificador del segundo bloque obliga a tratar los temas en forma más resumida. Por último en el tercer bloque el tratamiento de los diversos momentos históricos y zonas del sur de la Península Ibérica varía en relación al conocimiento más o menos directo que tenga de ellas, y, por tanto, conforma una perspectiva abierta a completar. Esto mismo obliga a utilizar notas amplias que completen algunos puntos oscuros y permitan relacionar los desarrollos de unas zonas y otras.

Las citas bibliográficas se han incluido en el texto entre paréntesis y cuentan con el nombre del autor y la fecha en que escribió el libro o artículo en cuestión, o la edición original de éste en el idioma correspondiente. El objetivo de este sistema debe quedar claro y es facilitar la comprensión de la obra de un determinado autor en relación al tiempo en que vivió, tema al que prestaremos especial atención en nuestra futura tesis doctoral¹.

¹ En la discusión de la aplicabilidad de la dialéctica al estudio de la Naturaleza se apreciará lo útil que resulta este sistema de citas para resolver cambios de opiniones de los diversos autores como consecuencia de la evolución histórica de su pensamiento.

Esta presentación debe concluir lógicamente con los agradecimientos, situándose en primer lugar mi familia y mis amigos, que en los últimos años han debido soportar mis impertinencias y cambios de humor. En el plano científico debo agradecer en primer lugar su apoyo al director de esta Memoria de Licenciatura, D. Fernando Molina González, que me inició en el estudio de los fenómenos funerarios y en el análisis detallado de la Cultura Material, aparte de enfrentar decidida y conjuntamente, a raíz de ello, diversos problemas de evolución social. A Francisco Contreras, Rafael Lizcano, Cristóbal Pérez, Auxiliadora Moreno y Pablo Casado debo agradecerles la oportunidad de excavar y prospeccionar junto a ellos por el interés que me hicieron poner en los detalles y en las relaciones entre los diversos fenómenos que se podían documentar a través de los restos materiales. En el plano teórico las discusiones enriquecedoras las he mantenido en los últimos años en primer lugar con el propio director de esta Memoria de Licenciatura, Fernando Molina González, y con los doctores Gabriel Martínez y José A. Afonso, aunque ya en los primeros años de estudiante tuve trascendentales conversaciones con Francisco Nocete, Vicente Salvatierra y Arturo Ruíz. El mayor énfasis en los condicionantes materiales de la acción humana con respecto a anteriores trabajos en que he colaborado (ver especialmente LIZCANO et al., 1991-92) se lo debo sobre todo a G. Martínez por llamarme la atención sobre el papel del ganado y a F. Nocete por sus críticas indirectas.

Si la importancia del factor tiempo en la Historia la había comprendido perfectamente en mis años de bachiller, sólo empecé a prestar similar atención a las diferencias espaciales gracias al trato con el doctor en Geografía Rafael Machado Santiago.

Por último la relación con mi amigo y compañero Pablo Casado Millán me ha permitido no perder el contacto con momentos históricos posteriores a los aquí tratados,

así como por consiguiente a relaciones sociales de desigualdad diferentes a las que son el objeto central de este trabajo, especialmente las esclavistas que asoman en diferentes puntos de mi exposición.

1. PROBLEMAS DE ESCALA Y TERMINOLOGIA

Introducción. Ciencia y política

Este estudio también es una forma de lucha social en el sentido de que el historiador está inmerso en un determinado sistema político, hecho señalado recientemente por numerosos arqueólogos (ROWLANDS, 1984; HODDER, 1986, 1987; TILLEY, 1982, 1990; KRISTIANSSEN, 1989a; McGUIRE, 1992), que lo condiciona de tal forma que cada interpretación histórica, llevada a cabo a través de la selección de los datos entre los acontecimientos que tuvieron lugar, de las causas que los motivaron y su jerarquía interna, supone un nuevo proyecto de futuro (CARR, 1961; FONTANA, 1982), lo que demuestra que la ciencia no es neutral (HARVEY, 1977), al tener como objetivo incrementar el dominio y la comprensión de su medio ambiente por el hombre²; pero ello no quiere decir que no exista la verdad ni que sea imposible conocerla sino que hay que reseñar que cada interpretación es un avance hacia la comprensión de la realidad a través de la articulación dialéctica teoría-dato, pasado-presente (CARR, 1961; BATE, 1982; GANDARA, 1982; RUIZ y NOCETE, 1989), de forma que el conocimiento sólo es relativo históricamente (LENIN, 1909). La mejor aproximación del pasado será aquella

² *El marxismo es muchas cosas. Es al mismo tiempo modo de conocer el mundo, una crítica del mundo, y un medio de cambiar el mundo* (McGUIRE, 1992:XIV).

que nos permita comprender y conocer mejor el presente elaborando un nuevo proyecto de futuro (CARR, 1961; VILAR, 1980; FONTANA, 1982; LEONE, 1982; RUIZ y NOCETE, 1989; TILLEY, 1990)³. El conocimiento se establece en una dialéctica entre la teoría y el mundo que estudiamos (McGUIRE, 1992:6), que es independiente de nuestros sentidos (LENIN, 1909; McGUIRE, 1992:112).

Nuestro propio contexto incide en la interpretación que hacemos sobre el registro arqueológico (HODDER, 1986, 1987, 1989; TILLEY, 1982, 1990; KRISTIENSEN, 1989a), al igual que influye en cualquier ciencia (HARVEY, 1977; BATE, 1982; GANDARA, 1982), por lo que es cierto, como señala Therborn (1980), que no se puede hacer una distinción entre ideología como falsa conciencia y ciencia como verdadero conocimiento de la realidad⁴. Se plantea entonces cómo caracterizar la verdad de tal forma que nuestros resultados no sean simplemente instrumentos utilitarios coyunturales sino una aproximación continua a la realidad (GANDARA, 1982) que, en el caso del conocimiento histórico, se oculta no sólo tras el paso de los años sino tras los propios fantasmas de nuestra sociedad, el poder y su réplica (TILLEY, 1990). De esta forma con cada nuevo salto cualitativo en la evolución social los avances científicos proporcionarían la base para un mejor conocimiento de la realidad, aunque también más armas para deformarla (BARTHES, 1956; McGUIRE, 1992). Se trata así de la superación de la alienación destruyendo las funciones de las formas objetificadas de la sociedad que ponen la esencia humana en contraposición con su existencia, sometiéndola al ser social

³ McGuire (1992:XV-XVI) al subestimar el papel de nuestra disciplina para el sostenimiento del poder también subestima la contribución que puede hacer a su transformación y la reduce a enseñar a la gente a pensar críticamente.

⁴ Hecho que parece desprenderse del análisis de Puente Ojea (1974), pese a reconocer que la ideología dominante es capaz de influir en todas las esferas y utilizar sus resultados.

(LUKACS, 1968:29), privándola de sus verdaderas capacidades de futuro (HOBSBAWN, 1964).

La verdad se concibe así como relativa al grado de desarrollo del conocimiento científico, en una aproximación dialéctica, constante, al conocimiento de la configuración del mundo (LENIN, 1909; CHATELET, 1962). Leone (1982) achaca a los presuntos "materialistas" el perder de vista la relación entre el presente y el pasado buscando un presunto objetivo cientifista, una neutralidad inexistente (HODDER, 1986, 1987, 1989; HARVEY, 1977; FONTANA, 1982; CARR, 1961). El lazo entre pasado y presente no es natural sino que implica significado e ideología, justificación o crítica del presente (FONTANA, 1982; TILLEY, 1990), escribiendo una Historia que no va ser emulada sino usada y reconociendo antes el papel de nuestra propia disciplina en la producción y reproducción actuales, como se dijo, de las relaciones capitalista. Sólo con el autoconocimiento del capitalismo se podrá poner éste en cuestión. En este sentido repetimos aquí que la explicación mejor del pasado será aquella que nos permita comprender y conocer mejor el presente (VILAR, 1980; FONTANA, 1982; RUIZ y NOCETE, 1989; TILLEY, 1990; McGUIRE, 1992), ya que en definitiva éste es el resultado de aquel, abriendo así las vías para transformarlo (VILAR, 1980; CARR, 1961; LEONE, 1982; FONTANA, 1982; TILLEY, 1990), ya que la ciencia debe tener por objeto ayudar al hombre en la comprensión y transformación de su medio ambiente (CARR, 1961) que es siempre social.

Pese a la utilización interesada de nuestro pasado buscando justificar el presente nacional, la expansión colonial, la lucha por la independencia o la recuperación de una identidad de etnia social amenazada (SEEDEN, 1990; INGLIS y CURTIS, 1990; WILLETT, 1990; TRIGGER, 1980, 1982, 1989; ALCINA, 1989; KRISTIANSSEN, 1984; RUIZ et al., 1986), la Historia se puede convertir en un magnífico instrumento de

emancipación social, en el más amplio sentido, desvelándonos los mecanismos por los cuales se estableció el orden social hoy vigente, lo que serviría para transformarlo transmitiendo al pueblo explotado, al pueblo que paga, las "verdades" de la Historia, los capítulos de la enajenación, gracias al hecho de que el mismo avance científico general, como condición y resultado del desarrollo histórico ha puesto las bases para la emancipación del hombre (LENIN, 1909; MARX, 1857-58; LUKACS, 1968), ya que no obstante las distorsiones y límites que los intereses de clase imponen a la actividad científica, toda formación ideológica ha tenido que satisfacer ciertas exigencias mínimas de coherencia y verificación; y estas exigencias han crecido a medida que el hombre ha ido dominando las fuerzas naturales y conociendo su legalidad propia (PUENTE OJEA, 1974:33); de forma que al desaparecer la alienación en la sociedad "sin clases" a la Ideología le quedará un mero papel de juicios de valor y aspiraciones del hombre pleno.

Sólo así se producirá la concienciación necesaria no sólo para el respeto a los restos del pasado sino para usarlos, aprehenderlos, y construir a partir de su base un futuro mejor (FONTANA, 1982; PLATONOVA, 1990; MIKOLAJCZYK, 1990; LOWENTHAL, 1990), revelando para ello no sólo cómo controlar el paisaje actual, cómo aprovecharlo en la lucha social sin dejarse atrapar por él (LACOSTE, 1977) sino también las formas en qué se configuró éste, en qué medida se está transformando por la sociedad capitalista tanto en el caso del campo (CRIADO, 1991a) como de la ciudad (HARVEY, 1973), y sobre todo presentar al pueblo cómo moverse en el extraño paisaje del tiempo, de la utilización de éste por el poder público y privado, por los aparatos estatales y sus sistemas coercitivos (LENIN, 1917a).

Los mecanismos ideológicos que actúan en todas las sociedades no sólo entorpecen la transmisión social de nuestros resultados, sino que también inciden en la

adquisición de éstos. En el caso de la Arqueología ni siquiera tras la delimitación correcta de los procesos que afectaron al registro arqueológico tras la deposición de los restos, y, en definitiva todos los procesos naturales-culturales que afectaron a la formación de un registro arqueológico inerte desde un contexto social vivo (SCHIFFER, 1976; SULLIVAN, 1978; RAMOS, 1986; RAMOS y RIESCO, 1983), podemos formular argumentaciones sólidas y definitivas sobre la formación social que les dio origen, ya que la Cultura como veremos no es un simple reflejo de ésta. Sólo es la conexión pasado-presente, el origen de nuestro mundo en el pasado, lo que permite reflexiones científicas sobre la sociedad siendo además esta relación la que justifica el interés social de nuestra disciplina.

A) Modo de producción y formación social

La producción. Las relaciones sociales

En primer lugar hay que señalar que el trabajo humano modifica la Naturaleza a través de la Cultura (ENGELS, 1876; HOBBSAWN, 1964; CARANDINI, 1979; KRADER, 1972). La contraposición Naturaleza/Cultura es de origen idealista (SCARDUELLI, 1983), ya que a través del trabajo, condición básica y fundamental de la vida humana, se establece la comunicación básica, la conexión, de carácter productivo, entre los hombres, agrupados y divididos en la sociedad, y las condiciones objetivas o naturales para la producción, para su existencia misma como seres humanos. El sistema de relaciones que se establece es dialéctico y por tanto inestable, ya que cuanto más se alejan los hombres de los animales más adquiere su influencia sobre la Naturaleza el carácter de una acción intencional y planificada cuyo fin es lograr objetivos proyectados de antemano (ENGELS, 1876), de ahí que ese intercambio material entre el hombre y la Naturaleza no exista si no es dentro de relaciones sociales determinadas, concretas (CARANDINI, 1979).

Aquellos que han pretendido restringir (McGUIRE, 1992; LUKACS, 1922) la aplicabilidad de la dialéctica al mundo social, a partir del hecho de la presunta separación radical entre sujeto y objeto, se han basado en una separación idealista de los dos mundos olvidando una serie de rasgos: en primer lugar el hombre no sólo modifica la Naturaleza desde el momento en que aparece sobre la Tierra sino que también es un resultado de la Naturaleza, un producto dialéctico de ella; en segundo lugar, como derivación de lo anterior y como repetiremos en estas páginas, las sociedades humanas no existen sin la transformación de la Naturaleza a través del trabajo (ENGELS, 1876) por lo que como reconoció Lukacs (1968:20-21) la eliminación de la Naturaleza del campo ocupado por la Dialéctica suponía la incapacidad de aprehender la base misma de la economía de las sociedades⁵, aquello que hay más allá de las apariencias autojustificativas, en suma una concesión al idealismo. Por último careceríamos de base de contrastación para enfrentarnos a la manipulación de los catos del mundo "natural" por parte de aquellas "teorías presuntamente asépticas" que se encargan de estudiar esos fenómenos físicos y de aplicar sus resultados "naturalmente" al orden social. La presunta separación muestra la profunda unión naturaleza-sociedad, los objetivos sociales que persigue el conocimiento de la primera. Siguiendo a Harvey (1977) habría que demandar la "socialización de la ciencia natural".

De nuevo volvemos a la relación entre lo general y lo particular, una relación que en el plano teórico más general ha llevado a la diferenciación entre el modo de

⁵ Sin duda intenta *Historia y conciencia de clase* (Lukacs, 1922) comprender todos los fenómenos ideológicos por su base económica, pero la economía queda conceptualmente estrechada al eliminar de ella su fundamental categoría marxista, a saber, el trabajo en cuanto mediador del intercambio de la sociedad con la Naturaleza (...) La gran idea de Marx según la cual hasta la "producción misma no es más que el desarrollo de las fuerzas productivas humanas, o sea, el desarrollo de la riqueza de la Naturaleza como autofinalidad" se encuentra fuera del ámbito que era capaz de contemplar *Historia y conciencia de clase* (LUKACS, 1968:21).

producción, categoría abstracta que se refiere a los diversos tipos de relaciones sociales puras existentes incluyendo en las sociedades clasistas mecanismos específicos de explotación, y las formaciones económico-sociales en las que esos tipos de relaciones se combinan en diversas formas (BALIBAR, 1973; ANDERSON, 1980). Incluso Hobsbawm ha señalado que las relaciones ("personales" en cierta medida) que se establecen entre los hombres son limitadas en número y redescubiertas a lo largo de la Historia (HOBSBAWM, 1964:70-71). Es por ello que como señala Lukacs (1922:67) el conocimiento de las relaciones sociales de producción concretas sólo es posible desde la totalidad social⁶. De esta forma, como señala Anderson (1980:71) el concepto modo de producción es también histórico, aunque abstracto, ya que las relaciones no se eternizan⁷.

⁶ No se puede dividir por tanto entre relaciones sociales de producción y relaciones sociales de apropiación u otras como pretenden p. ej. Gutelman (1977), Rigby (1987), y en el caso de la Arqueología del sur peninsular Sánchez (1993) y Aguayo *et al.*, (1993), llegando estos últimos al extremo de hablar de relaciones de clase como una cosa diferente a las relaciones de producción, como si existieran esferas separadas de la producción.

⁷ Aunque en estas páginas no podemos profundizar en discusiones sobre la periodización histórica y sus relaciones con el cambio social real, sí creemos que debemos realizar una serie de reflexiones sobre la transición que, sin duda, como proceso histórico mejor o peor definido, tiene lugar en el seno de las formaciones sociales concretas (NOCETE, 1988:153); pero el problema es, dado el contexto general de esta Memoria de Licenciatura, establecer los límites temporales de una formación social (al igual que después discutiremos más en extenso sus límites espaciales), el momento en que podemos dar por acabado el proceso de transición, qué cambios son susceptibles de ser considerados trascendentes en términos históricos (CARR, 1961). No basta con señalar que se tratará de aquellos momentos en que se produzca un cambio en las relaciones sociales de producción dominantes, sino que muchas veces la simple variación relativa de éstas con respecto a alguna de las subordinadas supone un cambio trascendental. El mundo postfeudal europeo ilustra claramente varios de estos procesos de transición, y así a la pervivencia básica señor/siervo se unen, a partir de los siglos XIII y XIV, un énfasis mayor en determinadas formas de extraer la renta, un proceso de agudización de la centralización y el ascenso de relaciones de producción de tipo capitalista en algunas ciudades (en el artesanado y el comercio), procesos que se dan a diverso ritmo en diferentes zonas de Europa, en profunda conexión dialéctica como mostró Marx (1857-58), pero además esto no es comprensible sin el desarrollo de una nueva servidumbre en zonas que antes no la contemplaron en su expresión más acusada (este de Europa) y una descentralización creciente (ANDERSON, 1980), y el proceso de expansión europea que culminará algo más tarde en la colonización americana.

Sin embargo éste no será el único momento de transformación previo a la introducción de las relaciones capitalistas como dominantes, y para la definición de las formaciones sociales

Estas relaciones sociales concretas modifican o mantienen la organización de la producción y determinan la dirección de sus resultados, los productos, la cultura material en definitiva, siendo evidente que el único determinante último, que no implica en modo alguno determinismo ni grosera generalidad, y que es condición básica de la vida humana, es garantizar la subsistencia del grupo, reproducir la vida inmediata (ENGELS, 1884). Es éste por contra el nivel al que suelen quedar los estudios funcionalistas cargados de reduccionismo biológico y economicismo (GODELIER, 1974; NOCETE, 1988).

Al señalar, en contra de aquellas hipótesis que vinculaban el desarrollo social a la competencia en torno a recursos críticos, entre ellos la tierra, que los enfrentamientos se

burguesas diversos procesos pueden referirse además de la consabida "primera Revolución Industrial", así la Guerra de Sucesión supone el fin de los intentos de hegemonía europea absolutistas (aunque el incipiente dominio burgués verá luego la expansión napoleónica), pero también la culminación de la homogeneización interna de algunos estados que formaron la base para las naciones burguesas (el Reino Unido con el Acta de Unión, España con los Decretos de Nueva Planta, etc.). Otras naciones-estados surgirán más tarde como resultado de estos procesos (Alemania, Italia, ...), a veces incluso antes de que se hiciera evidente el dominio de las relaciones de producción capitalistas en toda Europa.

De esta forma la transición en las formaciones sociales supone cambios de diferente ritmo que obligarían a pensar, si adoptamos puntos de vista rígidos, en el caos en determinadas zonas de Europa mientras otras ya han alcanzado otro nivel de estabilidad, falacia estructuralista irreal como debe haber quedado claro. No son comprensibles unos estados sin los otros, unas formaciones sociales sin sus contemporáneas. Por ello en esta Memoria de Licenciatura al analizar la evolución social prehistórica del sur de la Península Ibérica se tratan formaciones sociales de diferente carácter, aun cuando a veces coinciden en el tiempo, buscando en qué medida su contacto incide en su continua transformación.

De igual manera mi énfasis en la continua transformación social y la evolución puede recibir el estigma del teleologismo, mas no pretendo que la Historia esté predeterminada hacia ningún lado, aunque pienso aportar lo que pueda para dirigirla; lo que sí quiero dejar sentado es que no escribo un libro de Historia-ficción del tipo "que hubiera pasado si...", sino que trato de mostrar la evolución social tal y como parece que, a grandes rasgos, sucedió, y tratar de explicar las causas por lo que esas transformaciones tuvieron lugar.

establecen en torno a la circulación de las mujeres por sus capacidades productivas y, sobre todo, reproductivas (LIZCANO et al., 1991-92), no pretendíamos sino destacar que, ya que los objetivos de toda lucha social son los resultados de la producción, su control y su gestión (STE. CROIX, 1981), el sistema empleado permitía a través del dominio directo sobre las personas, por medio del aparato ideológico y de la fuerza militar, en mayor o menor grado, extraer los resultados de su trabajo⁸. Por tanto lo importante no podía ser el control de la tierra sino el control de los productos, del trabajo del hombre (las mujeres primero y el trabajo futuro que garantizan) sobre ella a través de la aniquilación ideológica de los hombres mismos como entes individuales, hecho conseguido en bien de la "comunidad" y después de alguno de sus miembros, en principio tal vez temporalmente (infancia) pero, sin duda, abriendo negras expectativas de futuro.

Para comprender la trascendencia de la "inversión" explicativa que pretendo hay que aceptar que la tierra no es en sí medio de producción, por lo que su apropiación simple no conduce a ningún resultado, sino que es una condición natural de la producción (GUTELMAN, 1977:20). Sólo se convierte en medio de producción por el trabajo

⁸ *Podríamos decir quizá que la explotación empieza cuando el productor inmediato es obligado a ceder un excedente mediante un acto de violencia (ya sea política, económica o social, y tanto si se lo percibe como tal acto de violencia como si no) (STE. CROIX, 1981:53), aunque también es fundamental la reproducción del proceso, la institucionalización de la exacción y, por tanto, el Estado, que acompaña siempre a la explotación.*

humano⁹ y, por tanto, lo será a menor escala en las sociedades cazadoras-recolectoras¹⁰. Por ello el dominio efectivo sobre la tierra, sobre el paisaje, se ejerce sólo cuando las inversiones sobre éste son importantes, y no sólo para producir bienes muebles sino soportes ideológicos y militares. De todas formas en los primeros momentos de las sociedades de clase era más efectivo el control sobre las personas¹¹, sobre todo cuando a

⁹ Las lecturas simplistas de Marx olvidan esta condición básica y desnudan los conceptos de todo valor explicativo. La tierra como condición natural del trabajo se define *tanto en cuanto instrumento de trabajo originario, en cuanto laboratorio, como en cuanto depósito de materias primas, no a través del trabajo, sino presupuesto al trabajo* (MARX, 1857-58:99). *La propiedad (...) sólo se realiza mediante la producción misma. La apropiación real ocurre por primera vez no en la relación ideal, sino en la relación activa, en la relación real con estas condiciones, en la colocación real de las mismas en cuanto condiciones de su actividad subjetiva* (MARX, 1857-58:112).

Ya nuestro compañero Afonso (1993) al analizar la producción lítica tuvo en cuenta en la práctica estas matizaciones al hablar de las materias primas, objeto del trabajo humano, y de condiciones objetivas de la producción antes de que tuviera lugar éste.

¹⁰ A no ser que pretendamos que en este tipo de sociedades la inversión en la tierra es tan importante que exige su control exhaustivo (y violento), las explicaciones de la jerarquización por competencia en torno a los terrenos agrícolas (HERNANDO, 1991, 1993) no se sostienen, ya que el control de la tierra productora de excedentes alienados sólo es posible desde la sedentarización y la agregación que multipliquen y aseguren la producción a largo plazo (y la renovación imprescindible de la fuerza de trabajo), por tanto la competencia por la tierra no puede ser causa de la agregación que es la única forma de dar origen a elementos que generen, en forma suficiente, esa competencia. La única forma de salir de la circularidad es suponer la conceptualización previa por parte de los grupos de la competencia que se iba a generar al ponerse en cultivo extensivamente las tierras y la necesidad de agregación para defenderlas, pero se olvidaría el papel de la fuerza de trabajo en la producción y se colocaría la conciencia humana en el punto central de la explicación, superando por sí misma las relaciones de producción que debían condicionarla. El idealismo habría vencido. Esto naturalmente no quiere decir que para cualquier actividad humana no se unan pensamiento y acción (McGUIRE, 1992; TILLEY, 1990; LUKACS, 1922) sino que no se conceptualizan unas condiciones sociales sino sobre la base de las ya existentes, un conflicto sólo se da sobre las condiciones materiales ya dadas.

¹¹ Por tanto, y en contra de Rigby (1987) hay que mantener que lo importante para caracterizar una sociedad como clasista no es el control de la parte inerte de los medios de producción por parte de una sección de la población sino la apropiación de los productos a través del dominio de la fuerza de trabajo, su exacción, (como parte integrante de los medios de producción), ya sea a través del control de los instrumentos (medios de producción inertes en su mayoría) ya sea a través del control ideológico coercitivo de los hombres mismos (habitualmente una combinación de ambos procesos). De tal forma una sociedad dedicada a la explotación exterior puede ser caracterizada como estatal y

éstas aún les cabía la posibilidad de escapar, de la secesión. Más adelante la cosificación de las relaciones, el fetichismo de la mercancía, hace el dominio sobre los hombres más impersonal, aunque no menos real, al ejercerse a través del control directo de los medios de producción (GODELIER, 1974).

El ganado en este contexto adquiere doble relevancia. Por un lado es, por propia definición, medio de producción, desde el momento en que es siempre producto del trabajo humano. Equivale por tanto a "tierra agrícola" y no a tierra como sustrato. Pero además es un medio de producción especial, mueble y vivo, que crece y se reproduce gracias al trabajo humano, a sus cuidados. Se trata de una importante riqueza que requiere una enorme inversión y que por ello mismo hace girar en torno a ella un importante mundo simbólico de importantes resultados sociales (LINCOLN, 1981; SCARDUELLI, 1983). El ganado tiene también otra importante particularidad, su robo (como el de las mujeres o el de los hombres), garantiza la obtención de casi los máximos beneficios (incluso en prestigio si se es generoso con quienes acompañan en la tarea) con la mínima inversión, al no tener que esperar el crecimiento del animal. Así el dominio directo sobre el medio de producción/producto se halla garantizado, las vías a la rápida propiedad privada (y a la herencia pecuaria) abiertas (ver ENGELS, 1884), y la explotación reproducida y ampliada (hacia otras aldeas se puede desviar la presión por ejemplo y la defensa servir de justificación del poder, ver GILMAN, 1987a y 1987b). No debemos olvidar además que el robo constituye otra forma violenta de extraer el producto a través de la presión sobre los hombres, la muerte incluso para muchos de ellos.

clasista, y las sociedades esclavistas suponen un paso hacia la explotación interior de la mano de obra exterior, existiendo algunas otras formas que se refieren en este trabajo.

De esta forma la emergencia de las clases en las sociedades pastoriles no sólo tiene lugar como resultado de la aparición de formas mercantilistas sino también, y más frecuentemente, por la reformulación de la riqueza pecuaria en tributo que a su vez produce prestigio y reproduce el circuito de apropiación personal¹².

Por último las necesidades de pasto, como principal alimento del ganado, conllevan la constitución de la tierra como verdadero medio de producción por el trabajo (y especialmente cuando se cultivan plantas para alimentar el ganado, o cuando éste se aprovecha de los restos), pero la importancia de ésta no está en la tierra en sí, ni en sus productos directos, sino en su repercusión en la fuente de riqueza fundamental, incluso aunque ésta no proporcione el grueso de la alimentación humana pero sí suministre la principal fuente de apropiación social diferencial.

Las referencias al control de la tierra o el territorio en mucho de lo que sigue hay que entenderlas en este contexto.

A partir de los restos arqueológicos, integrados en un programa científico coherente podemos pretender comprender la vida social del pasado, ya que si el hombre es un ser social (MARX y ENGELS, 1848; TILLEY, 1982; KRADER, 1972), agrupado y enfrentado en torno al proceso productivo y sus resultados¹³, y en el que utiliza diversos instrumentos (cultura material) que han sido producidos previamente (en dialéctica

¹² El problema es que visiones como la de Rigby (1987) tienden a considerar el capitalismo como la única sociedad de clases.

¹³ De ahí que se pueda definir a la Historia como un "proceso con sujeto" (THOMPSON, 1978). El motor de la Historia es la acción humana (McGUIRE, 1992) en la lucha de clases (MARX y ENGELS, 1848).

continua), la mente del hombre y todos sus resultados, tanto las herramientas como los medios literarios, al ser un fenómeno social, no pueden ser considerados nunca elementos que están más allá de la Naturaleza, no forman una "cultura espiritual", sino que no sólo éstos sino también el cuerpo humano, que, al actuar, se convierte en condición social y material de la producción, deben considerarse cultura material (CARANDINI, 1979; PEARSON, 1984). El hombre es productor a todos los niveles y los resultados de la producción proceden de lo preexistente, y, a su vez condicionan lo venidero, ya que lo que son los individuos depende, pues, de las condiciones materiales de su producción (MARX y ENGELS, 1845-46:149).

Los conflictos. Ideología y subversión

Clase y conciencia de clase

Es difícil sostener que las clases sólo existen cuando tienen conciencia de ello pues incluso hoy es raro que los miembros de las clases dominadas lleguen a sacudirse las concepciones impuestas desde el poder, el bombardeo "mitológico" con el que se les ata (BARTHES, 1956; HOBSBAWN, 1970). Ello no quiere decir naturalmente que las clases no tengan un referente político tanto como económico, sino más bien lo contrario, porque las clases se inscriben en relaciones políticas su autoconcienciación nunca es libre. El Estado deriva de las clases y se impone a ellas (ENGELS, 1884; LENIN, 1917a). Es también un terreno político, sujeto a las influencias de las facciones dentro de las clases dominante y a presiones esporádicas de otras clases (GAILEY y PATTERSON, 1987:7).

Las clases sólo existen como una relación, no pueden existir los dominadores sin los dominados (STE. CROIX, 1981). De tal forma es absurda la separación entre egoideologías y alterideologías en la constitución de las clases (THERBORN, 1980) y la creación de su papel en el seno de las relaciones sociales de producción. Lo que se ha marcado como egoideología de los dominados es la propia visión que les quieren imponer los dominadores, la necesaria para que el sistema no se rompa (PUENTE OJEA, 1974). Por ello la única reacción ideológica posible debe superar esos marco, subvertirlo, y las herejías religiosas, como reconoce Therborn (1980), son un buen medio, proyectar hacia el futuro un nuevo papel del grupo. De todas formas es difícil que la clase, como un todo, reaccione, ya que incluso en épocas de alta concienciación como la actual los mecanismos ideológicos de sometimiento se desarrollan a un nivel excepcional (BARTHES, 1956)¹⁴.

En la definición de las clases lo fundamental es por tanto la oposición por los intereses materiales (el bienestar social y el poder) (WRIGHT, 1989) y sólo a veces esto se une a la conciencia de una experiencia compartida por la posición en las relaciones sociales de producción y a una capacidad para la acción colectiva. El problema de Wright (1989) es que al descender a la búsqueda de conceptos más concretos coloca entre los intereses materiales algunos derivados de la "falsa conciencia". Las "clases medias", si se puede emplear este término, presentan unos intereses de ascenso social que las separan del resto de la clase explotada en la acción cotidiana, pero como "clase en sí" (VILAR, 1980) no puede escapar a su alineamiento con las "clases proletarias", cuando dependen de su salario; como muestra el concepto de relaciones mediatas empleado por Wright (1989:91-96 y también 113-116) y que revela el carácter plenamente relacional de la clase

¹⁴ Por tanto se comprende que, para mí, sólo el "socialismo" (y más el marxismo) constituya la verdadera ideología de clase (y para "la clase") del proletariado, pues es la única que supera, integrando muchos rasgos anteriores, las deformaciones burguesas, por encima de los arrepentimientos vergonzantes socialdemócratas (LENIN, 1917a).

e incluye tanto la solidaridad (p. ej. familiar) como la experiencia inconsciente, la sensación de alienación que se impone incluso a los burócratas o a los profesionales.

Debido a que dentro de los grupos, como se ha referido arriba, también existen luchas se favorece su división y el ascenso de algunos miembros a las capas dominadores o el descenso de amplias capas a la subordinación máxima¹⁵. La explicación de los ascensos desde clases intermedias no se sostiene sí además recordamos que la clase no depende del nivel de renta sino de cómo se consigue éste (WRIGHT, 1989:34), de la posición que se ocupa en las relaciones sociales de producción¹⁶, del conflicto siempre latente en torno a los resultados de la producción (ver VILAR, 1980)¹⁷.

Está claro así que una clase se define sólo en relación a las otras (ANDERSON, 1980; STE. CROIX, 1981; FONTANA, 1982; WRIGHT, 1989) pero no que la clase como grupo se origine en una conciencia de sus intereses, pues además la clase es tanto un resultado de las relaciones sociales de producción existentes como un condicionante de éstas.

¹⁵ Wright (1989) intuyó el fenómeno al explicar como la burguesía desbancó a la nobleza entre los siglos XVIII y XIX, y quizás incluso al señalar el papel de los burócratas en el ascenso de regímenes "estatistas", pero no acierta a desentrañar la profunda simplificación que se opera en el capitalismo monopolista (LENIN, 1917a, 1917b) y la caída en la miseria de gran parte de la población mundial, así como el beneficio relativo que ello suponía para los obreros occidentales (LENIN, 1912, 1917a, 1917b), lacayos de la burguesía (LENIN, 1916). Más interesante es la exposición del estrechamiento de la cúspide del poder en el mundo romano tardío por parte de Ste. Croix (1981).

¹⁶ *Una clase (una clase en particular) es un grupo de personas de una comunidad que se identifica por su posición en el sistema global de producción social, definida ante todo con arreglo a sus relaciones (básicamente según el grado de posesión o control de ellas que que tengan) con las condiciones de producción (es decir los medios y el trabajo de producción)* (STE. CROIX, 1981:60).

¹⁷ Absurdos son, por tanto, los trabajos que han buscado clasificar "sociedades prehistóricas" en diversos niveles (ver un ej. en LULL y ESTEVEZ, 1984; BUIKSTRA *et al.*, 1990).

Ideología de continuidad: Historia, mito y rito

La Ideología, si bien no puede reducirse a la "falsa conciencia" impuesta (ver THOMAS, 1990a; BALIBAR, 1973), en ningún caso puede considerarse un equivalente de la Cultura en sentido amplio (como parece pretender THERBORN, -1980-, que reduce la Cultura a aquellos fenómenos sociales que producen significado evidente) pues se ocupa de los medios por los que los hombres conceptualizan sus condiciones materiales de existencia (SCARDUELLI, 1983). Sin duda de esta forma está vinculada al ascenso de las clases, aunque existe también en sociedades no clasistas; pero, en contra de Therborn (1980), creo que la explotación sí conlleva automáticamente, como respuesta a ella, la resistencia consciente e inconsciente, y las clases existen, como hemos dicho, aunque no tengan conciencia de ello (ANDERSON, 1980; VILAR, 1980; STE. CROIX, 1981), si bien en su concepción del mundo los miembros de las clases dominadas nunca se sacuden totalmente la visión impuesta desde los dominadores (BARTHES, 1956; SCARDUELLI, 1983).

Según Scarduelli (1983) se puede considerar el ritual como un sistema de comunicación repetitivo y estructurado destinado a la reproducción de la sociedad. El ritual como dijimos no sólo es utilizado por los dominadores para imponerse sino que, como aspecto ideológico, también es utilizado en la lucha social general (RANDSBORG, 1989; THOMAS, 1990) y reinterpretado en diversas formas (GODELIER, 1974; SCARDUELLI, 1983). El ritual no es sólo un condicionante de la misma existencia de las relaciones sociales de producción concretas en que se inscribe en cada caso, sino que en todos los casos sirve como mecanismo regulador (y nosotros añadiríamos que, a veces, dinamizador) de las contradicciones estructurales presentes en cada formación social (y

no sólo en las clasistas). Los fenómenos de manipulación y lucha a los que sirve y conduce el rito explican que no pueda hacerse una lectura simple de los datos funerarios (SHENNAN, 1982) a los que fundamentalmente va dirigido este trabajo. Pueden darse fenómenos de emulación, separación de castas, ocultación de las diferencias, intentos de cohesión, etc. (PEARSON, 1982; RANDSBORG, 1989); incluyendo la utilización de la antigua ideología o de una foránea dotándola de nuevos contenidos (SHENNAN, 1982). La ideología tiende a mostrar las situaciones como inmutables, las relaciones sociales que se viven como eternas (SHENNAN, 1982). Incluso en algunos rituales, especialmente secretos y relacionados con el acceso diferencial p. ej. a los megalitos (WHITTLE, 1988a; THOMAS, 1990b) o a otros lugares (WHITEHOUSE, 1984, 1988, 1993), lo que se comunica es precisamente la restricción del acceso, el secreto (SCARDUELLI, 1983) y Trigger (1990) ha resaltado que ese mensaje sirve también para autoidentificar a la élite.

Así aunque el rito no reproduce mecánicamente la organización social (PEARSON, 1982; BARCELO, 1987, etc.) no hay que considerar que se desenvuelva al margen de la vida cotidiana (BARCELO, 1987) sino que lo que hace es crear una situación que la gente vive como real (ver ej. en MALINOVSKI, 1948) y que en verdad es otra parte de la realidad desde el momento en que ayuda a la reproducción del sistema verdaderamente existente (SCARDUELLI, 1983; GODELIER, 1984)¹⁸.

¹⁸ En principio las nociones de Malinovski (1948) sobre la magia, la religión y la ciencia primitivas tienen la ventaja de colocar en primer plano la función de cohesión y reproducción social de los fenómenos, sin embargo en primer lugar tiende a acentuar en demasía el papel de los sentimientos individuales en la creación de mecanismos que faciliten al hombre el dominio de lo imprevisible y su relación con los semejantes (Scarduelli -1983- señala que confunde el resultado emotivo con su causa). En realidad el proceso vendría impulsado por el conjunto social, o, en casos de jerarquización, evidente en los cambios de significado y forma de los mitos, por sólo algunos de sus miembros. En segundo lugar la religión de los pueblos más primitivos ("hordas") no se centra en la consideración de seres sobrenaturales sino de algo a lo que se debe agradecimiento, la selva, p. ej. (GODELIER, 1974), pero que está muy cerca del hombre y no más allá, esto también es otro argumento contra la génesis individual del ritual en general. En tercer lugar se restringe el ritual a determinados aspectos de la vida, buscando una separación forzada entre lo sacro y lo profano, evidente p. ej. en la concepción contradictoria de la enfermedad y la muerte; ya que además, si bien

Es así como hay que entender definiciones como la que sigue: La religión es un fenómeno colectivo y universal que requiere un mínimo de abstracción, conceptualización y organización paralelo al de otras esferas de la cultura humana, como la complejidad organizada de la misma comunidad, pero la religión carece en las formas preorganizativas de la sociedad, al menos, de una normalización canónica y no la logra totalmente hasta tanto no se adquiere ese rasgo por las restantes estructuras (CERRILLO, 1987:190). Prescindiendo de nociones difusas como "preorganización" habría que pensar que la complejidad del lenguaje religioso acompaña a la complejidad de todo lenguaje, no simplemente en paralelo sino como un todo organizado, debido a las mayores necesidades de comunicación que genera (y soporta) una sociedad más "evolucionada". La religión "estructurada", trascendental, (GARWOOD, 1993) y, en general, cualquier manifestación ritual puede hacer lo mismo, sirve a la aparición y el mantenimiento de la complejidad social, se convierte en un instrumento de coerción (NOCETE, 1989a; LISBOA, 1993; WHITEHOUSE, 1993), habiendo sugerido p. ej. K. Brown para el Neolítico de Tavolière (Italia) que aquellos que no participan en las ceremonias secretas de iniciación (ver también WHITEHOUSE, 1988) tomarían parte en ceremonias rituales de otro carácter convirtiéndose así la religión en el "opio del pueblo", de forma que la ideología dominante condiciona la de los dominados y garantiza así la cohesión (THOMAS, 1990a, 1990b; GODELIER, 1984; PEARSON, 1984; TILLEY, 1990; BARTHES, 1956; PUENTE OJEA, 1974), aunque las posibilidades de reacción nunca desaparecen (PAYNTER y McGUIRE, 1991; TILLEY, 1990; THOMAS, 1990a, 1990b; BEAUDRY et al., 1991), siendo especialmente frecuentes los enfrentamientos dentro de

cada institución social cumple un mismo papel en cada sociedad, su unión es siempre diferente, pero la separación radical entre política y religión no se da nunca (ver p. ej. TILLEY, 1982) y la función del rito depende de su contexto (SCARDUELLI, 1983; MIZOGUCHI, 1992).

la clase dominante a los que nos referiremos en este trabajo (LINCOLN, 1981; WRIGHT, 1989, etc.).

La función jugada por los elementos culturales en este contexto de conflicto social es lo que habitualmente se denomina Ideología (THOMAS, 1990a, 1990b; STE. CROIX, 1981; BALIBAR, 1973; MARX y ENGELS, 1848), las diferentes formas en que las gentes, en virtud de su posición dentro de las relaciones sociales de producción, conceptualizan las condiciones materiales de su existencia y, por tanto, esas mismas relaciones sociales (SCARDUELLI, 1983). Por tanto no podemos decir que las sociedades primitivas carezcan de Ideología (CRIADO, 1989a), ya que en éstas lo que se pretende es también imponer una conceptualización del mundo que impida la disolución de la comunidad. es cierto que la Ideología así existe en todas las sociedades humanas, aunque en las clasistas adquiere ciertas especificidades de sometimiento, aceptación de la exacción y cualificación para las tareas encomendadas (THERBORN, 1980). Como hemos dicho la ideología de la clase en el poder puede imponerse a los dominados¹⁹ llegando incluso a hacer desaparecer cualquier signo de reacción²⁰, pero es más frecuente que podamos distinguir vías de escape, construcciones mentales de un mundo mejor, e incluso propaganda subversiva abierta (STE. CROIX, 1981; GAILEY y PATTERSON, 1987); y es que las funciones de los instrumentos no están definidas por siempre y no son

¹⁹ El hecho de que el ser social preceda a la conciencia ya que *no es la conciencia de los hombres la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia* (MARX, 1859:7), no significa como pretende Puente Ojea (1974:22 y 27) que haya que considerar los engaños conscientes de la clase en el poder una cosa diferente de los sistemas ideológicos que utiliza. ¿Es que los miembros de las clases dominantes no son capaces, en diverso grado, de apreciar las falacias del sistema ideológico? Es especialmente evidente en el caso de las religiones cuando en el pasado el mayor grupo de ateos se situaba en las clases en el poder.

²⁰ ... *así como en la vida privada se distingue entre lo que un hombre piensa y dice de sí mismo y lo que realmente es y hace, en las luchas históricas hay que distinguir todavía más entre las frases y las pretensiones de los partidos y su naturaleza real y sus intereses reales, entre lo que se imaginan ser y lo que en realidad son* (MARX, 1852:69).

excluyentes, por lo que no existe una correspondencia exclusiva entre forma cultural y función social (SCARDUELLI, 1983; KRISTIENSEN, 1984), de tal forma que los elementos rituales utilizados en una sociedad comunitaria pueden ser aprovechados en una sociedad jerárquica conquistadora (GAILEY y PATTERSON, 1987) adquiriendo un nuevo significado, aunque a los ojos de aquellos que la sufrieron pudiera parecer una situación inmutable, ya que aunque la raíz de determinadas subjetividades, ideologías, no esté en las relaciones sociales actualmente existentes, su supervivencia en la nueva sociedad depende en gran medida de su utilización en las relaciones de clase (o de otro tipo subordinado) nuevas. No hay por tanto (THERBORN, 1980) esferas en el sujeto libres de la trascendencia de las relaciones sociales de producción, de la Historia²¹. Naturalmente en una formación social coexisten relaciones correspondientes a diversos modos de producción pero no están aisladas.

Uno de los aspectos más interesantes del análisis de Puente Ojea (1974:59-72) sobre las Ideologías es la inclusión dentro del análisis de la dominante de un determinado "horizonte utópico", áquel que expresa la presunta situación perfecta a que debe llegar la sociedad en que se vive y que, a menudo, no es sino el arma que utiliza la clase en el poder para evitar la revuelta o atraerse partidarios en la época en que ascendió. Aunque también puede ser utilizado por los dominados en la construcción de sus alternativas, las contraideologías. Pero sólo cuando una de esas contraideologías es la proyección de intereses de una clase ascendente con conciencia de su fuerza y capacidad de poner en cuestión las relaciones de producción vigentes, sólo entonces adquiere el rango de ideología revolucionaria en sentido propio (PUENTE OJEA, 1974:67). También debe

²¹ Se pueden ver así los estudios de Barthes (1956) sobre la utilización de la vida cotidiana para la construcción de los mitos burgueses.

retenerse el hecho de que la Ideología dominante es capaz de reformular las críticas o minusvalorarlas (BARTHES, 1956; PUENTE OJEA, 1974; STE. CROIX, 1981).

La utilización de sistemas ideológicos complejos puede convertirse en el medio más seguro para establecer un sistema coercitivo (PEARSON, 1984; SCARDUELLI, 1983; NOCETE, 1989; PAYNTER y McGUIRE, 1991), y en cualquier caso la eficacia de los mecanismos de coerción física depende, cuando existen "cuerpos de seguridad" especializados, de que aquellos que ejercen la violencia estatal crean, en muchos casos, que están realizando un bien a la sociedad en su conjunto. Para Pearson (1984) y Paynter y McGuire (1991) la Ideología ayuda a amortiguar el conflicto en dos formas principales: ocultando la desigualdad o presentando los intereses de la élite como los de todo el grupo. Así, el poder, consiste, por una parte, en el acceso privilegiado y el control de los recursos estratégicos²² (lo que incluye, evidentemente, la fuerza de trabajo), y, por otra, en el acceso privilegiado a las potencias fantasmales (es decir en el monopolio de la relación con los seres sobrenaturales, de quienes los hombres creen que depende su supervivencia) (SCARDUELLI, 1983:103).

Básicamente los mecanismos rituales simplifican la realidad social, hacen pasar la situación como natural para convencer a las masas de su inevitabilidad (BARTHES, 1956). La reacción es esporádica y el miedo al futuro la contiene, el miedo al aislamiento²³. La aceptación de la situación como mal menor se impone y la lucha en el mismo terreno mítico (STE. CROIX, 1981) se hace difícil, pues, por un lado, la ideología dominante tiende a deformar las críticas, a asimilarlas y, por otro, los mitos contruidos

²² Ver también la exposición de Tilley (1982).

²³ Barthes nos refiere uno de los argumentos de la sumisión *¿Qué importa, después de todo que el orden sea un poco brutal o un poco ciego, si nos permite vivir fácilmente? Al final también nosotros nos encontramos libres de un prejuicio que nos costaba caro, que nos costaba demasiados escrúpulos, demasiados combates y demasiada soledad* (BARTHES, 1956:47).

como crítica difícilmente pueden recurrir a la situación social en que se vive, a lo cotidiano totalmente dominado (BARTHES, 1956) a no ser que se rastreen pervivencias de un pasado idílico, con lo que la revolución se cierra en sí misma, en un círculo.

La manipulación ideológica, tal y como se puede rastrear en el análisis de Therborn (1980:20-24) funciona en la realidad siempre como una oposición entre el mundo al que perteneces y el mundo exterior, el de los otros, el caos. La única diferencia que, en mi opinión, cabe realizar es entre aquellas instancias a que se es adscrito por nacimiento o para siempre (Iglesia, Estado-nación, comunidad, etc.), salvo castigo o catástrofe (excomuniación, destierro, destrucción, etc.), y aquellas otras en que teóricamente se puede dar el cambio (por la edad, el ascenso social, etc.). En ambos casos se promete un beneficio (la seguridad o la mejora) y se desvía la presión hacia el exterior (el enemigo, el que vale menos que uno mismo, etc.).

El poder se ejerce en realidad a través de la reproducción del mundo material, del control de los recursos sociales y buscando ese mismo control y los beneficios materiales que reporta (LIZCANO et al., 1991-92). Lo ideal es hacer ver la situación de dominación como legítima para lograr que el sistema perdure (GODELIER, 1984; PAYNTER y McGUIRE, 1991)²⁴, y una de las formas claves para conseguirlo es dotar las estructuras ideológicas y los medios de trabajo tradicionales de nuevos objetivos (SHENNAN, 1982; KRISTIANSEN, 1984; BARRETT, 1990; PAYNTER y McGUIRE, 1991), muchas veces enmascarados y otros impuestos por la fuerza, pero sobre todo un elemento básico es lograr la autoconcienciación del grupo (dominante o dominado) frente al exterior

²⁴ *En la propaganda, el Cosmos se opone al Caos, la fertilidad a la esterilidad, lo divino a lo humano, etc..., como atributos de una nueva ordenación social que se esfuerza en presentarse como un mecanismo integrador, teleológicamente necesario: el Estado* (NOCETE, 1988:131).

(PAYNTER y McGUIRE, 1991; BEAUDRY et al., 1991), siendo esta concienciación básica en la afirmación de la estructura clasista y en la disolución de las culturas conquistadas (GAILEY y PATTERSON, 1987).

A estos argumentos hay que unir, para interpretar correctamente la función de la Cultura Material en la reproducción de la sociedad, y la conexión de este apartado con el siguiente, el papel de la Ideología como representación del mundo, como la forma en que una sociedad, o un grupo social, se representa a sí misma o en su relación con la Naturaleza (SCARDUELLI, 1983; THERBORN, 1980); no es, como hemos dicho, simplemente manipuladora o conservadora y no puede reducirse a la falsa conciencia impuesta por el poder, sino que incluye las respuestas de los dominados, suponiendo una vía a la transformación por el choque de intereses de los diferentes grupos sociales (THOMAS, 1990a, 1990b; BALIBAR, 1973; STE. CROIX, 1981). De ahí que en la Cultura Material, estudiada por los arqueólogos o aquella otra escrita u oral de la que se encargan otros científicos, se pueda leer no sólo la vida de las élites sino de aquellos que las soportaron en mayor o menos grado (CARANDINI, 1979).

Lamentablemente a menudo se destaca como causa del cambio social las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción, obviando a quien unen éstas, olvidándose el papel activo de las clases constituidas por hombres y mujeres en lucha en función de sus intereses, pese al dominio que sobre ellos pueda ejercer el poder establecido (STE. CROIX, 1981), reduciendo de esta manera el papel del individuo (CARR, 1961; TILLEY, 1990), y dejando a la ideología dominada un mero papel de sustrato a disposición de la nueva sociedad que surja simplemente de los desajustes "estructurales" entre las necesidades de una sociedad y las formas de sometimiento que emplea (THERBORN, 1980). No se deja así ninguna vía a la revolución activa desplazándola siempre hacia el futuro irreal en que se den las condiciones precisas.

¿Cómo surgirán si no se crean y se deja que el Capitalismo se readapte continuamente?
(ver LENIN, 1917a)²⁵.

Dominio y resistencia

En primer lugar hay que señalar que la lucha de clases es una relación de explotación y resistencia (STE. CROIX, 1981) aunque sí queremos explicar los cambios en las formaciones sociales prehistóricas debemos rastrear otros muchos conflictos, entre ellos naturalmente los que enfrentan a los hombres y las mujeres en torno al control de la producción y la reproducción de la vida inmediata (MEILLASSOUX, 1975; SCARDUELLI, 1983; LERNER, 1986; BENDER, 1989). El cambio histórico se explica así como consecuencia de esos conflictos y la evolución material a que dan resultado, y

²⁵ En este contexto la obra de Therborn (1980) abre una vía a la alianza con la pequeña burguesía caracterizándola como no explotadora (pág. 48), como si no existieran formas de apropiarse del trabajo de otros diferentes del salario y suponiendo además que los pequeños capitalistas no tienen empleados. Otro cosa es que progresivamente vayan cayendo en la masa de desposeídos o que en relación a los beneficios del gran capital y debido p. ej. a los impuestos ellos también se encuentren dentro de las clases explotadas, siendo esto un nuevo signo del carácter dinámico de las sociedades. El contexto previo a la Segunda Guerra Mundial muestra sin embargo cuál es la salida preferida de estas clases, la hecatombe. Ste. Croix (1981) destaca p. ej. el carácter de "explotación colectiva indirecta" que adquieren los impuestos (adaptación del tributo). Sólo existen explotadores y explotados pero las clases dominantes fomentan la división entre los dominados como medio de mantenerse o utilizan a éstos en sus propias rencillas.

Al igual que los curiales a fines del Imperio Romano fueron explotados y hundidos por los grandes propietarios (Ste. Croix, 1981), la pequeña burguesía hoy va siendo robada por el gran capital y su aparato estatal reduciéndose la cúspide de los dominadores como predijo Lenin (1917b). Así lo que debe preconizarse no es una alianza de clases distintas sino la unión indisoluble de intereses como resultado de la igualación por la explotación entre las clases desposeídas del mundo, pero para ello primero deben romperse las barreras que coloca la Ideología dominante y que explican el ascenso del fascismo.

Por todo ello en nuestro estudio sobre las sociedades prehistóricas nos fijaremos en las contradicciones sociales fundamentales y dejaremos de lado cualquier idílica formulación de clases medias tendentes a justificar el equilibrio social que nunca ha existido.

que a su vez tiende a ser usada; de manera que la imposibilidad de mantener el sistema productivo en una determinada forma como resultado de su propia evolución, del crecimiento del descontento, de la sobreexplotación del medio, de la imposibilidad de imponerse a los vecinos, etc, conduce a nuevas soluciones que, de partida, generan un cambio en las fuerzas productivas y una transformación de las relaciones sociales de producción y de los justificantes que incluyen.

Como demostraremos más adelante dentro de los mecanismos de lucha social, la Ideología juega un trascendental papel, y como señala Therborn (1980) pueden utilizarse tres líneas de defensa de un orden existente: negar los fracasos, atribuirlos a los dominados o considerarlos inevitables. Esta última es, sin duda, la más refractaria a las críticas, la sociedad verdaderamente existente se considera la mejor de las posibles, la única realmente posible, y las alternativas se vuelven utopías irrealizables (BARTHES, 1956; FONTANA, 1982). En cualquier caso no creo que el marxismo clásico se haya olvidado de estos procesos, ya que los trabajos de Marx, Engels y Lenin buscando suministrar "proyectos de futuro válidos" no sólo pretendían sacudirse el estigma de utópicos y desmontar el prejuicio ideológico burgués, sino también poner los cimientos de una nueva sociedad "real", que como tal tendría sus propias contradicciones (ver MARX y ENGELS, 1848; LENIN, 1917a, etc.).

La resistencia abierta si fracasa es castigada por diversos mecanismos que incluyen la ejecución, la servidumbre o la esclavitud, etc., a través del instrumento coercitivo que supone el Estado, al que seguidamente nos referiremos; por ello la resistencia toma, más a menudo, la forma de una lucha sorda, visible en prácticas que limitan la extracción de trabajo (robo, sabotaje, ineptitud consciente, etc.) (STE. CROIX, 1981; GAILEY y PATTERSON, 1987), de igual forma que en el plano ideológico se disfrazan los rasgos más revolucionarios de los mitos de los dominados. En cualquier

caso, como se ha dicho, el Estado es capaz de asimilar y mantener cierto grado de disensión para evitar la ruptura del sistema y la relación Estado capitalista/organizaciones criminales abre aun más negras expectativas sobre la intromisión del poder en esferas que presuntamente lo ponen en cuestión.

Estado y falacias

... faltaba una institución que no sólo perpetuase la naciente división de la sociedad en clases, sino también el derecho de la clase poseedora de explotar a la no poseedora y el dominio de la primera sobre la segunda. y esa institución nació. Se inventó el Estado (ENGELS, 1884:192).

¿Por qué hemos empezado este apartado con una cita clásica de Engels? No sólo ha sido para afirmar más, si cabe, la noción marxista del Estado²⁶, sino también para referirnos a dos temas fundamentales. En primer lugar ya hemos señalado que es absurdo referirse a la existencia de clases sociales sin Estado (GAILEY y PATTERSON, 1987)²⁷,

²⁶ La misma presencia del artículo de Díaz-Andreu en el Coloquio Internacional sobre Fronteras demandando a Nocete una nueva definición de Estado para aceptar sus argumentos (DÍAZ-ANDREU, 1989:20) revela el profundo desconocimiento en Teoría Social de muchos arqueólogos de nuestro país, limitándose a copiar los recetarios funcionalistas al uso tras una importación previa desde su cuna anglosajona. Como si, desde el mismo origen del Estado, no se dieran diferentes visiones sobre el carácter de éste, integrador o coercitivo (NOCETE, 1988).

²⁷ Y por tanto absurdas son las reflexiones presentes en Gilman, 1987b. "Las instituciones del Estado siempre operan más para los intereses de las clases no productivas que para aquellos de los productores directos, para los que la continuación de las relaciones de clases es la continuación de la explotación" (GAILEY y PATTERSON, 1987) distinguiéndose las sociedades estatales por los castigos para aquellos que tratan de impedir el surgimiento del plusproducto o su canalización hacia los no productores.

no cabe pensar en la reunión de la clase dominante, el día que se concienciaron de su papel y los riesgos que entrañaba la potencial revuelta, para la creación de un instrumento político ex novo, el Estado²⁸. La cita de Engels y la evolución implícita en ella revelan también otro fenómeno, y este es el segundo tema que debemos tratar, la existencia de desigualdades previas a las clases, desigualdades que en algunos casos suponían sólo un momento de la vida del individuo (niños frente a adultos) pero que en otros casos suponen

²⁸ Una vez establecido el carácter coercitivo del Estado (ENGELS, 1884; LENIN, 1917a) puede ser necesario ahora señalar hasta qué punto incluso un análisis restringido de un fenómeno social puede tener implicaciones para la comprensión del presente y del futuro. De esta forma la postura de Wright (1989) que en las relaciones de producción implícitas en el empleo directo generado y aprovechado por el Estado ve el germen de un nuevo "modo de producción estatista", pensando indudablemente en los países de economía planificada o "socialista", mientras ve en las relaciones familiares la pervivencia de otros modos de producción, peca sin duda de simplificación dado que en todos los estados precapitalistas habían existido burócratas y también monopolios productivos estatales (especialmente en el mundo romano o en la sociedad del siglo XVIII). Lo que varía en estos casos son los incentivos a los guardianes y administradores del poder social (bienes materiales para el consumo ostentoso o la inversión en el mundo capitalista -control de empresas-, capacidad de consumo conspicuo y de adquisición de títulos -tierras- como formas de conseguir prestigio social en el mundo feudal, etc.); aunque en todos los casos, y para un pequeño número de guardianes, el premio final es el paso de la clase de los explotados a la de los explotadores, consumándose así el pago a la traición sólo en la cúspide, pero actuando el deseo en casi todos. Para Ste. Croix (1981:45) son lastres para los explotados y garantías para los explotadores.

Especialmente interesantes en lo que aquí nos interesa son los conflictos entre los soberanos y los aristócratas en estados más (NOCETE, 1989a, 1989b) o menos centralizados (LINCOLN, 1981). Pero es que incluso cuando parte de la población subordinada se ve favorecida por un cambio progresivo o una revolución, en su valoración no podemos perder de vista que "hasta ahora todos los movimientos sociales habían sido movimientos desatados por una minoría o en interés de una minoría. El movimiento proletario es el movimiento autónomo de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa" (MARX y ENGELS, 1848:37).

Por último en la jerarquización de los conceptos para analizar la realidad histórica concreta debe tenerse en cuenta también que el rasgo distintivo de una formación social no es cómo se realiza el grueso del trabajo social sino cómo extraen el excedente las clases dominantes, sin necesidad de trabajar (STE. CROIX, 1981:70), y sólo en este contexto se pueden definir las oposiciones fundamentales de clase y la pervivencia de otras formas de explotación, de relaciones sociales de producción subordinadas. Así la clase dominante capitalista extrae sus excedentes fundamentalmente a través del salario, pero aquellos que no dependen de éste no escapan necesariamente a la clase explotada a nivel general, pues existen otras formas de explotación: impuestos, servicio militar..., en muchos casos supervivencias de formas anteriores en las que, como hemos señalado el control personal era fundamental.

una rígida estrategia de separación (mujeres frente a hombres) (MEILLASSOUX, 1975; GODELIER, 1982; BENDER, 1989; BLOCH, 1982; etc.), y que también son institucionalizadas por la esfera política previa al Estado, su referente inicial. El ascenso dentro del grupo dominado, las mujeres, también es posible pero el paso hacia el control de la comunidad casi imposible. Además el poder de unas mujeres sobre otras se consigue paradójicamente por su papel para la reproducción del sistema de subordinación, por su papel "educativo" entre las mujeres (ver GODELIER, 1974; LERNER, 1986).

Llamar Estado al instrumento de dominio previo a las clases sí sería un grave error conceptual al provocar la confusión entre dos mecanismos de explotación diversos aunque encadenados (y como muestra el mundo actual sería imposible la constitución de un orden clasista sin una oposición sexista en mayor o menor grado)²⁹.

Es por ello que tampoco acepto que se puedan señalar como no clasistas las relaciones entre productores y no productores que no se desarrollan aún fuera de las relaciones de parentesco en disolución (NOCETE, 1984) porque ello supondría negar el carácter de clasistas a muchas relaciones sociales de producción desarrolladas, a lo largo de la Historia, a través de una justificación parental, entendiendo el grupo familiar de forma más o menos amplia, y olvidar que, en definitiva, las relaciones parentales, como

²⁹ Pero limitar el Estado a aquellas sociedades que cuentan con grupos coercitivos especializados y en las que los beneficiarios de la explotación son una minoría (CASTRO y GONZALEZ, 1989:15) supondría negar el carácter estatal a sociedades claramente clasistas en función de la reproducción de los mecanismos de exacción, y como ejemplo podemos citar las ciudades esclavistas en las que, en origen, los ciudadanos en muchos casos no están totalmente separados de la producción pero se benefician en bloque de la mano de obra servil o de los tributos impuestos a ciudades conquistadas, y son además los únicos que gozan de todos los derechos políticos. Naturalmente el proceso continuará con la reducción progresiva de la capa dominante y la caída en la explotación real, p. ej. indirecta a través de los impuestos o la leva militar diferencial, de la mayor parte de la población.

otras, no desaparecen en sí sino que pasan al papel de subordinadas y son aprovechadas por las nuevas esferas políticas (ver MEILLASSOUX, 1975), de lo que en este trabajo podremos ver numerosos casos. Esta crítica también se apoya en la definición de clase como relación de explotación y resistencia (STE. CROIX, 1981) antes referida.

Además es difícil incluir esa perspectiva en la teoría que ve el proceso de formación del Estado como el de transición del dominio de los modos de producción de las sociedades segmentarias a otros modos de producción para la explotación, donde la territorialidad no es un simple patrón de conducta, sino la base o el efecto de la organización política (NOCETE, 1984:298) a no ser que caigamos en el gradualismo por etapas que se pretende criticar y que, sin duda, está muy lejos de la profundidad real de los trabajos de Nocete (1988, 1989a, etc.)³⁰.

³⁰ Ya en su tesis doctoral podemos leer: *El debate, para muchos investigadores, se ha planteado en la necesidad de la ruptura del parentesco, y la existencia de unas condiciones objetivas de extorsión, olvidando que en los modos de producción precapitalistas los lazos extraeconómicos (fundamentalmente políticos e ideológicos) suponen la condición previa al proceso de producción, marcando, así, las bases de la extorsión, con lo que no es necesario la desmantelación (sic) de las relaciones de parentesco, para la explotación, el desarrollo de las clases sociales, y el del Estado* (NOCETE, 1988:149).

De igual forma Castro y González señalan que *no se trata de un cambio histórico que suponga el paso de unas relaciones basadas en el parentesco a unas nuevas relaciones basadas en el territorio, puesto que una forma de justificar las relaciones de explotación, incluso en sociedades con estado, es la propia conformación de las relaciones de parentesco. El parentesco es siempre una construcción política de determinadas relaciones sociales, y aunque así se justifiquen, no debería confundirse con las relaciones biológicas de consanguinidad* (CASTRO y GONZALEZ, 1989:14). Así debemos entender que en la incorporación de elementos extraños a los grupos parentales en forma de clientes se oculta un medio de explotación capaz de reproducirse con bastante éxito.

B) Cultura y formación social

Definición de Cultura. Cultura y sociedad

Ya se ha dicho que entendemos que el ritual funerario, como cualquier otro fenómeno social, no tiene una única lectura (HODDER, 1982; PEARSON, 1982) ni siquiera un único uso, sino que se halla a disposición de los diversos componentes de la sociedad en sus continuos enfrentamientos (PEARSON, 1984; RANDBORG, 1989; THOMAS, 1990a, 1990b; BARRETT, 1990; TILLEY, 1990; PAYNTER y McGUIRE, 1991); pero en la línea de los planteamientos desarrollados en las páginas precedentes esto no puede ser visto como una limitación insalvable, ya que partiendo de la caracterización de la cultura como el producto, la expresión y la voluntad de una sociedad (CHATELET, 1962)³¹, los aspectos formales por los que ésta se manifiesta frente a la Naturaleza y frente a otras sociedades (o grupos sociales) coetáneas, pasadas o futuras (BATE, 1977, 1982), y a través del análisis dialéctico (rastreado de lo general a lo particular y otra vez a lo general) podemos interpretar en términos sociales los elementos materiales que hallamos y su distribución espacial.

³¹ La Cultura incluye la religión ya que aquella no es simplemente un mecanismo de adaptación al medio como pretende el funcionalismo (ver HODDER, 1982; TRIGGER, 1989; etc.). Las semejanzas religiosas entre sociedades no se deben así meramente al aspecto económico reducido a través de la falacia de la autonomía de las esferas (ver crítica en CARANDINI, 1979) y el fantasma de lo visible (según ataca GODELIER, 1974) a mera adaptación, sino que se deben a los paralelismos en organización social que producen sus propias expresiones materiales (y por tanto también simbólicas) que a su vez ayudan a la reproducción social (SCARDUELLI, 1983). Ello explica p. ej. la utilización del ganado en sociedades teocráticas y aristocráticas no sólo como riqueza sino como justificación social (e impulsor) a través de la rapiña y el sacrificio (ver ya temas similares en ENGELS, 1884). De tal forma las relaciones sociales no son una mera consecuencia de las estrategias económicas ni la religión una simple manifestación adaptada a éstas como parecería de una lectura acrítica por ejemplo del texto de Lincoln (1981), etc.

Desde el momento en que es tanto producto como expresión y voluntad, cualquier elemento cultural es un elemento social activo en diverso grado (HODDER, 1982; SORENSEN, 1987; TILLEY, 1982; CRIADO, 1989). No es sin embargo Cultura sinónimo de sociedad, pues ésta se compone de individuos agrupados en función de diversos intereses (ESTEVA, 1984). Para McGuire (1992:103) la cultura material influye en la organización social por se un resultado de la acción (trabajo social) y por su capacidad para incluir significados (que pueden ponerla en cuestión).

Cultura material como totalidad. El hombre como realidad material

La cultura es siempre material (PEARSON, 1984; TILLEY, 1990; PAYNTER y McGUIRE, 1991) pues aparece y adquiere sentido a través del cuerpo humano (CARANDINI, 1979). Los sistemas de ideas están implícitos en la cultura material que se convierte en un elemento activo (WHITTLE, 1988b; BARRETT, 1990), el instrumento de la lucha social (PAYNTER y McGUIRE, 1991; BEAUDRY et al., 1991). El hombre es un ser cultural (LEVI STRAUSS, 1949; TILLEY, 1982), no existe sino en la sociedad que produce, y, al igual que la sociedad, es transformado por su propia producción, la cultura (CARR, 1961; KRADER, 1972; TILLEY, 1982; GODELIER, 1984; y en una línea idealista HODDER, 1982, 1984, 1989; CRIADO, 1989a. 1991).

Las relaciones de producción además no se circunscriben al plano económico sino que incluyen categorías cognoscitivas a través de las cuales los miembros de la sociedad conceptualizan las relaciones de producción, las aceptan o critican (SCARDUELLI, 1983), como veremos más adelante. Esas conceptualizaciones no forman una "cultura espiritual", pues como observa Carandini forman parte de la Cultura Material no

solamente los elementos materiales, como los gestos humanos, que enlazan con los instrumentos, sino también los gestos que no necesitan de instrumentos sino del cuerpo humano, el cual, al actuar, se convierte a la vez en condición social y material de su producción (CARANDINI, 1979:72). Relaciones sociales y creencias van unidas, de ahí que, como se verá en este trabajo, sea totalmente lícito, y posible, acceder al conocimiento de los sistemas rituales empleados por las sociedades prehistóricas para asegurar su reproducción, y las contradicciones a las que dan lugar esos mismos mecanismos.

Relaciones sociales y acción. El papel del individuo

Es la conexión Naturaleza/Cultura a través del trabajo lo que nos permite realizar inferencias sobre el ritual, que, como elemento cultural de comunicación repetitivo y estructurado (SCARDUELLI, 1983; WHITTLE, 1988b; BARRETT, 1990; MIZOGUCHI, 1992), en realidad como la cara ideológica de las relaciones sociales y el proceso productivo que dirigen, sirve, como se ha dicho, no sólo para ejercer el poder sino para ponerlo en cuestión desde la base (THOMAS, 1990a; 1990b; RANDSBORG, 1989; STE. CROIX, 1981; TILLEY, 1982; LARSSON, 1985; BARRETT, 1990; PAYNTER y McGUIRE, 1991; BEAUDRY et al., 1991), aunque a veces la ideología dominante llega a ocultar casi totalmente la de los dominados e incluso se hace pasar por esta última, especialmente en épocas en que no se desarrolla abiertamente el conflicto social (STE. CROIX, 1981; PEARSON, 1984), y es por ello que, como hemos dicho, no puede hacerse una lectura simple de los datos funerarios (SHENNAN, 1982; HODDER, 1982; TILLEY, 1982; PEARSON, 1984; KRISTIANSEN, 1984; CRIADO, 1989)³².

³² Las tumbas juegan un importante papel en este juego de relaciones, como se expondrá en lo que sigue, donde, si bien trataremos de centrarnos en las distribuciones espaciales de los diversos elementos, especialmente de las tumbas como "unidades completas", no dejaremos de lado el significado ideológico que deriva de la propia distribución de los rasgos culturales, de su contexto.

Para McGuire (1991:16) no existe otro motor de la Historia que la acción humana determinada por los condicionantes sociales pero a su vez influyendo en éstos, pero la acción no es por ello mismo en ningún caso individual, la producción de los acontecimientos históricos relevantes sólo tiene lugar en la relación de los diversos grupos que conforman una sociedad y en la relación de éstos con los que la rodean. Sólo así se producen los cambios en los sistemas de producción y en la dirección que toman los resultados. Los hombres hacen su propia historia, pero no lo hacen arbitrariamente, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente dadas y heredadas del pasado (MARX, 1852:31)³³.

Carr (1961) señala que el hombre como ser social es tanto producto como agente del proceso histórico, y Tilley (1982) ha referido que en toda acción se unen el pensamiento y el movimiento de forma que no se puede reducir la acción a ninguno de los dos aspectos (ver también PEARSON, 1984), y por tanto sería absurdo colocar el pensamiento como el motor social, la Idea como el sentido de la vida. Así Anderson (1980:88) señalaba que es necesario buscar las causas de la acción no en la motivación psicológica, sino en las múltiples determinaciones sociales que, en cualquier caso, inciden en los resultados involuntarios de éstas bastante a menudo (CARR, 1961; VILAR, 1980).

³³ En este contexto al intentar comprender la relación entre los patrones de deposición prehistóricos y las adscripciones de significado utilizadas en cada contexto social, debemos evitar caer en un exacerbado particularismo (HODDER, 1986; 1987; crítica en RUIZ *et al.*, 1988), que se evita por el juego dialéctico de las diversas escalas de análisis, lo que, a su vez, permite superar la barrera de las variaciones espacio-temporales analizándolas y asimilándolas a través de la articulación continua teoría-dato (BATE, 1977, 1982; ANDERSON, 1980; KRISTIENSEN, 1984; TRIGGER, 1982; TILLEY, 1990).

Naturaleza y Cultura

El paisaje como hemos dicho se concibe como un espacio modificado por las RSP que en él se desarrollan y lo transforman, lo culturizan (RANDSBORG, 1989; THOMAS, 1990b) ya que, como hemos repetido, el trabajo humano modifica la naturaleza a través de la cultura (ENGELS, 1876; HOBBSAWN, 1964; CARANDINI, 1979; KRADER, 1972; TILLEY, 1990), como resultado y condicionante de la producción, aunque en el proceso dialéctico la sociedad también produce hombres y las relaciones que los unen, por tanto no sólo formas (BATE, 1977, 1982), sino estructuras (GODELIER, 1974, 1984). No es así simplemente el resultado de una dotación de significado social que procede de una actividad simbólica y reflexiva (CRIADO, 1989c:110) sino que es el resultado de toda la producción social (McGUIRE, 1992:103). El espacio a través del trabajo se convierte en medio de producción ya sea directamente como tierra agrícola, ya como el soporte de los diversos elementos muebles e inmuebles necesarios para la producción social, como el territorio en que se reproduce y mantiene la fuerza de trabajo, como la base de las luchas sociales de la Humanidad.

A la hora de analizar las distribuciones de tumbas en una zona particular hay que tener en cuenta que éstas son elementos de la cultura material que ayudan a configurar un paisaje humanizado, donde se desarrollan las relaciones sociales de producción que lo transforman (THOMAS, 1990b). El espacio no es sólo así un soporte físico sino también un producto social (NOCETE, 1989a). el hombre se crea así su medio ambiente físico (RANDSBORG, 1989), que incluye además a los otros hombres, entre los que se establecen una serie de relaciones en torno a la producción y sus resultados. El espacio se construye cuando se utiliza, cuando se produce, es una realidad fundamentalmente social (CRIADO, 1991b, ver también LEVI-STRAUSS, 1973 y nuestras reflexiones anteriores).

¿Cómo se incluye la Naturaleza en el entorno social humano? Debemos repetir aquí que para Scarduelli (1983) la contraposición Naturaleza/Cultura es de origen idealista. Teniendo en cuenta que el trabajo es la condición básica y fundamental de la vida humana y que éste supone una transformación y apropiación de la Naturaleza (ENGELS, 1876; HOBBSAWN, 1964) la oposición es totalmente inadecuada. Si bien la tierra es una "condición natural de la producción" su transformación por el hombre para la obtención de productos está en la base de cualquier sistema productivo; a su vez productos más elaborados, en la forma de instrumentos, vuelven a incidir sobre la Naturaleza. Los instrumentos son sujetos tanto como objetos del trabajo (McGUIRE, 1992:104).

El intercambio material entre el hombre y la Naturaleza puede ser considerado como un proceso laboral abstracto, como necesidad física de la vida humana, común a todas las sociedades (...) [mas] no existe si no es dentro de relaciones sociales determinadas (CARANDINI, 1979:68). La mente del hombre y sus resultados, instrumentos, mitos, cultura material en una palabra, no pueden ser considerados como algo que está más allá de la Naturaleza. El hombre es productor a todos los niveles y los resultados de la producción proceden de lo preexistente y, a su vez, condicionan lo venidero. De igual forma el hombre es tanto un resultado de la Naturaleza como su superación, sin fisuras, por lo que al no existir separación no tiene sentido declarar la inaplicabilidad de la Dialéctica a la Naturaleza (LUKACS, 1968).

División e integración. Cultura mundial y subculturas

Consideramos también que los fenómenos rituales se integran de tal forma dentro del resto de la cultura material, siempre provista de significado latente, que, a través de una aproximación que tenga en cuenta las variaciones espaciotemporales (KRISTIANSEN, 1984; TILLEY, 1990), podemos llegar a definir los límites de las formaciones sociales prehistóricas y de los grupos sociales que las integran, teniendo en

cuenta que en todos los casos se dan diferencias culturales que pueden ser discernibles a través de una aproximación a escala diferencial (LIZCANO et al., 1991-92; MORENO et al., 1991-92).

Dentro de la noción de Cultura delineada arriba cabe establecer distinciones sociales. Es por ello por lo que el término debe tener, ante todo, un valor analítico, de primera aproximación, debiendo usarse en las conclusiones históricas los términos correspondientes a los diferentes fenómenos sociales que producen y que son expresados por la Cultura. No quedarse así en la simple conceptualización que una sociedad hace de sí misma (SCARDUELLI, 1983) sino desentrañar las profundas relaciones sociales que la explican a ellos y a nosotros mismos, y más allá no confundir el uso cultural de los mismos hombres y mujeres con una identidad simple entre cultura y sociedad (como previene ESTEVA, 1984). Las relaciones se establecen entre los hombres a través de las cosas (incluyendo las ideas) y no entre las cosas mismas.

Como ya señalamos (LIZCANO et al., 1991-92) es muy significativa la conexión entre las clasificaciones de los antropólogos al referirse a las culturas como sistemas sociales específicos y las concepciones populares que se refieren, al parecer sin "orden", p. ej. a la cultura occidental, la cultura española, la cultura gitana, etc. Sin embargo, la aparente anomalía es solo ficticia, la opinión tradicional revela el significado oculto de la cultura como la expresión formal de los diversos fenómenos sociales (BATE, 1977, 1982), desde el individuo (WIESSNER, 1989), a las clases³⁴, o al modo de producción dominante que tiende a imponerse sobre otros (MARX y ENGELS, 1848; HOBBSAWN,

³⁴ Siendo p. ej. éste el contexto en que Marx y Engeles hablaban de cultura burguesa y cultura proletarias como culturas de clase, y además como las que dominan o dominarán en determinados momentos históricos (MARX y ENGELS, 1848:43). De forma que *las ideas imperantes en una época han sido siempre las ideas propias de la clase dominante* (MARX y ENGELS, 1848:46).

1964), integrando algunas de las relaciones de éstos, entre ellas los aspectos rituales (GODELIER, 1974; SCARDUELLI, 1983), al igual que culturas específicas se incluyen dentro de otras en el seno de los Estados, siendo el caso paradigmático los imperios. De tal forma el hecho de que varias sociedades compartan un mismo modo de producción provoca que adquieran rasgos culturales comunes³⁵, y también por lo que hemos referido podemos pensar que las oposiciones entre estados (un determinado tipo de formaciones sociales, aquellas con carácter clasista) adquieren un determinado tipo de expresión material³⁶.

Sobre estas diferencias de escala Friedman (1989), distingue tres nociones de Cultura:

- I. La diferenciable a través del análisis social.
- II. Los elementos de autoidentificación.
- III. La organización de todo proceso de vida.

Si la relación entre el tipo I y los tipos II y III nos sitúa en la problemática del conocimiento científico de la realidad, del perspectivismo frente a la aproximación dialéctica a la verdad (LENIN, 1909; GANDARA, 1982), (tema al que dedicamos en parte nuestra introducción), la relación entre los tipos II y III nos sitúa directamente en

³⁵ Así Castro y González (1991:139) reconocían la existencia de sociedades que comparten rasgos ideológicos, lingüísticos y de otro tipo, pero colocaban el interés de su conocimiento en un plano muy secundario, obviando la mayor parte del desarrollo de la disciplina arqueológica, y cayendo también en la falacia de considerar las sociedades como entes aislados, comprensibles por sí mismos, pese a que anteriormente habían señalado que *las islas de historia sólo existen en las reconstrucciones ideales del nuevo particularismo cultural* (CASTRO y GONZALEZ, 1989:12).

³⁶ De tal forma las precauciones de Nocete (1989b:38) son injustificadas, y olvidan que los fortines también son un elemento de la cultura material de determinadas sociedades.

las cuestiones sobre las convivencias culturales, los estados y los nacionalismos interiores, el imperialismo y la sumisión.

Las diferencias subculturales se sostiene que conducen p.ej. al creciente nacionalismo actual cuando la noción de ciudadano de un estado ya creado pasa a segundo plano frente a rasgos aparentemente más concretos (razas, lenguaje, etc). Estos fenómenos se manifiestan en los períodos de reorganización social en los que naturalmente influyen (FRIEDMAN, 1989), al igual que es en estos períodos cuando el sistema de valores tiende a ser puesto en cuestión y a desmoronarse (STE. CROIX, 1981). Desde este punto de vista, y teniendo en cuenta la realidad material que suponen también las construcciones mentales de una sociedad (CARANDINI, 1979; SCARDUELLI, 1983), no es cierto que las "culturas" o las "sociedades" no sean entidades reales porque nunca se encuentran aisladas (SHENNAN, 1989), ya que no se pueden reducir a meras categorías de análisis. En primer lugar porque son problemas históricos reales los que unen a un nivel de escala a varias sociedades (guerra, comercio, asimilación), y a otro nivel a todo el mundo (mercado actual, colonialismo, agresión contra el medio)³⁷. En

³⁷ Lévi-Strauss (1952) reservó el término de "civilización mundial" a esto último para resaltar su carácter multicultural pese a las amenazas a las que el capitalismo somete no sólo a las sociedades diferentes sino a la tierra que crearon. También Marx y Engels se refirieron a este hecho, aunque junto al dolor de la destrucción colocaron el papel de las relaciones capitalistas en la disolución de otros lazos jerárquicos que alienaban al hombre y resaltaron la homogeneización y comunicación cultural como bases para el desarrollo de una transformación socialista mundial (MARX y ENGELS, 1848; ENGELS, 1876; MARX 1857-58). Más pesimista es el panorama ofrecido por Lenin (1917b) en conexión con el avance del capitalismo monopolista e imperialista, aunque las insalvables contradicciones y la respuesta activa de parte del proletariado en sentido amplio (el concienciado y el más oprimido del Tercer Mundo) abrían las puertas a la revolución (LENIN, 1917a). La homogeneización, sin embargo, nunca es total y la importancia, para el sostenimiento del capitalismo actual, del mantenimiento de relaciones sociales correspondientes a modos de producción diferentes, especialmente en focos de marginación, o de instituciones de larga tradición como la familia, ha sido tema de estudio por parte de los marxistas desde hace tiempo (ENGELS, 1884; BARTHES, 1956; MEILLASSOUX, 1975; SCARDUELLI, 1983; BLOCH, 1988; etc.). De

segundo término ni siquiera un individuo es una entidad única e inseparable sino un compuesto de partes y más aún, su existencia no tiene sentido si no es en el marco social, y al igual que éste el todo no es simplemente la suma de las partes; el mundo se organiza y cambia gracias a las contradicciones que existen en las relaciones que lo conforman. Por último el mismo sentimiento de las gentes que la componen (p.ej. de opresión, satisfacción o decepción) hacen real una sociedad y una cultura, o en otros términos un grupo social y su equivalencia formal. Estas entidades existen además sin la conciencia de ese sentimiento, y así por ejemplo existen las clases sin necesidad de que tengan conciencia de serlo (ANDERSON, 1980). El sentimiento se hace evidente como respuesta

esta forma aunque fuera sólo por estas pervivencias un estudio histórico estaría justificado.

La comparación entre sociedades no se agota así en sí misma ni debe prescindir (como pretende, en sus argumentos aunque no en su estudio real, LINCOLN, 1981) del plano temporal, sino que debe ayudarnos por un lado a extraer los rasgos básicos de cada tipo de formación social, las relaciones sociales que dominan y su sustitución por las luchas generadas en su seno, la sucesión no predeterminada, en definitiva, de modos de producción (HOBBSBAWN, 1964), y por otro restrear en qué medida determinados mecanismos de coerción se corresponden más adecuadamente y permiten la reproducción de un determinado tipo de relaciones sociales y en qué medida pueden ser reaprovechadas por los sistemas de explotación subsiguientes (y cómo deben ser transformadas) (BARTHES, 1956; GODELIER, 1974, 1984; SHENNAN, 1982; SCARDUELLI, 1983; THERBORN, 1980). De esta forma y como se repite a lo largo de estas páginas es fatuo buscar una correspondencia exacta entre una estrategia económica y un sistema religioso por encima de las diferencias espacio-temporales; las similitudes se deben a la herencia común y a la coincidencia de las relaciones sociales dominantes, y las diferencias no son rasgos que deban ser desechados sin más como particularismo inútil (como parece desprenderse del trabajo de LINCOLN, 1981) sino que deben tratarse en diferente forma según los objetivos históricos que persigamos (TRIGGER, 1982; BATE, 1982; WRIGHT, 1989), ya sean leyes generales de evolución social, explicaciones de transformaciones sociales concretas o génesis de determinados mecanismos ideológicos (tal vez de larga pervivencia), por poner algunos ejemplos.

De esta forma, y como citamos en las páginas que siguen las diferencias rastreadas por Lincoln (1981) entre los sistemas religioso nilótico y protoindoiranio no son superficiales sino que revelan profundas diferencias sociales tanto posiblemente en los momentos previos al mundo aristocrático conquistador de ganado (la figura del rey, el primer muerto, el regenerador de la comunidad en el mundo protoindoiranio) como en los plebeyos (de gran importancia tanto en la victoria parcial de los sacerdotes como en la génesis de sociedades imperiales conquistadoras por la vía esclavista o la servil), o en el dominio permanente de las sociedades a las que se roba (aunque éste puede ser un desarrollo posterior vinculado al punto anterior).

a una situación real de transformación social de origen múltiple, a la que también justifican y dan sentido, aunque según Shennan (1989) los casos de identidad étnica sólo se dan a partir de la aparición de los Estados. En este sentido Ruiz y Molinos (1989) han reservado el término de etnia para aquellas comunidades en las que, de una u otra forma, se ha generado un fuerte sentimiento de identidad, constituyan estados propios o se hallen dominados, para diferenciarlas de aquellas otras que compartiendo el mismo sentimiento básico se desarrollan en el mundo burgués y por ello mismo tienen una mayor conciencia de lo que pretenden³⁸. Profundizando más en la relación entre formación social e identidad étnica (o nacional) Ruíz (1989) destacó la variedad de articulaciones que se produce a lo largo de un proceso histórico teniendo en cuenta que es la misma historia, las relaciones de producción cambiantes, la que genera esa identidad, pero la atomización propuesta para las formaciones sociales aristocráticas ibéricas, con la que no estamos de acuerdo, supone, en nuestra opinión, un importante obstáculo en la explicación de la génesis de estas identidades; del mismo modo que la separación errónea entre cultura material y p. ej. lengua supone, de aceptarse, la práctica imposibilidad de acceder a una aproximación real a estos fenómenos a partir del registro arqueológico. Como se ha referido anteriormente no hay, sin embargo, nada que haya producido una sociedad humana que no pueda considerarse cultura material.

Todo lo anterior no quiere decir naturalmente que haya que leer las relaciones sociales que existen en una sociedad tal y como las conceptualizan sus miembros (SCARDUELLI, 1983), error típico de los funcionalistas (ver p. ej. MALINOVSKI, 1948) y de los idealistas (para un ejemplo reciente en Arqueología ver la declaración de intenciones en CRIADO, 1993), sino que esa misma imagen ficticia del mundo, esa "falsa

³⁸ El error de este análisis está sin embargo en la separación de los conflictos socioeconómicos de aquellos otros que denominan étnicos al interior y exterior de las formaciones sociales, olvidando que en esas identidades se ocultan contradicciones de clase (RUIZ y MOLINOS, 1989:125-127).

conciencia" (MARX, 1859; BALIBAR, 1973), es también parte inseparable de las relaciones sociales concretas que conforman una sociedad (SCARDUELLI, 1983), tanto en el caso en que sean una justificación como en el que sean un desafío más o menos exitoso al orden de cosas imperante.

Wiessner (1989) partiendo del papel comunicador del estilo (en nuestra argumentación los aspectos de variación específica de la cultura material) ha señalado el diferente papel que pueden adoptar los distintos elementos según el contexto (ver también SHENNAN, 1982; SORENSEN, 1987), expresando, ya sea porque esa fue la intención primordial de sus creadores o por un cambio en su utilización como símbolos, la identidad del grupo o del individuo, o diluyéndose en un significado no premeditado pero presente en todas las creaciones de ese grupo; de tal forma que en cualquier caso los cambios se reflejan en ellos y se expresan y acentúan por ellos. Frente a Shennan (1989) creemos que cualquier variación espacial es relevante en términos sociales, aunque es cierto que ésta no responde, por supuesto, siempre a distinciones étnicas. De hecho creemos que la reutilización de los viejos "estilos" de nuevas maneras sólo puede hacerse comprensible interpretando como relevantes todos los contextos en que esos rasgos se hallan, todas las variaciones espaciales (KRISTIANSEN, 1984). Aunque aquí entramos en discusiones epistemológicas que avanzamos en líneas anteriores sobre el cambio histórico y los acontecimientos del pasado que deben considerarse verdaderamente trascendentes para la disciplina (CARR, 1961). Incluso en el nacimiento de la Historia como conciencia del devenir en el mundo griego en relación a la participación ciudadana en la política, y precisamente por ello, se consideraba acontecimiento no sólo el hecho excepcional que de fe del valor del hombre o el hecho extraño que, por su aspecto extraordinario, merezca permanecer en la memoria, sino también la acción que haya provocado un cambio en la suerte de la humanidad (CHATELET, 1962:32). De esta forma es fundamental una Historia Total (VILAR, 1973) para la comprensión real de nuestra sociedad (y sobre todo

para transformarla) (VILAR, 1980; FONTANA, 1982; CARR, 1961; etc.). La importancia de la Arqueología en este contexto ha sido revelada por Carandini (1979) al referirse a la Historia de los dominados, pero más aún la Arqueología permite estudiar tipos de formaciones sociales de las que no tendríamos noticia de otra forma y rastrear la evolución de aquellos pueblos a los que el Imperialismo les había negado la Historia (THERBORN, 1980; SCARDUELLI, 1983; MEILLASSOUX, 1975; etc.).

La Cultura reproduce así, como se ha visto, las divisiones e intersecciones de la sociedad que la creó.

Cultura o grupo arqueológico. La escala en ciencia

La definición de cultura arqueológica por Childe (1951) como conjunto de rasgos compartidos, requiere, sin duda, matizaciones para su adaptación a la identificación de formaciones sociales (BATE, 1977 y 1982) pero debemos defender aquí la información social que podemos extraer de la Cultura, ya que si ésta no fuera un texto determinado históricamente no podríamos conocer nada del pasado, la descontextualización de los restos del pasado con respecto a la sociedad en que vivimos sólo produce fenómenos ahistóricos, burgueses (BARTHES, 1956). La crítica a los contextualistas y en parte también a los neomarxistas en la que se ceba Hernando (1992) es exagerada y no recoge las aportaciones de éstos en su justa medida. Tampoco comprende que el error fundamental está en que el código no es individual sino social y, por tanto, está sujeto a leyes comprensibles. Además ni ella ni Arteaga (1992) reconocen que el Neopositivismo es otra forma de Idealismo (ver GANDARA, 1982; BATE, 1982; y para una exposición general LENIN, 1909), marcada por la imposición desde el individuo de categorías generales abstratas y por la noción de verdad como coherencia y utilidad

(instrumentalismo). Para ejercer una crítica acertada hay que referirse a los trabajos prácticos, como se puede ver en el caso de los fenómenos funerarios en estas líneas, distinguiendo entre realidades e intenciones, entre lo que realmente se dice y lo que se proclama a bombo y platillo.

A la hora de hablar de la escala en ciencia debemos distinguir tres niveles, por un lado la diferente entidad de los fenómenos a investigar, tanto en el plano temporal como en el espacial, o sea la diferencia entre el estudio interno de una sociedad o de una de sus secciones y el estudio de las relaciones entre las diferentes sociedades por un lado, y entre el funcionamiento puntual (pseudostático) de una sociedad y sus transformaciones a largo plazo por otro.

Un segundo nivel en el que podemos hablar de escala sería el grado de abstracción de los conceptos necesario para aproximarnos a una determinada problemática histórica (WRIGHT, 1989) y que puede referirse en este nuestro estudio al sistema de funcionamiento del ritual como instancia social general o a la presencia de un sistema concreto y su utilización en una determinada sociedad.

Por último el tercer nivel es aún más específicamente conceptual, se refiere a la ambivalencia de numerosos términos, como el de Cultura, en relación a cada uno de los tipos de problemas referidos, a su necesidad de clarificación y al hecho indudable de que la sustitución de un término por otro no implica superación de los problemas históricos y de investigación que se hallan implícitos, pues lo importante es la articulación de los conceptos en un marco teórico adecuado, al igual que la mala utilización de un concepto en un marco teórico dado no implica la invalidez de éste, aunque sugiere a veces la incapacidad de la teoría en cuestión, o del investigador, de aprehender la variedad de lo real.

Este último nivel se refiere en realidad a la relación entre los dos primeros, entre la rigidez de los conceptos y la flexibilidad de su objeto, por lo que se ha destacado la necesidad de su contextualización (McGUIRE, 1992:94-95; LUKACS, 1922:53).

En este marco, y teniendo en cuenta la definición de Cultura antes expuesta y sus subdivisiones en relación a cada grupo social, debemos defender aquí la utilidad del concepto en la ciencia social, siempre que se clarifique su alcance en cada momento.

Así, en contra de Micó (1991) que se empeña en desmontar las sistematizaciones tradicionales del Sureste hay que reseñar en primer lugar que ha sido él el que ha extraído de algunas publicaciones los rasgos que presuntamente definen el Horizonte Millares, o la Cultura Millares como él interesadamente prefiere llamarla, olvidándose de otros como determinadas clases cerámicas (naranja, gris, etc.) (MORENO, 1993), tipos (fuentes que se diferencian de las occidentales) (ARRIBAS y MOLINA, 1979a, 1979b), y una técnica lítica específica (MARTINEZ, 1985); además debemos recordar que el hecho de que determinados yacimientos tradicionalmente adscritos a estos grupos sociales no compartan los rasgos no invalida la definición del Horizonte ya que en primer lugar se pueden revisar sus límites y en segundo lugar ya señaló Clarke (1968) que las clasificaciones deben ser "politéticas". Del mismo modo el utilizar la presencia de algún rasgo de este Horizonte, tal y como ha sido definido, en otros opuestos para desmontar la clasificación (p. ej. la cerámica simbólica) olvida situar los hallazgos en su contexto social, y no valora p. ej. el intercambio (o más bien las contraprestaciones entre élites), cayendo así por segunda vez en errores típicos normativistas, por lo que no basta con considerar la clasificación como errónea o una simple construcción mental de los

arqueólogos tradicionales, dado que en cualquier caso toda realidad pone límites a su manipulación, hay que ofrecer alternativas válidas y no simples sustituciones.

Por ello en lugar de rechazar sin más el término "Horizonte Cultural" hay que proceder a matizarlo, a definir dentro de él formaciones sociales, y no caer p. ej. en los errores de Lull (1983) y Escoriza (1991) que al desechar la utilidad del término cultura proceden simplemente a sustituirlo por el de formación social, olvidando que éste tiene unos límites mucho más restringidos dentro de su flexibilidad³⁹, que se refiere a las articulaciones concretas de relaciones sociales diversas (de modos de producción diversos en definitiva) dentro de una sociedad específica (BALIBAR, 1973), coincide con los límites de un estado en las sociedades clasistas, y por tanto no puede utilizarse para referirse a un conjunto de sociedades para hablar de una "formación social argárica" desde Albacete a Almería y de una "formación social millarensis" desde el río de Gor al Andárax. En ambos casos los autores se refieren en realidad a múltiples formaciones sociales por lo que el término de cultura en una de las gradaciones escalares antes referida es mucho más útil, al referirse a los aspectos formales que comparten en cierto grado esas sociedades. De igual manera debemos criticar la sustitución de "Cultura" por "Grupo arqueológico" cuando no se pretende relacionar este último concepto con las formaciones sociales que engloba y se pretende superar el normativismo rechazando simplemente el concepto que le ha servido de bandera (GONZALEZ et al., 1992).

Conclusión. Cultura e identidad. Aspiraciones y realidad social

³⁹ El mismo error es cometido por Aguayo *et al.*, (1993), y por el contrario en Martínez y Sáez (1984) refiriéndose también a momentos de la Prehistoria Reciente leemos "De esta situación parece desprenderse el hecho de que antes de que el poblado de Los Millares se organize y se estructure con toda su complejidad en la zona del Sudeste se habían configurado diferentes grupos de poblaciones que en parte manifiestan una cierta personalidad territorial propia y que en un futuro tendrán que ser definidas" (MARTINEZ y SAEZ, 1984:129).

Si a menudo las diferencias subculturales que expresan una oposición entre los hombres no son capaces de desembocar en las situaciones de conflicto social abierto, no por ello debemos negar la existencia de esos intereses. Sólo así podremos comprender algunos de los altibajos que nos muestra el registro arqueológico y las diferencias en cultura material que podemos encontrar al interior de una frontera. Sería absurdo p. ej. mantener con Stalin (1913) que sólo son naciones las que al constar de una base territorial propia son capaces de constituirse como tales. Ello no explicaría los fenómenos nacionalistas actuales en el Caúcaso o los Balcanes.

Especialmente ambigua es la definición final de Stalin Nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura (STALIN, 1913:40). El problema básico es, sin duda la articulación entre la base territorial y los otros rasgos culturales, y especialmente la distinción de aquellos rasgos que comparten diversos segmentos de la población y que pueden ser susceptibles de dirigir la formación de una nación-estado, pero incluso sin contar con una base territorial propia, y sobre todo sin la necesidad de que sea continua, como nos expone de forma suficientemente clara el conflicto balcánico, o expresan los estados feudales. Esto debe servir de advertencia a la hora de dibujar líneas en los mapas arqueológicos permanentes y continuas. De cualquier forma es indudable que para la supervivencia de un Estado debe asegurarse la estabilidad del territorio, aunque no tanto su continuidad.

Estos problemas sobre un concepto de comunidad contemporáneo y su conexión con la formación de un estado territorial en la medida de los intereses de las clases sociales en ascenso o de la lucha interna de la clase dominante (ver WRIGHT, 1989) y la

utilización de un sentimiento históricamente inculcado durante siglos de luchas internas y externas nos puede ayudar no sólo a comprender el importante papel de la distracción exterior en la estabilidad política, sino también a discernir en el registro arqueológico las fronteras estatales de aquellos otros límites de distribución de rasgos culturales que reflejan clases, pueblos conquistados, tradiciones, etc.; dado que si bien a lo largo del tiempo la extensión del sentimiento de adscripción en las masas que soportan el Estado y lo mantienen con su trabajo ha sido variable, y sólo con la extorsión y la propaganda burguesas contra la nobleza han aparecido aquellos que verdaderamente podemos llamar naciones, el soporte territorial siempre ha sido necesario.

En primer lugar la estabilidad del límite en un largo período nos puede señalar la existencia de una frontera política, si bien no debemos olvidar que los conflictos hacen que su límite físico sin duda oscile con las guerras de conquista, con alianzas aristocráticas, con secesiones periféricas, etc. (ver un ej. en NOCETE, 1989a, 1989b, 1989c).

En segundo lugar los rasgos culturales móviles tienden a distribuirse por regiones más amplias mostrando discontinuidades y solapamientos que no suelen afectar p. ej. a la organización total de patrón de asentamiento o a la distribución del espacio al interior de las viviendas, rasgos mucho más restringidos aun dentro de un mismo estado.

Por último debe quedar claro de lo que antecede que sólo la evolución, los cambios en el mapa cultural, nos dan las claves para aproximarnos a la lectura estatal al nivel de sus límites, siendo otro tema el de la identificación de la existencia de desigualdad implícita en estos sistemas.

Además la lectura de la definición de nación burguesa tiene otras implicaciones para el estudio de las culturas prehistóricas, si consideramos que toda oposición⁴⁰ entre los hombres es un instrumento de clase para afirmar la cohesión interna y desviar la tensión hacia el exterior, y por tanto no existe verdaderamente ninguna cohesión automática, ningún sentimiento que no proceda de la misma lucha de clases en el plano ideológico (frente a lo que pretende RIBO, 1977), podemos rastrear en el pasado la formación de estos mecanismos. si utilización en la competencia con otras comunidades, su uso para la explotación de éstas y posteriormente para el dominio y la alienación de los hombres en la misma comunidad (GODELIER, 1974; SCARDUELLI, 1983; etc.).

⁴⁰ Por otra parte Lévi-Strauss (1952) puso de manifiesto la importancia de cualquier diferencia en la aceleración del desarrollo social, poniendo especial énfasis en la "colaboración" voluntaria o no. Yo prefiero emplear el término conflicto especialmente para referirme a aquellas divisiones que en el seno de la actual "civilización" mundial garantizan la continuidad de la Historia, la lucha de clases (MARX y ENGELS, 1848), en el sentido implícito en la Dialéctica, la lucha de contrarios complementarios e irreconciliables.

2. LA SOCIEDAD Y EL TRATAMIENTO DE SUS DIFUNTOS.

Introducción. La información extraíble de los fenómenos funerarios

Es ahora el momento de intentar relacionar las diversas formas de distribución espacial de los elementos de cultura material con la expresión territorial de los fenómenos sociales. Nos centraremos básicamente en el significado social que se ha atribuido a los contenedores funerarios y al tratamiento de los difuntos, al ser éstos los rasgos de cultura material conectados con el ritual que de forma más exitosa se han relacionado con la organización social en la Prehistoria Reciente del Sureste de la Península Ibérica. Este hecho también ha condicionado en gran medida la selección de los ejemplos europeos y españoles del período, sin embargo no se ha abandonado tanto el análisis crítico de otras expresiones rituales como los templos malteses como la referencia a los fenómenos funerarios de sociedades distintas en el tiempo y el espacio (Madagascar p. ej.).

Además este segundo bloque comienza con unas referencias al papel de la muerte en la reproducción social que creemos pueden ser de interés ya que nos sitúan en el plano de las contradicciones entre continuidad y cambio social.

Chapman (1981b) ha destacado varias esferas de análisis espacial en relación a las tumbas de la Península Ibérica, que cubren diversas escalas geográficas; sin duda a partir de planteamientos similares, y teniendo en cuenta la relación de la cultura con la sociedad, se puede acceder a la diferenciación de distintos niveles sociales desde la clase social al Estado, desde la casa como foco de actividad doméstica al territorio político-

económico, siendo las diferencias documentadas también susceptibles de una lectura diacrónica. Para comprender el significado de las tumbas, sin embargo, no sólo es necesario comprender el contenido de éstas y su distribución interior, sus formas y tamaños, y las diferencias dentro de cada grupo de tumbas o entre los distintos grupos que se reparten por un territorio, sino que también es preciso comprender la importancia del emplazamiento concreto en función tanto de los condicionantes que el medio impone a aquel, si es que tuvieron alguna importancia, como de la relación con el entorno en términos de altitud relativa e impacto visual, factores ambos que influyen en un doble sentido en la configuración de los megalitos, u otras tumbas monumentales, como elementos de control/cohesión, ya que no sólo importa lo que se puede ver desde ellos sino también desde donde pueden verse (CRIADO et al, 1986; VAZQUEZ et al., 1987; VAQUERO, 1990; FRASER, 1983; ROJO, 1990; COONEY, 1990), y desde dónde pueden llegar aquellos que van a utilizarlos, dónde pueden vivir (BLAS CORTINA, 1985; ANDRES, 1990; CAMARA et al., 1993). La preocupación no es de carácter "economicista", qué tierra les proporcionará lo suficiente para vivir (RENFREW, 1984; DARVILL, 1982), sino que incluye el hecho de que las relaciones sociales de producción dominantes condicionan la elección de unas determinadas estrategias económicas, y sobre todo la dirección que toman los resultados de la producción, así como los mecanismos tendentes a garantizar la reproducción del sistema por enmascaramiento o exaltación, de ahí que los megalitos sean también símbolos de la lucha por el poder (CRIADO, 1989a) y que en ellos se desarrollen complejas ceremonias destinadas a perpetuar el sistema (FRASER, 1983, PEARSON, 1993). Esta es la diferenciación que predominará en estas páginas de ejemplos que, sin duda, pierden parte de su coherencia al ser descontextualizados.

Interesante es también la relación entre las tumbas de cada necrópolis, su posición (distancia a la más próxima, altura relativa, etc.), su contenido (en ajuar, número de enterramientos, sexo de éstos, enfermedad y dieta, tratamiento del cadáver, etc.), su tamaño y materiales constructivos, etc., para valorar diferencias sociales entre grupos (CHAPMAN, 1979) o entre individuos (YATES, 1984).

Son estos últimos datos los que nos aproximan al estudio de los rasgos espaciales a la escala restringida que supone el interior de las sepulturas. En el caso de las inhumaciones colectivas suele ser frecuente la imposibilidad de disponer de tales datos por expolio de los monumentos o excavaciones antiguas dirigidas por intereses diferentes, especialmente en el caso de la Península Ibérica. En la exposición de la última parte de este trabajo de investigación por ello nos hemos limitado prácticamente a la exposición de los casos en que contamos con referencias directas y recientes.

Si dejamos, por el momento, el hecho de que, a menudo, en estas tumbas de la Prehistoria Reciente no recibió sepultura una gran parte de la población (CHAPMAN, 1990; YATES, 1984), hay que referirse después a que, a veces, dentro de aquel grupo que ha merecido el "privilegio" del enterramiento hay diferencias en ajuar, tratamiento del cadáver, o, simplemente, calidad de vida (demostrada a partir de los estudios paleopatológicos o de dieta); es posible así que al igual que en algunos momentos ciertos clanes debieron obediencia y subordinación a otros (CHAPMAN, 1979a; HERNANDO, 1993), en otros momentos "familias aristocráticas" concentraron, alrededor de sus miembros destacados, un séquito clientelar incluido en la misma tumba (YATES, 1984). Si en algunas zonas europeas se han documentado interesantes rasgos como la distribución de las diferentes partes del esqueleto con concentraciones en distintas tumbas (HENSHALL, 1985), o simplemente amontonamientos (WHITTLE, 1988a; PEARSON, 1993), o la presencia diferencial de mujeres y niños en distintas partes de las sepulturas

(PEARSON, 1993), la documentación de la Península Ibérica es aún escasa y problemática (ALMAGRO, 1973) para interpretar a partir de ella un proceso de individualización dentro de las tumbas colectivas si éste es entendido de forma literal y lineal, como se ha hecho a menudo utilizando el ritual funerario simplemente como expresión ejemplificadora de un proceso de jerarquización documentado a través de otros rasgos como la fortificación de los asentamientos y la compleja ordenación del territorio (ver p. ej. MATHERS, 1984; CHAPMAN, 1990, HERNANDO, 1993).

A una escala de mayor detalle es interesante destacar la distribución al interior de las casas de los enterramientos clásicos argáricos en el sureste de la Península Ibérica durante la Edad del Bronce, si bien la diferenciación sigue manifestándose también a otros niveles aparte del ajuar, como serían la ubicación de la sepultura en el contexto del poblado (y en relación a la vivienda en que se deposita el difunto), los materiales, técnicas constructivas y carácter de la tumba en sí, el tratamiento del cadáver y, otra vez, los rasgos fisiológicos de éste derivados de la vida desarrollada antes de acontecerle la muerte al individuo en cuestión (de los numerosos investigadores se han ocupado de una u otra forma de este tipo de enterramientos, podemos citar algunos ejemplos, SHENNAN, 1982; MOLINA, 1983; LULL, 1983, 1984; LULL y ESTEVEZ, 1984; CONTRERAS et al. 1987-88, 1989 y 1993).

A) Esfera funeraria y esfera doméstica. Algunas hipótesis sobre la utilización de la muerte y la vida: la significación social

El enterramiento como continuación de la vida social. Realidad e invención

En todas las ceremonias funerarias lo que se persigue es la renovación del grupo social, su reproducción, (BLOCH, 1988), lo que varía es de nuevo el grupo hacia el que tal renovación es aplicada después de cada muerte individual. En los primeros tiempos, en las sociedades a las que hemos aplicado el término de "modo de producción comunitario", se pretende la renovación total de la comunidad a través de cualquiera de sus miembros fallecidos o de algunos escogidos (LIZCANO et al, 1991-92). En las sociedades clasistas la renovación, según el ideal, sólo puede tener lugar a través de los dirigentes (muy conocido es el caso del faraón en el Antiguo Egipto⁴¹) que tienden a identificarse con la comunidad/divinidad a todos los niveles (GODELIER, 1974; RUIZ, 1978; SCARDUELLI, 1983). A medida que la sociedad se diversifica, dadas las diferentes relaciones de producción subordinadas que se van incluyendo en cada formación social y las expectativas que abren las contradicciones, los diversos grupos enfrentados que incluye también buscan su reproducción y su afirmación a través del ritual funerario, buscando ya sea emular el sistema de aquellos que están en el poder o romper totalmente con él.

En este apartado sin embargo nuestro interés fundamental estará en los diversos argumentos con los que la sociedad cubre la relación con la muerte y que son los que

⁴¹ Trigger (1983:71) recoge la hipótesis de que, al igual que en ciertas tribus nilóticas, en origen el faraón reinantes se sometía a una serie de ritos en los que moría simbólicamente para volver a nacer; una ceremonia que también podía ser usada para garantizar la sucesión.

definen el enfrentamiento de cada hombre con ese fenómeno natural, y como contrapartida, la aceptación del orden social (y a veces su cuestionamiento). Por supuesto queda así excluida cualquier influencia fundamental del temor a la muerte. Este, cuando existe como tal, es un resultado social que, a su vez, debe ser regulado y convertido en obediencia para evitar el pánico y la ruptura de la comunidad.

El enterramiento como enmascaramiento de las diferencias sociales

La muerte negada. La continuidad de la Naturaleza

Si se niega la parte individual de las personas y se afirma como lo único verdaderamente existente la colectividad, la comunidad, los clanes que la forman (BLOCH, 1982, 1988), se comprende que se niegue la muerte, pues ésta sólo puede ser la desaparición del grupo, el fin de la vida humana en el mundo, tal y como la conciben las estrechas concepciones de estas comunidades, ya que no hay nada importante más allá de ellas. El problema es considerar en qué momento del desarrollo social se incluyen este tipo de sociedades que algunos consideran "tribales" y que yo prefiero denominar "comunitarias". En ellas permanece una tensión entre los diferentes segmentos, y entre ellos y sus integrantes negados, entre la agresión exterior y la necesaria cohesión interna.

Estos son los elementos que en el mundo funerario darán lugar y se justificarán en primer lugar por la diferenciación entre las sepulturas clánicas, la ruptura de la unidad comunitaria en la muerte, el acceso de sólo algunos individuos al enterramiento, Pero, sobre todo, por la negación de la muerte de éstos, al identificarse con la comunidad eterna, la sucesión se aseguraría, una vez asentado un sistema jerárquico estatal, por la falacia de la continuidad, la renovación cíclica, la aparición del nuevo soberano en el punto en que

desaparece el anterior, sustituyendo ritualmente el posible sacrificio de los primeros soberanos en momentos de crisis⁴².

Queda por referir cuál es la actitud ante la muerte de las sociedades más igualitarias, aquellas que hemos denominado "comunistas primitivas", desde el momento que no conciben nada más allá de la Naturaleza, ningún ser superior sino aquel a que pertenecen, o sea el mundo natural (GODELIER, 1974) y teniendo en cuenta que la evolución de ellas conformaría un abanico de posibilidades marcadas por el enfrentamiento entre los dirigentes de la comunidad y la base de ésta, entre la autonomía de los clanes y su necesidad de unión, cabe pensar que al no concebirse la comunidad como algo extraño a la Naturaleza la muerte no existe si no desaparece ésta⁴³. Debemos sin embargo, en el futuro, profundizar en estos temas.

La muerte como mejora. Resurrección y paraíso. El mundo copiado

Es exagerada la oposición⁴⁴ entre un tiempo cíclico reproducido idealmente en el retorno tras la muerte, la regeneración de la comunidad en abstracto (BLOCH, 1988), al igual que la Naturaleza con la que se tiende a identificar para perpetuar las relaciones sociales y organizar la vida, o de su representante divinizado (GODELIER, 1974; BLOCH, 1981; SCARDUELLI, 1983), el mismo dios-comunidad o su expresión

⁴² Ver nota 41.

⁴³ Y hoy estamos muy cerca de esto último.

⁴⁴ *Mas, cualquiera que sea la forma que en cada caso adopte, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todas las épocas del pasado. Nada tiene, pues, de extraño que la conciencia social de todas las épocas se atenga, a despecho de toda la variedad y de todas las divergencias, a ciertas formas comunes, formas de conciencia, hasta que el antagonismo de clases que las informa no desaparezca radicalmente* (MARX y ENGELS, 1848:47).

matizada como descendiente de éste (PUENTE OJEA, 1974; KEMP, 1983) por un lado; y la concepción de un tiempo lineal que conduce al fin del individuo (BLOCH, 1982; 1988), excepto de aquellos que han escapado al carácter de meras personas comunes, por otro. Y lo señalamos así porque la diferenciación no es clara en ninguna sociedad, de ahí que la idea de la resurrección se halle vinculada a la muerte, como ruptura de la vida terrena en el cristianismo, en función de la separación del premio a la moral, que se obtiene sólo en el otro mundo, obviamente ilusorio, pero perviviendo la esperanza de esa resurrección futura, una vuelta a nacer.

Esto sucede como consecuencia no sólo de la reelaboración de las demandas de justicia (ver p. ej. PUENTE OJEA, 1974) sino también de la reestructuración previa de la relación de la sociedad con la Naturaleza, no se trata ahora de un todo continuo sino de una ruptura que persiste tras la muerte. La sociedad (naturalizada) no es el destino de la parte eterna de los muertos (BLOCH, 1988) y la Naturaleza parte de su estructura pasajera, sino que los muertos trascienden ahora a una nueva realidad que está más allá de la Naturaleza, como expresión culmen del dominio sobre ésta, de la falsa ruptura.

Naturalmente cuando es de interés las reglas sociales se siguen presentando como naturales y su génesis histórica se diluye en el mito y el papel de la Providencia divina que hay que aceptar. De esta forma las oposiciones ciclo/linealidad, naturaleza/paraíso, vida como continuidad/vida como superación son reorganizadas constantemente en función de las condiciones materiales de la producción y de las relaciones sociales verdaderamente existentes, y en cualquier caso lo que se pretende es, al llegar a los extremos de las argucias ideológicas, asegurar que este mundo no importa (aunque a los que dominan les interese bastante).

Cualquier simplicación carece de sentido y algunos ejemplos han sido citados antes sobre la trascendencia y continuidad de los monarcas, expresada ya sea en su resurrección (naturalmente ficticia), ya sea en la continuidad de sus presuntos méritos por parte de sus sucesores. Incluso la Iglesia tendió a justificar la sucesión terrena, utilizando una fórmula evangélica en beneficio de la cabeza y sancionando la sucesión a través de una metáfora de permanencia (Tú eres Pedro..., Mt.16, 17ss.); y no debemos olvidar que la continuidad para los "justos" (para el común) sólo la garantiza la resurrección (eso sí diferida), y que la figura de Cristo como "rey sobrenatural" sólo cobra sentido por su verdadera resurrección (PUENTE OJEA, 1974), por la transgresión, por una vez, de la Naturaleza, en el mismo dominio de ésta, el mundo terreno; sin abrir un ciclo sino un nuevo período hacia un fin alejado y reformulado a lo largo de los siglos de Historia de esta religión⁴⁵.

La especificidad de la muerte de Cristo en su uso social posterior a la Iglesia judeocristiana de Jerusalén (después del 70 d.C.) reside en la eliminación del carácter de martirio nacional judío y su sustitución por la purga moral y la regeneración de todo el universo (con lo que volvemos a temas anteriores) y la colocación de su resurrección en un plano místico, desapareciendo toda referencia terrena. La superación individual sólo ocurre por la participación de cada uno en ese proceso moral, la resurrección se posterga y el premio al proceder se aleja hacia el otro mundo. Este mundo no tiene importancia y hay que aceptarlo tal como es. Sólo los monarcas, y los justos (?) participarán del beneficio del sistema, primero por ser independiente el orden del mundo, después porque

⁴⁵ Este cambio en la noción de tiempo dominante tiene aun una implicación colateral para nosotros. Junto a la "conciencia griega del devenir", la verdadera toma de posición del hombre frente al proceso histórico, configuró la base de la disciplina histórica occidental (CHATELET, 1962), fuente de disolución de las argucias ideológicas de permanencia del poder, aunque también otra forma de justificar su génesis en algunos momentos (FONTANA, 1982), fundamentalmente a partir de la reformulación del materialismo histórico.

Dios lo ha querido así (PUENTE OJEA, 1974) o porque son los verdaderos representantes de éste en la Tierra, los instrumentos de la expansión de la fe, el Imperium Mundi en manos no de un pueblo elegido sino del representante de la comunidad elegida, el emperador (REMONDON, 1967). Tanto en Oriente como en Occidente en este mismo contexto y durante toda la Antigüedad y la Edad Media, y basándose en el milenarismo escatológico y en la naturaleza de Cristo, la religión fue usada constantemente en la lucha por el poder y en los deseos secesionistas o de justicia (MAIER, 1973; PUENTE OJEA, 1974).

Conclusiones. Igualdad y desigualdad

A la hora de indicar conclusiones sobre el papel de las concepciones sobre la muerte en la organización social y su plasmación, debe tenerse en cuenta en primer lugar que la sorpresa y el ocultamiento no deben conducir ni al pánico ni a la risa (SCARDUELLI, 1983). El secreto debe ser matizado con pistas, con el conocimiento de las primeras fases del ritual o con la posibilidad de escapar al destino a través de la conducta, con un poco de la ideología de los dominados incluida en la oficial (PUENTE OJEA, 1974; STE. CROIX, 1981), con el premio a los que aceptan las reglas establecidas, aquellos que serán dignos de contemplar la gloria eterna, de alcanzar en la otra vida el nivel de los que son capaces de comunicarse con la divinidad a través de ciertas ceremonias, de dominar la muerte (aunque sea en el cuerpo de otros).

Se trata de un proceso de premios y castigos que tiende a secesionar las clases dominadas, del mismo modo que lo consigue la utilización de partes de éstas como burócratas y militares, no debiéndose olvidar que la separación de las esferas, incluso en

El ritual funerario y el conflicto social...

este plano, no es nunca radical, y los sacerdotes pueden realizar funciones burocráticas e incluso militares.

B) Ritual funerario como comunicación. La historia de los estudios prehistóricos

El papel del enterramiento como elemento simbólico, que no sólo es un producto de la sociedad sino que ayuda a la configuración real de ésta, como cualquier otro elemento cultural (HODDER, 1982; SHENNAN, 1982; CHATELET, 1962; BATE, 1977 y 1982), viene dado no sólo por su carácter monumental (CRIADO, 1989a; CHAPMAN, 1981a; KIRCH, 1990; KINNES, 1975), por su posición y localización (CRIADO et al. 1986; HAWKE-SMITH, 1981; PATTON, 1992), su contenido (CRIADO, 1989a; CRIADO y FABREGAS, 1989; SHENNAN, 1982; MATHERS, 1984) y en general su diferenciación (CHAPMAN, 1979; YATES, 1984), sino también por la realización de ciertas ceremonias a la entrada o al interior de los "monumentos" (FRASER, 1983) o el carácter exclusivista que pudieran tener algunas de ellas (FRASER, 1983; BONANO et al., 1990, PEARSON, 1993).

Este trabajo de análisis crítico de algunos estudios sobre las expresiones funerarias se centrará en un aspecto de los fenómenos funerarios prehistóricos, y, casi en su totalidad, del mundo megalítico de Europa Occidental entre el IV y el II Milenio, en fechas de radiocarbono no calibradas, el rasgo a tratar será el de la distribución espacial y los diversos significados que adquiere ésta en relación a las diversas sociedades que construyeron esas estructuras. Sin embargo algunos estudios sobre sociedades alejadas en el espacio y en el tiempo se incluirán aquí por su relevancia en cuanto a modelos de uso del ritual funerario en determinados tipos de formaciones sociales, proporcionando una base para la investigación de un uso similar en aquellas que comparten las mismas relaciones sociales de producción dominantes, el mismo modo de producción,

determinado a través del estudio de la totalidad social y no de uno solo de sus aspectos, por muy relevante que éste sea.

Por otra parte se ha considerado aquí que la monumentalidad se halla muy relacionada con la distribución de las tumbas, y en concreto con su emplazamiento topográfico o su aglutinamiento, y por ello junto al esfuerzo empleado en la construcción en sí de la sepultura se ha intentado valorar someramente el trabajo social necesario también para estos emplazamientos impactantes; relacionando además éste trabajo social con el grado en que determinados miembros de la comunidad, o toda ella, se beneficiaban de él.

El enterramiento como resultado de la producción y los inicios de la diferenciación social

Podemos estudiar la utilización del ritual, como fenómeno de comunicación social (SCARDUELLI, 1983), para establecer límites culturales (LARSSON, 1989 p.ej., o en relación a las tumbas DARVILL, 1982; FRASER, 1983; YATES, 1984). Ya en el marco clásico de la Escuela Histórico-Cultural vemos, ante el deseo de encontrar orígenes y justificar el nacionalismo europeo (TRIGGER, 1982, 1989; KRISTIANSEN, 1984; SHENNAN, 1989), la búsqueda de los rasgos que definieron culturas, aunque estudiadas siempre las diferencias en función de pueblos cuya amplitud geográfica variaba en base no a precisos análisis de las variaciones en escala de los diversos rasgos culturales sino de los intereses políticos dominantes, hecho del que la ciencia nunca se libera totalmente, aunque no se puede caer en el relativismo fácil (LENIN, 1909; SHENNAN, 1989).

Si bien las culturas definidas arqueológicamente no pueden equipararse mecánicamente a pueblos, las oposiciones culturales en diferente escala si pueden hallar una correspondencia con distinciones sociales a escala también diversa, desde un modo

de producción a un subgrupo social (ver BATE, 1977 y 1982). Uno de los problemas que hay que valorar a la hora de acercarnos a estas diferencias es el grado en que puede haberlas modificado la evolución cronológica y los contactos a que da lugar la convivencia y/o vecindad de los diferentes grupos (ver p. ej. DARVILL, 1982).

Sherratt (1990) presentó el origen de los megalitos en una interesante tensión entre grupos sociales diversos en el norte de Europa (colonos e indígenas) pero no explica cuáles eran las circunstancias que provocaban el continuo crecimiento demográfico de las comunidades del Neolítico Antiguo de Centroeuropa y por qué se recurría en todos los casos a la expansión hacia peores tierras.

Han tenido mucho más desarrollo y mayor éxito los estudios funcionalistas que tendían a ver el mundo funerario como simple reflejo de la organización social (ver crítica en CRIADO, 1989a; PEARSON, 1982; HODDER, 1986; etc.), los megalitos en concreto como justificadores del acceso a la tierra, una respuesta adaptativa en definitiva (RENFREW, 1984), sin discutir cuál era el verdadero papel de la tierra en los momentos en que se erigieron los primeros megalitos ni cuando sucedió esto. No se discute el papel del uso de la tierra, del trabajo sobre ella, en la organización socioeconómica general. Además desde los planteamientos teóricos en que se inscribe este trabajo queda claro que la significación social que adquiere el ritual funerario es diversa y compleja (THOMAS, 1990b; PEARSON, 1993; etc.), y que la conceptualización que hacen unos determinados miembros de una sociedad de las condiciones materiales de su existencia no corresponde a la verdadera situación de éstas (SCARDUELLI, 1983) por lo que es frecuente que los elementos de cultura material adquieran funciones enmascaradoras.

Por todo ello los errores del funcionalismo los podemos resumir en una relación directa entre la negativa a asumir el continuo cambio de la sociedad y la aceptación de los cambios evidentes como respuesta a una presión externa, si bien han tenido el mérito de destacar, como ya hizo p. ej. Childe (1954) la relación de la disposición funeraria con la complejidad (término intencionalmente ambiguo) social. En el caso que nos ocupa esa presión externa se ha buscado en los dos puntos clásicos, no excluyentes sino complementarios, la presión poblacional y las limitaciones del medio natural.

Para Renfrew (1975) los megalitos serían una respuesta a una tensión social resultante de un aumento demográfico en una zona densamente poblada en la fachada atlántica europea, desde donde la población no podría "emigrar" a la búsqueda de nuevas tierras. Los megalitos actuarían como elemento de ligazón entre esas comunidades ante los conflictos, sirviendo además de legitimadores del acceso a la tierra, de mojones territoriales. La erección de estos monumentos la valora Renfrew como una "ventaja adaptativa" (RENFREW, 1984). Contiene esta hipótesis todos los defectos del modelo "ola de avance" utilizado en primer lugar para explicar la expansión de la agricultura en Europa siendo fundamental el olvido de la población epipaleolítica preexistente⁴⁶.

Para Chapman la importancia de las tumbas como símbolos de la continuidad del grupo se da no sólo porque contienen los restos de los ancestros sino porque los contienen en un lugar particular (CHAPMAN, 1981a), un lugar que a través de la presencia de estos antepasados, materializada para "siempre" en sus tumbas, se reclama para la comunidad con los recursos que contiene. Recursos que están distribuidos desigualmente y que son

⁴⁶ De la que sí se han ocupado Sherratt (1990), en la hipótesis antes referida, y Dennell (1985) en cuanto a la adopción de la agricultura en las islas británicas p. ej.

necesarios para la comunidad, y cuya posesión debe asegurarse fundamentalmente en épocas o zonas de presión (poblacional de nuevo o climática).

Chapman (1979a) al analizar la relación concreta entre el poblado y la necrópolis de Los Millares de nuevo pone el énfasis en el acceso a los recursos críticos, en este caso el agua presuntamente escasa en un Sureste, al que se le asigna un clima tan árido como el actual, y que fue el que empujó a las comunidades a realizar progresos (técnicos naturalmente) con que vencer/adaptarse al medio; son esas presiones las que "necesariamente" conducen a la aparición de élites gestoras que se verán reflejadas en la necrópolis de Los Millares y, en general, en la complejidad del rito funerario de inhumación colectiva característico del Calcolítico del Sureste (CHAPMAN, 1990). De cualquier forma es evidente, a través de la documentación manejada, que existen diferencias entre unas tumbas y otras. El problema es analizar las causas que condujeron a la aparición de la desigualdad social en el Calcolítico de la Península Ibérica, y sobre todo en su reproducción, a través de la utilización del ritual ideológico o la fuerza militar.

De todos estos estudios la consecuencia más importante que se puede extraer es la importancia de los rituales funerarios en la afirmación de la cohesión en las primeras comunidades agregadas y permanentes de la Prehistoria Reciente Europea.

En los argumentos de Mathers (1984) se utiliza también la Naturaleza como agente principal del cambio social, pero aquí su hipótesis sólo nos interesa de forma secundaria pues únicamente utiliza el registro funerario del sureste de la Península Ibérica para ilustrar (como si el mundo funerario fuera un simple reflejo) la serie de cambios que, según él, se derivan de esa presión ambiental.

El ritual funerario y el conflicto social...

El determinismo funcionalista conlleva la justificación de la construcción de tales tumbas como una respuesta necesaria de la comunidad (o de sus miembros "gestores") a una presión externa, no valorando el papel que las relaciones sociales preexistentes jugaron en la elección de ese determinado mecanismo de reproducción social (ver LIZCANO et al. 1991-92) o las contradicciones que pudo generar (ver SHENNAN, 1982).

Juan Antonio Cámara Serrano

Fig. 1. Zonas europeas referidas en el texto, con inclusión de las principales comarcas, islas y yacimientos cuya distribución megalítica se ha tratado. A. Escocia. B. Irlanda. C. Inglaterra y Gales. D. Bretaña y Normandía. E. Escania. F. Dinamarca.

Marcando un grado más en el reduccionismo economicista los estudios realizados sobre la distribución de megalitos en diversas áreas de Europa por la Escuela de Paleoeconomía de Cambridge (JARMAN, 1982) buscan utilizarlos como indicadores de las zonas de explotación económica en la Prehistoria, identificando los megalitos, o los grupos de ellos, como los referentes locacionales de comunidades cuyos asentamientos, en muchos casos, no se conocen. Los planteamientos funcionalistas que explicaban la distribución de los megalitos en relación a desplazamientos del ganado tendían en muchos casos a considerar el clima de gran parte de la península Ibérica como demasiado seco para ser rentable agrícolamente sin regadío (HIGGS, 1976), hecho que ha sido admitido incluso por sus críticos (CHAPMAN, 1979b; WALKER, 1983)⁴⁷, pero nosotros debemos destacar que la rentabilidad agrícola sólo se mide en cada sociedad y que la producción prehistórica en ningún caso estaba pensada con los criterios mercantiles capitalistas. La reducción de la economía a lo aparente (ver GODELIER, 1974) y la separación de las partes que constituyen la totalidad social como si la economía fuera una esfera independiente de la política (ver LUKACS, 1922) son los rasgos que subyacen en estos estudios. Además aparte del olvido del papel funerario de los megalitos, hay que señalar que no relacionan esas zonas de pasto, a las que asocian las tumbas, y su reducido número de pastores, con aquellos asentamientos donde debía residir la mayoría de la población. Estudios más recientes han señalado la presencia de estos poblados en el llano, pero es necesario ir más allá y señalar la articulación social, incluyendo los aspectos económicos, entre los asentamientos/tumbas del llano y los asentamientos/tumbas de la montaña⁴⁸.

⁴⁷ Este es un extremo que ha sido destacado por numerosos autores para explicar el desarrollo de la jerarquización social en el Sureste (GILMAN, 1976, 1987a, 1987b, 1991; CHAPMAN, 1982; FERNANDEZ MIRANDA *et al.*, 1993; HERNANDO, 1991, 1993) y que llega a ser especialmente risible cuando se señalan como secas áreas atlánticas (ver especialmente CHAPMAN, 1990). Otros estudios han mostrado un mayor índice de humedad en el sur peninsular (MOLINA, 1983; LULL, 1983; RODRIGUEZ, 1992).

⁴⁸ También Kaelas (1981) tiende a destacar la importancia de los recursos de pasto y pesca en

Juan Antonio Cámara Serrano

las zonas en que se sitúan los megalitos en el sur de Escandinavia.

Así los estudios llevados a cabo por el Instituto Alavés de Arqueología en la Sierra de Entzia plantean una difícil articulación de dos grupos de pastores que suponen un máximo de 12 habitantes (GALILEA, 1981:229) durante más de 1600 años. Esta estimación poblacional sorprendentemente baja se realiza en base al número de inhumados en los dólmenes (GALILEA, 1981:227-229), sin tener en cuenta los costes de construcción, la posibilidad de que sólo parte de la población se inhumara y la relación con el llano donde, según sus propios argumentos para explicar el carácter de la Sierra de Entzia, se situarían los centros permanentes de aquellos pastores (sólo una parte de la población) que acudirían a los pastos de verano en la montaña aprovechando las zonas abiertas. Lo que nos interesa destacar en relación a los siguientes estudios es la oposición entre los dólmenes de la zona norte de la sierra, que miran hacia la Llanada Alavesa, y los túmulos y sepulturas bajo roca al sur, debiendo recordarse que en el valle de Arana, al sur de la Sierra de Entzia, se da este tipo de enterramiento en Lamikela (GALILEA, 1981:213). La yuxtaposición, sobre todo al este, puede tener también significación cronológica.

Fernández y Pérez (1988) al referirse a la diferenciación entre sepulcros de fosa, megalitos y cuevas naturales en las regiones catalanas señalan tanto causas de oposición cultural como de evolución temporal interna, aunque es más sugerente la explicación para la convivencia de dos tipos de ritual que nos ofrece Hawke-Smith (1981) sobre la utilización conjunta de pastos de alta montaña por parte de dos comunidades, en épocas sin tensión abierta, quedando a los monumentos rituales un papel de símbolos de demarcación no totalmente excluyentes, hecho que parece desprenderse también de los estudios sobre distribución espacial de las tumbas megalíticas en el área de Tabernas (CÁMARA et al. 1993), y su contraposición a la situación existente en el área limítrofe del Alto Almanzora (MARTINEZ et al., 1989).

Yates (1984:70-76) también se refiere a la diferenciación de tradiciones entre los cairns, que abundan al oeste de la zona de Dumfries-Galloway, con enterramientos centrales y otros periféricos, a veces cremados y en urna, y que en ocasiones serían almacenados hasta el enterramiento principal, siendo incluso esto un privilegio restringido a los posibles clientes; y los cementerios cerrados que abundan al este y en los que predomina la cremación. Señala además que la distribución de las tumbas es un reflejo del área de asentamiento, siendo los individuos importantes enterrados en un cairn, con piedras producto de la actividad agrícola, en la zona de explotación (a veces muy ocasional) donde había acontecido su muerte (YATES, 1984:90).

Estos últimos estudios, cargados aún de funcionalismo, sugieren ya la importancia del ritual no sólo en la cohesión interna sino también en la diferenciación hacia el exterior y en la justificación de la posición social, temas a los que después volveremos.

Aun en los autores funcionalistas puede rastrearse la estrecha vinculación de los elementos funerarios con todo el proceso de producción social y así Fraser (1983) partiendo del hecho de que las bases cognitivas de una sociedad son el conjunto de reglas culturales, a menudo expresadas por medios simbólicos, por las que los miembros de la sociedad comprenden y usan el mundo material alrededor de ellos (FRASER, 1983:421) empieza con el estudio de la asociación de los cairns, como objetos visibles permanentes sobre el paisaje (ver también CRIADO, 1989a), con las tierras de cultivo fáciles de drenar; lo que si por una parte puede caracterizarlos como mojones territoriales (FRASER, 1983:423; RENFREW, 1973), por otra nos habla de la creencia de las personas que los construyeron en la habilidad del medio ambiente para proporcionarles frutos (FRASER, 1983:422). En relación con esa función agrícola los cairns no serían observatorios astronómicos sofisticados (FRASER, 1983:423), y se puede inferir por la orientación de

éstos hacia el sureste y el oeste, y a las ricas tierras de cultivo, un especial papel en la conmemoración de fechas importantes del calendario agrícola como serían el solsticio de invierno y el equinoccio de otoño respectivamente (FRASER, 1983:424). Especial papel tendrían también los enterramientos si se daban sólo en fechas especiales como las anteriormente referidas (FRASER, 1983:424), lo que se combina con el retorno tras la muerte de los miembros del grupo que se habían marchado por las reglas exogámicas que permitían el mantenimiento reproductivo de la sociedad de las Orkney (FRASER, 1983:428-429; MEILLASSOUX, 1975). También la inhumación de los cadáveres podía suponer un retorno a la tierra, donante de frutos, y una garantía de los derechos del grupo a ella (ver CHAPMAN, 1981a p. ej.; FRASER, 1983:424-425)⁴⁹.

En la Península Ibérica los investigadores gallegos, que han sido los que más profundamente han abordado la distribución megalítica, no han logrado superar muchos de los defectos funcionalistas, sobre todo en lo que se refiere a la relación de la economía con la organización política, especialmente evidente en su incorrecta apreciación del papel del parentesco en las sociedades comunitarias (CRIADO, 1989a), ya que al actuar como regulador de la producción, no hace sino mantenerse en el plano superestructural,

⁴⁹ El análisis de la evidencia material le lleva a rechazar cualquier diferenciación cultural pese a que tanto en la distribución de los diseños distintivos de las cámaras (FRASER, 1983:426) como en la de los elementos usados para dividir el espacio en su interior (FRASER, 1983:396) se pueden observar diferencias regionales, e incluso el análisis de intervisibilidad, aunque puede sugerir una cierta relación entre todas las islas del norte (FRASER, 1983:386) también muestra unos ciertos agrupamientos regionales (p. ej. entre la costa sur de Rousay y la norte de Mainland) (FRASER, 1983:382), que además se podían haber relacionado con una explotación del mar. La división de las cámaras también sugiere una complejidad de acceso cuyas implicaciones no se exploran (FRASER, 1983:427), frente a lo que se hace en otros estudios (BONANO *et al.*, 1990) y aunque se sugieren reuniones restringidas del grupo de parentesco al interior (FRASER, 1983:428). De fundamental importancia, en su hipótesis, se revela la distinción locacional entre los pequeños cairns situados en los buenos terrenos agrícolas en relación con los pequeños grupos exógamos y aquellos otros más grandes que se sitúan en terrenos de alta visibilidad y que sirvieron para criterios de centralización (no existiendo así la diacronía propuesta por RENFREW, 1979; ver FRASER, 1983:324, 427 y 431-435).

teniendo en cuenta que esto es sólo una división metodológica. Si bien la consideración del papel activo de la cultura material, como resultado de la producción social y soporte de significado, abre interesantes expectativas especialmente en los últimos trabajos (CRIADO, 1989a; CRIADO y FABREGAS, 1989; VAQUERO, 1989, 1990; etc.).

Los estudios de la escuela gallega (CRIADO et al., 1986; VAZQUEZ et al., 1987; CRIADO, 1988b) ponen el acento en las oposiciones contextuales implícitas en el mundo megalítico⁵⁰, en el efecto que causan estos monumentos. Se pone así el énfasis en las oposiciones túmulo/cámara, tumba/espacio exterior, tumba/ajuar, a las que recientemente se ha añadido una cuarta regularidad, el interés o no en los espacios de umbral y las funciones rituales y escenográficas (CRIADO y VAQUERO, 1991); y a partir del análisis de las diferencias se establece como hipótesis una tendencia cronológica no homogénea hacia una mayor diferenciación social que supone el fin cohesionador de los megalitos y el énfasis en la individualidad (CRIADO, 1989a; CRIADO y FABREGAS, 1989), si bien recientemente han tomado más precauciones sobre el carácter temporal de esta evolución (CRIADO y VAQUERO, 1991).

Para Criado (1989a), al igual que para otros (PEARSON, 1982; RANDSBORG, 1989), el registro material de una sociedad no traduce de un modo directo e inmediato lo que ocurre en esa sociedad⁵¹, sino que refleja un discurso de poder perteneciente a ese

⁵⁰ Como también hizo Whittle (1988a).

⁵¹ Criado concibe los megalitos como producto y expresión (como todo fenómeno cultural, ver CHATELET, 1962), son actos, expresiones y concretizaciones del pensamiento en una sociedad dada (CRIADO, 1989a). Se sitúan en un espacio humanizado, convertido en paisaje concreto (CRIADO, 1991b). En este espacio los monumentos megalíticos se entienden como "símbolos territoriales socialmente activos" (CRIADO, 1989a:79). Para él expresan no sólo una concepción del espacio por parte de los grupos que los construyeron, sino también una concepción del tiempo, sin embargo es difícil admitir una negación de éste, según lo que el autor pretende, por parte de aquellas sociedades que caracteriza con el "pensamiento salvaje" de Levi-Strauss, ya que en éstas lo que se pretende simplemente es dibujar una ilusoria sensación de permanencia (ver BLOCH, 1982), o, mejor, un ciclo de vida/muerte/regeneración, al que ya nos hemos referido, a través del paso de

grupo y representativo de un determinado sistema de saber-poder. Aunque para nosotros lo importante no es conocer esas concepciones sino las verdaderas relaciones sociales (SCARDUELLI, 1983), porque el pensamiento que conduce a una innovación no es un hecho aislado sino que se halla unido a una serie de casusas que sólo tienen que ver con las concepciones mentales de los individuos en la medida en que éstas surgen en el seno, y en respuesta, de unas determinadas relaciones sociales (TILLEY, 1982; PEARSON, 1984). A partir de aquí podemos ir acercándonos a lo concreto.

En estas argumentaciones el megalito predominando sobre el entorno proporciona la imposición de un efecto humano permanente sobre el paisaje (CRIADO et al., 1986; VAZQUEZ et al., 1987), son obras monumentales para exhibir la muerte y que desafían al tiempo; y así Criado et al. (1986) ponen el énfasis en el papel de las mamoas situadas, en los casos estudiados de la Sierra de Barbanza, en puntos con visibilidad sobre determinadas zonas, controlando áreas de explotación económica desde donde, además, son visibles; jalonando también caminos (VAZQUEZ et al., 1987; CRIADO y VAQUERO, 1991) y sobre todo controlando puntos estratégicos como los vados y los collados (VAQUERO, 1990). Suponen además una expropiación del trabajo tal vez en bien sólo de parte de la comunidad (ver KINNES, 1975), aunque no creo que sólo a la fuerza el hombre trabaje más allá de sus necesidades (CRIADO, 1989a; CRIADO et al. 1986), ya que las necesidades se miden en términos sociales, y no constituyen ninguna realidad atemporal, pues en caso contrario no se estaría capacitado para criticar aquellas concepciones que intentan imponer al pasado nuestra propia visión del espacio como un elemento que se puede, y se debe, medir, parcelar, repartir, vender, privatizar, ordenar,

los restos impersonales y permanentes de los difuntos (los huesos) a la tumba colectiva y la tierra, vital para las sociedades agrícolas (ver BLOCH, 1988). Whittle (1988b) observa que la oposición entre concepciones cíclicas y concepciones continuas del tiempo no es absoluta ni mucho menos arbitraria sino que responde a diversos intereses de control y cohesión social.

explotar, rentabilizar e, incluso, destruir (CRIADO, 1988a:63 y 65, ver también CRIADO, 1991b), imponiendo la ideología mercantilista y cuantitativa burguesa (BARTHES, 1956)⁵².

⁵² Para Thomas (1990b) sólo en el capitalismo cuando la tierra se ve como algo que puede ser comprado y vendido se ve el paisaje como algo exterior, aun cuando en realidad el espacio es siempre un elemento cultural, un texto escrito y leído por las acciones sociales desarrolladas por los individuos (THOMAS, 1990b:169).

Fig. 2. Distribución en la Península Ibérica de las áreas megalíticas referidas en el texto y las zonas más que se han destacado dentro de ellas. A. Zona de interés primordial (Andalucía Oriental, ver capítulo siguiente). B. Zona de contrastación especial (Andalucía Occidental). C. Otras zonas citadas en el trabajo (C.1. Galicia y Norte de Portugal, C.2. Asturias, C.3. Cantabria y Lora Burgalesa, C.4. País Vasco y Alto Ebro, C.5. Cataluña, C.6. Cuenca del Segura, C.7. Alentejo, Beiras, Extremadura portuguesa y Extremadura española).

Si buscamos las causas que originan la aparición del megalitismo en un determinado momento, y teniendo en cuenta que Criado y Fábregas (1989) exponen que la evolución social que expresan y reproducen no se da al mismo tiempo en todas las áreas, se señala que su implantación coincide con la ruptura que supone el necesario, pero costoso, desarrollo agrícola (CRIADO y FABREGAS, 1989:682; CRIADO et al. 1986:175; CRIADO, 1989a), originando un deseo de limitar el territorio y apropiárselo a través del "símbolo megalítico" (CRIADO y VAQUERO, 1991:252). Para Criado (1989b:86) las uniones repetitivas entre los megalitos y los límites y fronteras naturales podrían ser comprendidas como una forma de incorporar la organización natural del medioambiente dentro de la organización social del paisaje. La naturalización de la sociedad como forma de control político, de asegurar la reproducción social, se impone ahora por la domesticación del espacio a través de la inversión en él de una mayor cantidad de trabajo social. Sería así el momento en que se reconoce y se hace evidente la transformación y apropiación humana de la Naturaleza (a través del trabajo). Esto se une al hecho de que es en las etapas de reorganización social cuando se necesita una mayor información ideológica del poder⁵³ (PEARSON, 1982; KRISTIANSEN, 1989d).

Criado ha relacionado además los megalitos con un sistema técnico agrícola específico, la agricultura de roza, que precisaba terrenos ligeros, bien drenados y fáciles

⁵³ Tampoco se puede admitir, como indicamos, la afirmación que recoge de Godelier (1974) de que la superestructura a veces funciona como infraestructura, porque ambas se encuentran indisolublemente unidas en todas las sociedades, siendo sólo categorías de análisis, así p. ej. en todo Estado (por referirnos sólo a las sociedades clasistas donde presuntamente la división entre las instancias es más clara) los mecanismos económicos se hallan mediatizados por los instrumentos "superestructurales" que son los que en el fondo garantizan la gestión y distribución clasista del producto social. Además aunque sea cierto que la ideología no es manipuladora *sensu strictu* en las sociedades primitivas si es que de ella no se deriva desigualdad, no por ello debe descartarse la existencia de superestructura (CRIADO, 1989a:81, 1989b:83) ya que su función primaria sería el mantenimiento y reproducción del sistema social, con sus características propias.

de trabajar (CRIADO y FABREGAS, 1989:691-693; CRIADO y VAQUERO, 1991:131). Este tipo de aproximación caracteriza a los terrenos como buenos o malos en función de la "tecnología agraria" disponible y no en términos absolutos (CRIADO, 1988a:80 y 1988b:153), atribuyendo en parte la dispersión de los megalitos a los movimientos por necesidad de regeneración de los suelos (CRIADO y FABREGAS 1989:691-693), sin embargo su vinculación a rutas (CRIADO et al., 1986; VAZQUEZ et al., 1987; VAQUERO, 1990) nos sugiere otras explicaciones en relación a la complementariedad económica montaña/llano⁵⁴.

Vaquero (1988, 1989), por el contrario, dentro de la escuela gallega y utilizando como criterio básico la visibilidad genérica entre sectores de explotación económica diferencial, ha llegado a mostrar la interconexión visual en el piedemonte de la Sierra de

⁵⁴ Esta parcelación de la interpretación no se ha superado en el reciente proyecto Bocelo-Furelos (CRIADO, 1991a), y si bien aquí se ha incluido una zona de valle (Río Furelos) junto a la sierra (O Bocelo) para contrastar y, en teoría, articular el poblamiento (CRIADO, 1991b:31) los defectos siguen estando presentes p. ej. cuando se habla de las diferencias entre los yacimientos calcolíticos del valle y la sierra en términos de diferencia cultural o cronológica (GONZALEZ, 1991:157) en lugar de complementariedad económica dentro de los mismos grupos sociales. No queda clara tampoco la separación de ese poblamiento del fenómeno megalítico cuando se habla de fases anteriores (GONZALEZ, 1991:147) y, por otro lado, parece situarse incluso el Neolítico Final como un fenómeno posterior al Megalitismo (¿posterior en qué, en la cronología de construcción o de uso?) (CRIADO, 1991c:252). Además si se considera el megalito (el túmulo realmente) como un monumento simbólico ligado a un uso único de las zonas de penillanura cómo se explicaría el que en épocas posteriores en las que hipotéticamente el uso de la tierra y el emplazamiento de los asentamientos han cambiado se sigan usando los túmulos como lugares de enterramiento (MENDEZ, 1991:173). ¿Cómo se interpretaría además el interesante yacimiento de Carballeira-Requeán de mayor tamaño que los de la sierra? (GONZALEZ, 1991:155-156).

Observando el mapa de distribución de las mamoas del área Bocelo-Furelos (CRIADO y VAQUERO, 1991) se aprecia su disposición alineada en las cumbres, lo que remarca el papel de límites/rutas de comunicación en lugar de la asociación directa a las áreas de explotación.

En mi opinión y siguiendo las hipótesis dibujadas aquí, la presencia de las sepulturas responde a un sistema mucho más organizado de explotación de las llanuras y las montañas con gran importancia de la ganadería en ambas zonas.

A Reborica entre las zonas de aprovechamiento extensivo donde se sitúa el espacio funerario y las zonas de aprovechamiento intensivo. Así la oposición de un tipo de agricultura a otra (CRIADO, 1988a, 1988b, 1989c) no explica la diferencial distribución de los megalitos que controlan visualmente territorios de explotación económica variada, como también han mostrado los yacimientos precampaniformes localizados por Méndez y González (1988) asociados a tierras de labradío, y otros muchos localizados en los últimos años en Galicia.

El enterramiento como fenómeno ideológico y la afirmación del poder

Más interesantes son sin duda las consideraciones sobre el poder y su justificación. Hay que señalar que ya en los años 70 Kinnes (1975) había resaltado el papel social de las tumbas a través de su monumentalidad (ver también TRIGGER, 1990), conferida especialmente por los túmulos u otras superestructuras más complejas, que sólo se generalizaban cuando la organización social requería aquel rasgo imponente. Las tumbas monumentales representan además una movilización del trabajo de gran parte de la sociedad en favor de alguno de sus miembros, a través de diversas formas de tributo, (ver KINNES, 1975:26-27; YATES, 1984; CHAPMAN, 1990). Kinnes (1975), en esta línea también se anticipó a Renfrew y otros en la consideración de los megalitos como marcadores territoriales, e incluso Renfrew (1973) realizó una exposición sobre el ascenso de las jefaturas y su consolidación en la zona de Wessex y una progresiva centralización, aunque estudios recientes han mostrado que el poblamiento y la concentración aldeana eran más importantes de lo que se creía desde el Neolítico Final (HOLGATE, 1987; SOFFE y CLARE, 1988).

Randsborg (1975) destaca que los megalitos, en tanto que monumentos, se hacen para ser vistos, y resalta su papel en las zonas en que se ha producido agregación, en las que, como veremos, las personas importantes (y los ancestros como categoría general) son usados incluso en la muerte como punto de referencia para la comunidad. El énfasis ha cambiado aquí respecto a los funcionalistas, no son las élites las que se autoaprovechan de su aparentemente importante papel sino en principio la comunidad. El problema es que se están abriendo demasiadas vías a la desigualdad.

Si el mismo carácter de mi especialización me lleva a centrarme habitualmente en los fenómenos funerarios de la Prehistoria Reciente, estudios arqueológicos, etnográficos e históricos muestran el papel diverso del enterramiento y su vinculación al poder. Los estudios etnográficos pueden ilustrar el proceso por el que las tumbas expresan y potencian los cambios sociales, la descentralización y la formación de comunidades aristocráticas tras las primeras sociedades de clase (formaciones sociales asiáticas) (RUIZ, 1978), aunque para establecer paralelos hay que tener en cuenta si las relaciones sociales básicas coinciden, si las comunidades comparten un mismo modo de producción, dado que la gama de relaciones (amo-esclavo, señor-siervo, etc.) que se pueden establecer entre las personas es reducida, y éstas son redefinidas varias veces a lo largo de la Historia, con condicionantes económicos diferentes a los que también hay que prestar atención (HOBSBAWN, 1964).

Así Kirch (1990) pese a referirse a jefaturas⁵⁵ y no a estados, considera bien el papel, a diferentes escalas espaciales, de los distintos monumentos para justificar el orden social tanto en Tonga con sus diferentes túmulos, de enterramiento o dedicados a otras actividades pero siempre en relación a las élites, y variando su tamaño desde la escala

⁵⁵ Ver crítica al concepto en Nocete (1984 y 1988).

local hasta el gran centro político, como en Hawaii donde la misma situación es reproducida por los diferentes tipos de templos y su complejidad, y donde son especialmente importantes los templos de los dioses de la guerra (que, en mi opinión, expresan además el menor grado de centralización conseguido en las islas Hawaii) llegando la escala hasta las capillas domésticas. Dos diferencias relacionadas se pueden señalar entre Tonga y Hawaii, la forma de intercesión ante los dioses, ya que los dirigentes Tonga están directamente emparentados con ellos (al menos la parte religiosa del poder de los Tu'i Tonga, relacionados familiarmente con los que ostentan el poder seglar), mientras los dirigentes hawaianos realizan ceremonias rituales pero deben convivir con una clase de sacerdotes; los hawaianos, por esto mismo, ocultan sus ancestros y no los exhiben como dioses. El primer modelo demuestra la importancia del ritual en el sostenimiento de las sociedades tributarias, en el gasto suntuoso de algunos de los elementos recaudados, y en la imponencia de las tumbas y otros edificios conseguida no sólo por su monumentalidad sino por el impacto del trabajo empleado en ellos.

Pearson (1992) expone una evolución en Madagascar en la que se puede apreciar como las tumbas monumentales (en este caso individuales) pueden utilizarse para diversos fines desde su implantación, a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX, para evitar la caída del poder real hasta su utilización por los ricos oligarcas o aquellos que pretenden emularlos, en momentos más tardíos (siglo XX). Así hay que tener en cuenta que el ritual funerario sólo encuentra significado en una formación social concreta y que, a menudo, sirve para enmascarar las diferencias sociales, como hemos venido diciendo.

Thapar (1981) ha señalado como a partir del monumento funerario se enmascaran las raíces, y las familias aristocráticas fuerzan una relación, la mayoría de las veces ficticia, con los héroes ancestrales locales.

También para Randsborg (1981) los monumentos funerarios en la sociedad feudal justifican la sucesión, las relaciones familiares (matrimonios con nobles), derechos de propiedad y delimitación de fronteras (nobleza guerrera que se entierra en tumbas con rico ajuar en torno a los fortines). Para Randsborg (1981:108 y 112) cuando el poder se ha consolidado no es necesario afirmar la posición con lo que la riqueza se prefiere pasar a los descendientes (ver también KRISTIENSEN, 1989b). En cuanto a la ubicación de las tumbas hay que reseñar que en los casos de conquista las concentraciones de monumentos afirmando el nuevo poder se sitúan en los núcleos estratégicos. Este papel se ve p. ej. también en la asociación de piedras con runas no sólo a enterramientos sino también a caminos (RANDSBORG, 1981:106), y así en el siglo IX los monumentos se sitúan en zonas de conflicto interno y en el siglo X en Jutlandia central y del norte en las antiguas zonas marginales, es en estos momentos cuando aparecen tumbas de cámara para magnates locales (RANDSBORG, 1981:113), que buscan afirmar su derecho sobre la tierra (RANDSBORG, 1981:108 y 115) o emular el poder nobiliario. Los grandes mausoleos, sin embargo, coinciden con el centro real de Jellin, en el siglo X, y sus cinturones defensivos donde se entierra la nobleza guerrera (RANDSBORG, 1981:114; 1989:89); y es en esta zona donde también aparecen tumbas de grandes mujeres (RANDSBORG, 1981:115), que debían estar relacionadas con alianzas dinásticas (RANDSBORG, 1981:116). Esta red de tumbas entre los 50 y los 150 kms desde Jellin incluye también las ciudades, que actúan como centros regionales, más tempranas del país (RANDSBORG, 1989:87). El proceso muestra la importancia del ritual funerario y la emulación en las luchas por el poder entre las élites, las luchas por asegurarse la fuerza de trabajo dependiente en una sociedad tributaria de peculiares características guerreras

en la cúspide y relaciones especiales entre la élite (vasallaje incipiente) tendentes a asegurar una estabilidad desigual, pero que carga más sobre los siervos.

Una exposición de la evolución social relacionando los fenómenos funerarios con la organización social en su conjunto puede verse en diversas obras de Kristiansen (1982, 1984) en las que expone los diversos sistemas por los que se afirma la jerarquización entre los linajes, se transmite y afirma el poder dentro de ellos y se compite a través de diversos mecanismos de carácter ritual en sentido estricto (monumentos, depósitos), del control de la circulación de determinados "bienes de prestigio", de la violencia física, y por tanto de los recursos humanos (clientes) y animales. De tal forma los megalitos, y también los depósitos (utilizados en diversas épocas), simbolizan tanto los esfuerzos colectivos de la comunidad como el liderazgo heroico del jefe ancestral que legitima y sostiene el poder de sus sucesores.

Whitehouse (1988, 1993) al estudiar la simbología contextual de La Grotta di Porto Badisco (Italia) ha distinguido una asociación inaccesibilidad/abstracción de los motivos pictóricos que relaciona con "ritos de iniciación sacralizados" y un monopolio del poder. Balbin y Bueno (1993) han destacado en este sentido el papel de las representaciones decorativas al interior de las cámaras megalíticas, algo que es también destacado por el hecho de que en algunas zonas europeas se tiene evidencia de la realización de relieves en los ortostatos antes de que sean colocados (HERITY, 1974). En la misma línea hay que incluir el trabajo de Thomas (1990b) que señala que el constreñimiento del acceso al depósito de enterramiento supone un intento de dirigir el encuentro con los ancestros por su importancia simbólica en la reproducción de la autoridad en la comunidad (ver MEILLASSOUX, 1975; BLOCH, 1981, 1982, 1988; DARVILL, 1982; FRASER, 1983; etc.). En la interpretación de los mensajes de las

tumbas tuvo que ver no sólo la percepción de la decoración de los ortostatos, sino las posturas a que era obligado el cuerpo al transitar a través de puertas bajas y estrechamientos. También la deposición diferencial de los huesos según sexo, edad o ritual, o la presencia de los elementos de ajuar estaría entre los textos que debían ser leídos y que eran reescritos a través del "juego ritual" de recolocación (incluyendo p. ej la desarticulación, ver WHITTLE, 1988a). Se da aquí el potencial para la lucha entre los intereses de los diferentes grupos sociales, entre aquellos que tienen acceso al interior de las tumbas y los que no (ver también WHITTLE, 1988a, BONANO et al, 1990; BROWN, 1993; etc.).

Se ve aquí que en las primeras comunidades de clase, o en aquellas que se están estableciendo otro tipo de desigualdades sociales, la separación en base al ritual religioso adquiere diversas formas, no siendo los megalitos, ausentes en muchas zonas de Europa, el único sistema, aunque los procesos tienden a ser similares, la capacidad de movilizar las fuerzas sobrenaturales por parte sólo de algunos y la primacía de algunas comunidades con respecto a otras, siendo la rapiña esporádica más propia de comunidades más descentralizadas.

Otras formas de limitar el movimiento de las personas, en concreto en los funerales, han sido sugeridas por Mizoguchi (1992) para explicar la secuencia de formación de los cementerios lineales de túmulos en el sur de Gran Bretaña desde el Campaniforme, pasándose según él de la justificación del individuo por sus antepasados concretos y su capacidad de movilizar recursos a la manipulación de la descendencia lineal de los ancestros generales y abstractos. Un proceso aparentemente contrario al sugerido en este trabajo, aunque se trata sólo de una argucia ideológica que no oculta la aparición de aristocracias. También Barrett (1990) se refirió a estos fenómenos destacando el papel de plataformas elevadas y secretas de los túmulos engrandecidos para la celebración de determinadas ceremonias, restringiéndose el acceso a la parte principal

de ellas, aunque se podrían contemplar de lejos (ver SCARDUELLI, 1983; PEARSON, 1993).

Para Shennan los cambios que se producen en diversas zonas de Europa con el sureste de la Península Ibérica, Wessex y Bretaña suponen la progresiva sustitución de una ideología que justifica la jerarquía a través de la exaltación de los beneficios que presuntamente ésta reporta a la comunidad, de la que en teoría los líderes se presentan como un elemento indiferenciado más (aunque en CHAPMAN, 1979a se puede ver como a veces se ven también diferencias), por otra ideología en la que la desigualdad se remarca como natural (SHENNAN, 1982:156). Las ideologías evolucionan en forma diferente y actúan de distinta forma en las diferentes partes de Europa, de ahí la importancia de la variable espacial a la hora de valorar la evolución social, ya que las comunidades no son entes aislados e inmutables, sino que se relacionan a distancias variables según la época que tratemos⁵⁶. Así si en Centroeuropa no hay en el Neolítico Final local evidencia de jerarquía entre asentamientos ni tumbas monumentales, sí existe una diferenciación en los ajuares asociada fundamentalmente a la edad y el sexo (ver BARFIELD, 1986, para un caso del norte de Italia), pero a fines del Edad del Bronce Temprano asistimos en la zona a una sociedad con grandes diferencias de ajuar a nivel individual a través del consumo de bienes de prestigio (SHENNAN, 1982:157), en relación a la producción metálica de la zona y la circulación de los productos de ésta con otros productos que se pueden considerar también objetos de prestigio como el campaniforme (SHENNAN, 1982:158-159), para unas aristocracias de diversas zonas europeas⁵⁷ que los utilizan para

⁵⁶ Siendo la homogeneización progresiva hasta el momento de auge del capitalismo.

⁵⁷ Para rechazar los planteamientos lineales de individualización en la transición al II Milenio (MATHERS, 1984; HERNANDO, 1991, 1993; etc.) puede ser útil señalar con Fraser (1983) que la inclusión de niños y mujeres en las tumbas colectivas no implica igualdad, ya que podía ser que sólo se enterrara una sección de la sociedad con muchos de sus integrantes (hecho que hemos resaltado

justificar su posición (como elementos que adquieren personalmente, quizás por voluntad divina, y no por una intervención de las masas dominadas -SHENNAN, 1982:158-) y eternizarla (a través de su disposición en las tumbas, afirmando la atemporalidad de la desigualdad social), incluso ayudando a los mecanismos de herencia, viéndose el ajuar como símbolo de lo que es capaz de canalizar el sucesor (SHENNAN, 1982:160), aunque también se podría enfatizar la totalidad de la familia aristocrática al aparecer en diversas zonas de Europa niños con rico ajuar (HAWKE-SMITH, 1981; MOLINA, 1983). Los estudios seguidos en este trabajo muestran que el proceso se dio también p. ej. en el norte de Gran Bretaña (HAWKE-SMITH, 1981; YATES, 1984), pero hubo zonas en que la acentuación de la diferenciación social no tuvo lugar, o la separación de las líneas de intercambio mantuvo la ideología existente, prácticamente sin cambios visibles, como expresión y producto de sus relaciones sociales (SHENNAN, 1982:158).

En la Edad del Bronce Europea los datos funerarios exponen una alta diversidad tanto en el tipo de los sepulcros, la relación entre los cadáveres, su tratamiento y el número de inhumados, como en los ajuares que los acompañan. De todo ello y su relación con la diferenciación entre y dentro de los asentamientos se ha podido extraer el panorama de una sociedad aristocrática (HARDING, 1984; ROWLANDS, 1984) en la que hay rasgos, como la disposición de algunos enterramientos secundarios (YATES, 1984) o el sacrificio de gran cantidad de animales a tumbas ricas, vinculado posiblemente a grandes funerales (PEARSON, 1993; DAVIS y PAYNE, 1993), que muestran una marcada jerarquización basada en la apropiación del ganado (KRISTIANSEN, 1984; 1989c), el control y división de la tierra (HARDING, 1984; PEARSON, 1993) y para ello el control de la justificación ritual (KRISTIANSEN, 1989b; PEARSON, 1984 para momentos

en nuestros trabajos sobre Martos, ver LIZCANO *et al.*, 1991, 1991-92, y que se puede aplicar a la restricción de enterramientos en algunas zonas del Valle del Guadalquivir durante el Calcolítico).

posteriores). Sin embargo al mismo tiempo y pese a que se señala la disminución de la importancia de la diferenciación sexual y de edad (KRISTIANSEN, 1989d; SHENNAN, 1982; HARDING, 1984) no se llega a aceptar el papel de la herencia en la transmisión del poder, así p. ej. Mays (1989) señala que los niños con rico ajuar tal vez indican el status de sus parientes más que el propio; sin embargo como Shennan (1982) señala al igual que la muerte de un jefe puede convertirse en la expresión de los recursos que es capaz de movilizar su sucesor, del mismo modo cabe pensar que esos niños expresan una desigualdad existente que tiende a exhibirse por la ostentación⁵⁸ y en cualquier caso la importancia que ahora adquiere la familia, los antepasados, como sede del poder social y como marco en que debe reproducirse éste. Se trata de un fenómeno nuevo (KRISTIANSEN, 1989c, WHITTLE, 1988a, GARWOOD, 1993), un contexto del que no se puede prescindir al explicar esos enterramientos infantiles ricos, que, como veremos en el sur de la Península Ibérica, se suelen situar también en lugares especiales (MOLINA, 1983; SCHUBART et al., 1985) o formando parte de familias inhumadas (MOLINA et al., 1973).

Recientemente Bonano et al. (1990), siguiendo los planteamientos de Bradley, han rechazado las hipótesis de Renfrew sobre la función social de los monumentos malteses más elaborados (al igual que hizo FRASER, 1983, para las Orkney), destacando el hecho de que en todos los casos constatados estos monumentos están ya presentes en

⁵⁸ Es evidente que los elementos que acompañan al ajuar no forman el verdadero equipo infantil pero siempre, en las clases altas especialmente, no sólo en la muerte sino en otras ceremonias como la comunión en los países católicos, se tiende a dotar a los niños con elementos propios de los adultos; y además, volviendo a la muerte, cualquier tratamiento de los difuntos lo que pretende es influir en los vivos y no representar lo que eran los muertos, reproducir (justificar) las relaciones sociales existentes. Lo que le ha ocurrido a Mays (1989) es que ha sido capaz de demostrar que una de las reglas universales de los funcionalistas, aquella que postula que una persona representa en la muerte lo que es en vida es una falacia, pero no ha extraído las consecuencias correctas en cuanto a la repercusión de la muerte en la reproducción de las relaciones sociales, la utilización de estos niños para afirmar las diferencias entre las familias, hecho que no se puede dar cuando estas últimas carecen de sentido.

las fases iniciales del poblamiento, pero van sufriendo un paulatino y cíclico aumento de monumentalidad que expresa y sirve de cauce a la rivalidad intra e intergrupala (BONANO et al. 1990:195 y 202-203), no siendo así expresiones de una mayor centralización, hasta el punto de que al fin del período de Construcción de Templos comienzan a operar algunos principios de exclusión (BONANO et al. 1990:203). Los depósitos rituales y la construcción de los monumentos (templos y tumbas) servirían a ciertos individuos para ganar adeptos, la progresiva complejidad arquitectónica de los templos fue usada también para la exclusión referida. después se adoptó una nueva expresión ritual que eliminó la necesidad de construcción monumental masiva y, en lugar de ello, concentró la inversión ritual en los cementerios de cremación (que enmascaraban la rivalidad) y los dólmenes (que promovían lo individual con la asistencia sólo del grupo de parentesco inmediato -en una línea común a casi toda Europa, ver SHENNAN, 1982-). La necesidad de movilizar recursos comunales en la acción de rivalidad, expresada en la construcción de templos, llegó así a su fin (BONANO et al. 1990:203). No es así necesario recurrir a la centralización progresiva y al posterior colapso sugeridos por Renfrew, si bien un modelo de centralización/descentralización a pequeña escala es, en mi opinión, compatible con el nuevo modelo propuesto.

Afirmación y crisis del sistema productivo. Legitimación y subversión

Habría que interpretar la difusión del megalitismo en términos similares a las propuestas de Darvill (1982), que la relaciona con los pescadores del Mar del Norte (un argumento también utilizado por DENNELL, 1985 para la difusión de la agricultura a las islas británicas, y que se puede mantener aquí en el sentido de que las comunidades epipaleolíticas en ningún caso se encuentran aisladas y acceden a determinados productos

lejanos⁵⁹. En cualquier caso habría que señalar que los megalitos no son sólo un producto del Neolítico sino una contribución de éste a una nueva sociedad (BARRETT, 1990). A partir de ahí el mundo nunca volvería a ser el mismo. Los túmulos al usarse crearon una forma específica de intervención de los ancestros.

⁵⁹ Blas Cortina (1985) ha intentado explicar las diferencias entre las distribuciones megalíticas de las zonas occidental y oriental de la provincia de Asturias, en base a diferencias paisajísticas y de evolución histórica entre ambas zonas. Para Blas Cortina (1985:130), el hecho de que la mayoría de los dólmenes de esta zona occidental se sitúen en las áreas interiores y a más de doce kilómetros de la costa (con algunas excepciones) se debe a que en esta zona se podría dar un fácil aprovechamiento ganadero de los pastizales altos de este paisaje de penillanura con corredores ESE-WNW y con ramificaciones laterales que permitirían la comunicación con Asturias, mientras los densos bosques (aunque hay problemas con los estudios polínicos), los suelos y la segmentación de las áreas costeras de esta zona occidental estorbarían a los ganados en sus desplazamientos; pese a todo no podemos excluir la ocupación temporal de las zonas costeras y los valles cercanos al mar, ni tampoco una cierta agricultura arcaica. Las inhumaciones en este modelo se podrían dar en cualquier dolmen del recorrido ganadero, quizás con traslados periódicos de los restos (BLAS CORTINA, 1985:132). En el sector oriental las propias características del karst influyen en la configuración de los suelos, la presencia de agua y otros hechos como la existencia de bosques más abiertos. Centrándose en una de las zonas de mayor concentración megalítica cercana a la costa, la de la Sierra Plana de la Borbolla, resalta la situación de los monumentos dominando un territorio variado en unos pocos kilómetros desde las laderas de la alta Sierra de Cuera al sur a la llanura litoral al norte. Se produce desde el espacio funerario un control que puede sugerir el sentido de propiedad del territorio (BLAS CORTINA, 1985:133-136, ver también RENFREW, 1979 p. ej.), que las inversiones constantes desde el mundo epipaleolítico anterior habían convertido en medio de producción importante, en una zona de considerable concentración humana en la época.

También González (1992) pese a rechazar la importancia de la agricultura en la zona, por la evidencia faunística y malacológica de los yacimientos de la costa y la propia situación de los megalitos unida a las necesidades enormes, según él, de deforestación de la agricultura de tala y roza con barbecho largo que no se constata en los estudios paleoambientales (GONZALEZ, 1992:193 y 196), nos ofrece un completo panorama, en este caso más hipotético, sobre el aprovechamiento económico del valle, la costa y la montaña, con una articulación de las zonas de fondo de los valles y la costa, donde las alternativas de recolección pesquera o vegetal y la caza, así como la persistencia de la población durante todo el año, no requerirían una demarcación específica, que, por el contrario, sí sería necesaria en el área de ocupación estacional, por sólo parte de la población, en los valles que suben hacia la montaña. Además el ganado (ver JARMAN, 1982) podría ser desplazado gran parte del año lejos de las áreas de habitación para no entrar en competencia con los humanos (GONZALEZ, 1992:194-195).

Los estudios referidos aquí también destacan otro aspecto, aparte de los citados en la introducción de este bloque sobre la distribución, contenido y carácter de las sepulturas, muy relacionado con la problemática teórica con la que iniciamos esta Memoria de Licenciatura. Se trata de la importancia de la "perspectiva temporal amplia", la consideración de las transformaciones sociales a largo plazo como única forma de comprender el proceso histórico que ha conducido, a través de múltiples determinaciones concretas, al mundo actual; como única forma de enfrentarnos a él y proporcionar una verdadera utilidad social a la Historia como disciplina (FONTANA, 1982).

De tal forma y a través de los saltos en el tiempo y en el espacio que marcan la exposición de estos ejemplos dos vías se abren para la obtención de hipótesis históricas válidas: por un lado las similitudes formales (en cultura material monumental en este caso) de sociedades que comparten el mismo tipo de relaciones sociales dominantes (serviles), el mismo modo de producción, proporciona un camino para el reconocimiento no sólo de éstas a partir del registro arqueológico sino también de la interrelación con las subordinadas en cada caso, y de aquí podemos decir que, por otro lado, sólo las diferencias formales marcan el camino a seguir para el descubrimiento de la "estructura de clases concreta" (WRIGHT, 1989), la articulación de las diferentes relaciones sociales que conviven en una misma formación social, dado que determinados aspectos de la cultura material asociados son más susceptibles de mostrar esas variaciones concretas (espacios domésticos, tipos de hábitat, etc.), y especialmente, en el caso que nos ocupa, la articulación triple entre contenido, distribución y carácter monumental de las sepulturas, incluyendo en el primer aspecto, y con cada vez mayor seguridad debido al avance de las técnicas de excavación y los análisis antropológicos, el conocimiento del tratamiento diferencial de los cadáveres y las posibles causas de su asociación (familiar, clientelar, etc.).

Juan Antonio Cámara Serrano

Pero en cualquier caso no debemos olvidar que para la comprensión de una sociedad es necesario no restringir el análisis a uno de los aspectos sino examinar todo el proceso productivo y las relaciones que en torno a él se establecen. Eso es lo que pretendemos, de forma general, en el apartado siguiente.

3) LA EVIDENCIA FUNERARIA Y SU PAPEL EN LA COMPRENSIÓN DE LA EVOLUCIÓN SOCIAL PREHISTÓRICA. UN EJEMPLO HIPOTÉTICO

A) Introducción. Tradición social y cambio

Si la agregación es un fenómeno que ya ha merecido la atención de investigadores que se han ocupado de formular teorías sobre el origen de la desigualdad social en el Sureste peninsular (GILMAN, 1976, 1987a y 1987b, 1991; CHAPMAN, 1982, 1990; NOCETE, 1986, 1988, 1989a; MATHERS, 1984; RAMOS, 1981, etc) no coincidimos con ellos en cuanto a las causas que dieron lugar a una mayor sedentarización. En unos casos porque ya se ha demostrado la inconsistencia de la hipótesis del medio ambiente hostil (MOLINA, 1988; RODRÍGUEZ, 1992), que llevara a la necesidad del cuidadoso aprovechamiento del agua en una agricultura de irrigación impulsada (CHAPMAN, 1982, 1990) o aprovechada interesadamente por las élites (GILMAN, 1976, 1987a, 1987b, 1991; FERNÁNDEZ MIRANDA et al., 1993)⁶⁰, y en otros porque la agricultura no parece ser el objetivo económico fundamental o único de estas comunidades al ocupar nuevas tierras o al establecerse permanentemente en otras que ya ocupaban (como pretenden entre otros RAMOS, 1981 o NOCETE, 1986), porque ya se ha dicho que lo que aún no existe (las condiciones materiales no presentes) no puede provocar una presión que conduzca a un cambio social. Además hay que tener en cuenta que la presión

⁶⁰ La diferencia no es vana ya que opone la teoría gestora funcionalista, justificadora del Capitalismo, a la teoría del conflicto social (ver GILMAN, 1987a, SHENNAN, 1987).

demográfica no puede ser concebida como una constante absoluta, sino que en todos los casos, la valoración de un desajuste entre la población y recursos depende de la distribución y la capacidad relativa de obtención de estos, en definitiva de las relaciones sociales dominantes (HARVEY, 1977; GAILEY y PATTERSON, 1987). Puede ser más interesante conservar las nociones de Gilman sobre la adecuación del grado de desarrollo de las fuerzas productivas, la organización que precisan con las nuevas estrategias económicas que se imponen en cada momento (GILMAN, 1976, 1987a y 1987b), idea desarrollada también por Nocete (1988 y 1989a) con implicaciones más radicales en cuanto a la desigualdad y la aparición del Estado⁶¹; sin embargo tanto en este tema como en el surgimiento de las élites, que se apropian, por su simple deseo de poder, del control de la producción y de sus beneficios, subyace una concepción "voluntarista" del desarrollo social, como "ideal de progreso universal" (FONTANA, 1982), o una constante que valora que en cualquier circunstancia el hombre puede ser un "lobo para el hombre" (SHENNAN, 1987), si se pierde de vista el papel de la acción humana dentro de las relaciones sociales que configura y que la crean. En lugar de ello habría que analizar con detenimiento el complejo entramado de antecedentes que provocan un cambio transcendental en los sistemas de vida, y, por tanto, en las relaciones sociales de producción, reflejado por ejemplo en los nuevos patrones de asentamiento y las nuevas estrategias económicas. Bender (1989) destacó la importancia del dominio sobre las mujeres, justificado a través de diversos rituales y consolidado a raíz de la aparición de la agricultura con la minusvaloración de su trabajo (ver HODDER, 1987; WHITEHOUSE, 1984, 1988, 1993), que debe ser controlado de igual forma que su capacidad reproductora

⁶¹ El rechazo del Estado calcolítico por parte de Gilman (1987b) en base a que de aplicarse ese término a esas sociedades se produciría una confusión con respecto p. ej. a las sociedades, presuntamente más complejas, micénicas claramente estatales olvida dos hechos, en primer lugar la necesaria flexibilidad de los conceptos y en segundo lugar que si seguimos su crítica tampoco se podría aplicar el mismo término "Estado" a las sociedades capitalistas y a las feudales p. ej.

que genera fuerza de trabajo potencial futura (MEILLASSOUX, 1975; SHANKS y TILLEY, 1982; SCARDUELLI, 1983)⁶². Sólo cuando los hijos llegan a ser una necesidad vital se acentúa la presión sobre las mujeres como elementos que, en la práctica, aseguran la reproducción, aunque en muchos casos este papel se les niegue recurriendo p. ej. a la argucia de minusvalorar el nacimiento biológico frente al que se incluye en los ritos de iniciación (BLOCH, 1982) o asegurando el papel del semen (LERNER, 1986) en la creación de la nueva vida.

Mas lo que ahora nos interesa son las causas que condujeron a la ocupación de determinadas zonas de forma permanente. Nuestra hipótesis se basa en que la necesidad cada vez mayor de relaciones entre los grupos por los intereses reproductivos⁶³ (nótese que se supera la reproducción biológica en bién de la reproducción social, en general expresada por la continuidad del sistema en términos de organización del trabajo y reparto de los productos) condujo a fenómenos de agregación poblacional (VICENT, 1990) en zonas de amplia variedad geográfica donde se podían explotar una gran diversidad de recursos, entre ellos los tradicionales de caza y recolección y otros relativamente nuevos como la ganadería extensiva (entre las montañas y el llano, inscrita en circuitos cada vez más normalizados y en rutas que pronto se remarcarán simbólicamente a través de sepulturas monumentales o santuarios - BLAS CORTINA, 1985; ANDRÉS, 1990; VAQUERO, 1989, 1990; CRIADO et al., 1986; CAMARA et al., 1993-).

⁶² Y es que algunos olvidan (ver ej. en RIGBY, 1987) que la sociedad no sólo produce cosas sino también personas, que la sociedad se constituye en torno a la producción y para ella y que, por tanto, las relaciones sociales de producción lo cubren todo, y es una falacia intentar comprender las distintas instancias sociales aisladas unas de otras (LUKACS, 1922).

⁶³ Numerosos autores que se han ocupado del fenómeno megalítico han resaltado en base a los estudios de Meillassoux (1975) fundamentalmente el importante papel de la relación entre los grupos para la reproducción (CHAPMAN, 1981; FRASER, 1983) y la subordinación de las mujeres (SHANKS y TILLEY, 1982).

Pero también en un determinado momento, y como una consecuencia de la creciente complejidad social, en los mecanismos de diferenciación social se aprovechará la ganadería intensiva y la horticultura, y un cereal que progresivamente irá cobrando mayor importancia, a medida también que los conflictos entre las comunidades, derivados de los sistemas de vinculación ideológica referidos y los límites a que ésta podía llegar, (competencia entre grupos amplios), lo hicieran necesario por sus facilidades de producción de mayor cantidad de alimentos por unidad de superficie con las ventajas que ello tiene para los grupos ahora más amplios (COHEN, 1977), por su posibilidad de almacenamiento (HARRIS, 1985) y, por tanto, por ser susceptibles de ser centralizados y expropiados (CHILDE, 1954), agudizando las diferencias sociales y poniendo en manos de las élites una nueva arma con la que justificar su presunto papel redistributivo, haciendo pasar la devolución de parte de lo robado por un bien donado por simple generosidad (ver SCARDUELLI, 1983; NOCETE, 1984; RUÍZ, 1978; GODELIER, 1974). La conversión de la tierra de esta forma en un verdadero medio de producción, al menos desde fines del Calcolítico, no hará sino acelerar el proceso de jerarquización social, irrefenable desde el mismo momento en que los que se sitúan al exterior de la comunidad se convierten en los otros y desde que el control de las mujeres supone otra vía más para hacer caer en la dependencia a comunidades pequeñas, deudoras de algo que presumiblemente nunca se les dio.

Los primeros poblados permanentes del sur de la Península Ibérica podrían inscribirse así en un momento antiguo del desarrollo social, en el que era necesario controlar de manera definitiva los límites del territorio explotado y ocupado de forma tradicional, pero estacional, por diversos grupos que ahora forman una comunidad más unida, real e ideológicamente (LIZCANO et al., 1991-92), una comunidad que ha dejado

de ver el territorio como un simple lugar de tránsito y recogida de dones, para considerarlo el "mundo" propio, aquel en que viven sus rebaños, e ilusoriamente aquel en que siempre han vivido, en el que vivieron sus ancestros, el que explotaron sus ancestros, la comunidad eterna. Lo cual explicaría, sobre todo, las grandes necrópolis que después irán surgiendo junto a los poblados, pero también, como veremos, la utilización puntual de determinados rituales como la inhumación de cadáveres o de animales (LIZCANO et al., 1991, 1991-92, 1994; VALIENTE, 1992) para acceder primero a la identificación con la comunidad y después proceder a la adscripción a la tierra que se ha convertido en la garante por el trabajo sobre ella, junto a los hijos referidos, de la continuidad del grupo cohesionado, ahora prácticamente autosuficiente en términos reproductivos⁶⁴, sobre todo si la comunidad incluye varias aldeas vecinas, y en el que aún no se han consolidado las diferencias internas, que tenderán a cargar, en primer lugar sobre los poblados más pequeños, que se convertirán así en dependientes, comunidades-hijas que se considera, aunque a veces no sea cierto (BLOCH, 1981), que proceden del grupo principal al que se le debe respeto -vida- y, por tanto tributo.

A partir de los descubrimientos en el Polideportivo de Martos (LIZCANO et al., 1991, 1991-92, 1994; CÁMARA y LIZCANO, 1993) lo que nos interesa es destacar la similitud entre los fenómenos funerarios iniciales a lo largo del Valle del Guadalquivir, en los que están ausentes los criterios de colectividad que se imponen en momentos calcolíticos, hecho que también parece darse en el Sureste donde muchas de las tumbas circulares o las cistas contienen menos de ocho cadáveres (MOTOS, 1918; ACOSTA y CRUZ-AUÑÓN, 1981; CHAPMAN, 1990). El paralelismo no se reduce a las formas de

⁶⁴ Para Gailey y Patterson (1987:10) el control de las mujeres en las sociedades estatales tiene además un importante papel simbólico al negar a las comunidades locales, que se ha pasado a dominar, la posibilidad de permanecer independientes, como ya hemos referido.

enterramiento, las especies animales presentes y las características de los poblados, sino que incluye las formas cerámicas, siendo destacable que tanto en los Castillejos de Montefrío (ARRIBAS y MOLINA, 1979a y 1979b) como en Papa Uvas (MARTÍN DE LA CRUZ, 1984, 1986) o Martos (LIZCANO et al., 1991, 1991-92, 1994) nos encontramos con fases previas al desarrollo de las formas abiertas carenadas que muestran la contemporaneidad de los procesos de agregación que serán la base de la jerarquización social. La convergencia no puede reducirse a criterios de funcionalidad sino que hay que revalorizar los contactos e interrelaciones de estas comunidades (ARRIBAS y MOLINA, 1979a y 1979b) en un marco social en el que los enterramientos marcan un deseo de permanencia, de unión a un territorio, fundamental ante todo para la explotación ganadera, como se verá, y la riqueza apropiable que conlleva, a través de los ancestros (BLOCH, 1981; CHAPMAN, 1981; FRASER, 1983), no siendo necesaria una expansión casi colonial desde Portugal para explicar la circulación de los elementos constructivos (tal y como pretende FERRER, 1981, 1985). Si bien la importancia de la agricultura cerealística en estas comunidades parece haberse sobrevalorado⁶⁵, como veremos después, queda claro que la deposición en las sepulturas de familias sugiere un ideal de permanencia, en una situación en que la movilidad no ha desaparecido por completo incluso al nivel de los límites de la aldea (casas y estructuras asociadas), y en el que lo importante es la consolidación de la unión⁶⁶. Es también evidente que no toda la población se inhuma aunque el fenómeno es más general de lo que se cree y prueba de ello son los

⁶⁵ Y mucho más el papel que la competencia por la tierra agrícola tuvo en la sedentarización y la jerarquización social, hecho al que ni nosotros mismos escapamos (PEREZ *et al.*, 1990) en su día.

⁶⁶ De ser ciertas las hipótesis de Andrés (1990) sobre que los megalitos marcan las zonas originarias de las diversas poblaciones concentradas la unión conseguida hubiera sido particularmente efímera de no mediar una reinterpretación social del significado de éstos. De darse esta evolución conduciría a la visión de los megalitos como exponentes del derecho comunal a la tierra y de la cohesión.

restos óseos humanos que aparecen depositados en algunas estructuras excavadas e interpretadas como basureros (FERNÁNDEZ y OLIVA, 1986; RUÍZ y RUÍZ, 1989; AMORES, 1982; CRUZ-AUÑÓN y JIMÉNEZ, 1985), y que nosotros creemos que indican una cuestión radicalmente opuesta, pues estos "depositos de restos óseos", inconexos y parciales, pueden ser evidencias de un uso continuado de la estructura como lugar de inhumación o desecho ritual de los cadáveres sin deposición formal estricta. Habría que pensar que el hecho de que sólo parte de la población se inhume confiere a estos enterramientos un mayor significado: por una parte tiende a identificar a los inhumados como representación de la comunidad, como símbolos del terreno en que ésta vive y donde han sido enterrados, pero por otra parte, y sobre todo en el caso de familias completas, se puede abrir una vía a la diferenciación, al remarcarse el papel exclusivo de ciertos clanes, a través de algunos de sus miembros, a ser símbolos de la continuidad y la cohesión en relación, tal vez también, a la dirección coyuntural de la comunidad obtenida por los mecanismos normales de las sociedades "igualitarias"⁶⁷, al ocupar un territorio, ponerlo en explotación o mantener y afianzar sus relaciones con el exterior.

Para aproximarnos a la función social que cumplió la tumba del Polideportivo de Martos el primer hecho que hay que retener es, por ello, su carácter único entre las estructuras hasta el momento excavadas (LIZCANO et al., 1991, 1991-92). La escasez de enterramientos en este horizonte cronológico es un dato que contrasta no sólo con el

⁶⁷ La caracterización como igualitarias de las sociedades preclásicas conlleva algunos problemas, como p. ej. la valoración de la relación entre los hombres y las mujeres, o entre los adultos y los niños (MEILLASSOUX, 1975; BENDER, 1989...). En este sentido sin embargo he preferido siempre distinguir entre "sociedades comunales" primitivas donde las diferencias entre los individuos según la edad y el sexo son mínimas (correspondientes a los primeros estadios evolutivos de la Humanidad y posiblemente también a determinadas sociedades de cazadores-recolectores actuales -pigmeos p. ej., y denominadas "hordas" por MEILLASSOUX -1975- y otros autores) y aquellas otras donde la reproducción del sistema social conlleva el control coercitivo (aunque sea sólo ideológicamente) de niños y mujeres y que denomino "sociedades comunitarias".

conocido Horizonte de los sepulcros de fosa (MUÑOZ, 1965; ALAMINOS et al., 1991), sino también parcialmente con los enterramientos conocidos en el Valle Bajo del Guadalquivir (como p. ej. los de la Base Naval de Rota citados en GENER, 1962; BERDICHEWSKY, 1964; PERDIGONES et al., 1985, etc.), aunque también se conocen fenómenos más aislados especialmente en el Valle Medio (MARTÍN DE LA CRUZ, 1987). Las primeras manifestaciones de deposición formal de los difuntos, curiosamente en estructuras similares a las excavadas en Martos o en fosas individuales, también presentan en Europa un carácter restringido, a veces asociadas a determinados poblados lo que ha sido interpretado en términos de competencia y justificación de la posición de éstos (WHITTLE, 1988a), sugiriendo que son aquellos que no pertenecen totalmente a la comunidad los que pueden sufrir una exacción mayor justificada por su pertenencia en origen al poblado central del que se les supone desgajados, sea o no verdad, o en su misma negación del carácter humano, su procedencia extraña al verdadero cosmos. Tampoco en épocas posteriores toda la población accede al enterramiento pero aquí la competencia se sitúa también al interior del mismo poblado (CHAPMAN, 1979a, 1990; KRISTIANSEN, 1984; YATES, 1984), sin olvidar la exacción exterior como muestran los numerosos estudios regionales a que después nos referiremos, una explotación que sin duda se sitúa en el interior de una misma formación social de forma fundamental y más continua.

En este contexto surge el problema de cómo interpretar el enterramiento de Martos, aislado en un conjunto de 18 estructuras excavadas (LIZCANO et al., 1991-92). No hay aquí aparentemente nada que sugiera una marcada diferenciación social dentro del asentamiento, las diferencias entre las estructuras parecen deberse en gran parte a criterios funcionales o cronológicos, si bien las zanjas localizadas (CAMARA y LIZCANO, 1993) sugieren, si se mantiene su función disuasorio-defensiva, una cierta diferenciación, al menos hacia el exterior, hacia donde también se manifiestan con

claridad los primeros fenómenos de coerción en épocas algo posteriores tanto en el Valle del Guadalquivir (NOCETE, 1988, 1989a) como en el Sureste (MOLINA, 1988; MARTÍNEZ et al., 1989; ARTEAGA, 1992; GILMAN, 1987a; 1987b; CHAPMAN, 1990). La cohesión interna también vendría impuesta por estas estructuras, por su presencia y su construcción, tanto en el caso de las zanjas como en el de las tumbas. y posteriormente en la construcción de murallas y fortines generalizados en todo el sur y oeste peninsulares⁶⁸.

En la tumba de Martos el desplazamiento de los restos del nivel de ocupación previo y la introducción de los huesos humanos en una estructura de habitación, que puede considerarse el ajuar (LIZCANO et al., 1991), marca la importancia de la continuidad de la comunidad, de su relación con la tierra circundante y los recursos que en ella se disponen socialmente incluyendo la misma fuerza de trabajo humana. Esta relación destaca especialmente si tenemos en cuenta que posteriormente el espacio se seguirá usando como hábitat (LIZCANO et al., 1991-92).

Este fenómeno supone una clara prueba en favor de la consideración de la importancia ritual del uso de la tierra de los niveles de ocupación de los poblados para la conformación de los túmulos o la cimentación de las tumbas (CRIADO y VAQUERO, 1988; FABREGAS, 1988; BLAS CORTINA, 1985), e incluso la situación de las sepulturas en áreas previas de hábitat ya abandonadas (FABIAN, 1994; ZAPATERO, 1991, aunque este último las considera estructuras de fundación). Tenemos así un doble

⁶⁸ Sobre este tema existe una abundante bibliografía (ARTEAGA, 1985; ARTEAGA *et al.*, 1986; NOCETE, 1986, 1988, 1989a, 1989b, 1989c; NOCETE *et al.*, 1993; PIÑÓN, 1987; ALMAGRO y ARRIBAS, 1963; ARRIBAS, 1959; ARRIBAS *et al.*, 1978, 1981, 1985; ARRIBAS y MOLINA, 1984, 1991; MOLINA, 1983; 1988, 1989; CAMALICH *et al.*, 1985, 1987, 1990; TORRE *et al.*, 1984; MORENO, 1993; SCHULE, 1984; AGUAYO, 1984; SCHUBART y SANGMEISTER, 1984; etc.).

aspecto de interés, primero la continuidad del grupo tras el muerte en el mismo espacio (cabaña o poblado) y en segundo lugar la utilización del ajuar doméstico como elemento trascendente⁶⁹.

El problema es establecer en qué medida su construcción sirve a los intereses de toda la comunidad o de sólo algunos de sus miembros. El enterramiento de Martos está circunscrito a lo que parece ser una unidad familiar (aunque nos hallamos a la espera de los análisis antropológicos)⁷⁰, sin embargo esto no implicaría que los otros miembros de la comunidad tuvieran preestablecida su incapacidad de acceder al enterramiento, como parece suceder en momentos posteriores en algunas zonas del valle del Guadalquivir dada

⁶⁹ De igual modo resulta interesante comparar el tratamiento que se lleva a cabo del ajuar doméstico al introducirse la inhumación con la ausencia de cerámica en numerosas tumbas calcolíticas del sur de la Península Ibérica a excepción de fragmentos incluidos en túmulos o cimentaciones (ACOSTA y CRUZ-AUÑON, 1981; ARRIBAS y SANCHEZ, 1968; GARCIA SANCHEZ y SPANHI, 1959). Se crea así un doble sistema, la cerámica fragmentada y recogida del hábitat conforma la unidad con el terreno, con la comunidad, y el sílex, p. ej. marca el prestigio, el carácter del clan o grupo enterrado como ha señalado repetidamente Gabriel Martínez (MARTINEZ y SAEZ, 1984; MARTINEZ, 1991; AGUAYO *et al.*, 1989-90; RAMOS *et al.*, 1991). Naturalmente el proceso no tuvo en todos los lugares las mismas características y pronto las cerámicas, especialmente exógenas, adquirieron un importante papel simbólico (tal vez nunca perdido por los decorados) y en el caso del Campaniforme a menudo acompañando al metal (CHAPMAN, 1979; SHENNAN, 1982), que en la mayoría de los poblados no fue un rasgo destacado del registro hasta momentos bastante posteriores, aunque no fue así en el mundo calcolítico de Los Millares (MOLINA, 1988) o El Malagón (MORENO, 1993).

⁷⁰ Larsson (1990) al analizar los enterramientos epipaleolíticos del sur de Escandinavia ha intentado desentrañar el significado ritual que, según él, no se reduce a los derechos de propiedad sobre la tierra circundante en base a la justificación por los ancestros (ver los problemas de este modelo en mi introducción), sino que también implica (y sobre todo yo diría que es su función principal), la perpetuación de la organización social en base a un ritual elaborado y a la posición relativa de las sepulturas (al parecer en agrupaciones familiares), y también una prueba en este sentido serían los enterramientos de perros en el yacimiento que no sólo muestran la importancia de este animal sino que, además, desde el momento en que a veces se encuentran solos en las tumbas, con tratamiento ritual complejo e incluso ajuar, deben tener una significación especial, posiblemente la representación de su dueño desaparecido según Larsson (1990). En este trabajo veremos además otras funciones de los enterramientos de perros (LIZCANO *et al.*, 1991; 1991-92) pero siempre relacionables con su papel socio-económico en la caza o el cuidado de los rebaños.

la complejidad de las tumbas localizadas, su ajuar, y la inexistencia de éstas en los pequeños poblados dependientes; sino que sólo sería necesario, para marcar el territorio explotado y la cohesión del grupo agregado, el enterramiento de alguno de sus miembros, ya fuesen los primeros fallecidos, los que tomaran la decisión del emplazamiento, los más ancianos o el entorno de aquellos que jugaban un papel importante en épocas de conflicto social. Si el enterramiento familiar hubiese sido en su origen un símbolo de poder, no se comprende por qué no hubo fenómenos de emulación⁷¹, especialmente por parte de aquellos segmentos de la población en los que se debió basar la conservación de este poder, y cuando las diferencias no podían ser ocultadas por un mecanismo ideológico tan hábil como el enterramiento colectivo (SHENNAN, 1982; KRISTIENSEN, 1984; WHITTLE, 1988a) que se impondrá en Europa Occidental a lo largo de la mayor parte del III Milenio⁷².

Otro aspecto importante es la continuidad entre el lugar de residencia y el lugar de enterramiento (LIZCANO et al., 1991) y la coincidencia total que se establece por tanto entre la forma de las estructuras funerarias y la forma de las estructuras para los vivos. En relación al megalitismo europeo se ha resaltado a menudo la similitud entre las formas de las tumbas (túmulos y cámaras) con las de las casas, y sobre todo se han intentado explicar las tradiciones tumulares respecto al tipo de vivienda previo (PEARSON, 1993; SHERRATT, 1990). La existencia de tumbas subterráneas, incluyendo después cuevas artificiales, al igual que las zanjas, que a continuación vamos a analizar, tal vez suponga una mayor relación con la tierra que las sustenta, la tierra

⁷¹ Para algunos ejemplos ver Randsborg (1989), Pearson (1982), etc.

⁷² Hablamos siempre en fechas de radiocarbono no calibradas, debiéndose tener en cuenta además que en muchas zonas de Europa el Megalitismo se remonta, al menos, a los inicios del IV Milenio.

domesticada, agrícola en momentos sólo posteriores a la inicial agregación, no sólo al limitarla con las zanjas sino al extraerla, al removerla y enriquecerla con los difuntos (ver CAMARA y LIZCANO, 1993; BLOCH, 1988), y con aquellos animales que la defienden y aprovechan.

La continuidad en la ocupación y relación ideológica de la comunidad con la tierra que ocupa y explota viene también así sugerida por la presencia en muchos de estos poblados de zanjas discontinuas de perfil en V o U. Si en principio, y en relación con las hipótesis que manejamos, éstas debieron ser los límites simbólicos de la nueva comunidad, y una diferenciación también disuasorio-defensiva con respecto a otras comunidades, pronto debieron adquirir el papel santificador de la tierra sugerido en el párrafo anterior, a medida que ésta se consolidaba como medio de producción y cuando, rápidamente también, se aceleraba la diferenciación social.

La importancia de la relación con la tierra, agudizada por su extracción del foso y su deposición en el terraplén (CÁMARA y LIZCANO, 1993; LIZCANO et al., 1994) se cumple no sólo en la tierra que delimitan estas estructuras (en cuyo interior el ganado podría hallar excepcional refugio) sino también en las funciones precisas y variadas a que fueron destinadas estas zanjas. Su asociación a otras estructuras subterráneas o más allá a los primeros grandes poblados en toda Europa no puede ser casual y nuestros vecinos han llegado a distinguir varios monumentos en los que intervienen las zanjas como elemento simbólico (y a veces difícilmente salvable) de cierre (ver WHITTLE, 1988; PEARSON, 1993, etc.). En la Península Ibérica las fotografías aéreas del yacimiento de La Pijotilla revelan un trazado casi circular de este tipo de estructuras, englobando en su interior una superficie de "80 has." (HURTADO, 1991) dentro de las cuales se considera que también están las tierras de cultivo". Nuestra opinión es que hay que pensar que

incluyen todas las áreas de actividad cotidiana de la comunidad, en este ejemplo también los enterramientos en tholoi y las tierras destinadas al ganado, si bien en los momentos más antiguos los recintos no debían ser de tanta extensión. También en Martos la extensión de las zanjas, según muestran diversas prospecciones superficiales, cubre bastantes hectáreas en los alrededores del Arroyo de la Fuente, en las tierras potencialmente más ricas y más cercanas a los cursos de agua (CÁMARA y LIZCANO, 1993).

En el caso de Los Pozos (Higuera de Arjona, Jaén) (HORNOS et al., 1986; NOCETE, 1988), la estructura excavada de este tipo ha sido interpretada, en base al relleno estratigráfico y la configuración alisada y verticalizada (incluso con adobes) de las paredes, como fortificación con utilidad de drenaje esporádica y en ningún caso como de riego. Interpretación con la que estamos totalmente de acuerdo (LIZCANO et al., 1991-92; CAMARA y LIZCANO, 1993), debiéndose rechazar la hipótesis de las "zanjas de drenaje" propuesta para algunos casos tanto en la Península Ibérica (FERNÁNDEZ y OLIVA, 1985 y 1986; PERDIGONES y GUERRERO, 1985) como en otras zonas europeas (TINE, 1983) por distintas razones: en primer lugar por la complejidad en su construcción, ya que se exige un gran esfuerzo para construir zanjas de hasta 4 m. de anchura y 7 m. de profundidad innecesarias para cuestiones de drenaje (FERNÁNDEZ y OLIVA, 1986), en segundo lugar por la discontinuidad e irregularidad de sus trazados con recintos incluso dobles (RUIZ LARA, 1989), que sugiere un deseo de complicar el acceso tal y como se ha documentado en diversas zonas de Europa, incluso con terraplenes y murallas, para momentos cronológicos similares (TOUPET, 1988; JOUSSAUME, 1988; ANDERSEN, 1988) ya que si bien no conocemos por el momento todos estos elementos en la Península, sí pueden indicarse revestimientos de adobes (HORNOS et al., 1986; GIL-MASCARELL y RODRÍGUEZ, 1987) e incluso continuidad entre los trazados de las zanjas y muros de fortificación posteriores. Aunque

algunos prefieren no asegurar el carácter defensivo de estas estructuras (MURILLO et al. 1985) éste no puede descartarse, en base a las evidencias conocidas sobre sistemas de fortificación en el Sureste en momentos calcolíticos, con articulación de muralla con refuerzos y fosos exteriores (ARRIBAS et al., 1981; 1985), y las noticias de otras zonas europeas (DARVILL, 1982), donde ceremonias rituales y carácter defensivo, al menos esporádico, van siempre unidos incluso en los casos en que estas zanjas delimitan zonas exteriores al verdadero poblado (KRISTIANSEN, 1984; WHITTLE, 1988a), pero donde se refugia la población en caso de conflicto y donde se han documentado a veces evidencias de muertos violentos e incendios (PEARSON, 1993).

En definitiva debemos concluir con diversos autores (HORNOS et al., 1986; NOCETE, 1988; ARRIBAS y MOLINA, 1984a) que estamos ante estructuras de fortificación que habría que relacionar con la emergencia de los primeros conflictos sociales y con la necesidad de afirmar la cohesión de la comunidad, también ideológicamente, hacia el interior. A esta interpretación sirve de apoyo otro argumento como es la permeabilidad de algunos de los terrenos en que se emplazan estos poblados, que hace innecesarias obras "hidráulicas", tan colosales, para el drenaje, sin perjuicio de que en determinadas circunstancias las zanjas facilitarían la concentración de aguas más que su evacuación y salida, lo que sin duda las haría más infranqueables⁷³.

Atribuyendo en definitiva una función simbólico-defensiva a estas estructuras (WHITTLE, 1988b), quedaría por señalar que la aparición de diversos recintos

⁷³ Las objeciones de Martín de la Cruz (1985) sobre la funcionalidad defensiva de las zanjas a partir de la irregularidad del trazado de estas, vemos que carecen de valor ante lo expuesto sobre la complejidad de las fortificaciones de piedra que en algunas zonas parecen suceder y en otras sustituir el sistema de zanjas con empalizadas.

concéntricos no implica, en todos los casos, abandono del recinto más interior tras una hipotética ampliación del poblado, ya que diversos círculos contemporáneos pudieron estar rodeados por otro mayor y más exterior, si bien es indudable la sucesión cuando alguna de estas estructuras queda completamente sellada (NOCETE, 1988). Más sugerente sería incluso interpretar los recintos interiores como la pervivencia en el seno de la comunidad agregada de las diferencias entre los grupos que la componen, aunque encontraríamos los mismos problemas que hemos achacado a Andrés (1990). En esta línea habría que investigar si su desaparición coincide p. ej. con la homogeneización presente, a partir de determinados momentos, en las cerámicas decoradas (ver LIZCANO et al., 1991-92, 1994).

Gracias al registro arqueológico de Martos hemos prestado atención a otros fenómenos que sugieren la importancia de la adscripción al lugar de residencia y de la conservación de las inversiones económicas que estaban teniendo lugar y la circulación del producto que a raíz de ellas se había establecido. Hemos podido así demostrar la indudable relación entre la actividad ritual y la vida cotidiana, la reproducción del sistema de vida imperante y la lucha por intentar imponerse a las fuerzas de la naturaleza, además de proporcionar enormes posibilidades para la diferenciación interna del grupo y el dominio sobre otros poblados. Hablamos aquí de las inhumaciones de animales completos y que por tanto no han sido consumidos. Este hecho es conocido para este horizonte, y subsiguientes, en gran parte de Europa (EVANS, 1988; WHITTLE, 1988a), y no carecemos de referencias de estas inhumaciones en poblados del sur de la Península Ibérica (HURTADO, 1991; GENER, 1962) o incluso en los alrededores de Madrid (BAQUEDANO y BLANCO, 1994). Para comprender estas inhumaciones debemos estudiar las estrategias económicas del grupo social que ocupó el yacimiento de Martos, enfocadas en gran parte sobre diversos tipos de explotación ganadera, y su relación con los evidentes conflictos sociales a los que la consolidación del lugar de residencia y el

control de la producción estaría dando lugar, especialmente entre los grupos que debieron unirse y cuyas áreas de residencia pueden definirse a través de excavaciones extensivas.

En primer lugar la ternera recuperada en la estructura XV (LIZCANO et al., 1991, 1991-92) ocupa casi en su totalidad la mitad meridional, acompañada de otros restos faunísticos y otros elementos dentro del mismo estrato, especialmente sílex, pero sobre todo de una capa de cenizas que no corresponde a un hogar en uso, sino a una nivelación sobre la que se sitúa el animal, cuyos restos óseos no presentan indicios de estar quemados por el fuego. El esqueleto de la ternera queda cubierto por otro estrato que precede a una nueva utilización de la estructura, en el que abunda el material lítico tallado, similar al estrato que antecede a la inhumación. A esta evidencia hay que añadir la ausencia de huellas de corte y descarnamiento, la excepcional conservación del esqueleto y la anómala edad del individuo en relación a los patrones de matanza de los bóvidos en Martos durante la ocupación del Neolítico Final (ver LIZCANO et al., 1991-92). Todos los datos sugieren una muerte accidental o por enfermedad del espécimen⁷⁴, el cual no fue considerado apto para el consumo humano como consecuencia de la excepcionalidad de su muerte, y la nueva e importante función a que podía ser destinado. Si tenemos en cuenta la inversión plurianual que supone la cría de bóvidos y el aporte cárnico tan considerable de estos animales, la pérdida de un individuo supondría para la comunidad un gran impacto, especialmente si tenemos presente que ésta no sería única (depredadores, enfermedades, accidentes, etc) y que una vía para intentar atajar la pérdida de nuevos ejemplares podría

⁷⁴ Si bien no se puede descartar el sacrificio a través de una muerte que no produjera fuertes alteraciones en el esqueleto, aunque, en cualquier caso la función social cumplida por la inhumación sería prácticamente la misma. Además en la mayoría de los casos conocidos de sacrificios animales, éstos se consumen en una u otra forma, al menos por algunos miembros de la comunidad (LINCOLN, 1981).

ser el enterramiento/sellado de un espécimen elegido al azar o por las circunstancias de su muerte, acompañado probablemente de determinadas ceremonias y rituales que no nos es fácil desentrañar⁷⁵. De otra parte este ritual podía ser dirigido por algún tipo de especialistas en cuyo favor paradójicamente podía repercutir parte del ganado salvado de la muerte. Sin embargo dentro de la cabaña ganadera de Martos (LIZCANO et al., 1991-92) los bóvidos no parecen representar un alto porcentaje, su presencia sí es significativa dada la concentración de los restos en las estructuras de hábitat y despiece de animales, y su extensión por toda la estratigrafía de éstas, pudiéndose pensar en un reducido número de animales por familia y, por tanto, en unión con lo hasta ahora referido, una relativa igualdad social, que debe contrastarse con la excavación de otras zonas del yacimiento.

El cráneo de carnero, previamente descarnado, y situado cuidadosamente dentro de la estructura XXVa, y con los cuernos limados y cortados, también puede ser interpretado con un doble significado ritual, en primer lugar podría asegurar la capacidad reproductiva del rebaño a través del sacrificio, del que en este caso no se excluyó el consumo del animal⁷⁶, y la exhibición de uno de sus machos, en segundo lugar el énfasis en la capacidad reproductiva del macho podría trasladarse a las esferas humanas, para justificar la subordinación de las mujeres⁷⁷.

⁷⁵ El significado de esta inhumación es muy diferente del que sugiere las inhumaciones de bóvidos en círculo en torno a una tumba en el yacimiento de Buchow-Karpzow (Alemania) (WHITTLE, 1988a), aunque una explicación alternativa a la representación del poder de las personas inhumadas podría ser la de una epidemia, si no se tienen en cuenta otras características de la deposición funeraria. Whittle (1988a) sugiere una estrecha conexión de estos fenómenos con la vida cotidiana de la comunidad.

⁷⁶ Como muestran sus vértebras halladas en el fondo XV destinado al despiece de animales, además de a la ofrenda de la ternera, en una de sus fases de utilización, como ya hemos referido (LIZCANO et al., 1991-92).

⁷⁷ G. Lerner (1986) presenta la importancia que tiene la minusvaloración del papel reproductivo de las mujeres, que paradójicamente, junto a su trabajo, es lo que se pretende controlar (MEILLASSOUX, 1975), en la consolidación del dominio masculino, encontrándose algunas de las

Por su parte las inhumaciones de perros en Martos adquieren un significado especial, tanto por la compleja y estrecha vinculación de este animal y el hombre, como por la situación estratigráfica de los animales recuperados. El consumo de perros no es excepcional ni extraño entre las comunidades humanas, pero los restos a los que nos estamos refiriendo se encuentran intactos, sin cortes y completos, además de que aparecen en los momentos de ocupación inicial del poblado, en el fondo de las estructuras XIIb, XV y XVI, y en los tres casos sellados por piedras y por la tierra utilizada para regular el primer nivel de utilización de estas estructuras. Puede así sugerirse (LIZCANO et al., 1991, 1991-92, 1994) que se trata de un ritual de "fundación/consolidación", pero es necesario intentar ir más allá y tratar de explicar por qué se eligieron estos animales y en qué circunstancias tuvo lugar su ofrenda, mientras que el significado del rito, en cuanto a su vinculación definitiva a un territorio, ya ha sido referido anteriormente con respecto a otros fenómenos rituales, aunque la presencia en los estratos de base de algunas de las estructuras del yacimiento de Martos (y también de otros de la Península Ibérica - HURTADO, 1991; BAQUEDANO y BELTRAN, 1994) de enterramientos intencionados de animales sin desmembrar, p. ej. de perros (cinco en la estructura XIIb, uno en la XV y uno en la XVI), también parece relevante en cuanto a la adscripción a la tierra. Estas prácticas rituales estarían relacionadas estrechamente con la función que estos animales desempeñarían en determinadas actividades tales como la vigilancia y defensa del ganado, la colaboración en la caza, la protección del poblado, etc.

Debemos investigar la relación de estos siete perros con las actividades económicas llevadas a cabo por los habitantes del poblado de Martos, especialmente la

plasmaciones más interesantes en los mitos sobre la creación a través del semen.

ganadería de ovicápridos y la caza, actividades en las que los perros podrían jugar un papel destacado; de ser así ¿por qué sacrificarlos? ¿Fueron muertos con la intención de servir a un tipo determinado de ritual? El alto número de animales depositados en la estructura XIIIb parece apuntar en esa dirección, sin embargo cabría una interpretación complementaria en conexión a las actividades a las que irían destinados los cánidos, ya sea porque murieron en el desarrollo de una expedición de caza o defendiendo a los rebaños de los depredadores. Se puede sugerir incluso que, sin darse realmente estas circunstancias, en el caso concreto que nos ocupa, los perros quedarían vinculados de una forma tan estrecha al origen del asentamiento que hacia ellos se dirigiría un especial "agradecimiento" humano⁷⁸. La importancia de los perros quedaría así vinculada al papel creciente de la ganadería, que, en este trabajo se plantea que es uno de los elementos perseguidos por las élites incipientes por su facilidad de acumulación y su movilidad

⁷⁸ La especial relación entre perros y hombres ha sido apuntada recientemente incluso para los cementerios epipaleolíticos (LARSSON, 1990), planteándose incluso que algunos enterramientos, donde los perros se encuentran solos podrían simbolizar el enterramiento de sus dueños desaparecidos en determinadas expediciones. También Valiente (1992), al ocuparse de las inhumaciones de animales y los enterramientos de La Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara), se ha referido a la estrecha relación entre los perros y sus dueños a los que acompañan en su muerte; si bien para la mayoría de los restos animales recurre a explicaciones que los consideran como restos no consumidos por problemas de conservación o por ser partes del cuerpo de escaso valor alimenticio. Es difícil pensar sin embargo que se sacrificaran incluso bóvidos y después se desaprovechara su carne, dejando que se pudrieran y más cuando en el poblado existen perros que darían cuenta de estos restos; es más probable que los animales ya estuviesen enfermos, pues de lo contrario una fiesta ritual evitaría el desperdicio y garantizaría contraprestaciones (ver lo sugerido antes para el caso de la ternera). Lo más interesante es que, también este autor, al interpretar un depósito ritual de suidos en términos de culto a la fertilidad recoge noticias del papel fundacional de estos fenómenos, de la unión a la tierra productiva (VALIENTE, 1992), lo que conecta todos los aspectos ideológicos que estamos tratando de desentrañar en este trabajo para momentos cronológicos anteriores, las inhumaciones selectivas de personas y animales; si bien teniendo en cuenta, como hemos repetido abundantemente, que en los momentos que a nosotros nos ocupan de inicios de la agregación poblacional y las aldeas permanentes no es importante la tierra en sí sino como soporte del ganado o como el territorio al que se adscribe la población, con la facilidad que la concentración de fuerza de trabajo proporcionará posteriormente para el desarrollo de una agricultura extensiva, cuyos excedentes también se verán sustraídos por parte de las élites emergentes.

susceptible no sólo de hacerlos utilizables como elemento de cambio⁷⁹ sino de ser robados, si bien en los primeros momentos la acumulación se daría a través de la circulación de las mujeres que se habían utilizado para controlar, en favor de la comunidad, la fuerza de trabajo.

Si el significado cronológico de los elementos decorados desde el Neolítico Antiguo ha sido objeto de numerosos estudios en el sur peninsular (NAVARRETE, 1976; ARRIBAS y MOLINA, 1979a y 1979b; MOLINA, 1983), no ha sucedido así con respecto a la importancia simbólica de los motivos decorativos neolíticos o de la cerámica decorada en su conjunto, aunque algunas referencias se han hecho al papel social de estas cerámicas durante la Edad del Cobre desde la simbólica a la campaniforme (MARTIN y CAMALICH, 1982; CARRILERO, 1992; ESCORIZA, 1991).

Estas circunstancias y el carácter especial que toman otros fenómenos sociales representados en el registro arqueológico del yacimiento de Martos, como los anteriormente expuestos, obligan a estudiar con detenimiento la distribución de estos elementos dentro y entre las diferentes estructuras excavadas, y la diferenciación en motivos, tratamiento y momentos de aparición. Una hipótesis sugerente vincularía estos patrones a los distintos grupos sociales que se concentraron en el poblado, a la circulación de mujeres dentro de este grupo amplio sin necesidad de contactos exteriores, a la consolidación de estos mecanismos que pusieron las bases para el control de la necesaria fuerza de trabajo (MEILLASOUX, 1975). La disminución de los patrones decorativos utilizados (LIZCANO et al., 1991-92) tal vez podía leerse como la disolución de las

⁷⁹ Scarduelli (1983) muestra hasta qué punto el prestigio simbólico de un origen noble se utiliza para reproducir el sistema al provocar el empobrecimiento progresivo, y a veces la caída en la servidumbre por deudas, de aquellos que pretenden ascender en la escala social a través de la unión matrimonial con los clanes "divinos" cuya dote se paga significativamente en ganado.

diferencias entre los grupos que se unieron y el establecimiento de frecuentes relaciones entre los grupos del sur de la Península Ibérica (LIZCANO et al., 1994)⁸⁰. Un papel similar fue propuesto para la cerámica campaniforme por Carrilero (1992), pero en momentos en que las desigualdades de clase estarían asentándose y donde la inestabilidad del intercambio de mujeres no sería posible en formaciones estatales amplias (NOCETE, 1988, 1989a), y donde además el campaniforme serviría para la consolidación del papel especial de las élites (SHENNAN, 1982)⁸¹, aunque el autor lo rechaze en función de la generalización del campaniforme en algunos yacimientos (CARRILERO y SUAREZ, 1989-90) lo que por el contrario implica el papel de éstos, siendo muy significativas las concentraciones en Los Millares (ARRIBAS y MOLINA, 1987; MOLINA, 1988) y el Cerro de la Virgen (SCHULE y PELLICER, 1966).

Además de los datos de explotación de las diversas especies animales recuperados de Martos (LIZCANO et al., 1991-92) no debemos de olvidar la extensión del yacimiento, su posición geográfica entre la montaña y el llano⁸² que facilita los movimientos de parte

⁸⁰ Siendo el desarrollo posterior de las diferencias regionales en las formas básicas de la cultura material, no sólo cerámica, la expresión del desarrollo estatal, hasta tal punto que se podido hablar de bloqueo para el caso de las Campiñas Occidentales del Alto Guadalquivir en el Calcolítico (NOCETE, 1989a, 1989b, 1989c).

⁸¹ También Escoriza (1991), pese a presentar las diferencias sociales entre grupos de parentesco reflejadas en elementos de la cultura material millarenses como las tumbas (ver también CHAPMAN, 1979a), prefiere destacar una oposición hombre-mujer que debía haber pasado a un segundo plano en las sociedades de clase (ver LERNER, 1986; ENGELS, 1876 y 1884), derivando así su estudio de los motivos decorativos en cerámica a la repetición de esquemas de oposición utilizados por otros autores en épocas prehistóricas. a veces muy anteriores. Como señalamos al hablar de la sepultura, puede ser más interesante valorar los factores de innovación abiertos por esos mecanismos, las vías que abren a la consolidación de la desigualdad social o a la reacción de los dominados.

⁸² Algunos autores, aun señalando la importancia de la agricultura, y consiguientemente de las buenas tierras, para explicar la consolidación de un poblamiento estable en las tierras bajas, han destacado la importancia de situaciones geográficas de este tipo en cuanto a la necesaria complementariedad económica (CARRILERO y MARTINEZ, 1985; MURILLO, 1988a;

de la población acompañando a los rebaños, y/o realizando, durante ese tiempo, otras actividades que garantizaran la subsistencia de esos grupos restringidos, como por ejemplo el cultivo de pequeñas extensiones de tierra junto a los campamentos estacionales, o con mayor probabilidad la dedicación a la caza, la recolección o la extracción de elementos básicos para la subsistencia como las materias primas silíceas presentes en las sierras Béticas que se sitúan al sur y este del yacimiento. Así debemos tener en cuenta la relevancia que todo ello tiene en la configuración de un poblado con garantías de autonomía relativa con respecto a otros en lo que se refiere a estrategias de circulación de mujeres como reproductoras, y por tanto también como mano de obra inmediata que garantiza a su vez la mano de obra futura, además de iniciarse el camino hacia la extensión de ese control discriminador a otros grupos sociales, y en consecuencia hacia la sociedad de clases (MEILLASSOUX, 1975), a partir de la apropiación de los productos mediante el control directo de la fuerza de trabajo, primero a partir de la vinculación por sexo y edad.

Los datos de Martos (LIZCANO et al., 1991-92) dejan claro que la oposición simplista entre comunidades pastoriles y comunidades agrícolas en el Alto Guadalquivir (CARRASCO et al., 1980; RUIZ et al., 1984) debe ser rechazada en favor de una visión más real de las estrategias económicas de los grupos sociales que ocuparon el sur de la Península Ibérica, y que desde el Neolítico practicaron tanto una agricultura diversificada como una explotación ganadera que exigía, según las especies, diferentes ciclos de movilidad, y presentaba una diferente presión sobre las tierras de cultivo, en principio no muy extensas hasta que la misma agregación y el control de la fuerza de trabajo proporcionó la base para la rápida recolección de las cosechas susceptibles de ser

AGUAYO *et al.*, 1987b; etc.

almacenadas y apropiadas, o sobre aquellas en las que las actividades humanas eran más esporádicas, aunque siempre presentes⁸³.

El yacimiento de Martos viene a mostrar que el proceso de nuclearización poblacional a inicios del III milenio no es unilineal, y que puede ser explicado a partir de otros modelos en los que la agricultura no es el motor de los cambios en las relaciones de producción y reproducción social. Tampoco surge como respuesta a desajustes críticos en la relación entre las variables: escasez de suelos óptimos/deterioro ambiental/presión demográfica, al igual que tampoco se pueden explicar de esta forma, como bien señaló Nocete, las transformaciones del Neolítico Final (NOCETE, 1988, 1989a), desde un desarrollo que a partir de la agregación condujo a la diferenciación entre los grandes poblados fortificados que impulsan una tardía colonización, quizás ya verdaderamente cerealística, y, como condición y efecto la transformación social del mundo comunitario hacia las primeras formaciones estatales con un claro componente territorial y una base tributaria. Es en esta dimensión de la Historia donde situamos (LIZCANO et al.,

⁸³ De esta forma va desapareciendo en los últimos años la imagen de unos grupos neolíticos y calcolíticos nómadas o seminómadas siguiendo en bloque los desplazamientos de los rebaños, pero se sigue tendiendo a considerar los poblados como pobres y de estructuras inestables. En Galicia las prospecciones recientes han localizado numerosos yacimientos (PERLES, 1988; CRIADO *et al.*, 1988b; RODRIGUEZ, 1988; GONZALEZ y MENDEZ, 1988; MENDEZ y GONZALEZ, 1988) aunque, para mantener la interpretación que sostiene esta escuela sobre la ocupación únicamente de las tierras ligeras donde se sitúan los megalitos y donde se daría una agricultura simple de azada, muchos de estos asentamientos se sitúan en el período campaniforme (CRIADO *et al.*, 1988c; CRIADO y VAQUERO, 1991; MENDEZ, 1991) o se consideran los yacimientos del sur de Galicia como excepcionales (FABREGAS, 1988). En el País Vasco Andrés (1990) cita indirectamente poblados permanentes y Galilea (1981) poblados de montaña a los que se desplazaría ocasionalmente parte de la población. Este proceso puede repetirse en Asturias (BLAS CORTINA, 1987; ARIAS, 1990) o en Cantabria en relación a los concheros y el aprovechamiento ganadero (GONZALEZ, 1992; GONZALEZ y SERNA, 1989; LOPEZ QUINTANA *et al.*, 1989). Poblados importantes también existen en la Meseta Norte (SANTONJA, 1985), Extremadura (BUENO, 1988; HURTADO, 1991; GALAN y MARTIN, 1991-92, aunque estos últimos no se lo acaben de creer) y la Meseta Sur (BUENO, 1991).

1991-92) la desaparición del yacimiento de Martos⁸⁴, cuando el conflicto no se reduce a fricciones puntuales por controlar determinados recursos, especialmente los rebaños, sino a enfrentamientos directos por el control del territorio y la presión que genera la consolidación de éste. Formación, delimitación y consolidación de los territorios son pruebas de la evidente aparición del Estado y su desarrollo como sistema coercitivo (ENGELS, 1884; LENIN, 1917a). Las diferencias internas se ocultan a través del aparato ideológico, p. ej. en el Sureste a través de los enterramientos colectivos, si bien en el Valle del Guadalquivir la restricción del enterramiento a algunos grupos invalidaría las generalizaciones simplistas. En estos casos es más efectiva la presión sobre el exterior y la exacción tributaria garantizada a través de los fortines (NOCETE, 1989a, 1989b, 1989c).

El fenómeno de convergencia que parece producirse a finales del IV milenio en cuanto a patrones de asentamiento y cultura material en general, no se circunscribe a un área concreta del Guadalquivir, sino que afecta de forma global a todo el Valle, incluso a áreas de Extremadura y Portugal, y coincide en líneas generales con el mismo proceso de agregación en el Sureste (MOLINA, 1988; FERNÁNDEZ-MIRANDA et al. 1993). La importancia de este hecho ha sido tomada en cuenta desde hace tiempo por algunos investigadores (ARRIBAS, 1979a, 1979b; CARRILERO et al., 1982), aunque de manera lineal se explica como una difusión valle arriba de la llamada "Cultura de Los Silos del Bajo Guadalquivir" por un lado y desde el Sureste por otro (CARRASCO et al., 1980). A pesar de que en los últimos años se ha generado en el Alto Guadalquivir un mayor

⁸⁴ Esto no quiere decir que el rico entorno de la actual ciudad de Martos se desocupe, por el contrario las noticias sobre hallazgos eneolíticos y de la Edad del Bronce en el mismo casco urbano son abundantes y las mismas citas clásicas nos hablan de la ciudad ibérica de Tucci.

conocimiento del sustrato poblacional sobre el que podría haberse desarrollado el proceso desde finales del IV milenio (FERNÁNDEZ-MIRANDA y OLMO, 1986; PEREZ y ZAFRA, 1991; ARTEAGA et al., 1993), éste sigue siendo insuficiente para emprender un estudio de las diferencias regionales dentro del Alto Guadalquivir aunque algunos rasgos como la concentración de sílex y quizás el desarrollo de fuentes carenadas de gran diámetro parecen mostrar diferencias con otras zonas del valle del Guadalquivir, al mismo tiempo que el fuerte ángulo que forman las carenas en los recipientes⁸⁵ y el cuidadoso tratamiento exterior e interior de éstos los diferencian de los cacharros presentes en otras zonas como el Sureste, en el que pese a la existencia también de sustratos neolíticos previos con abundantes cerámicas decoradas, formas en saco, etc., en los momentos en que se empieza a concentrar la población (MOLINA, 1988; FERNANDEZ-MIRANDA et al., 1993; CAMALICH et al., 1993) el proceso posterior verá florecer el desarrollo de importantes diferencias en cerámica (ARRIBAS y MOLINA, 1979a, 1979b; MORENO, 1993), sílex (MARTINEZ, 1985; MARTINEZ, 1991; RAMOS et al., 1991; AFONSO, 1993), distribución y tipo de sepulturas (CAMARA et al., 1993), etc⁸⁶. La importancia de los contactos ha sido resaltada de nuevo por diversos investigadores tras unos años de excesiva compartimentación positivista (ver BRADLEY y CHAPMAN, 1982; DARVILL, 1982; PEARSON, 1993; GILMAN, 1993). La complejidad de los poblados localizados en los últimos años en otras zonas de la Península Ibérica⁸⁷ como la Meseta (DELIBES y FERNANDEZ-MIRANDA, 1988), el valle del Ebro (GALILEA, 1981;

⁸⁵ Aun teniendo en cuenta las acertadas críticas al uso de este fósil guía como caracterizador de culturas (CARRILERO y MARTINEZ, 1985) se pueden utilizar estos rasgos como vías para iniciar el estudio del conjunto de la cultura material y un análisis no meramente subjetivo, sino en cierto grado cuantitativo, de este tipo de recipientes (ver LIZCANO *et al.*, 1991-92).

⁸⁶ Martínez y Sáez (1984) señalan, sin embargo, que en un momento avanzado del Cobre la presión de Millares produce cierta homogeneización formal en todo el Sureste, aunque, sin duda, la separación entre formaciones sociales pervive como veremos.

⁸⁷ Ver nota 83.

ANDRÉS, 1990), el País Valenciano (BERNABEU et al., 1988) e incluso Galicia (MÉNDEZ y GONZÁLEZ, 1988) se suma a los yacimientos del Horizonte de Sepulcros de Fosa en Cataluña (MUÑOZ, 1965; MARTIN, 1988) para rechazar cualquier tentación difusionista simple o incluso colonialista, aunque algunos investigadores siguen sin dar su brazo a torcer (FERNÁNDEZ y OLIVA, 1985).

Por otra parte la importancia de la convergencia no estriba en dónde se origina sino en cómo se produce y por qué se generaliza. La posibilidad de solucionar estas cuestiones pasa por entender el Valle como una unidad histórica además de geográfica, en la que los mecanismos de interrelación entre las distintas comunidades constituyen las bases y las pruebas de la convergencia; y la hipótesis aquí manejada de agregación para evitar las tensiones del intercambio de mujeres, sin perder el control de la fuerza de trabajo, y la sedentarización a la búsqueda de un territorio estable donde desarrollar la potencialidad de la mano de obra futura y de diversas fuentes de riqueza, puede abrir una vía en este sentido, señalando las causas para el funcionamiento del intercambio diferido que varían según el momento histórico tratado. En estas líneas nos estamos refiriendo al momento en que las deudas en mujeres, y por tanto sus símbolos, estaban dejando de ser necesarios a nivel general, aunque como reflejan los mundos aristocráticos los matrimonios entre élites distantes o vecinas suponen una variedad del modelo de trascendental importancia para asegurarse el dominio sobre un territorio o sobre recursos lejanos, que pudieron servir a su vez como símbolos garantes de su poder (SHENNAN, 1982; GILMAN, 1993; RUÍZ-GÁLVEZ, 1992).

Sólo a partir de estos momentos tiene sentido una oposición ideológica entre el grupo y el exterior, o, si se prefiere, el caos (THERBORN, 1980), desde que el grupo se vive como una unidad donde incluso las oposiciones entre clanes maternos y paternos son

más tangibles (LINDSTRÖM, 1988; BLOCH, 1988), y sus contradicciones deben ser justificadas a través de la Ideología (SCARDUELLI, 1983). Previamente la maraña de alianzas externas, para garantizar la reproducción del sistema social, aun en el seno de la misma formación económico-social difícilmente, por su misma flexibilidad, de forma especial en el plano temporal, podía ser conceptualizada como una oposición entre nosotros y ellos, de manera tal que el conflicto pudiera continuar a través del aprendizaje, y así reproducirse, aunque las grandes reuniones (fiestas) pudieron ayudar en algunos momentos (CONKEY, 1980; PEARSON, 1993).

De esta manera, también en el plano ideal, la sedentarización facilitaba la identificación. De forma contraria las oposiciones ideológicas que se diseñan en las sociedades clasistas frente al "otro", y que son de igual manera un puntal en el sostenimiento del sistema social basado en siglos de cohesión, en la transformación ideológica, nunca se corresponden totalmente con la actitud que hacia el "otro" toman las élites, y así se comercia con presuntos "enemigos", se realizan alianzas dinásticas, se cambia de aliado en una guerra, etc. En las sociedades aristocráticas descentralizadas, a las que posteriormente nos referiremos, estos mecanismos son especialmente difusos.

A medida que las bases socioeconómicas cambian, e influyendo fundamentalmente en ellas, las reglas de parentesco van siendo incluidas en otra organización en que lo básico es ahora la residencia, la adscripción a una tierra controlada por la comunidad o por las élites. Estas diversas funciones de la afirmación de la identidad cultural y el tratamiento del extraño son las que explican las diferencias presentadas por Lévi-Strauss (1973:113-114) entre la minusvaloración del extranjero, su negación, y el respeto ideal a lo exótico, a la alianza matrimonial lejana. Naturalmente en estos últimos casos se utiliza la importancia, real o imaginaria, del extranjero, el visitante, en el propio beneficio.

Fig. 3. Zonas andaluzas de atención preferente en nuestro estudio. A.1. Alto Guadalquivir (a. Campiña Occidental Baja, b. Cuenca del río Jándula, c. Cuenca del río rumblar, d. Zona Oriental de la Depresión Linares-Bailén, e. Vega del Guadalquivir, f. Campiña Occidental Alta y piedemonte, g. Loma de Ubeda). A.2. Sureste (a. Cuenca del río Andárax, b. Alpujarra almeriense y Campo de Níjar, c. Pasillo de Tabernas, d. Bajo Almanzora, e. Alto Almanzora, f. Zona de Galera, Orce, etc., g. Pasillo de Cúllar-Chirivel, h. Los Vélez, i. Sierra de Baza y rio de Gor. B. Zonas de contrastación (1. Depresión de Ronda, 2. Vega del Guadalquivir cordobesa, 3. Los Pedroches, 4. Alta Campiña oriental cordobesa (Castro del Río-Baena), 5. Subbética cordebese, 6. Cuenca del Odiel).

B) Los límites de la reproducción social

La presión interna y las armas del poder (religioso-militar). El establecimiento del sistema ideológico-parental

Las nuevas relaciones entre hombres y mujeres que, según Meillassoux (1975), acompañan el inicio de la explotación agropecuaria con la finalidad de mantener el ciclo reproductivo biológico y por tanto el aporte continuo de fuerza de trabajo, exigían nuevas relaciones más estrechas entre los diversos grupos sociales que ocupaban un área determinada. El mantenimiento de las redes de alianza para el intercambio de mujeres y sus símbolos (en forma de "dote") pudo derivar en fenómenos de desigualdad entre grupos (deuda de mujeres y por tanto de sus hijos, o de animales si éstos se habían convertido en la dote deseable, al igual que muchas veces son el elemento preferido para los sacrificios, adquisición del símbolo de un valor de cambio independiente que justificaría la posición de algunos grupos que produjeron determinados elementos que alcanzan prestigio, etc), o dentro de ellos (potenciación ideológica del anciano/chamán, donante de los frutos de la tierra, ligado con la comunidad con la que se identifica -GODELIER, 1974; SCARDUELLI, 1983- y organizador de las reglas de intercambio, -CHAPMAN, 1981a; BLOCH, 1981 y 1982-, identificación ideológica de ciertos hombres con las mujeres - GODELIER, 1982-, reparto de beneficios de la producción en lugar de las cargas, - MEILLASSOUX, 1975-). Además el proceso una vez iniciado en el nivel aldeano con prestaciones de trabajo en bien de la comunidad, o de sus representantes, es rápidamente susceptible de ser aprovechado desde instancias superiores a través de la conquista y la exacción, enmascarada en complicidad con las élites tradicionales respetadas o con aquellos que se han colocado en su lugar (ver GODELIER, 1974; SCARDUELLI, 1983; GAILEY y PATTERSON, 1987; y una exposición del dominio justificado por la defensa en GILMAN, 1976, 1987a, 1987b, 1991).

Otro problema es considerar hasta qué punto ese ritual de cohesión⁸⁸, que implicaba el enterramiento de determinados miembros de la comunidad periódicamente, fue usado a posteriori por ciertos grupos sociales para impulsar y consolidar su posición preeminente, aunque a veces la relación familiar que se presente sea totalmente ficticia (ver THAPAR, 1981), y aunque la evolución posterior hacia el enterramiento colectivo⁸⁹, que no implica a la totalidad de la población, sugiere que se optó por atraer a la mayor parte de la población hacia lo que se suponía que eran objetivos comunes del poblado, de la sociedad, lo que a su vez explicaría la erección de las grandes obras "públicas" como las murallas que no sólo actúan como frontera al exterior sino también hacia el interior (NOCETE, 1989a; CRIADO, 1989a), aunque al igual que el tributo esta situación queda enmascarada.

Incluso entre las mismas sepulturas se manifiestan pronto las diferencias⁹⁰ posiblemente entre clanes (CHAPMAN, 1979a; MOLINA y ARRIBAS, 1993), que son

⁸⁸ Sistemas diferentes de segregación y agregación se conocen en diversos lugares de la Península, así el conocido caso de Los Millares podría utilizar ambos mecanismos para integrar, reconstruyendo ideológicamente un origen hipotético, alguna de las poblaciones de su entorno (MALDONADO *et al.*, 1991; ARRIBAS *et al.*, 1981, 1985; MOLINA, 1988, 1989; ARRIBAS y MOLINA, 1991). En el caso de las Campiñas del Alto Gualdalquivir sólo se ha estudiado la distribución de fortines (NOCETE, 1988, 1989a, 1989b) si bien las características de las necrópolis de cuevas artificiales, concentradas y sin impacto visual directo (LUCAS PELLICER, 1968; RUIZ, 1983), llevan a pensar que su función principal estaría vinculada a estos mecanismos, de ahí también su escasez relativa con respecto al elevado número de poblados documentados, y que no se puede explicar sólo en función de la difícil perceptibilidad de estas estructuras subterráneas.

⁸⁹ Recientemente se ha criticado el uso del término colectivo para referirse a estas tumbas (ANDRES, 1989-90) por el mero hecho de que se han producido en unos casos por acumulación de inhumaciones individuales y en otros por circunstancias de muerte catastrófica, sin embargo, en mi opinión, hay que seguir utilizando el término porque las tumbas así llamadas no son un simple contenedor de restos sino la expresión del grupo que se identifica en ellas, la negación de la importancia de la persona individual (BLOCH, 1988) y la vía para la cohesión del grupo o el enmascaramiento de las diferencias sociales (SHENNAN, 1982).

⁹⁰ Los elementos exóticos están presentes en las tumbas de numerosas zonas de la Península Ibérica, pero si se han utilizado para sugerir relaciones entre diversas zonas de ésta o para marcar

sugeridas también desde el estudio de los poblados a un nivel territorial (NOCETE, 1988, 1989a; MOLINA, 1988), e incluso desde el análisis del yacimiento de Los Millares, que aunque centrado aún en las fortificaciones, sugiere también diferencias internas concretadas en estructuras especializadas (MOLINA et al., 1986; ARRIBAS y MOLINA, 1987, 1991; MOLINA, 1988); pero por otra parte a través del ritual funerario lo que se puede comunicar es el carácter secreto de determinadas ceremonias (SCARDUELLI, 1983), el poder exclusivo de ciertos individuos para interceder ante las fuerzas exteriores (o anteriores) que supuestamente regulan la vida humana (BONANO et al., 1990; KIRCH, 1990), hecho que no parecía suceder aún en momentos más antiguos y así en Martos diversos rituales de cohesión estaban muy extendidos y presentes en diversas estructuras excavadas mostrando entre ellos una especial unidad que nos revela una cierta planificación en la agregación (LIZCANO et al., 1991-92; CÁMARA y LIZCANO, 1993) y una importante conexión con la ganadería.

Recientemente se ha destacado el papel de los símbolos en la adscripción desigual de unos poblados a otros (NOCETE, 1988, 1989a; MOLINA, 1988; MALDONADO et al., 1991), y Scarduelli (1983) resalta la importancia del dominio de las esferas fantasmales, el enmascaramiento de la desigualdad y su justificación por el ritual, así como el aprovechamiento, como hemos dicho, de mecanismos previos de solidaridad comunal en favor de una élite más avanzada, primero la aldeana y después la imperial (ver también GODELIER, 1974; RUÍZ, 1978, etc.).

límites culturales por su distribución o el papel que cumplen en cada zona en base a su presencia diferencial (VAZQUEZ *et al.*, 1987; CRIADO y FABREGAS, 1989; DELIBES *et al.*, 1986; GALAN y MARTIN, 1991-92), se puede sugerir también que pueden mostrar una diferenciación social importante, atestiguada también por las diferencias en monumentalidad de las tumbas si se logra aislar la secuencia constructiva (JORGE, 1982).

Sin embargo la importancia del parentesco no desaparece, mientras los miembros comunes de la sociedad van siendo arrinconados en clanes y secciones que pierden prestigio, a medida que se empobrecen, las élites se desarrollan al potenciarse primero sus propios clanes, las funciones en que se especializan, y después las familias que los componen. La negación de los segmentos a través del enterramiento colectivo que tiende a mostrar la permanencia única de la parte colectiva de la comunidad (BLOCH, 1988), y su conexión a la "tierra domesticada", hace que la importancia ritual se encamine progresivamente desde la comunidad a aquellos que la representan (el faraón, el jefe, etc). Sin embargo la cercanía parental a éstos es aún una fuente de poder, aunque se haya conseguido ilusoriamente como representantes en las tierras sometidas, las élites atraídas, o como sus administradores-delegados. La sanción matrimonial a menudo es frecuente, y por ello se pueden justificar los derechos a la revuelta, a la ruptura aristocrática en la periferia (NOCETE, 1988, 1989a).

De tal modo al mismo tiempo que se priva de sus raíces parentales a la masa del pueblo, las élites las utilizan para fortalecer sus alianzas o justificar su posición (THAPAR, 1981). La anulación del parentesco se evidenciaba también con la atracción de clientes/siervos a sus propios clanes, en realidad sirviendo a las familias dominantes de éstos. El mecanismo era múltiple: servidumbre por deudas, guerreros a los que se prometía riquezas, extranjeros a los que se acogía, etc.

En los mitos indoiranios la presencia de una divinidad desplazada y/o un primer hombre/rey sacrificado por el bien de la comunidad, por la creación del mundo y los bienes que éste contendrá, ganado vacuno susceptible de ser apropiado (LINCOLN, 1981) representa la victoria de la aristocracia (unida al orden sacerdotal) frente al monarca teocrático anterior, el antiguo exponente de la comunidad. Ahora los dirigentes no son la

comunidad sino sus protectores, los garantes de la adquisición de bienes y por tanto del bienestar de toda la comunidad. Los dones ofrecidos son ahora de otra clase y se justifican de otra forma pero la explotación se sigue ocultando y el sistema social sigue siendo clasista, es más las diferencias se han agudizado y sólo con las conquistas y el trabajo de los siervos, los plebeyos, podían sentirse en una situación privilegiada⁹¹ especialmente si en los conflictos entre los miembros de la clase dominante debía recurrirse a ellos por parte de alguna sección (principalmente los sacerdotes, menores en número y casi monopolizadores de la ideología diseñada para mantener el poder) (LINCOLN, 1981).

La presión interna y la promesa exterior. Conquistas y aceleración de la diferenciación.
La adaptación del sistema ideológico

Ya se ha dicho que enterramientos del tipo documentado en Martos pudieron ser utilizados por determinados miembros de la sociedad para impulsar o consolidar su posición, aunque el enterramiento colectivo que se impone poco después, según la documentación de otras zonas, tiende a enmascarar el proceso de jerarquización (SHENNAN, 1982; WHITTLE, 1988a), y así Kristiansen (1982, 1984) señalaba que, por un lado los megalitos simbolizaban las fuerzas colectivas de la comunidad, y por otro legitimaban y mantenían el poder de determinados linajes a través de sus teóricos ancestros heroicos. También Arteaga (1992) ha señalado como propio de estos momentos

⁹¹ En la zona oriental de la expansión indoeuropea los sistemas de dominación servil (y teocráticos) no se habían roto y fueron asimilados por los recién llegados lo que, en cierta medida, impidió la adopción del esclavismo como "modo de producción dominante", tal y como ocurrió en los sistemas más puros en los que se intentó mantener la base social inicial de guerreros a salvo de diferencias internas como base para la rapiña. El mantenimiento del sistema en Grecia y Roma no se logró sin embargo sin el desarrollo de importantes luchas sociales y las transformaciones militares a que condujo la política de conquistas (ENGELS, 1884; STE. CROIX, 1981; MOSSE, 1976; FINLEY, 1959).

la diferenciación de linajes, mientras la tribalización y la agregación poblacional que la preceden supusieron la base para el desarrollo de las fuerzas productivas desde el Neolítico Final. Se busca acentuar la cohesión social ideológicamente para impedir la ruptura de una comunidad amplia que se había hecho necesaria como forma de mejorar el control sobre las capacidades reproductivas y productivas del grupo⁹². Fue en esos momentos cuando las relaciones atlánticas se extendieron, y se ha llegado a señalar que en ciertas áreas restringidas, y a menudo aisladas pueden haber evolucionado tales desarrollos hacia formaciones sociales más complicadas, en las que el acceso al conocimiento ritual y sobrenatural permaneció como rasgo muy importante (...). Estas relaciones puede que no hayan implicado el intercambio de bienes de subsistencia pero podían haber tenido lugar en una esfera bastante separada, restringida a las élites locales (BRADLEY y CHAPMAN, 1982:355)⁹³, además la presencia de determinados elementos

⁹² Vicent (1990) ha presentado una hipótesis sobre el desarrollo social en la Prehistoria Reciente bastante similar a la sugerida aquí, si bien con un menor énfasis en el papel activo de la ideología en cuanto a la justificación o contestación de los sistemas de poder en uso. Relaciona así la aparición de la sociedad de clases con la progresiva territorialización resultado de la competencia intergrupal. El fenómeno se expresa y justifica en la adopción de un modo de vida campesino, sistema económico que hemos criticado para el inicio del proceso, con aldeas permanentes y megalitos u otras sepulturas colectivas (aunque el caso estudiado en estas páginas muestra que otro tipo de tumbas pudieron cumplir similares funciones sobre todo en los orígenes del proceso) como sistema de enterramiento, ya que lo importante no es el hecho del enterramiento en sí sino su generalización, la formación de una tradición frente a los enterramientos esporádicos de épocas anteriores, reforzando el derecho a la tierra de un grupo que, además, mantiene sistemas de cohesión tradicionales, reduciendo a su vez el intercambio de mujeres, como se sostiene también en este trabajo, cada vez más a medida que los grupos se hacen más amplios y estables. Lo que no se puede perder de vista al plantear esta evolución es que el objetivo fundamental de la territorialización es el control de la producción, a través del control de las condiciones objetivas de ésta, o sea la tierra, como soporte para el ganado o la agricultura, y la fuerza de trabajo. La caracterización de la desigualdad debe hacerse en base a la apropiación diferencial de los resultados del trabajo social.

⁹³ Es en este contexto donde hay que situar las objeciones de Gilman (1993) a contactos que supusieran una transformación "real" (¿hasta qué punto se puede considerar que una sociedad ha cambiado o no?) de las sociedades de Europa Occidental. Es cierto que en ningún caso se puede hablar de comercio sino de circulación restringida de bienes de prestigio como intercambio entre élites o tributo (GILMAN, 1993:105; ver también AFONSO, 1993), pero no creo que la situación micénica sea muy diferente, el intercambio oriental, más masivo, sólo tiene explicación, como bien

como son las necrópolis, justificaría la posición de algunos asentamientos con respecto a otros (WHITTLE, 1988a; MALDONADO et al., 1991), obligando incluso al enterramiento de ciertos individuos, quizás políticamente privilegiados, de otros grupos en la necrópolis del asentamiento central (BLOCH, 1982), quedando así marcada una nueva unión política a escala más amplia y canalizando las exacciones hacia un nuevo centro al que el trabajo comunitario llevaría sus productos, y justificándose el acceso a sus tierras que, a veces, parcialmente, en comunidades ampliamente jerarquizadas, donde la ley puede quedar escrita, pero también en beneficio de unos pocos, pasan a ser propiedad de la comunidad principal, en realidad de sus élites (GODELIER, 1974; SCARDUELLI, 1983). La presión sobre otras comunidades, que real o imaginariamente se habían originado por secesión desde el asentamiento central, ayudaría también a mantener estables las fricciones internas dentro de éste, al igual que la extensión de los beneficios a las élites de otros asentamientos aseguraría la reproducción de la sociedad, hasta que se alcanzaran los límites de sus contradicciones, inherentes a todos los sistemas estatales (NOCETE, 1988, 1989a, 1989b).

Será éste posiblemente el fenómeno más frecuente en el Valle del Guadalquivir donde la preeminencia de los enterramientos en cuevas artificiales, especialmente en el Valle Medio y Alto (LUCAS PELLICER, 1968; GARCIA, 1976; RUIZ, 1983, NOCETE, 1988, 1989a; RIVERO et al., 1987; CRUZ-AUÑÓN et al., 1993; BERDICHEWSKY, 1964) no constituye una generalización dada su ausencia de numerosos poblados. La relación con los megalitos presentes en las sierras de Sevilla, Córdoba y Jaén (LEISNER y LEISNER, 1943; RUIZ, 1983; MURILLO, 1988b; CRUZ-AUÑÓN et al., 1993; CARMONA y MORENO, 1992; CARMONA et al., 1993), en las que también se conocen

señala Gilman, en función del palacio, pero aquí el nivel de centralización, al igual que en las sociedades aristocráticas argáicas, es mucho más bajo que el de las sociedades despóticas ("formaciones sociales de tipo asiático").

enterramientos en cuevas naturales (VAQUERIZO et al., 1991a, 1991b), y con las numerosas pinturas rupestres existentes (CARMONA et al., 1993) resulta tan problemática como la relación entre las comunidades serranas y las de las Campiñas en términos estrictamente económicos. Pero no existe la oposición simplista entre pastores y agricultores (CARRASCO et al., 1980; RUIZ, 1983) que a menudo se había dibujado, y de la que en apariencia no había escapado el propio Nocete al explicar el desarrollo estatal desde el Cobre Pleno (NOCETE, 1989a; 1989c), aunque se trata de un proceso de jerarquización avanzado en el que los centros de las Campiñas efectúan un fuerte bloqueo coercitivo, destinado a reproducir su propio sistema frente a las comunidades serranas del sur, relacionadas posiblemente también con poblados permanentes, y en este sentido no podemos olvidar los que existen más al sur en las cercanías del pasillo de Alcalá-Moclín y de los que Montefrío es el mejor ejemplo (Arribas y Molina, 1979a, 1979b). En este sentido las primeras prospecciones en extensión de nuestro compañero en la provincia de Huelva (NOCETE et al., 1993) le han permitido afirmar más rotundamente lo erróneo de las divisiones entre comunidades pastoriles megalíticas y comunidades agrícolas en llano, y las prospecciones llevadas a cabo en el marco del Proyecto Millares en Tabernas (ALCARAZ et al., 1986, 1987; MALDONADO et al., 1991; MOLINA, 1988; ARRIBAS y MOLINA, 1991; CAMARA et al., 1993) han mostrado una articulación amplia de tumbas y poblados desde los llanos a los pastos de invierno de las montañas.

De tal forma en torno a los poblados más amplios del valle del Guadalquivir las grandes tumbas tipo tholos son escasas (FERNANDEZ y OLIVA, 1985; HURTADO y AMORES, 1984), hecho que parece repetirse en Extremadura (HURTADO, 1991). Los megalitos, que implican otros muchos significados sociales en su distribución, aparte de la jerarquización, se exponen, mientras muchas de las grandes necrópolis del oeste y suroeste de la Península Ibérica se ocultan, siendo lo más importante su concentración

junto a los poblados, la expresión de la entidad y poder de éstos, fenómeno que tampoco esta ausente del Sureste, como muestra la necrópolis de Los Millares, que, sin embargo, es perfectamente visible junto a la muralla del poblado, como sucede habitualmente en el Sureste.

Y así si bien en el Calcolítico del sureste de la Península Ibérica se conocen diversos tipos de distribuciones megalíticas, contamos con una excepcional necrópolis de casi 100 sepulturas en el entorno de un no menos excepcional asentamiento, el poblado de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería) (ALMAGRO y ARRIBAS, 1963; CHAPMAN, 1979a; MOLINA, 1988); apoyando la hipótesis de que el papel de la necrópolis no se limitó a garantizar la cohesión al interior del propio poblado sino que se pudo convertir en un centro al que simbólicamente quedaban adscritos, tras la muerte, habitantes de poblados dependientes en una u otra forma (BLOCH, 1982; CAMARA et al. 1993)⁹⁴.

El estudio de la distribución megalítica en el pasillo de Tabernas (CÁMARA et al., 1993) nos revela no sólo la diferenciación espacial entre diversas sociedades sino también el proceso de jerarquización social y de expansión. La peculiaridad de estas necrópolis en cuanto a función social se demuestra no sólo con respecto a las tumbas del Almanzora con diferencias en técnicas constructivas, distribución y cultura material mueble (MARTINEZ y SAEZ, 1984), sino incluso con respecto al Andárax donde dándose técnicas constructivas similares la asociación de las tumbas cumple patrones diferentes en función de una mayor complejidad y competencia social, que busca el control territorial a base de fortines (ARRIBAS et al., 1981, 1985; ARRIBAS y

⁹⁴ En este sentido V.O. Jorge (1986) habló de "necropolización" para referirse a un proceso complementario al de "monumentalización", y que expresa una mayor complejidad social.

MOLINA, 1991; MOLINA, 1988, 1989). El territorio de Tabernas queda así como un área periférica en la que los diversos poblados parecen mantener cierta indiferenciación y cooperación, reflejada y potenciada por centros ceremoniales comunes⁹⁵.

Sin embargo tanto en estas áreas del Sureste como en las que hemos referido anteriormente se pretende conseguir el control de un territorio que incluya diferentes ecosistemas, algo fundamental para el desarrollo de estrategias de acumulación dirigidas desde los poblados jerárquicos (se trate de un único centro o varios federados) basadas en la importancia del ganado (con los desplazamientos que exige y por tanto el terreno que cubren éstos) o de la agricultura, especialmente desde momentos ya avanzados del Cobre y desarrollada por poblados que ya habían caído en dependencia. En este esquema cabe incluir también los fortines de las Campiñas de Jaén a los que se refiere Nocete (RUIZ et al., 1983, NOCETE et al., 1986a; NOCETE, 1988, 1989a, 1989b, 1989c) en una zona en que no conocemos megalitos, actuando así no como una simple barrera sino como la guía del territorio de explotación, hacia los glaciares de erosión de las Béticas, zona ocupada desde los momentos iniciales del proceso como mostró el yacimiento del Polideportivo de Martos (LIZCANO et al., 1991, 1991-92).

Quedan sin embargo aún preguntas, entre ellas quiénes acceden al enterramiento en cada grupo de sepulturas, en qué épocas del año se ocupan los pequeños poblados que

⁹⁵ Sin pretender, como parece desprenderse de algunos trabajos (GUSI, 1973, 1984; GUSI y OLARIA, 1991) que se trate de comunidades pobres o escasamente jerarquizadas, dada la evidencia recogida en estas líneas sobre organización del territorio y diferenciación entre sepulturas. Lo único que hay que retener es la situación periférica en términos políticos en la que se desarrolla la vida de estas comunidades que reaccionan ante la presión, manifestada en la difusión de elementos de prestigio por parte de Los Millares (MOLINA, 1988) y la reacción progresiva desde otras comunidades. Esta reacción, y emulación, podría explicar determinados rasgos de la agudización del conflicto social en el pasillo de Tabernas -tumbas circulares-, si bien el inicio del rígido sistema de control simbólico es bastante anterior.

constatamos en las montañas y qué actividades se llevan a cabo en ellos. Es posible que se realizaran determinadas ceremonias en las tumbas (COONEY, 1990; FRASER, 1983; LARSSON, 1985), y también es probable que determinados restos fueran trasladados periódicamente de unas sepulturas a otras (BLOCH, 1982, 1988; WHITTLE, 1988a), afirmando más rotundamente la unidad de la comunidad a través de algunos de sus miembros, e incluso Fraser (1983:424-429) ha señalado que aparte del retorno tras la muerte de determinados miembros del grupo se dieron también enterramientos en fechas especiales⁹⁶. El sentido de este traslado ceremonial podía ser doble y en este caso se nos plantea el interrogante de si el sistema de control sacralizado del territorio se estableció en su forma básica desde un primer momento⁹⁷ en el área de Tabernas, como parece sugerir la consolidación del poblamiento entre el NF y el CA, y la relación de distancias entre poblados y necrópolis, o fue el resultado de un largo proceso temporal⁹⁸. En

⁹⁶ El mismo fenómeno se ha puesto en relación con las tumbas campaniformes con ofrendas masivas de animales, especialmente bóvidos, algunos resultado de la acumulación de restos de fiestas, expuestos a la intemperie durante meses (PEARSON, 1993; DAVIS y PAYNE, 1993).

⁹⁷ En esta línea p. ej. la distribución dispersa de megalitos en Galicia no respresentaría difusión del hábitat a la espera de la regeneración de los suelos (CRIADO, 1989c; 1988a, 1988b, CRIADO y FÁBREGAS, 1989), sino un sistema complejo de control del territorio que puede vislumbrarse en algunos trabajos recientes (VAQUERO, 1988, 1989). Ya Renfrew (1979) señaló que los megalitos pudieron servir de símbolos territoriales incluso cuando se abandonaran y en el pasillo de Tabernas el acercamiento de algunos poblados del Bronce (Hoya de la Matanza y Peñón de la Junta) (MALDONADO *et al.*, 1991) a las zonas antes delimitadas por los megalitos (CAMARA *et al.*, 1993) sugiere un cambio en la organización político-territorial aun manteniéndose, o acentuándose, el interés por determinadas zonas.

⁹⁸ También en el caso de la dispersión megalítica de Gorafe, García Sánchez y Spanhi (1959) señalaron la relación de los sepulcros con poblaciones campesinas que fueron constituyendo sucesivamente agrupaciones de tumbas, como muestran sus características constructivas y el contenido de sus ajuares. Debe reseñarse sin embargo que la separación en grupos no es muy significativa, especialmente entre los grupos V, VI y VII, pudiéndose plantear en otros casos una subdivisión (grupo IX). Incluso Ferrer parece haber rechazado en los últimos años la consideración de un hábitat permanentemente móvil, y así lo plantea en relación a las concentraciones de tumbas en Fonelas (FERRER *et al.*, 1988) pese a que aún no se ha localizado el poblado correspondiente, al contrario que sucede con la necrópolis cercana de Los Eriales cuya asociación a Los Castellones de Laborcillas es conocida a través de la bibliografía (MOLINA, 1983; AGUAYO, 1984; FERRER *et al.*, 1988; etc.). Recientemente también se ha publicado un importante yacimiento junto a la

cualquier caso las necrópolis concentradas y las tumbas más dispersas configuran un sistema doble que, si bien garantiza la cohesión territorial, no expresa ni impone un sistema de dependencia tan centralizado como el que se lee del sistema de enterramiento asociado a la necrópolis de Millares, hacia la cual se vincularían las poblaciones circundantes, algunas de cuyas élites podían hallar el premio a su servicio con el enterramiento en ella (MALDONADO et al, 1991; BLOCH, 1982; WHITTLE, 1988a).

La presencia de una necrópolis concentrada junto a un gran poblado es no sólo la expresión de su entidad sino uno de los elementos que han generado su grandeza ya que logró centralizar ideológicamente los enterramientos de un área amplia en la forma de un retorno simbólico a los orígenes (ver BLOCH, 1981 para un ej. etnográfico) desarrollando funciones de centro ceremonial. El sistema en este caso se puede combinar en el caso de Millares con un control rígido del territorio a base de fortines (ARRIBAS et al, 1981, 1985; ARRIBAS y MOLINA, 1984; MOLINA, 1989), que no se han localizado en Tabernas, aunque sí en la zona del Almanzora (MARTINEZ y SAEZ, 1984; MARTINEZ et al., 1989; CAMALICH et al., 1993). En el Andarax además la integración de un mundo de megalitos dispersos, pero cercanos a pequeños poblados en la zona de Alhama y

necrópolis del Puntal de la Rambla (Baúl) (SANCHEZ, 1990). Sólo con un mercado asentado se pueden dar poblaciones exclusivamente ganaderas y móviles (HOLE, 1968), vinculadas al intercambio regional.

De esta manera cabe rechazar la consideración de las sepulturas alineadas y relativamente dispersas del sur de la Península Ibérica como los referentes puntuales de los poblados pequeños y móviles neolíticos frente a las necrópolis concentradas calcolíticas (ver AGUAYO *et al.*, 1989-90), lo que ocurre es que se va configurando un paisaje ritual (COONEY, 1990) que remarca una ruta utilizada desde los primeros momentos y se destaca la permanencia de los poblados a través de la continuidad de lo visible (CRIADO, 1993) y la utilización de los ancestros como justificadores de la posesión y la identidad con el territorio (CHAPMAN, 1981a; BLOCH, 1981, 1982; FRASER, 1983; CRIADO, 1989a; etc.), convertido por el trabajo en medio de producción ya sea más indirectamente a través de rutas y cercados para los rebaños, o de forma más directa, y progresivamente, como terreno agrícola.

Gádor, supone el control de la mayor parte de los recursos subsistenciales, y del mineral de cobre (CARA y RODRÍGUEZ, 1984, 1989). Habría que plantearse qué beneficios reciben las élites de las comunidades megalíticas que se hallarían representadas en la necrópolis de Millares y en algunas tumbas especiales de la Loma de Huéchar p. ej. Sin duda entre estos beneficios estaría el apoyo central a su propio papel de control coercitivo en la periferia. Sin embargo el sistema para su estabilidad exigía un control desde el centro que se expresa en los diversos fortines que rodean a Los Millares (ARRIBAS et al., 1981, 1985; MOLINA, 1988, 1989; CARA y CARRILERO, 1985; CARRILERO et al., 1986). Este control se ve reflejado incluso en yacimientos del Andárax Medio, existiendo además asentamientos temporales en la zona (CARA y RODRÍGUEZ, 1986), como los que parecen existir en el sur de Filabres.

Un estudio detenido de la distribución de tumbas y poblados muestra que existen rasgos de conexión en cuanto a visibilidad, control de rutas y de territorios de explotación económica, y rasgos de cultura material (puertas perforadas en los megalitos p. ej.) (CARA y RODRIGUEZ, 1984; RODRIGUEZ, 1982). Además la presencia de tumbas megalíticas en la necrópolis de Los Millares (ALMAGRO y ARIBAS, 1963) sirve de conexión, posiblemente vinculando élites (MALDONADO et al, 1991; CAMARA et al., 1993; LIZCANO et al., 1991-92).

La investigación futura también podría probar el grado de diferenciación interna, expresado dentro de las sepulturas, entre las necrópolis, e incluso dentro de una misma necrópolis, como p. ej. se ha visto en el caso de Los Millares (CHAPMAN, 1979a). Tal vez el ej. más evidente a través de la prospección superficial es la distribución de las grandes tumbas circulares ya referidas, a menudo con corredor determinado, muy cercanas, y que casi en ningún caso demuestran una búsqueda de control visual sobre el territorio, aunque sí conexión con otras sepulturas y búsqueda de puntos prominentes, por

lo que hay que buscar explicaciones por otros caminos: preeminencia ritual por su tamaño y contenido, y por tanto por el papel de aquellos a los que incluye.

También en las necrópolis de Gorafe los elementos presentes en algunas sepulturas como La Sabina 49 o Majadillas 84 (GARCIA SANCHEZ y SPANHI, 1959) sugieren diferenciación social; y también en el sepulcro Domingo 1 de Fonelas (FERRER, 1977), que además se sitúa en una posición central (FERRER et al., 1988).

El mismo fenómeno de diferenciación del poder se puede apreciar en la asociación de determinados ajuares como las puntas de flecha al número de individuos (ARRIBAS y SANCHEZ, 1968), sin embargo es difícil suscribir un proceso de individualización en las tumbas siguiendo simplemente a la jerarquización social sin enmascaramiento (como pretende entre otros MATHERS, 1984).

La organización a base de fortines en las Campiñas de Jaén es, según la periodización de Nocete (1988, 1989a), bastante más tardía y repentina, vinculando también a una serie de especialistas, una casta de guerreros (NOCETE et al., 1986), y procediendo en poco tiempo a la desintegración total del sistema (NOCETE, 1989b) por las contradicciones de la sobreexplotación en la periferia, las ambiciones de las élites que controlan los poblados secundarios y, posiblemente, la influencia exterior y la disolución de la base económica del sistema.

Nos debemos referir ahora a las estrategias económicas que se han planteado para los grupos megalíticos, y calcolíticos en general, y en concreto al papel de la agricultura en estas comunidades, y su repercusión o no en el patrón de asentamiento.

Al menos desde la publicación de la secuencia estratigráfica del yacimiento de Los Castillejos en Las Peñas de Los Gitanos (Montefrío, Granada) y las valoraciones hechas sobre las estrategias económicas de los grupos sociales del IV y III Milenio en base al estudio faunístico realizado sobre el yacimiento citado (UERPMANN, 1979; ARRIBAS y MOLINA, 1979a y 1979b), la agricultura cerealística ha sido considerada como la base económica fundamental para garantizar la subsistencia de esas comunidades (CARRILERO y MARTINEZ, 1985; MURILLO, 1988a; HITOS, 1987; RUIZ, 1987; RAMOS, 1981; MORENA, 1987; ROCA et al., 1985), y en el caso del Alto Guadalquivir (NOCETE, 1986, 1988 y 1989a; PEREZ et al., 1990), ésta se ha planteado también como el aspecto básico en torno al cual se desarrolla la jerarquización social, siendo el excedente cerealístico el objetivo fundamental de aquellos que obtienen el poder, a través del control coercitivo de la fuerza de trabajo, siendo este último punto el que se discute aquí. Para el Sureste la agricultura del cereal se ha visto simplemente como una respuesta adaptativa a una presión demográfica, nunca suficientemente explicada (RAMOS, 1981), y aquellos que abogan por un grado de jerarquización social más o menos desarrollado, han buscado otras explicaciones centradas en la intensificación agrícola a través de la irrigación o el policultivo, ya sea porque es una inversión que hay que defender (GILMAN, 1976, 1987b, 1991) o porque son el resultado de la previsión de unas élites a las que hay que agradecerse (CHAPMAN, 1982, 1990), el metal como agudizador de los conflictos por su complejidad técnica o por la necesidad de gestionar su intercambio casi comercial "protegiendo" las rutas (GILMAN, 1976; LULL, 1983; MOLINA, 1983), o más recientemente el papel que los mecanismos ideológicos pudieron desempeñar en la consolidación de determinadas dependencias tras las cuales se oculta la apropiación de los resultados de la producción por parte de una clase social, que además extiende, en algunos casos, parte de los beneficios al resto del poblado en que se identifica, o a las élites de otros, y donde en todos los casos parece darse una producción especializada y exclusiva de bienes de prestigio (SHENNAN, 1982; MOLINA, 1988) en

los que puede incluirse naturalmente el metal⁹⁹, especialmente en forma de armas en época argárica (ver también MORENO, 1993), y que no expresan simplemente una deuda

⁹⁹ La jerarquización social a través del control de las fuentes de mineral es visible en el Calcolítico a partir del estudio de la evolución de los patrones de asentamiento en la zona occidental del pasillo de Cúllar-Chirivel (MORENO *et al.*, 1991-92; MORENO, 1993) dispersándose los asentamientos en una ruta que corre paralela a los principales filones de la Sierra de las Estancias y que se encuentra salpicada de diversos afloramientos de pequeña entidad como muestra el conocido caso de El Malagón (ARRIBAS *et al.*, 1978; TORRE *et al.*, 1984; MORENO, 1993). No es que las comunidades que vivieran cerca de los filones se vieran favorecidas por la demanda del mineral sino que cuando éste comienza a ser un importante elemento de prestigio (MOLINA, 1988) se ocupan por primera vez determinadas zonas (MORENO *et al.*, 1991-92; MORENO, 1993), aunque también aquí los datos faunísticos sugieren la importancia de los rebaños, principalmente de ovicápridos y cerdos, estos últimos adaptados al ecosistema de dehesa que debía rodear en gran parte el asentamiento (RODRIGUEZ, 1992; MORENO, 1993).

También en la zona de la Sierra de Baza el proceso parece similar (SANCHEZ y FERNANDEZ, 1987; SANCHEZ, 1989, 1990, 1993) con gran importancia de la metalurgia aunque también se puede relacionar la dispersión de los poblados con los movimientos de los rebaños, en la parte oriental del pasillo de Cúllar-Chirivel (MORENO *et al.*, 1985), en la zona al norte de las sierras de Orce y María (FRESNEDA *et al.*, 1989, 1990) y en el centro de la Depresión de Guadix (RAYA, 1985; RAYA *et al.*, 1987), aunque, al menos, en los casos occidentales no se trata de una ocupación primaria de un área sino de la reestructuración de los patrones de asentamiento como muestra p. ej. la existencia previa en el entorno del municipio de Cúllar de poblados del Neolítico final, y, lo que es más interesante respecto al tema que estamos tratando en este libro, de sepulturas circulares (escasas y con restos de pocos individuos) que pueden enfatizar el derecho a los recursos que va a explotar una comunidad cohesionada (MORENO *et al.*, 1991-92; MORENO, 1993), debiendo recordarse las excepcionales alineaciones del río de Gor a las que ya nos hemos referido (GARCIA SANCHEZ y SPANHI, 1959). Si en el caso de los poblados calcolíticos de la zona no conocemos las sepulturas otros elementos sugieren la importancia del ritual en la consolidación del poblamiento y en la diferenciación social, especialmente los ídolos (ARRIBAS, 1977; MORENO, 1993) y las murallas (ARRIBAS *et al.*, 1978; TORRE *et al.*, 1984; MORENO *et al.*, 1991-92; MORENO, 1993).

Incluso en la zona cordobesa se ha planteado el metal como el elemento en base al cual se dispara la jerarquización, en un artículo en el que se parte de la búsqueda de causas múltiples que en la práctica quedan reducidas al desarrollo "automático" de las fuerzas productivas (CARRILERO y MARTINEZ, 1985), de tal forma que se relaciona el auge metalúrgico de la zona cordobesa, coincidente con el Campaniforme, con la decadencia de Millares, al generarse centros comarcales de distribución (CARRILERO y MARTINEZ, 1985). El proceso supone sin embargo una exagerada área de influencia del poblado de Millares y olvida la presencia de metalurgia en momentos anteriores del Cobre no sólo en Guta (CARRILERO y MARTINEZ, 1985; RUIZ, 1987), sino en otros yacimientos cordobeses del Valle del Guadalquivir como Cabrillas y Cerro de los Peces (MURILLO, 1988a), o del Jándula (Los Santos, PEREZ *et al.*, 1988), el Rumblar (El Tambor, LIZCANO *et al.*, 1987; PEREZ *et al.*, 1990) o la Depresión Linares-Bailén, con el Cerro del Pino, que precisamente no se constituye en un centro jerárquico (PEREZ *et al.*, 1990), al menos desde el

de alimentos (como en el fondo parece pretender MATHERS, 1984), sino que nos muestran una determinada forma de conceptualización de las relaciones sociales, la forma en que se intentan superar las contradicciones buscando interesar a toda la sociedad en objetivos presuntamente comunes, en que se les engaña con la explotación de las sedes exteriores.

Dados los argumentos expuestos en el resto de este trabajo que inciden en la importancia del control social de la reproducción física, y por tanto de la producción diferida, en el surgimiento de una sedentarización más sólida, justificada ideológicamente por distintos símbolos, sí puede señalarse que es la última de estas líneas la que nos parece más apropiada para explicar los procesos de cambio que culminan en la consolidación de las clases sociales, e, indisolublemente, del Estado (ENGELS, 1884; LENIN, 1917a), aunque el objetivo fundamental es el control del aparato productivo, siendo mucho más fácil, como ya señalaba Engels (1884) el control del ganado¹⁰⁰.

Lo que podemos denominar "revolución del cereal" según lo que puede extraerse de las obras de diversos autores (RAMOS, 1981; NOCETE, 1986, 1988) es un fenómeno exagerado en relación a la documentación que aportan los registros, o, al menos, no está generalizada a todas las comunidades que ocuparon el sur de la Península Ibérica entre el IV y el III Milenio, planteándonos que la adopción del cereal¹⁰¹ como estrategia

Cobre Final. También los últimos hallazgos de Millares obligan a matizar la relación de su fin con el momento Campaniforme (ARRIBAS y MOLINA, 1987).

¹⁰⁰ Ver las diversas referencias a la producción en páginas anteriores.

¹⁰¹ Los análisis recientes de la fauna, el sílex y los restos humanos de Gilena (Sevilla) (CRUZ-AUÑÓN *et al.*, 1993), junto a la reconstrucción del paisaje que rodeaban este yacimiento, señalan en esta misma dirección desechando la importancia del cereal en la dieta y mostrando un paisaje de dehesa con el que se corresponderían también los restos faunísticos. Sin embargo deben existir, como se desprende de nuestro análisis, diferencias incluso al interior de la misma comarca, y entre

económica dominante es un fenómeno que sucede¹⁰², y no precede, a la jerarquización social, y es impulsada por la demanda no exclusiva de alimentos sino de excedente fácilmente alienable a través del control de su almacenamiento (ver HARRIS, 1985), desde los grandes centros que lo usarían como un elemento más, junto a la producción y distribución de determinados bienes de prestigio (MOLINA, 1988), de los puestos en juego para asegurar su posición frente al exterior y la reproducción de la desigualdad social dentro de ellos y obtener los beneficios materiales derivados de ese control de la producción, ejercido a través del dominio sobre los hombres. Se trata de un tributo real, posiblemente en ganado y fuerza de trabajo, así como en la garantía de acceso a tierras y recursos lejanos, enmascarado como contrapartida a presuntos beneficios sacros (MOLINA, 1988) y de salvaguarda de la inversión (en línea similar a la planteada por Gilman (1987a y 1987b). De ahí que aldeas dependientes se puedan dedicar exclusivamente a estas actividades teniendo escaso acceso a algunas especies ganaderas. En esta línea puede aún mantenerse la centralización del almacenaje en Cazalilla (RUIZ et al., 1983; NOCETE et al., 1986a; NOCETE, 1988) en los momentos finales de la Edad del Cobre del Alto Guadalquivir, aunque no todos los yacimientos señalados como fortines cumplan esa función.

En esta zona se ha querido identificar el eje Alcores /Albalate/Berral (Porcuna) (ARTEAGA, 1985; ARTEAGA et al., 1986, 1993; NOCETE, 1989a, 1989b) como el

los poblados dependientes y los jerárquicos.

¹⁰² Como se desprende de una lectura atenta de los últimos trabajos de F. Nocete (1988, 1989a) sobre las Campiñas del Alto Guadalquivir. El mismo proceso pudo darse en el Sureste donde también en estos momentos debió iniciarse la explotación metalúrgica cuyos secretos pudieron usarse en un primer momento para justificar la posición preeminente de determinados poblados y obtener a partir de su circulación, como símbolos de deuda, riqueza en forma de fuerza de trabajo, ganado o tributos más perecederos.

centro político que ejerce la presión sobre el resto de los poblados que ocupan las Campiñas del Alto Guadalquivir, aunque la máxima presión se daría sobre las nuevas aldeas destinadas a lo que se ha llamado "colonización agraria" y no a una expansión continua hacia el exterior. También parece clara la posición jerárquica de Cástulo en la Depresión Linares-Bailén (PEREZ et al., 1990) aunque no hemos profundizado aún en la articulación de los poblados calcolíticos de esa zona (Castro de la Magdalena, Cerro de la Atalaya, por citar sólo los situados en lugares más preeminentes), cuyos precedentes que inician la plena sedentarización sí están claros, habiéndose excavado incluso partes de alguno en pleno valle del río Guadalquivir (CONTRERAS et al., 1985; LIZCANO, 1986; NOCETE, 1988).

En el Sureste la presión de Los Millares (MOLINA, 1988) desde la cuenca del Andárax hacia las comunidades vecinas y su integración, especialmente en las Sierras de Gador y Alhama, a través de diversas contrapartidas ya ha sido referida, a lo que hay que unir la concentración de pequeños poblados en el entorno de Millares (CARA y CARRILERO, 1985) que podían ser los destinados al trabajo agrícola dependiente. También hemos citado la relativa indiferenciación en el pasillo de Tabernas (CAMARA et al., 1993; MALDONADO et al., 1991) pero con la existencia de pequeños poblados en la montaña, vinculados a los desplazamientos con los rebaños.

En los últimos años los trabajos en el Bajo Almanzora no han coincidido en señalar el centro político del área, debido principalmente a que los excavadores de Almizaraque nos caracterizan este asentamiento como un pequeño núcleo sin fortificar (DELIBES et al., 1983), considerando que el núcleo central de la zona sería Zájara (DELIBES et al., 1984; MARTIN, 1987), mientras los investigadores de la Universidad de La Laguna que han excavado en Zájara y Campos consideraron éstos como pequeños poblados fuertemente fortificados dependientes de Almizaraque (CAMALICH et al.,

1985 y 1987; MARTIN y CAMALICH, 1984) aunque se ha señalado que Campos era más extenso de lo supuesto en principio (CAMALICH et al., 1986), pero es el recientemente excavado yacimiento de Las Pilas (Mójacar) (ALCARAZ, 1990) el que con mayores razones parece reclamar ese papel central con su posible muralla y su extensión, aunque en la zona del río Aguas, si bien la riqueza en campaniforme y huesos decorados de Almizaraque (SIRET, 1948; DELIBES et al., 1984) obligan a ser cautelosos y esperar un estudio exhaustivo del poblamiento del área, siendo necesario que prestemos una mayor atención a las asociaciones de tumbas a estos poblados del Sureste, hecho ya destacado a partir de algunas prospecciones (GONZALEZ et al., 1990). Habiendo destacado además los investigadores de la Universidad de La Laguna una articulación a tres niveles en la que además del poblado central de cada zona y algunos secundarios incluyen pequeños poblados agrícolas de poca duración temporal (CAMALICH et al., 1993), que se vincularían por tanto a la jerarquización social y la dependencia tributaria.

Los fortines en relación a los poblados más importantes se conocen también en el Alto (MARTINEZ et al., 1989) y Bajo Almanzora (CAMALICH et al., 19939, en este caso especialmente en torno a Los Pedregales, hacia el valle medio, e incluso en la Alta Alpujarra almeriense, en este caso asociados también a posibles tumbas (CARA y RODRIGUEZ, 1990).

Crisis y revuelta

a) El fin de las garantías ideológicas

Como ya dijimos el parentesco va viéndose restringido, como vía de acceso al poder, a aquellas familias que se han hecho con el control del estado, gracias, las más de

las veces, a su vinculación familiar o simplemente burocrática al soberano (divinidad-comunidad) anterior, los beneficios que, por ello, podían ofrecer a sus clientes y la utilización de éstos como séquito en las rapiñas o como siervos privados en los campos. En cualquier caso el sistema centralizado sufría un duro golpe, aunque las relaciones señor-siervo, ahora más extendidas y agudizadas, más privadas de las limitaciones comunitarias, seguían siendo las dominantes.

Muller (1987) ha señalado lo importante que resultaba para las sociedades aristocráticas (de familia monógama) la sanción de toda unión eventual como ilegítima y los hijos naturales como bastardos sin ningún derecho, como forma de asegurar en las capas altas el mantenimiento sin merma de las herencias y evitar poner en peligro las alianzas familiares¹⁰³. A ello añadiría yo la importancia de esos bastardos como fuentes de clientela, como base para los ejércitos semiprivados, aunque sin duda con ciertos riesgos como muestran las epopeyas medievales.

Lo que es indudable es que tales restricciones debían afectar en la realidad muy poco a las clases bajas, de hecho la subdivisión de las herencias en éstas llevaba más campesinos a la deuda y a la servidumbre, y los que quedaban desheredados llegaban a tal posición más directamente en ausencia de mecanismos estabilizadores como el derecho de ciudadanía en las sociedades esclavistas y la agresión exterior como consecuencia. Las restricciones a los esclavos que cita Muller (1987) y que sitúa en contextos sin problemas de mano de obra servil no son sino excusas para el castigo, pues

¹⁰³ La preocupación por el celibato, en realidad las limitaciones a la formación de familias, de los soldados a que se refiere Muller (1987) es un rasgo mucho más relacionado con las sociedades oligárquicas, aquellas que tienden a oponer los ciudadanos al exterior bárbaro, a los esclavos, como muestran la mayoría de los ejemplos extraídos de referencias del mundo romano sobre los germanos y otras comunidades exteriores cuya evolución en muchos casos fue redefinida por su vecindad. Antes de formar una familia y conseguir tierras con que mantenerla había que haber contribuido ganándolas o proporcionando mano de obra supletoria servil, e idealmente habiéndolas defendido en batalla.

es difícil creer además que un embarazo sirviera como justificante de una disminución de los rendimientos laborales, más bien era casi una pena de muerte para la madre dadas las condiciones de vida en que habitualmente se movía, además para los esclavos nunca fue deseable tener hijos que compartieran su suerte, si bien es cierto que sólo cuando la mano de obra esclava escaseó se tendió a favorecer la formación de familias estables como medio de impulsar la natalidad, si bien esto aproximaba realmente, con las concesiones de tierra sujetas a cargas, a esclavos y siervos (STAERMAN y TROFIMOVA, 1971; ANDERSON, 1974; STE. CROIX, 1981). Tampoco fue la esclavitud doméstica nunca el rasgo principal salvo en sociedades en las que dominan relaciones de producción diferentes basadas en la mano de obra servil, cuya reproducción no podía limitarse por el bien del sistema, y entre las que se encuentran las que en estos momentos referimos para la Edad del Bronce.

En relación a etapas anteriores lo que sí se produce es un importante cambio del papel de los muertos en las sociedades aristocráticas. En la Edad del Bronce no se valora a los muertos como mediadores/renovadores de la comunidad (ver BLOCH, 1988) o una parte de ella. Lo que se lleva a cabo es una afirmación de los derechos de herencia (ver SHENNAN, 1982; MOLINA, 1983), una consolidación de la nobleza a la que lo que le importa es el abolengo, y no el linaje en sentido clánico (GARWOOD, 1993; HERNANDO, 1991, 1992), aunque éste a menudo se construya ilusoriamente, como hemos dicho (THAPAR, 1981) o por emulación del poder central original¹⁰⁴.

La representatividad social de los dominadores y la sumisión de los dominados ha pasado de basarse en una sensación de pertenencia a la misma unidad social en el plano

¹⁰⁴ Ver Randsborg (1981, 1989) para un caso medieval.

funerario, y un papel de identificación con la comunidad, de absorción de ésta, con directas implicaciones en el plano mundano (en cuanto a organización del trabajo y dirección de la producción), a establecerse sobre la base de la separación natural por herencia, por sangre, de las élites con respecto al resto de la sociedad. La misma tradición influye sin embargo en las respuestas desde los dominados, sobre todo si tenemos en cuenta que las victorias aristocráticas sobre el poder central sólo podían darse gracias a los dominados, a su reacción contra la doble explotación¹⁰⁵. En algunos casos la transformación de fines del Calcolítico pudo ser especialmente violenta, sobre todo cuando el funcionamiento de los mecanismos de explotación estaba demasiado vinculado al desarrollo de relaciones lejanas. Una alteración de éstas, en los mecanismos de justificación del poder central, pudo conducir al caos, a la posible revuelta de los dominados si las contrapartidas eran escasas, a su apoyo a los competidores, a la emigración hacia zonas con otros recursos y, más frecuentemente, a las disensiones al interior de la clase explotadora.

¹⁰⁵ El rechazo de Therborn (1980) al papel activo de la conciencia de clase en las revueltas, especialmente visible en su concepción de la Revolución Francesa como un fenómeno social inserto en un momento histórico catastrófico, olvida el hecho de que la clase que al final resultó victoriosa, la que impuso sus ideas, previamente preparadas, durante la Revolución, no fue aquella que sufría fundamentalmente la explotación nobiliaria, no fueron los campesinos, sino las capas bajas de la clase explotadora, aquella alejada de los puntos fundamentales del poder político pero con suficiente capacidad social para movilizar en su provecho el descontento. El carácter explotador de la burguesía debe quedar claro, por encima de cualquier prejuicio pequeñoburgués, y la alianza burguesía-nobleza posterior es bastante explícita (MARX, 1852), dándose además en otros países (VILAR, 1947), pese a que sin la oposición básica fundamental, y los deseos concretos de los campesinos franceses, la Revolución nunca hubiera sido lo que fue (SOBOUL, 1981) tal y como muestran otros casos de ascenso y consolidación burgueses en Europa, y por tanto de emergencia de nuevas relaciones sociales de explotación (VILAR, 1947; 1980). De tal forma queda claro que los aristócratas de la Edad del Bronce pudieron ser capaces en forma similar de conceptualizar las posibilidades que las nuevas condiciones materiales (la jerarquización creciente, la especialización entre los asentamientos y dentro de ellos, la lejanía del centro político o su debilidad por su expansión continua, el auge de las relaciones exteriores, etc.) les abría para la conquista del poder, y las posibilidades que en esta lucha les proporcionaba el apoyo en parte de la población, conformando mesnadas a las que satisfacer y con las que debilitar el centro y después los competidores.

Sin embargo la difusión de los rasgos de cultura material que caracterizan a la Edad del Bronce en cada zona de Europa se basa en el desarrollo de las relaciones comarcales entre las élites aristocráticas, en sus alianzas matrimoniales, el intercambio de dones y sobre todo la emulación de los rasgos que indican prestigio (y que como resultado de la distancia al origen pueden variar). En el caso del sur de la Península Ibérica éstos incluyen tanto una gran cantidad de armas, exponentes de una sociedad ideológicamente guerrera, como los recipientes que tradicionalmente han sido reseñados como emblemáticos de la denominada "norma argárica" (copas, vasos esbeltos carenados, etc.).

Estas mismas relaciones inciden en la complicada delimitación de las fronteras de las formaciones sociales que conforman los "horizontes culturales" identificados en el solar peninsular, pero a ello se le une, como ya hemos referido, el carácter descentralizado de los estados aristocráticos, la tensión constante entre la cohesión y la ruptura¹⁰⁶. Sin embargo, como veremos, la diferente articulación de los rasgos de cultura material en algunas zonas, proporciona la base para una aproximación si no a los estados en cada uno de los momentos puntuales de su desarrollo, en ausencia de excavaciones y prospecciones sistemáticas en muchas zonas, sí a entidades territoriales homogéneas que debieron proporcionar la base para los estados más duraderos y estables y cuya unión dinástica o absorción por parte de otros estados sólo debió ser esporádica hasta el cambio en las relaciones de producción dominantes o la nueva articulación de éstas¹⁰⁷, dada su relativa autonomía productiva en contradicción con las necesidades de relaciones entre las élites y la rapiña como medios de garantizar desde la esfera político-ideológica la estabilidad

¹⁰⁶ Ver reflexiones de este carácter para una sociedad medieval en Malpica y Gómez (1989).

¹⁰⁷ Ver nota 7.

del sistema de exacción sobre los siervos. A su vez el interés común en este control impedía la guerra generalizada entre las aristocracias, pues ahora sólo se puede atraer en la guerra exterior a aquellos a los que se da parte directa en el botín, que no queda enmascarado como beneficio para toda la comunidad, nos referimos al séquito clientelar.

Dos conjuntos de formaciones sociales han recibido especial atención en los estudios de la Universidad de Granada en los últimos años. Si en la Vega de Granada ya se pudo señalar un cierto desarrollo de la jerarquización y la complementariedad entre los asentamientos (MOLINA, 1983), creándose una imagen que ha permanecido tras las prospecciones recientes (FRESNEDA et al., 1987-88), en la zona oriental de la provincia (MOLINA et al., 1984) en torno al río Galera también se ha podido señalar una compleja estructuración del territorio (FRESNEDA et al., 1989, 1990) derivada sólo en parte del poblamiento anterior (SCHULE, 1984; SCHULE y PELLICER, 1966). Los esfuerzos del Departamento de Prehistoria en la provincia de Granada se han centrado sin embargo en la zona occidental del ya referido pasillo de Cúllar-Chirivel en el marco del proyecto sobre Los inicios de la metalurgia y el desarrollo de las comunidades del Sureste de la Península Ibérica durante la Edad del Cobre, dirigido por los profesores Fernando Molina y Antonio Arribas. Pese a las condicionantes del marco cronológico específico del proyecto las prospecciones desarrolladas en él han permitido determinar la reestructuración del poblamiento en esa zona en la transición a la Edad del Bronce implicando una concentración de la población en torno a las mejores tierras, alejándose de la ruta principal hacia el Sureste pero sin perder la relación con éste, y el desplazamiento de los núcleos de poder y la mayor diferenciación entre los asentamientos (MORENO et al., 1991-92; MORENO, 1993). Si la descomposición del sistema calcolítico también puede seguirse en otra de las zonas prospectadas en el marco de este proyecto, y nos referimos al pasillo de Tabernas, los criterios que rigen el emplazamiento de los nuevos poblados parecen ser variados (minería, control de rutas, concentración en

las mejores tierras) de tal manera que se ocupan permanentemente zonas que no lo habían estado durante el Calcolítico (MALDONADO et al., 1991).

En las Campiñas de Jaén la descentralización parece ser más acusada pero los núcleos tradicionales se mantienen pues no se basaban en una especialización tan fuerte (NOCETE, 1988, 1989a, 1989b, 1989c). En ningún caso creemos que exista una decadencia o una contracción poblacional general, sino más bien lo contraria, ya que como muestran los enterramientos, vía de investigación principal de este trabajo, la jerarquización llega a ser mucho mayor¹⁰⁸. Al mismo tiempo en los bordes serranos del Alto Guadalquivir determinadas comunidades parecen configurar un mundo de poblados encastillados y relacionados, con muchas de las características que definen el Horizonte Cultural Argárico (RUIZ et al., 1984; CONTRERAS et al., 1985, 1989, 1993, etc.).

b) El nacimiento/auge de las alternativas

Las formaciones sociales más conocidas de la Edad del Bronce en el sur de la Península Ibérica son aquellas que comparten lo que se ha denominado "norma argárica" (CHAPMAN, 1990) en mayor o menor grado. Los estudios de los enterramientos individuales con singulares diferencias de riqueza son uno de los rasgos más conocidos

¹⁰⁸ Las visiones que se han obtenido en algunas zonas de Andalucía (AGUAYO y CARRILERO, 1985; AGUAYO *et al.*, 1987a; 1989-90 p. ej.) pueden deberse al desconocimiento de la secuencia material de éstas, al estar sus rasgos muy alejados de los clásicos argáricos, y basar los estudios en prospecciones superficiales, ya que en los casos de poblados excavados como Ronda y Acinipo se muestra la continuidad (AGUAYO y CARRILERO, 1985), además los mismos autores han tendido a reconocer este hecho al reseñar junto a los cambios en cultura material la pervivencia de campaniformes y de la inhumación en megalitos hasta que después se utilicen fosas y cistas para enterramientos individuales con ajuares que incluyen puñales de remaches, cuencos planos de borde entrante y vasitos carenados (AGUAYO *et al.*, 1987b). El mismo fenómeno ha alertado a los investigadores que trabajan en la provincia de Córdoba como veremos (CARRILERO y MARTINEZ, 1985 p. ej.).

(CARRASCO, 1979; MOLINA, 1983; LULL, 1983; TORRE, 1978; CONTRERAS et al., 1987-88, 1989; LULL y ESTEVEZ, 1984; BUIKSTRA et al., 1990), si bien a menudo no se han sabido discernir las oposiciones fundamentales dentro de la gradación social existente (LULL y ESTEVEZ, 1984; BUIKSTRA et al., 1990).

La diferenciación con aquellas zonas de Europa donde señores y clientes se entierran bajo el mismo túmulo (YATES, 1984 p. ej.)¹⁰⁹ debe matizarse si tenemos en cuenta que por un lado aun en el interior de las mismas casas las diferencias de ajuar son, a veces, importantes (y también hay diferencias en la presencia de patologías -algunos estudios pueden verse en JIMENEZ y GARCIA SANCHEZ, 1989-90 y CONTRERAS et al., 1992) y por otro lado la misma casa puede formar la superestructura "tumular" o existir al interior de ella importantes estructuras de mampostería que definan sustanciales diferencias con el conjunto de las tumbas (CONTRERAS et al., 1989), o también puede reservarse un tipo tradicional para el enterramiento de las élites, como sucede con las cistas en Fuente Alamo (SCHUBART y ARTEAGA, 1984; SCHUBART et al., 1985).

Los muertos en cualquier caso, considerados como antepasados notables, debían mantenerse cerca, para simbolizar de forma directa la ascendencia que algunos vivos de alto linaje, real o imaginariamente, querían resaltar (ver MORENO et al., 1991-92; MORENO, 1993). De esta forma, al exhibir las diferencias, tanto aquellos que rivalizan en poder como aquellos que se encuentran subordinados, aprecian el orden social, la

¹⁰⁹ Muy interesante es la continuidad hábitat/enterramientos utilizada en favor de una élite tal y como se muestra en algunos túmulos campaniformes de la Meseta (FABIAN, 1994), inhumaciones ricas bajo túmulos centrales rodeados de otros vacíos y una posición sobre el poblado calcolítico abandonado, en el que sólo se inhumaban las élites (y tal vez se cremaban sus clientelas) que se vinculaban al pasado y lo superaban elevando túmulos en el asentamiento abandonado, justificando así (ocultando) la importancia del traslado poblacional (que al privar a la población de sus raíces reales, sus posesiones tal vez, facilitó la exacción). No creo que sea una forma de honrar a los antepasados (FABIAN, 1994) aunque a los ojos de la población se mostrara como tal.

capacidad del dirigente de adquirir bienes (SHENNAN, 1982), es decir la capacidad de movilizar hombres y otros recursos (ver antes); aunque el hecho de que aún parte de la riqueza se emplee en la justificación ideológica implica que la situación social no es muy estable (PEARSON, 1982; KRISTIANSEN, 1989b).

La complementariedad económica y tributaria se ha sugerido para diversas zonas (MOLINA, 1983; SCHUBART y ARTEAGA, 1984; MORENO et al., 1991-92; MORENO, 1993; LULL, 1983), y en esta línea se deben incluir los estudios minuciosos sobre la cultura material mueble e inmueble destinados, entre otras cosas, a la delimitación de las formaciones sociales, las fronteras políticas prehistóricas; si bien hasta ahora no se conocen estudios restringidos sobre las diferencias al interior de lo que podemos considerar Horizonte Cultural Argárico, uno de cuyos rasgos fundamentales es el enterramiento individual bajo las viviendas, localizado incluso en el Alto Guadalquivir (RUIZ et al., 1984; CARRASCO et al., 1979; CONTRERAS et al., 1986, 1989, 1991, 1993; ZAFRA, 1989; ZAFRA y PEREZ, 1990).

Sin embargo como muestran distintos estudios sobre los grupos megalíticos granadinos la potenciación del individuo y el desarrollo de formas de enterramiento que rompen con el ritual de inhumación colectiva no será un proceso uniforme, como se aprecia en la utilización continuada de numerosos sepulcros megalíticos p. ej. en la necrópolis de Los Bermejales o en Fonelas (FERRER, 1977, 1980, 1985). La exposición del proceso de aculturación ofrecida por P. Aguayo (1984) deja sin explicar el significado que adquieren los objetos argáricos en el contexto megalítico (ver SHENNAN, 1982) donde debieron canalizar, desde muy pronto, la diferenciación social visible en los sistemas de fortificación de Los Castellones de Laborcillas, así como en la reutilización de los escasos elementos campaniformes presentes. Por otro lado se aprecia como la introducción del enterramiento individual en el poblado, si bien llega en una segunda fase

a Los Castellones (ver también TORRE, 1978), no se da en Montefrío, en un área donde las necrópolis del Bronce conocidas, con enterramientos individuales en grandes cistas, se sitúan al exterior del poblado (LULL, 1983; TORRE y AGUAYO, 1979)¹¹⁰.

La importancia de la definición de los límites de las formaciones sociales en cuanto a la reconstrucción histórica se puede apreciar con claridad en la evolución de los estudios del Proyecto Análisis Histórico de las comunidades de la Edad del Bronce en la Depresión Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena (dirigido por Francisco Contreras, Francisco Nocete y Marcelino Sánchez), desde un primer momento en que se consideró la existencia de un Estado centralizado en la cuenca del Rumblar con defensas periféricas (NOCETE et al., 1986b; LIZCANO et al., 1987) hasta un sistema mucho más flexible de interconexión entre todos los poblados de la cuenca del Rumblar (PEREZ et al., 1990; CONTRERAS et al., 1991, 1993) basado no como se pretendía tradicionalmente en el desplazamiento de pueblos (o influencias difusas) desde el Sureste argárico sino en las relaciones de emulación entre las élites de las zonas en que la explotación del metal adquirió una excepcional importancia, y también naturalmente de la imitación por parte de éstas de las élites del Almanzora y otras zonas del Sureste¹¹¹.

¹¹⁰ Aunque Salvatierra y Jabaloy (1979) persistan en rechazarlas utilizando como uno de sus argumentos la presencia de cistas al interior de los poblados en zonas de la provincia de Jaén, como si ésta formase una unidad en la Prehistoria, y como si El Argar fuera una única formación social.

¹¹¹ Naturalmente los cambios se aprecian con mayor claridad en los poblados de nueva planta enfocados hacia estrategias económicas especializadas (ROCA et al., 1985; PEREZ et al., 1990) y en los que en algunos casos parece darse una cierta intensificación agrícola (como sugiere G. Martínez para el Alto Almanzora, -MARTINEZ, 1987-88-), con respecto a aquellos otros asentamientos que arrancando del Calcolítico verán continuar su ocupación (como Cerro del Salto, HORNOS et al., 1985; NOCETE et al., 1986c), aun cuando en la Depresión de Linares-Bailén se aprecie que algunos de éstos siguen siendo los núcleos políticos de áreas posiblemente ahora más restringidas (Castro de la Magdalena, Cástulo, etc.) (LIZCANO et al., 1988; PEREZ et al., 1990), como también sucede en las Campiñas Occidentales del Alto Guadalquivir (NOCETE, 1988, 1989a, 1989b).

Pero también surgen nuevos poblados, en áreas anteriormente periféricas y de gran riqueza metalúrgica como la cuenca media-alta del Rumblar, que tienden a controlar totalmente el territorio

Las características básicas del nuevo sistema en cuanto a distribución tributaria de los productos al interior de cada formación social sólo han sido sugeridas con cierta base para los casos del Almanzora (SCHUBART y ARTEAGA, 1984) o la Vega de Granada (MOLINA, 1983), aunque también en la cuenca del Rumblar hemos determinado el especial énfasis en la producción metalúrgica y la incapacidad de las tierras circundantes para la producción agrícola. Dada la ingente presencia de cereal almacenado en Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén) y su variedad (NOCETE, 1989c; CONTRERAS et al., 1989, 1990, 1992, 1993) debemos pensar que éste llegaba de zonas exteriores como producto de una paga o, más bien, que llegaba en forma de un tributo estatal desde las zonas del Alto Guadalquivir en que también se han determinado los rasgos "argarizantes" (Loma de Úbeda, Valle del Guadalquivir y Depresión Linares-Bailén) (CONTRERAS et al., 1985; ROCA et al., 1985; LIZCANO, 1986; LIZCANO et al., 1988; PEREZ et al., 1990; ZAFRA, 1989; ZAFRA y PEREZ, 1990) frente a la zona occidental donde en torno al Jándula, pese a la ausencia de excavaciones, el espaciamiento de los poblados y la mayor diferencia entre ellos (Las Cabrerizas) parece sugerir una importante distinción cultural (PEREZ et al., 1988) aun con las cautelas a las que obligan las dificultades de la prospección en la zona.

En cualquier caso a menudo se ha citado la diferenciación de la zona de las Campiñas pese a que la Edad del Bronce de ésta no ha sido objeto aún de un estudio sistemático (NOCETE, 1988; ARTEAGA, 1985; ARTEAGA et al., 1986) y podemos

con la ayuda de fortines, especialmente en relación a los vados o a las vías de comunicación (LIZCANO *et al.*, 1987, 1988; PEREZ *et al.*, 1990; CONTRERAS *et al.*, 1991, 1993).

En el Jándula la articulación entre yacimientos de diverso tamaño, aun mostrando mayores diferencias entre ellos, nos ofrece también un panorama de un mundo perfectamente estructurado y enfocado al control territorial (PEREZ *et al.*, 1988).

aceptar de partida que los cambios políticos en ésta (NOCETE, 1989a, 1989b, 1989c) responden a la sobreexplotación del trabajo dependiente como consecuencia del surgimiento de élites periféricas que buscaban sacudirse el yugo central y ser los dueños de su propio destino y el de sus subalternos. En este proceso la influencia exterior puede haber sido importante y en cualquier caso las élites pugnarían por la reestructuración fronteriza o, al menos, la rapiña como fácil enriquecimiento y forma de ganar adeptos y prestigio. El encastillamiento sin embargo bloquea rápidamente esta salida y la explotación sobre el propio territorio se desarrolla como nunca antes, de ahí su expresión en las tumbas, pero también su exhibición como forma de afirmar el papel de los que dominan, la guerra, la agresión y la protección (ver GILMAN, 1987a, 1987b, 1991).

Queda por explicar por ahora en qué forma los productos metálicos de Peñalosa pueden distribuirse fuera de la formación social en que este poblado se incluye, la contrapartida en bienes de prestigio necesarios para la reproducción del grupo puede no ser suficiente, especialmente porque pronto serán imitados. De esta forma al igual que hemos atendido al almacenamiento cerealístico podemos rastrear la importancia del ganado, de determinados tipos de él, como principal riqueza apropiable (ENGELS, 1884; LINCOLN, 1981), y así el registro de Peñalosa muestra una importante distribución diferencial de las especies en el poblado (CONTRERAS et al., 1992) y no podemos olvidar que conocemos yacimientos bastante especializados en determinadas cabañas ganaderas, especialmente Monachil con respecto a los caballos, que se han relacionado no sólo con la adquisición del prestigio caballeresco -guerrero- sino con la posibilidad de su intercambio (MOLINA, 1983).

En estos aspectos los pocos datos claros que conocemos de la zona cordobesa sugieren un sistema de organización social similar pero unos patrones de asentamiento diferentes y sobre todo con respecto al contexto general de Andalucía Oriental un tipo de

ritual funerario diferenciado (GAVILAN y MORENO, 1985; GAVILAN y VERA, 1989-90; ASQUERINO, 1992), que arrancando en la tradición de los enterramientos colectivos en cuevas naturales (VAQUERIZO et al., 1991b; CARMONA et al., 1993)¹¹², conecta con los enterramientos individuales en fisuras con ajuar campaniforme (BENITO, 1976; LOPEZ, 1982; etc.); aunque a veces se citan enterramientos coincidentes con el hábitat (RUIZ y MURILLO, 1992, en base sólo a las características de los materiales recuperados de un asentamiento). También en la cultura material mueble los autores no dejan de señalar la falta de elementos claramente argáricos y un cierto "conservadurismo" (sic) (CARRILERO y MARTINEZ, 1985; HITOS, 1987; RUIZ, 1988; ASQUERINO, 1992), que sin embargo nos puede dar las claves para una delimitación posterior del conjunto de formaciones sociales que ocupan las zonas que rodean el Sureste y el Alto Guadalquivir.

c) Imposición sintética de un nuevo sistema de poder

En otro orden de cosas no creo que se vaya produciendo una unión de lo sagrado y lo profano en las habitaciones en que la gente viva en la Edad del Bronce (PEARSON, 1993), porque para mí las dos esferas nunca habían estado separadas, lo que ocurre es que ahora el poder no se necesita justificar por los ancestros, sino por otras ceremonias y por el pillaje que atrae a determinados personajes para constituir un séquito aristocrático (ENGELS, 1884), reflejado en las tumbas con enterramientos periféricos, ya sea en el mismo túmulo o alrededor (YATES, 1984; PEARSON, 1993) y en el incremento de la

¹¹² Aunque en muchos casos el carácter colectivo que se les ha atribuido no coincide ni con la organización de los cadáveres en la cavidad, ni con el número de éstos, sobre todo cuando los restos cerámicos recuperados de prospecciones superficiales posteriores a la alteración de los depósitos ni siquiera pueden adscribir perfectamente estos restos al Calcolítico (ver un caso en MORENO, 1991).

inestabilidad y el militarismo presente en la proliferación de armas (GILMAN, 1976; MOLINA, 1983) y de muertos por violencia (PEARSON, 1993).

Hay que señalar sin embargo que la adscripción territorial, conocida ya desde los momentos en que empieza este ensayo abría una vía hacia la ruptura del sistema, especialmente si las familias aristocráticas que habían abandonado el ideal comunitario en favor de la exhibición del prestigio familiar y el abolengo tenían que recurrir en sus continuos conflictos a amplias capas de la población (ENGELS, 1884; STE. CROIX, 1981), hallando la mejor expresión en las democracias esclavistas que suponían hasta fines de la Prehistoria el máximo de canalización de la presión hacia el exterior por muy específicas que fueran las condiciones del área y momento histórico en que surgieron (ANDERSON, 1974).

De igual manera la transición de las sociedades teocráticas basadas en la rapiña básicamente, y que no han alcanzado un importante grado de centralización porque p. ej. ningún clan se ha impuesto a los demás (ni ha impuesto su dios totémico como dios comunitario y su cabeza como la cabeza de la comunidad) debido posiblemente a la misma necesidad de hombres para las expediciones de hurto, justificado ideológicamente como la restitución de lo concedido por Dios, hasta sociedades guerreras puede conducir a una igualación, al suprimirse la casta sacerdotal (ver ejs. del este de Africa en LINCOLN, 1981), aunque todo el proceso puede tener su origen en un mundo centralizado abortado, en formaciones sociales asiáticas en crisis, al no ser capaz de crecer, de englobar por la conquista (o la alianza) las sociedades objeto de rapiña, y al exigir la igualdad interna como condición para esa misma rapiña. La salida dialéctica al proceso sería la adscripción de prisioneros al trabajo antes femenino, los esclavos, pero también este sistema exige constantes conquistas (HARRIS, 1979; STAERMAN y TROFIMOVA, 1971; STE. CROIX, 1981; ANDERSON, 1974).

El proceso no es irremediable y el mundo mediterráneo es un contexto que, al favorecer los contactos, condiciona en gran medida las transformaciones cualitativas que implican que en el curso de la Prehistoria Reciente y hasta los primeros siglos de nuestra era se hayan desarrollado en su seno formaciones sociales, centralizadas en diverso grado, que incluyen en diferente medida todas las variantes de relaciones sociales básicas conocidas (amo-esclavo, señor-siervo, capitalista-asalariado...), combinadas en diversa forma y con diferentes, aunque analizables, justificaciones ideológicas. Sólo la relación capitalista-asalariado no llegó a ser dominante en ningún momento, mereciendo destacarse que tal vez sea el fenómeno de aparición más tardía, incluso como relación subordinada.

C) Conclusión: la ambivalencia de los elementos ideológicos. El papel del mundo funerario en la reproducción social

El mundo que se va dibujando no es homogéneo ni en el espacio ni en el tiempo. Si en Los Millares las diferencias entre las tumbas (CHAPMAN, 1979a) parecen mostrar un avanzado estado de jerarquización, en otros casos la dispersión e indiferenciación de los enterramientos son exponentes que los fenómenos de aglutinación/sedentarización que preceden a la jerarquización (ver GILMAN, 1976) apenas se han iniciado, y el énfasis se pone más en el control del acceso a determinados recursos tradicionales que en destacar o enmascarar las diferencias sociales.

De cualquier forma todos esos fenómenos destinados a reproducir el sistema eran fácil objeto de manipulación (SHENNAN, 1982; THOMAS, 1990a), de forma que en lo funerario hallamos la representación evidente de la ambivalencia que caracteriza a todo fenómeno cultural (TILLEY, 1982; PEARSON, 1982; HODDER, 1982).

La evolución funeraria muestra en todo el proceso analizado no sólo la exacción del trabajo de la comunidad en favor de unos pocos (ver KINNES, 1975; TRIGGER, 1990; etc.), la exhibición del poder de las élites y sus diferencias con respecto al común de las gentes, sino también el enmascaramiento y los intentos de atracción de determinadas capas dominadas para el mantenimiento del sistema social.

En principio se intenta atraer a toda la comunidad a lo que presuntamente son objetivos comunes y se incluyen en enterramientos colectivos en los que se oculta la jerarquización (WHITTLE, 1988a), aunque una lectura atenta la desvela (CHAPMAN, 1979a); pero más tarde, al mismo tiempo que se impone el enterramiento individual, que se exhibe la riqueza (SHENNAN, 1982), se procede a atraer a determinadas personas

subordinadas (clientes) al entorno funerario (y antes al entorno socioeconómico a través de la falacia parental y de patronazgo) del poderoso, aunque siempre, en los túmulos en que se ha constatado, en una posición periférica (YATES, 1984; FABIAN, 1994), tal vez también presente en el mundo argárico en otras formas. Se trata así, en definitiva, no de un proceso totalmente nuevo sino la emulación de la adscripción al clan del soberano-divinidad (TRIGGER, 1983) contra el que se había luchado.

En esta línea el estudio de una evolución a largo plazo desmonta también las teorías de aquellos que exigen la existencia de burocracia formal y aparato militar permanente y separado para hablar de Estado, al demostrar que, como otros muchos rasgos de las sociedades clasistas, sólo su flexibilidad permite su pervivencia, la aceptación de los dominados (y su ignorancia), y al sugerir que esas instancias, aparentemente homogéneas y surgidas de la nada, son el resultado del proceso histórico y se forman como resultado de las diversas relaciones de producción que conviven en cada formación social.

BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, P., CRUZ-AUÑÓN, R. (1981): Los enterramientos de las fases iniciales en la Cultura de Almería, *Habis* 12, Sevilla, 1981, pp.273-360.

AFONSO, J.A. (1993): *Aspectos técnicos de la producción lítica de la Alta Andalucía y el Sureste*. Tesis Doctoral. Univ. Granada.

AGUAYO, P. (1984): La transición de la Edad del Cobre a la Edad del Bronce en la provincia de Granada, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, 1986, pp. 262-270.

AGUAYO, P., CARRILERO, M. (1985): Prospección superficial de la Depresión de Ronda (Málaga). Primera fase, zona noroeste, 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985:II, Sevilla, 1987, pp. 26-28.

AGUAYO, P., MORENO, F., TERROBA, J. (1987a): Prospección superficial de la Depresión de Ronda. 2ª fase, zona noreste, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987:II, Sevilla, 1990, pp. 60-61.

AGUAYO, P., MORENO, F., GARRIDO, O., PADIAL, B. (1987b): Prospección superficial de la Depresión Natural de Ronda. 3ª fase, zona sur, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987:II, Sevilla, 1990, pp. 62-65.

AGUAYO, P., MARTINEZ, G., MORENO, F. (1989-90): Articulación de los sistemas de hábitats neolíticos y enolíticos en función de la explotación de los recursos naturales en la Depresión de Ronda, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 14-15, Granada, 1989-90, pp. 67-84.

AGUAYO, P., CARRILERO, M., CABELLO, N., GARRIDO, O., MORALES, R., MORENO, F., PADIAL, B. y Seminario permanente "Mandrágora" de Ronda (1993): Proyecto: La Prehistoria Reciente en la Depresión Natural de Ronda 1985-1991, *Investigaciones arqueológicas en Andalucía. 1985-1992 (Huelva, 1993)*, Huelva, 1993, pp. 341-351.

ALAMINOS, BLANCH, R.M., LAZARO, P. (1991): Bobila Madurell. Su contribución al Neolítico Medio de Cataluña, *Revista de Arqueología* 128, Madrid, 1991, pp. 14-93.

ALCARAZ, F.M. (1990): Excavación arqueológica de emergencia en Las Pilas-Huerta Seca (Mójar, Almería), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990:III, Sevilla, 1992, pp. 18-24.

ALCARAZ, F.M., CASTILLA, J., HITOS, M.A., MALDONADO, G., MÉRIDA, V., RODRÍGUEZ, F.J., RUÍZ, V. (1986): Proyecto de prospección arqueológica superficial llevado a cabo en el pasillo de Tabernas (Almería), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1986:II, Sevilla, 1987, pp. 62-65.

ALCARAZ, F.M., CASTILLA, J., HITOS, M.A., MALDONADO, G., MÉRIDA, V., RODRÍGUEZ, F.J., RUÍZ, V. (1987a): Prospección arqueológica superficial en Rambla de Velefique, Rambla de Gérgal y Pasillo de Tabernas, en Almería, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987:II, Sevilla, 1990, pp. 39-41.

ALCINA, J. (1989): *Arqueología antropológica*, Madrid, 1989.

ALMAGRO, M., ARRIBAS, A. (1963): *El poblado y la necrópolis megalítica de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)*, Biblioteca Praehistorica Hispanica III, Madrid, 1963.

ALMAGRO, M^a. J. (1973): *Excavaciones arqueológicas: El Barranquete*, Acta Arqueológica Hispanica VI, Madrid, 1973.

AMORES, F. (1982): *Carta arqueológica de Los Alcores (Sevilla)*. Sevilla, 1982.

ANDERSEN, N.H. (1988): The Neolithic causewayed enclosures at Sarup, on South-West Funen, Denmark. *Enclosures and Defences in the Neolithic of Western Europe*. (C. Burgess, P. Topping, C. Mordant, M. Maddison, Eds.) British Archaeological Reports. International Series. 403 (II), Oxford, 1988, pp. 337,362.

ANDERSON, P. (1974): *Transiciones de la Antigüedad al Feudalismo*, Madrid, 1979.

ANDERSON, P. (1980): *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*. Madrid, 1985.

ANDRES, M.T. (1989-90): Sepulturas calcolíticas de inhumación múltiple simultánea en la Cuenca Media del Ebro, *Cesaraugusta* 66-67, zaragoza, 1989-90, pp. 13-28.

ANDRES, M.T. (1990): El fenómeno dolménico en el País Vasco. *Munibe* 42, San Sebastián, 1990, pp. 141-152.

ARIAS, P. (1990): El fenómeno megalítico en la Asturias oriental, *Gallaecia* 12, Santiago, 1990, pp. 91-110.

ARRIBAS, A. (1959): El urbanismo peninsular durante el Bronce primitivo, *Zephyrus* X, Salamanca, 1959, pp. 81-128.

ARRIBAS, A. (1977): El ídolo de "El Malagón" (Cúllar-baza, Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 2, Granada, 1977, pp. 63-86.

ARRIBAS, A., MOLINA, F. (1979a): El poblado de "Los Castillejos" en Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña de excavaciones de 1971. El corte número

1, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*. Serie Monográfica 3, Granada, 1979.

ARRIBAS, A., MOLINA, F. (1979b): Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia en la Península Ibérica. El poblado de Los Castillejos de Montefrío, (Granada), *Proceedings of the fifth Atlantic Colloquium*, (M. Ryan, Ed.), Dublin 1979, pp. 7-34.

ARRIBAS, A., MOLINA, F. (1984): Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica. *Scripta Praehistorica. Homenaje a Francisco Jordá Oblata*, (J. Fortea, Ed.)Salamanca, 1984, pp. 63-112.

ARRIBAS, A., MOLINA, F. (1987): New Bell Beaker discoveries in the Southeast Iberian Peninsula, *Bell Beaker discoveries of the western Mediterranean. Definition, interpretation, theory and new site data (The Oxford International Conference, 1986)*, British Archaeological Reports. International Series 331 (I), Oxford, 1987, pp. 129-146.

ARRIBAS, A., MOLINA, F. (1991): Los Millares: nuevas perspectivas, *IInd Deya International Conference of Prehistory. Recent developments in Western Mediterranean Prehistory: Archaeological techniques, technology and theory. Vol. II. Archaeological technology and theory*, (W.H. Waldren, J.A. Ensenyat, R.C. Kennard, Eds.), British Archaeological Reports. International Series 574, Oxford, 1991, pp. 409-420.

ARRIBAS, A., SANCHEZ, J.M. (1968): La necrópolis megalítica del pantano de Los Bermejales (Arenas del Rey, Granada), *XI Congreso Nacional de Arqueología (Mérida, 1968)*, Zaragoza, 1970, pp. 284-291.

ARRIBAS, A., MOLINA, F., TORRE, F. de la, NÁJERA, T., SÁEZ, L. (1978): El poblado de la Edad del Cobre de "El Malagón" (Cúllar-Baza, Granada). Campaña de 1975, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 3, Granada, 1978, pp. 67-116.

ARRIBAS, A., MOLINA, F., SAEZ, L., DE LA TORRE, F., AGUAYO, P., NÁJERA, T. (1981): Excavaciones en Los Millares (Santa Fé de Mondújar, Almería). Campaña de 1981. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 4, Granada, 1981, pp. 61-109.

ARRIBAS, A., MOLINA, F., CARRION, F., CONTRERAS, F., MARTINEZ, G., RAMOS, A., SAEZ, L., DE LA TORRE, F., BLANCO, I., MARTINEZ, J. (1985): Informe preliminar de los resultados obtenidos durante la VI Campaña de excavaciones en el poblado de Los Millares (Santa Fé de Mondújar, Almería, 1985). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985:II, Sevilla, 1987, pp. 245-262.

ARTEAGA, O. (1985): Excavaciones arqueológicas sistemáticas en El Cerro de los Alcores (Porcuna, Jaén). Informe preliminar sobre la campaña de 1985. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985: II, Sevilla, 1987, pp. 279-288.

ARTEAGA, O. (1992): Tribalización, jerarquización y Estado en el territorio de El Argar, *Spal* 1 (1992), Sevilla, 1993, pp. 179-208.

ARTEAGA, O., NOCETE, F., RAMOS, J., RECUERDA, A., ROOS, A.M. (1986): Excavaciones sistemáticas en el Cerro de El Albalate (Porcuna, Jaén). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1986: II, Sevilla, 1987, pp. 395-400.

ARTEAGA, O., NOCETE, F., RAMOS, J., ROOS, A.-M. (1993): Proyecto: Reconstrucción del proceso histórico en la ciudad iberorromana de Obulco. El Proyecto Porcuna (Jaén), *Investigaciones arqueológicas en Andalucía 1985-1992. Proyectos* (Huelva, 1993), Huelva, 1993, pp. 809-814.

BALBIN, R. de, BUENO, P. (1993): El arte megalítico como marcador funerario, *IIIrd Deia International Conference of Prehistory. Ritual, rites and religion in Prehistory* (Conference Resumes), Deia, 1993.

BALIBAR, E. (1973): Sobre la dialéctica histórica. Algunos aspectos críticos a propósito de "Para leer El Capital". *Hacia una nueva Historia*, (AAVV). Madrid, 1985. (2ª edición), pp. 129-156.

BAQUEDANO, M^a.I., BLANCO, J.F. (1994): El Espinillo. Un yacimiento importante de la Edad del Bronce en Madrid, *Revista de Arqueología* 155, Madrid, 1994, pp. 12-23.

BARCELO, J.A. (1987): La Arqueología y el estudio de los ritos funerarios: métodos matemáticos de análisis, *Zephyrus* XLIII, Salamanca, 1990, pp. 181-187.

BARRETT, J.C. (1990): The monumentality of death: the character of Early Bronze Age mortuary mounds in Southern Britain, *World Archaeology* 22:2. *Monuments and the Monumental*, London, 1990, pp. 179-189.

BARTHES, R. (1956): *Mitologías*, Madrid, 1988 (7ª Edic.).

BATE, L.F. (1977): *Arqueología y materialismo histórico*. Mejico, 1977.

BATE; L. F. (1982): Relación general entre teoría y método en Arqueología. *Teorías, métodos y técnicas en Arqueología*, (AA.VV.), Mejico, 1982, pp. 3-52.

BEAUDRY, M.C., COOK, L.J., MROZOWSKI, S.A. (1991): Artifacts and active voices: material culture as social discourse, *The Archaeology of Inequality*, (R.H. McGuire, R. Paynter, Eds.), Social Archaeology, Oxford, 1991, pp. 150-191.

- BENDER, B. (1989): The roots of inequality, *Domination and resistance* (D. Miller, M. Rowlands, Ch. Tilley, Eds.), *One World Archaeology* 3, London, 1989, pp. 83-95.
- BENITO, A. de (1976): Nuevos hallazgos de la Cultura del Vaso Campaniforme en la provincia de Córdoba, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 1, Granada, 1976, pp. 111-118.
- BERDICHEWSKY, B. (1964): *Los enterramientos en cuevas artificiales del Bronce Hispánico I*. Biblioteca Praehistorica Hispanica VI. Madrid, 1964.
- BERNABEU, J., GUITART, I., PASCUAL, J. (1988): El País Valenciano entre el final del Neolítico y la Edad del Bronce, *Archivo de Prehistoria Levantina XVIII (Homenaje a D. Domingo Fletcher Valls II)*, Valencia, 1988, pp. 159-180.
- BLAS CORTINA, M.A. (1985): La ocupación megalítica en el borde costero cantábrico: el caso particular del sector asturiano. *El megalitismo en la Península Ibérica*, (AAVV). Madrid, 1987, pp. 127-141.
- BLOCH, M. (1981): Tombs and states. *Mortality and Immortality, the anthropology and archeology of death*. (B.C. Humphreys y H. King, Eds.), New York, 1981, pp. 137-147.
- BLOCH, M. (1982): Death, women and power. *Death and regeneration of life*. (M. Bloch y J. Parry, Eds.), Cambridge, 1982, pp. 211-230.
- BLOCH, M. (1988): Death and the Concept of Person. *On the Meaning of Death. Essays on Mortuary Rituals and Eschatological Beliefs*. (S. Cederroth, C. Carlay y J. Lindström, Eds.) Uppsala, 1988, pp. 11-30.
- BONANO, A., GOOUDER, T., MALONE, C., STODDART, S. (1990): Monuments in an island society: the Maltese context. *World Archaeology* 22:2 *Monuments and Monumental*. London, 1990, pp. 91-101.
- BRADLEY, R., CHAPMAN, R.W. (1982): Passage graves in the European Neolithic. A theory of converging evolution, *The Archaeology of Carrowmore* (G. Burenhult, Ed.), 1982, pp. 348-356.
- BROWN, K. (1993): Social control or "opium of the people"? The role of religion in the Neolithic of the Tavoliere, *IIIrd Deia International Conference of Prehistory. Ritual, rites and religion in Prehistory (Conference Resumes)*, Deia, 1993.
- BUENO, P. (1988): *Los dólmenes de Valencia de Alcántara*, Excavaciones Arqueológicas en España 155, Madrid, 1988.
- BUENO, P. (1991): *Megalitos en la Meseta Sur: los dólmenes de Azután y La Estrella (Toledo)*, Excavaciones Arqueológicas en España 159, Madrid, 1991.

BUIKSTRA, J., CASTRO, P.V., CHAPMAN, R.W., GONZALEZ, P., HOSHOWER, L.M., LULL, V., PICAZO, M., RISCH, R., SANAHUJA, E. (1990): La necrópolis de Gatas, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990:II, Sevilla, 1991, pp. 261-276.

CAMALICH, M^a.D., MARTÍN, D., ACOSTA, C. (1985): Excavaciones en el yacimiento de Campos (Cuevas del Almanzora, Almería). Campaña de 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985:II, Sevilla, 1987, pp. 134-140.

CAMALICH, M^a.D., MARTIN, D., ACOSTA, C., MENESES, M^a.D. (1986): Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Campos (Cuevas del Almanzora, Almería), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1986:II, Sevilla, 1987, pp. 288-295.

CAMALICH, M^a.D., MARTIN, D., MENESES, M^a.D., GONZALEZ, P., MEDEROS, A. (1987): Excavaciones arqueológicas en el poblado de Zájara (Cuevas del Almanzora, Almería). Campaña de 1987, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987:II, Sevilla, 1990, pp. 175-179.

CAMALICH, M^a.D., MARTIN, D., MEDEROS, A., GONZALEZ, P., DIAZ, A., LOPEZ, J.J. (1990): Informe provisional de los trabajos de excavación realizados en el poblado de Zájara (Cuevas del Almanzora, Almería). Campaña de 1990, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990:II, Sevilla, 1992, pp. 205-209.

CAMALICH, M^a.D., MARTIN, D., MEDEROS, A., GONZALEZ, P., DIAZ, A., LOPEZ, J.J. (1993): La Edad del Cobre en la Cuenca del Bajo Almanzora, *Investigaciones arqueológicas en Andalucía 1985-1992. Proyectos (Huelva, 1993)*, Huelva, 1993, pp. 317-327.

CAMARA, J.A., LIZCANO, R. (1993): El Polideportivo de Martos. Campaña de 1993, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1993 (En prensa).

CAMARA, J.A., MALDONADO, M^a.G., MERIDA, V., MOLINA, F., RUIZ, V. (1993): El papel social del megalitismo en el sureste de la Península Ibérica. Las comunidades megalíticas del pasillo de Tabernas, *III Deiá Conference of Prehistory. Ritual, rites and religion in Prehistory, (Conference Resumes)*, Deia, 1993.

CARA, L., CARRILERO, M. (1985): Prospección arqueológica superficial del estuario del Andárax y piedemonte de la Sierra de Gádor (Almería), 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985:II, Sevilla, 1987, pp. 63-66.

CARA, L., RODRÍGUEZ, J.M^a. (1984): Análisis de distribución espacial de las comunidades megalíticas en el valle del río Andárax (Almería), *Arqueología Espacial* 3, Teruel, 1984, pp. 53-75.

CARA, L., RODRÍGUEZ, J.M^a. (1986): Prospección arqueológica superficial del valle medio del río Andárax, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1986:II, Sevilla, 1987, pp. 58-61.

CARA, L., RODRIGUEZ, J.M. (1989): Fronteras culturales y estrategias territoriales durante el III Milenio A.C. en el Valle Medio y Bajo del Andarax (Almería). *Fronteras. Arqueología Espacial* 13, Teruel, 1989, pp. 63-76.

CARA, L., RODRIGUEZ, J.M. (1990): Prospección arqueológica superficial de la Alta Alpujarra almeriense y del Campo de Dalías oriental (Almería), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990:II, Sevilla, 1992, pp. 140-147.

CARANDINI, A. (1979): *Arqueología y Cultura Material*. Barcelona, 1984.

CARMONA, R., MORENO, A. (1992): Megalitismo en la Subbética Cordobesa: el dolmen de la Dehesa de la Lastra (Sierra Alcaide), *Antiquitas* 3, Priego de Córdoba, 1992, pp. 31-35.

CARMONA, R., MORENO, A., MUÑIZ, I. (1993): El dolmen de la Dehesa de la Lastra: resultados de una intervención arqueológica de emergencia, *Antiquitas* 4, Priego de Córdoba, 1993, pp. 24-37.

CARR, E.H. (1961): *¿Qué es la Historia?*, Barcelona, 1993.

CARRASCO, J. (1979): Algunas cuestiones acerca de la Cultura argárica en la provincia de Granada, *XV Congreso Nacional de Arqueología (Zaragoza 1979)*, Zaragoza, 1981, pp. 265-277.

CARRASCO, J., MEDINA, J. (1982): Excavaciones en el complejo cavernícola de "El Canjorro" (Jaén). Cueva 3. *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena 1982)*, Zaragoza, 1983, pp. 371-381.

CARRASCO, J., PACHON, J.A., UNGUETTI, C. (1979): Nuevas aportaciones para el conocimiento de la "Cultura Argárica" en el Alto Guadalquivir, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 4, Granada, 1979, pp. 251-264.

CARRASCO, J., PACHÓN, J.A., MALPESA, M., CARRASCO, E. (1980): *Aproximación al poblamiento eneolítico en el Alto Guadalquivir*, Publicaciones del Museo de Jaén 8, Jaén, 1980.

CARRILERO, M. (1992): *El fenómeno campaniforme en el Sureste de la Península Ibérica*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada, 1992.

CARRILERO, M., SUAREZ, A. (1989-90): Ciavieja (El Ejido, Almería): resultados obtenidos en las campañas de 1985 y 1986. El poblado de la Edad del Cobre, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 14-15, Granada, 1989-90, pp. 109-136.

CARRILERO, M., MARTINEZ, G., MARTINEZ, J. (1982): El yacimiento de Morales, Castro del Río, (Cordoba). La "Cultura de los Silos de Andalucía Occidental". *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 7, Granada, 1982, pp. 171-207.

CARRILERO, M., GARRIDO, O., EGEA, J.J., DÍAZ-CANTON, A., PADIAL, B., LÓPEZ, J.J., GRACIA, M. (1986): Memoria de la prospección arqueológica superficial del Bajo Andárax (fase 2) y piedemonte de Sierra Alhamilla (Almería), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1986:II, Sevilla, 1987, pp. 66-68.

CASTRO, P.V., GONZALEZ, P. (1989): El concepto de frontera. Implicaciones teóricas de la noción de territorio político, *Fronteras. Arqueología Espacial* 13, Teruel, 1989, pp. 7-18.

CERRILLO, E. (1987): Arqueología de las religiones primitivas y arqueología de las religiones organizadas. Una reflexión, *Zephyrus* XLIII, Salamanca, 1990, pp. 189-192.

CHAPMAN, R.W. (1979a): Los Millares y la cronología relativa de la Edad del Cobre en el Sudeste de España. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6, Granada, 1981, pp. 75-89.

CHAPMAN, R.W. (1979b): Transhumance and megalithic tombs in Iberia, *Antiquity* LIII, 1979, pp. 150-152.

CHAPMAN, R.W. (1981a): The emergence of formal disposal areas and the "problem" of megalithic tombs in prehistoric Europe. *The archeology of death*. (R. Chapman, I. Kinnes, K. Randsborg, Eds.), Cambridge, 1981, pp. 71-81.

CHAPMAN, R.W. (1981b): The megalithic tombs of Iberia, *Antiquity and Man, Essays in honour of G. Daniel*, (J.D. Evans, B. Cunliffe, C. Renfrew, Eds.), London, 1981, pp. 93-105.

CHAPMAN, R.W. (1982): Autonomy, ranking and resources in Iberian prehistory. *Ranking, resources and exchange. Aspects of Archeology of Early European Society* (C. Renfrew y S. Shennan, Eds.), Cambridge, 1982, pp. 46-51.

CHAPMAN, R.W. (1990): *La formación de las sociedades complejas. La Península Ibérica en el marco del Mediterráneo Occidental*. Barcelona, 1991.

CHATELET, F. (1962): *El nacimiento de la Historia. La formación del pensamiento historiador en Grecia*. Madrid, 1978.

- CHILDE, V.G. (1951): *La evolución social*. Madrid, 1973.
- CHILDE, V.G. (1954): *¿Qué sucedió en la Historia?* Barcelona, 1986.
- CLARKE, D. (1968): *Arqueología Analítica*, Barcelona, 1984.
- COHEN, M.N. (1977): *La crisis alimentaria de la Prehistoria*, Madrid, 1981.
- CONKEY, M. (1980): The identification of prehistoric Hunter-gatherer aggregation sites: the case of Altamira, *Current Anthropology* 21:5, 1980, pp. 609-620.
- CONTRERAS, F., NOCETE, F., SANCHEZ, M. (1985): Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la Depresión Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena. Sondeo estratigráfico en el Cerro de la Plaza de Armas de Sevilleja (Espeluy, Jaén). 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985: II, Sevilla 1987, pp. 141-149.
- CONTRERAS, F., CAPEL, J., ESQUIVEL, J.A., MOLINA, F., TORRE, F. de la (1987-88): Los ajuares cerámicos de la necrópolis argárica de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Avance al estudio analítico y estadístico, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 12-13, Granada, 1987-88, pp. 135-156.
- CONTRERAS, F., NOCETE, F., SÁNCHEZ, M., LIZCANO, R., PÉREZ, C., CASAS, C., MOYA, S., CÁMARA, J.A. (1989): Tercera campaña de excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1989:II, Sevilla, 1991, pp. 227-236.
- CONTRERAS, F., CÁMARA, J.A., MOYA, S., SÁNCHEZ, R. (1990): Primer avance metodológico del estudio de la cultura material del poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990:II, Sevilla, 1992, pp. 281-290.
- CONTRERAS, F., SANCHEZ, M., CAMARA, J.A., GOMEZ, E., LIZCANO, R., MORENO, A., MOYA, S., NOCETE, F., PEREZ, C., PREGIGUEIRO, R., SANCHEZ, R. (1991): Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce en la Depresión Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena. Actuaciones en 1991, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1991 (En prensa).
- CONTRERAS, F., MORALES, A., PEÑA, L., ROBLEDO, B., RODRIGUEZ, M^a.O., SANZ, J.L., TRANCHO, G. (1992): Avance al estudio de los ecofactos del poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Una aproximación a la reconstrucción medioambiental, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1992, (En prensa).
- CONTRERAS, F., NOCETE, F., SANCHEZ, M., LIZCANO, R., PEREZ, C., CAMARA, J.A., MOYA, S. (1993): Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la Depresión Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena,

Investigaciones Arqueológicas en Andalucía (1985-1992). Proyectos, (Huelva, 1993), pp. 429-440.

COONEY, G. (1990): The place of megalithic tombs cemeteries in Ireland, *Antiquity*, 64, 1990, pp. 741-753.

CRIADO, F. (1988a): Arqueología del paisaje y espacio megalítico en Galicia. *Arqueología Espacial* 12, Lisboa-Teruel 1988, pp. 61-117.

CRIADO, F. (1988b): Mamoas y rozas: panorámica general sobre la distribución de los túmulos megalíticos gallegos, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* XXXVIII:1-2, Porto, 1988, pp. 151-160.

CRIADO, F. (1989a): Megalitos, espacio, pensamiento, *Trabajos de Prehistoria* 46, Madrid 1989, pp. 75-98.

CRIADO, F. (1989b): We, the post-megalithic people..., *The meaning of things. Material culture and symbolic expression*, (I. Hodder, Ed.), *One World Archaeology* 6, London, 1989, pp. 79-89.

CRIADO, F. (1989c): Asentamiento megalítico y asentamiento castreño: una propuesta de síntesis, *Gallaecia* 11, Santiago de Compostela, 1989, pp. 109-137.

CRIADO, F. (Dir.) (1991a): *Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales (Campanías de 1987, 1988 y 1989)*, Arqueoloxia-Investigación, A Coruña, 1991.

CRIADO, F. (1991b): Introducción. La Arqueología del Paisaje y el Proyecto Bocelo-Furelos, *Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales (Campanías de 1987, 1988 y 1989)*, (F. Criado, Dir.), Arqueoloxia-Investigación, A Coruña, 1991, pp. 27-43.

CRIADO, F. (1991c): Del poblamiento pretérito a los paisajes arqueológicos, *Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales (Campanías de 1987, 1988 y 1989)*, (F. Criado, Dir.), Arqueoloxia-Investigación, A Coruña, 1991, pp. 245-255.

CRIADO, F. (1993): Visibilidad e interpretación del registro arqueológico, *Trabajos de Prehistoria* 50, Madrid, 1993, pp. 39-56.

CRIADO, F., FABREGAS, R. (1989): The megalithic phenomenon of northwest Spain: main trends, *Antiquity*, 63, 1989, pp. 682-696..

CRIADO, F., VAQUERO, J. (1988): Actuación: o fenómeno tumular. Excavacións en mámoas, *Arqueoloxía. Informes. Campaña 1988:2*, A Coruña, 1991, pp. 111-116.

- CRIADO, F., VAQUERO, J. (1991): El fenómeno megalítico y tumular: formas diversas de pasado monumental, *Arqueología del paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales. (Campañas de 1987, 1988 y 1989)*, (F. Criado, Dir.), Arqueología/Investigación, A Coruña, 1991, pp. 129-146.
- CRIADO, F., AIRA, M., DÍAZ-FIERRO, F. (1986): *La construcción del paisaje: megalitismo y ecología en la Sierra de Barbanza (Galicia)*. Arqueología/Investigación 1, Santiago de Compostela 1986.
- CRIADO, F., GONZALEZ, M., MENDEZ, F. (1988a): Actuación: calcolítico-bronze: sondaxes e prospeccions, *Arqueoloxía. Informes. Campaña 1988 2*, A Coruña, 1991, pp. 117-126.
- CRIADO, F., BONILLA, A., CERQUEIRO, D., GONZÁLEZ, M., MÉNDEZ, F., PENEDO, R. (1988b): Proyecto Bocelo-Furelos: Arqueología del Paisaje y prospección intensiva en Galica, *Colóquio de Arqueología do Noroeste Peninsular (Porto-Baião, 22 a 24 Setembro de 1988)*. Actas Vol. I. Pré-história, (V.O. Jorge, Coord.), Trabalhos de Antropologia e Etnologia XXVIII:1-2, Porto, 1988, pp. 241-250.
- CRUZ-AUÑON, R., JÍMENEZ, J.C. (1985): Historia crítica del antiguo yacimiento de Campo Real (Carmona). *Habis* 16, Sevilla 1985, pp. 417-452.
- CRUZ-AUÑON, R., MORENO, E., CACERES, P. (1993): Proyecto: estudio del hábitat calcolítico en el Pie de Sierra del Bajo Valle del Guadalquivir, *Investigaciones arqueológicas en Andalucía 1985-1992. Proyectos (Huelva, 1993)*, Huelva, 1993, pp. 373-382.
- DARVILL, T.C. (1982): *The megalithic Chambers Tombs of the Cotswold-Severn Region. An assessment of certain architectural elements and their relation to ritual practice and Neolithic society*. Wiltshire, 1982.
- DAVIS, S., PAYNE, S. (1993): A barrow full of skulls, *Antiquity* 67, 1993, pp. 12-22.
- DELIBES, G., FERNANDEZ-MIRANDA, M. (1988): El Suroeste y la Meseta, [El Calcolítico en la Península Ibérica (G. Delibes, M. Fernández Miranda, A. Martín, F. Molina)], *Rassegna di Archeologia* 7, Firenze, 1988, pp. 263-273.
- DELIBES, G., FERNANDEZ-MIRANDA, M., FERNANDEZ-POSSE, M^a.D., MARTIN, C. (1983): Almizaraque (Cuevas de Almanzora, Almería), XVII Congreso Nacional de Arqueología (Logroño, 1983), Zaragoza, 1985, pp. 221-232.
- DELIBES, G., FERNANDEZ-MIRANDA, M., FERNANDEZ-POSSE, M^a.D., MARTIN, C. (1984): El poblado de Almizaraque, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, 1986, pp. 167-177.

- DELIBES, G., ALONSO, M., GALVAN, R. (1986): El Miradero: un enterramiento colectivo tardoneolítico de Villanueva de Los Caballeros (Valladolid), *Estudios en Homenaje al Dr. A. Beltrán Martínez*, Zaragoza, 1986, pp. 227-236.
- DENNEL, R. (1985): *Prehistoria económica de Europa. Una nueva aproximación*, Barcelona, 1987.
- DIAZ-ANDREU, M. (1989): Sobre fronteras y límites. El caso del Sector Noreste, de la Submeseta Sur, durante la Edad del Bronce, *Fronteras. Arqueología Espacial* 13, Teruel, 1989, pp. 19-35.
- ENGELS, F. (1876): El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre, *El origen del hombre*, (B. G. Trigger, Ed.), Barcelona, 1974, pp. 33-57.
- ENGELS, F. (1884): *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Barcelona, 1986.
- ESCORIZA, T. (1991): *Las representaciones ideológico-simbólicas en la formación social de Los Millares durante el III Milenio a.C.* Tesis Doctoral, Universidad de Granada, 1991.
- ESTEVA, C. (1984): El concepto de cultura. *Sobre el concepto de cultura*. (AAVV), Barcelona, 1984, pp. 61-80.
- EVANS, Ch. (1988): Monuments and analogy: the interpretation of causewayed enclosures, *Enclosures and defences in the Neolithic of Western Europe*, (C. Burgess, P. Topping, C. Mordant, M. Maddison, Eds.), British Archaeological Reports. International Series 403 (1), Oxford, 1988, pp. 47-73.
- FABIAN, J.F. (1994): Aldeagordillo. Un importante testimonio para el estudio de la cuestión campaniforme, *Revista de Arqueología* 157, Madrid, 1994, pp. 22-31.
- FABREGAS, R. (1988): Megalitismo de Galicia, *Colóquio de Arqueología do Noroeste Peninsular (Porto-Baião, 1988)*. *Actas, Vol. 1. Préhistoria*, (V.O. Jorge, Coord.), *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* XXVIII:1-2, Porto, 1988, pp. 57-77.
- FERNÁNDEZ, J., OLIVA, D. (1985): Excavaciones en el yacimiento calcolítico de Valencina de la Concepción (Sevilla). El corte C (La Perrera). *Noticiario Arqueológico Hispánico*. 25, Madrid, 1985, pp. 7-131.
- FERNÁNDEZ, J., OLIVA, D. (1986): Valencina de la Concepción (Sevilla). Excavaciones de urgencia. *Revista de Arqueología* 58, Madrid, 1986, pp. 19-33.

- FERNANDEZ, A. PEREZ, E. (1988): Enterramientos en cuevas, sepulcros megalíticos y sepulcros en fosa en Cataluña. Estudio comparativo, *Espacio, tiempo y forma*. S. I. *Prehistoria y Arqueología* 2, Madrid, 1989, pp. 131-152.
- FERNÁNDEZ-MIRANDA, M., OLMO, R. (1986): Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica. *Museo Arqueológico Nacional. Catálogos y Monografías* 9, Madrid, 1986.
- FERNANDEZ-MIRANDA, M., FERNANDEZ-POSSE, M^a.D., GILMAN, A., MARTIN, C. (1993): El sustrato neolítico en la cuenca de Vera (Almería), *Trabajos de Prehistoria* 50, Madrid, 1993, pp. 57-85.
- FERRER, J.E. (1976): La necrópolis megalítica de Fonelas (Granada). El sepulcro "Moreno 3" y su estela funeraria, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 1, Granada, 1976, pp. 75-109.
- FERRER, J.E. (1977): La necrópolis megalítica de Fonelas (Granada). El sepulcro "Domingo 1" y sus niveles de enterramiento, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 2, Granada, 1977, pp. 173-211.
- FERRER, J.E. (1980): *Los sepulcros megalíticos de la provincia de Granada. (Resumen de Tesis Doctoral)*, Tesis Doctorales de la Universidad de Granada 316, Granada, 1980.
- FERRER, J.E. (1981): La Pileta de la Zorra. Aportación a las cámaras megalíticas de Granada, *Baetica* 4, Málaga, 1981, pp. 67-77.
- FERRER, J.E. (1985): El Megalitismo en Andalucía Central, *El Megalitismo en la Península Ibérica* (AA.VV.), Madrid, 1987, pp. 9-29.
- FERRER, J.E., MARQUES, I., BALDOMERO, A. (1988): La necrópolis megalítica de Fonelas (Granada), *Noticiario Arqueológico Hispánico* 30, Madrid, 1988, pp. 21-82.
- FINLEY, M. (1959): ¿Se basó la civilización griega en el trabajo de los esclavos?, *Clases y luchas de clases en la Grecia Antigua* (AA.VV.), Madrid, 1979 (2^a Edic.), pp. 103-127.
- FONTANA, J. (1982): *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, 1982.
- FRASER, D. (1983): *Land and society in Neolithic Orkney*. British Archaeologica Reports. British Series 117 (1 y 2), Oxford, 1983.
- FRESNEDA, E., RODRIGUEZ, M^a.O., LOPEZ, M. (1987-88): La Cultura del Argar en el sector oriental de la Vega de Granada. Estado actual de la investigación, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 12-13, Granada, 1987-88, pp. 101-133.

FRESNEDA, E., RODRIGUEZ, M^a.O., PEÑA, J.M., LOPEZ, M. (1989): Prospección arqueológica superficial del río Galera desde Galera a Castillejar. Campaña 1989, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1989:II, Sevilla, 1991, pp. 51-56.

FRESNEDA, E., RODRIGUEZ, M^a.O., PEÑA, J.M., LOPEZ, M., ARROYO, E. (1990): Prospección arqueológica superficial de la margen izquierda del río Castril desde Castril a Cortes de Baza. Campaña 1990, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990:II, Sevilla, 1992, pp. 114-117.

FRIEDMAN, J. (1989): Cultures identity and world process. *Domination and resistance* (D. Miller, M. Rowlands, Ch. Tilley, Eds.) *One world Archaeology* 3, London, 1989, pp. 246-260.

GAILEY, Ch.W., PATTERSON, Th.C. (1987): Power relations and state formation, *Power relations and state formation*, (Th. C. Patterson, Ch. W. Gailey, Eds.), Washington, 1987, pp. 1-26.

GALAN, E., MARTIN, A.M^a. (1991-92): Megalitismo y zonas de paso en la cuenca extremeña del Tajo, *Zephyrus* XLIV-XLV, Salamanca, 1991-92, pp. 193-205.

GALILEA, F. (1981): Inventario y comentarios sobre el habitat y el fenómeno funerario según prospecciones efectuadas en la Sierra de Entria (Alava). *Estudios de Arqueología Alavesa* 10, *Homenaje a E. Eguren*. Vitoria, 1981, pp. 187-230.

GÁNDARA, M. (1982): La vieja "Nueva Arqueología". *Teorías, métodos y técnicas en Arqueología*, (AA.VV.), Mejiro, 1982, pp. 59-155.

GARCIA, J. (1976): Un yacimiento calcolítico en Cabra (Córdoba), *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía (diciembre 1976)*, Córdoba, 1983, pp. 49-51.

GARCIA SANCHEZ, M., SPANHI, J.C. (1959): Sepulcros megalíticos de la región de Gorafe (Granada), *Archivo de Prehistoria Levantina* VIII, Valencia, 1959, pp. 43-113.

GARWOOD, P. (1993): The trouble with ancestors, *IIIrd Deia International Conference of Prehistory. Ritual, rites and religion in Prehistory (Conference Resumes)*, Deia, 1993.

GAVILAN, B., MORENO, A. (1985): Avance sobre el enterramiento argárico de la "Cueva de la Detrita" (Priego de Córdoba)", *XVIII Congreso Nacional de Arqueología* (Islas Canarias, 1985), Zaragoza, 1987, pp. 363-371.

GAVILAN, B., VERA, J.C. (1989-90): La Edad del Cobre en el alto valle del Guadiato (tramo Fuente Obejuna-Bélmez, Córdoba): características de los asentamientos y evolución diacrónica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 14-15, Granada, 1989-90, pp. 137-155.

- GENER, E. (1962): Memoria sobre las excavaciones hechas en los terrenos de la base naval de Rota. *Noticiario Arqueológico Hispánico*. V, (1956-1961), Madrid, 1962, pp. 183-192.
- GIL-MASCARELL, M., RODRIGUEZ, A. (1987): El yacimiento calcolítico de "Los Cortinales" en Villafranca de Los Barros (Badajoz). *Archivo de Prehistoria Levantina XVII (Homenaje a D. Domingo Fletcher Valls I)*, Valencia, 1987, pp. 123-145.
- GILMAN, A. (1976): Bronze Age dynamics in South-east Spain. *Dialectical Anthropology* 1, pp. 307-319
- GILMAN, A. (1987a): Regadío y conflicto en sociedades acéfalas, *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LIII, Valladolid, 1987, pp. 59-72.
- GILMAN, A. (1987b): El análisis de clase en la Prehistoria del Sureste, *Trabajos de Prehistoria* 44, Madrid, 1987, pp. 27-34.
- GILMAN, A. (1991): Desenvolupament agrícola i evolució social al Sud-Est espanyol. *Cota Zero* 7, Vic, 1991, pp. 136-143.
- GILMAN, A. (1993): Cambio cultural y contacto en la Prehistoria de la Europa Mediterránea, *Trabajos de Prehistoria* 50, Madrid, 1993, pp. 103-111.
- GODELIER, M. (1974): *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, Madrid, 1985 (4ª Edición).
- GODELIER, M. (1982): *La producción de grandes hombres. Poder y dominación masculina entre los Baruya de Nueva Guinea*. Madrid, 1986.
- GODELIER, M. (1984): *Lo ideal y lo material. Pensamiento, economías, sociedades*. Barcelona, 1989.
- GONZALEZ, M. (1991): Yacimientos del III Milenio a.c.: entre la problemática del Calcolítico y un pasado huidizo, *Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales (Campanías de 1987, 1988 y 1989)*, (F. Criado, Dir.), Arqueoloxía-Investigación, A Coruña, 1991, pp. 147-172.
- GONZALEZ, M., MENDEZ, F. (1988): Prospección intensiva de algúns sectores dos concellos de Melide, Torques e Sobrado (A Coruña), *Arqueoloxía. Informes. Campaña 1988* 2, A coruña, 1991, pp. 247-250.
- GONZALEZ, M.R. (1992): Mesolíticos y megalíticos: la evidencia arqueológica de los cambios en las formas productivas en el paso al megalitismo en la costa cantábrica, *Elefantes, ciervos y ovicaprinos*, (J.A. Moure, Ed.), Santander, 1992, pp. 185-202.

GONZALEZ, M.R., SERNA, M^a.R. (1989): Cuestiones sobre la Prehistoria de Cantabria: Los primeros productores, el megalitismo y el arte esquemático, *XX Congreso Nacional de Arqueología (Santander 1989)*, Zaragoza, 1991, pp. 247-250.

GONZALEZ, P., DIAZ, A., CAMALICH, M^a.D., MARTIN, D., MEDEROS, A., LOPEZ, J. (1990): Prospección arqueológica superficial en la cuenca del Bajo Almanzora (Almería). Informe provisional de la campaña de 1990, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1990:II*, Sevilla, 1992, pp. 59-63.

GONZALEZ, P., LULL, V., RISCH, R. (1992): *Arqueología de Europa. 2250-1200 A.C. Una introducción a la "Edad del Bronce"*, Madrid, 1992.

GUSI, F. (1973): La aldea enolítica de Terrera Ventura (Tabernas, Almería), *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva 1973)*, Zaragoza, 1975, pp. 311-314.

GUSI, F. (1984): El yacimiento de Terrera Ventura (Tabernas) y su relación con la Cultura de Almería, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, 1986, pp. 192-195.

GUSI, F., OLARIA, C. (1991): *El poblado neoneolítico de Terrera Ventura (Tabernas, Almería)*, Excavaciones Arqueológicas en España 160, Madrid, 1991.

GUTELMAN, M. (1977): *Estructuras y reformas agrarias. Los problemas agrarios y los métodos para su estudio*, Barcelona, 1981 (2^a Edic.).

HARDING, A. (1984): *Aspects of social evolution in the Bronze Age, European social evolution. Archaeological perspectives*, (J. Bintliff, Ed.), Sussex, 1984, pp. 135-145.

HARRIS, M. (1985): *Nuestra especie*, Madrid, 1993.

HARRIS, W.V. (1979): *Guerra e imperialismo en la Roma Republicana. 327-70 a.C.*, Madrid, 1989.

HARVEY, D. (1973): *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, 1977.

HARVEY, D. (1977): Población, recursos y la ideología de la ciencia. Geografía Radical Anglosajona. *Revista de Análisis Metodológico* 1, Barcelona, 1977, pp. 71-105.

HAWKE-SMITH, C.F. (1981): Land use, burial practice and territories in the Peack District, c. 2000-1000 a.C. *Prehistoric communities in Northern England. Essays in Economic and Social Reconstruction*. (G. Barker, Ed.), Sheffield, 1981, pp. 57-72.

HENSHALL, A.S. (1985): The Chambered Cairns, *The Prehistory of Orkney. BC 4000-1000 AD*, (C. Renfrew, Ed.), Edinburgh, 1990 (2^a Edición), pp. 83-117.

- HERITY, M. (1974): *Irish Passage Graves: Neolithic Tombs Builders in Ireland and Britain 2500 BC*, Dublin, 1974.
- HERNANDO, A. (1991): Aproximación al mundo funerario del Calcolítico en el Sudeste español, *II congreso de Historia de Andalucía (Córdoba, Abril 1991)*, (En prensa).
- HERNANDO, A. (1992): Enfoques teóricos en Arqueología, *Spal* 1 (1992), Sevilla, 1993, pp. 11-35.
- HERNANDO, A. (1993): Campesinos y ritos funerarios: el desarrollo de la complejidad en el Mediterráneo Occidental (IV-II Milenio A.C.), *Actas del I congreso de Arqueología Peninsular (Porto 1993)*, Vol. II. *Trabalhos de Antropologia e Etnologia XXXIII:3-4*, Porto, 1993, pp. 91-98.
- HIGGS, E.S. (1976): The history of European agriculture, the uplands, *The Early History of agriculture (A joint symposium of the Royal Society and the British Academy)*, (J. Hutchinson, J.G.G. Clark, E.M. Jope, R. Riley, Orgs.), Oxford, 1977, pp. 159-173.
- HITOS, M.A. (1987): Prospección arqueológica superficial en el embalse de Iznájar. Memoria del proyecto y resultados, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1987:II*, Sevilla, 1990, pp. 116-117.
- HOBBSAWN, E. (1964): Introducción, *Formaciones económicas precapitalistas*, (K. Marx, E. Hobsbawn), Barcelona, 1984 (2ª Edic.), pp. 9-79.
- HOBBSAWN, E. (1970): Lenin y la "aristocracia obrera", *Imperialismo y movimiento obrero: las raíces del oportunismo*, (AA.VV.), Barcelona, 1976, pp. 7-17.
- HODDER, I. (1982): *Symbols in action*. Ethnoarchaeological studies of material culture. Cambridge, 1982.
- HODDER, I. (1986): *Interpretación en Arqueología*. Corrientes actuales, Barcelona, 1988.
- HODDER, I. (1987a): La Arqueología en la era post-moderna, *Trabajos de Prehistoria* 44, Madrid, 1987, pp. 11-26.
- HODDER, I. (1987b): Contextual Archaeology: an interpretation of Çatal Hüyük and a discussion of the origins of agriculture, *Bulletin of the Institute of Archaeology* 24, London, 1987, pp. 43-56.
- HODDER, I. (1989): Postmodernism, poststructuralism and postprocessual archaeology, *The Meaning of Things. (Material culture and Symbolic Expression)*, (I. Hodder, Ed.), One World Archaeology 6, London, 1989, pp. 64-78.

HOLE, F. (1968): Evidence of social organisation from Western Iran, 8000-4000 B.C. *New perspectives in Archaeology*. (S.R. Binford y L.R. Binford, Eds.), Chicago, 1968, pp. 245-265.

HOLGATE, R. (1987): Neolithic settlement patterns at Avebury Wiltshire. *Antiquity* 61, Cambridge, 1987, pp. 259-263.

HORNOS, F., NOCETE, F., CRESPO, J.M., ZAFRA, N., MARTINEZ, P. (1985): Excavación de urgencia en el Cerro del Salto de Miralrío (Vilches, Jaén). 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985:III, Sevilla, 1987, pp. 192-198.

HORNOS, F., NOCETE, F., PEREZ, C. (1986): Actuación arqueológica de urgencia en el yacimiento de Los Pozos en Higuera de Arjona (Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1986: III, Sevilla, 1987, pp. 193-195.

HURTADO, V. (1991): Informe de las excavaciones de urgencia en "La Pijotilla". Campaña de 1990. I *Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. *Extremadura Arqueológica* II. Merida-Cáceres, 1991, pp.45-67.

HURTADO, V., AMORES, F. (1984): El Tholos de las Canteras y los enterramientos del Bronce en la necrópolis de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 9, Granada, 1984, pp. 147-174.

INGLIS, J. y CURTIS, N. (1990): It's Scotland's Oil! Museums, Heritage and national consciousness, *Writing the past in the present*, (F. Baker, J. Thomas, Eds.), Lampeter, 1990, pp. 204-208.

JARMAN, M.R. (1982) The Megaliths: a problem in Paleoethology. *Early european agriculture. Its foundation and development*, (M.R. Jarman, G.N. Bailey, H.N. Jarman, Eds.) Cambridge, 1982, pp. 233-252.

JIMENEZ BROBEIL, S.A., GARCIA SANCHEZ, M. (1989-90): Estudio de los restos humanos de la Edad del Bronce del Cerro de la Encina (Monachil, Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 14-15, Granada, 1989-90, pp. 157-180.

JORGE, V.O. (1982): Megalitismo no Norte de Portugal: novos elementos, III Seminario de Arqueologia do Noroeste peninsular (Guimarães, 1982). *Revista de Guimarães* XCIV, Guimarães, 1984, pp. 263-299.

JORGE, V.O. (1986): "Monumentalização" e "necropolização" no megalitismo europeu, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia* XXVI:1-4, Porto, 1986, pp. 233-237.

JOUSSAME, R. (1988): Analyse Structurale de la Triple Enceinte de Fossés Interroptus á Champ Durand, Niel-Sur- d'Antire, Vendée. *Enclosures and Defences in the Neolithic*

of Western Europe. (C. Burgess, P. Topping, C. Mordant, y M. Maddison, eds). British Archaeological Reports. International Series 403 (II), Oxford, 1988, pp. 257-299.

KAELAS, L. (1981): Megalithics of the Funnel Beaker Culture in Germany and Scandinavia, *Antiquity and Man. Essays in honour of G. Daniel*, (J.D. Evans, B. Cunliffe, C. Renfrew, Eds.), London, 1981, pp. 141-154.

KEMP, B.J. (1983): El Imperio Antiguo, el Imperio Medio y el Segundo Período Intermedio (c. 2686-1552 a. C.), *Historia del Egipto Antiguo*, (B.G. Trigger, B.J. Kemp, D. O'Connor, A.B. Lloyd), Barcelona, 1985, pp. 98-230.

KINNES, I. (1975): Monumental function in British Neolithic burial practices, *World Archaeology* 7:1 *Burial*, London, 1975, pp. 16-29.

KIRCH, P.V. (1990): Monumental architecture and power in Polynesian chiefdoms: a comparison of Tonga and Hawaii, *World Archaeology* 22:2 *Monuments and the monumental*, London, 1990, pp. 206-222.

KRADER, L. (1972): *Los apuntes etnológicos de Karl Marx*, Madrid, 1988.

KRISTIANSEN, K. (1982): The formation of tribal system in Later European Prehistory: Northern Europe 4000-500 B.C., *Theory and explanation in Archaeology (The Southampton Conference)*, (C. Renfrew, M.J. Rowlands, B.A. Segraves, Eds.), New York, 1982, pp. 241-280.

KRISTIANSEN, K. (1984): Ideology and material culture: an archaeological perspective, *Marxist perspectives in Archaeology*, (M. Spriggs. Ed.), Cambridge, 1984, pp. 72-100.

KRISTIANSEN, K. (1989a): Perspectives on the archaeological heritage: history and future, *Archaeological Heritage management in the modern world*, (H.F. Cleere, Ed.), One World Archaeology 9; London, 1989, pp. 23-29.

KRISTIANSEN, K. (1989b): Stability, change and transformation in Prestate societies, *Critical approaches in Archaeology. Material Life, Meaning and Power*, (Paper prepared in advance for participants in symposium n. 108, March 17-25, Cascais, Portugal, 1989), not for publication.

KRISTIANSEN, K. (1989c): Value, ranking and consumption in the European Bronze Age, *Domination and resistance*, (D. Miller, M. Rowlands, Ch. Tilley, Eds.), One World Archaeology 3, London, 1989, pp. 211-214.

KRISTIANSEN, K. (1989d): Transformaciones sociales en el Neolítico Final de la Europa Templada (4000-2000 a.c.), *Trabajos de Prehistoria* 46, Madrid, 1989, pp. 65-74.

- LACOSTE, Y. (1977): *La Geografía: un arma para hacer la guerra*, Barcelona, 1977.
- LARSSON, L. (1985): *The Early Neolithic Funnel-Beaker Culture in South-west Scania, Sweden. Social and Economic Change. 3000-2500 BC.*, British Archaeological Reports. International Series 264, Oxford, 1985.
- LARSSON, L. (1989): Ethnicity and traditions in Mesolithic mortuary practices of southern Scandinavia. *Archaeological approaches to cultural identity* (S. Shennan Ed.), One World Archaeology 10, London, 1989, pp. 210-218.
- LARSSON, L. (1990): Dogs in fraction. Symbols in action, *Contributions to the Mesolithic in Europe*, (P.M. Vermeersch, P.V. Peer, Eds.), Leuven, 1990, pp. 153-160.
- LEISNER, G. y LEISNER, V. (1943): *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel*. [Römisch-Germanische Forschungen 17]. Berlin. 1943.
- LENIN, V.I. (1909): *Materialismo y empiriocriticismo*. Barcelona, 1986.
- LENIN, V.I. (1912): Debates sobre política obrera liberal en Inglaterra, *Imperialismo y movimiento obrero: las raíces del oportunismo*, (AA.VV.), Barcelona, 1976, pp. 43-50.
- LENIN, V.I. (1916): El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional, *Imperialismo y movimiento obrero: las raíces del oportunismo*, (AA.VV.), Barcelona, 1976, pp. 59-73.
- LENIN, V.I. (1917a): *El Estado y la Revolución*, Barcelona, 1986.
- LENIN, V.I. (1917b): *El Imperialismo, fase superior del Capitalismo*, Moscú, 1989 (14ª Reimp.).
- LEONE, M. (1982): Childe's offering, *Symbolic and Structural Archaeology* (I. Hodder, Ed.), Cambridge, 1982, pp. 179-184.
- LERNER, G. (1986): *La creación del patriarcado*, Barcelona, 1990.
- LEVI-STRAUSS, C. (1949): *Las estructuras elementales del parentesco*, Barcelona, 1993.
- LEVI-STRAUSS, C. (1952): Raza e historia, *Raza y Cultura* (C. Lévi-Strauss), Madrid, 1993, pp. 37-104.
- LEVI-STRAUSS, C. (1973): Raza y cultura, *Raza y Cultura* (C. Lévi-Strauss), Madrid, 1993, pp. 105-142.
- LINCOLN, B. (1981): *Sacerdotes, guerreros y ganado. Un estudio sobre la ecología de las religiones*, Madrid, 1991.

- LINDSTRÖM, J. (1988): The monopolization of a spirit. Livestocks prestations during an Iramba funeral, *On the meaning of death. Essays on mortuary practices and eschatological beliefs*, (S. Cederroth, C. Coslin, J. Lindström, Eds.), Uppsala, 1988, pp. 169-183.
- LISBOA, I.M.G. (1993): Ritual and religion in the Chalcolithic of southwest Iberia, *IIIrd International Conference on Prehistory. Ritual, rites and religion in Prehistory (Conference Resumes)*, Deia, 1993.
- LIZCANO, R. (1986): *Análisis morfométrico para el estudio de la Cultura Material cerámica prehistórica de Plaza de Armas de Sevilla. Espeluy, (Jaén)*. Memoria de Licenciatura. Univ. Granada, 1986. (Inédita).
- LIZCANO, R., NOCETE, F., PEREZ, C., CONTRERAS, F., SANCHEZ, M. (1987): Prospección arqueológica sistemática en la cuenca alta del río Rumbalar, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1987:II*, Sevilla, 1990, pp. 51-59.
- LIZCANO, R., NOCETE, F., PÉREZ, C., MOYA, S., BARRAGÁN, M. (1988): Prospección arqueológica superficial en la Depresión Linares-Bailén. Campaña de 1988. *Anuario Arqueológico de Andalucía 1990: II*, Sevilla, 1992, pp. 95-97.
- LIZCANO, R., GÓMEZ, E., CÁMARA, J.A., AGUAYO, M., ARAQUE, D., BELLIDO, I., CONTRERAS, L., HERNANDEZ, M., IZQUIERDO, M., RUIZ, J. (1991): Primera campaña de excavación de urgencia en el Pabellón Polideportivo de Martos (Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía 1991*, (en prensa).
- LIZCANO, R., CÁMARA, J.A., RIQUELME, J.A., CAÑABATE, M^a.L., SÁNCHEZ, A. AFONSO, J.A. (1991-92): El Polideportivo de Martos. Estrategias económicas y símbolos de cohesión en un asentamiento del Neolítico Final del Alto Guadalquivir, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 16-17, Granada, 1991-92 (En prensa).
- LIZCANO, R., CAMARA, J.A., CASADO, P. (1994): *Destrucción del Patrimonio y conocimiento científico: el caso del Polideportivo de Martos, Jaén*, (En preparación)
- LOPEZ, L.A. (1982): Significado y tipología del campaniforme cordobés, *Revista de Arqueología* 17, Madrid, 1982, pp. 6-12.
- LOPEZ, J.C., GORDO, E., SERNA, M^a.R. (1989): Prospecciones en yacimientos megalíticos de la zona oriental de Cantabria, *XX Congreso Nacional de Arqueología (Santander 1989)*, Zaragoza, 1991, pp. 225-230.

LOWENTHAL, D. (1990): Conclusion: archaeologists and others, *The politics of the past*, (P. Gathercole, D. Lowenthal, Eds.), One World Archaeology, 12, London, 1990, pp. 302-314.

LUCAS PELLICER, M.R. (1968): *Otra cueva artificial en la necrópolis de Marroquíes Altos de Jaén. (Cueva IV)*. Excavaciones Arqueológicas en España 62, Madrid, 1968.

LUKACS, G. (1922): ¿Qué es marxismo ortodoxo?, *Historia y conciencia de clase*, (G. Lukacs), Barcelona, 1985, pp. 57-85.

LUKACS, G. (1968): Prólogo a la presente edición, *Historia y conciencia de clase*, (G. Lukacs), Barcelona, 1985, pp. 11-53.

LULL, V. (1983): *La "Cultura" del Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*. Madrid, 1983.

LULL, V. (1984): A new assessment of argaric society and culture, *The Deya Conference of Prehistory. Early settlement in the western mediterranean islands and their peripheral areas*, British Archaeological Reports. International Series 229 (IV), Oxford, 1984, pp. 1197-1238.

LULL, V., ESTEVEZ, J. (1984): Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, 1986, pp. 441-452.

MAIER, F.G. (1973): *Bizancio*, Madrid, 1984.

MALDONADO, M.G., MOLINA, F., MÉRIDA, V., RUIZ, V. (1991): Recuperación y procesamiento de datos en un modelo de prospección sistemática. II *Encuentros sobre Arqueología y Patrimonio de Salobreña*. (en prensa).

MALINOWSKI, B. (1948): *Magia, ciencia y religión*, Barcelona, 1993.

MALPICA, A., GOMEZ, A. (1989): La formación de un territorio fronterizo medieval. La costa granadina de la época musulmana a la conquista castellana, *Fronteras. Arqueología Espacial* 13, Teruel, 1989, pp. 241-255.

MARTIN, A. (1988): El Noreste, [El Calcolítico en la Península Ibérica (G. Delibes, M. Fernández-Miranda, A. Martin, F. Molina)], *Rassegna di Archeologia* 7, Firenze, 1988, pp. 273-278.

MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1984): Aproximación a la secuencia de hábitat en Papa Uvas (Aljaraque, Huelva), *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, 1986, pp. 227-242.

- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1985): *Papa Uvas I. Aljaraque, Huelva. Campañas de 1976 a 1979*, Excavaciones Arqueológicas en España 136, Madrid, 1985.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1986): *Papa Uvas II. Aljaraque, Huelva. Campañas de 1981 a 1983*, Excavaciones Arqueológicas en España 149, Madrid 1986.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1987): *El LLanete de los Moros (Montoro, Cordoba)*. Excavaciones Arqueológicas en España 151, Madrid, 1987.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1988): El poblado calcolítico de Valencina de la Concepción (Sevilla). Una revisión crítica. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 15, Madrid, 1988, pp. 37-67.
- MARTIN, C. (1987): El poblado de Almizaraque. *Los inicios de la metalurgia, El origen de la metalurgia en la Península Ibérica I* (Oviedo, 1987), Papeles de Trabajo Arqueológico, Madrid, 1987, pp. 10-22.
- MARTÍN, D., CAMALICH, M^a.D. (1982): La cerámica simbólica y su problemática (aproximación a través de los materiales de la colección L. Siret). *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 7, Granada, 1982, pp. 267-306.
- MARTIN, D., CAMALICH. M^a.D. (1984): Las excavaciones en el poblado de Campos (Cuevas de Almanzora, Almería) y su problemática, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, 1986, pp. 178-191.
- MARTINEZ, G. (1985): *Análisis tecnológico y tipológico de las industrias de piedra tallada del Neolítico, la Edad del Cobre y la Edad del Bronce de la Alta Andalucía y del Sudeste*, Tesis Doctoral, Univ. Granada, 1985.
- MARTINEZ, G. (1987-88): El Cerro del Nacimiento (Macacl), un asentamiento argárico en el Valle Medio del río Almanzora, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 12-13, Granada, 1987-88, pp. 81-100.
- MARTINEZ, G. (1991): Late Prehistory blade production in Andalusia, VI *International Flint Symposium (Abstracts)*, (M.A. Bustillo, A. Ramos, Eds.), Madrid, 1991, pp. 300-304.
- MARTINEZ, G., SAEZ, L. (1984): La Edad del Cobre en el Alto Almanzora. La Loma de Los Cortijillos (Serón, Almería), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 9, Granada, 1984, pp. 115-130.
- MARTINEZ, G., GARRIDO, O., PADIAL, B. (1989): Excavación de urgencia en El Cerrillo (Chercos), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1989:III, Sevilla, 1991, pp. 40-46.

- MARX, K. (1852): *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Madrid, 1985.
- MARX, K. (1857-58): Formas que preceden a la producción capitalista, *Formaciones económicas precapitalistas*, (K. Marx, E. Hobsbawn), Barcelona, 1984 (2ª Edic.), pp. 81-145.
- MARX, K. (1859): *Prólogo a Contribución a la Crítica de la Economía Política*, Moscú, 1989, pp. 5-9.
- MARX, K., ENGELS, F. (1845-46): De la Ideología Alemana (I), *Formaciones económicas precapitalistas*, (K. Marx, E. Hobsbawn), Barcelona, 1984 (2ª Edic.), pp. 147-170.
- MARX, K., ENGELS, F. (1848): *El manifiesto del Partido Comunista*. Madrid, 1987.
- MATHERS, C. (1984): Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practices in south-east Spain. *Papers in Iberian Archaeology I*. (T.F.C. Blagg, R.F.J. Joves y S.J. Keay, eds.) British Archaeological Reports International Series 193 (I), Oxford, 1984, pp. 13-46.
- MAYS, S. (1989): Marxist perspectives on social organization in the central European Early Bronze Age, *Domination and resistance*, (D. Miller, M. Rowlands, Ch. Tilley, Eds.), One World Archaeology 3, London, 1989, pp. 215-226.
- McGUIRE, R.H. (1992): *A Marxist Archaeology*, San Diego, 1992.
- MEILLASSOUX, C. (1975): *Mujeres, graneros y capitales. Economía doméstica y capitalismo*, Madrid 1987, (8ª edición).
- MENDEZ, F. (1991): El Campaniforme Tardío: entre un pasado monumental y una cerámica conspicua, *Arqueología del Paisaje. El área Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales (Campañas de 1987, 1988 y 1989)*, (F. Criado, Dir.), Arqueoloxía-Investigación, A Coruña, 1991, pp. 173-197.
- MENDEZ, F., GONZALEZ, M. (1988): Ecoloxía e cultura durante o calcolítico e a Idade do Bronze en Galicia, *Arqueoloxía. Informes. Campaña 1988 2*, A coruña, 1991, pp. 307-310.
- MICO, R. (1991): Objeto y discurso arqueológico. El Calcolítico del Sudeste Peninsular, *Revista de Arqueología de Ponent 1*, pp. 51-70.
- MIKOLAJCZYK, A. (1990): Children and the past in Poland: archaeology and prehistory in primary schools and museums, *The excluded past. Archaeology in education*, (P. Stone, R. MacKenzie, Eds.), One World Archaeology, 17, London, pp. 252-261.

- MIZOGUCHI, K. (1992): A Historiography of a linear barrow cemetery: a structurationist's point of view, *Archaeological Review of Cambridge: In the Midst of Life* 11:1, Cambridge, 1992, pp. 39-49.
- MOLINA, F. (1983): La Prehistoria, *Historia de Granada I. De las primeras culturas al Islam*, (F. Molina y J.M. Roldán), Granada 1983, pp. 11-131.
- MOLINA, F. (1988): El Sudeste. [El Calcolítico de la Península Ibérica, (G. Delibes, M. Fernández-Miranda, A. Martín, F. Molina)], *Rassegna di Archeologia* 7, Firenze, 1988, pp. 256-262.
- MOLINA, F. (1989): Proyecto Millares (Los inicios de la metalurgia y el desarrollo de las comunidades del Sudeste de la Península Ibérica durante la Edad del Cobre), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1989:II, Sevilla, 1991, pp. 211-213.
- MOLINA, F., ARRIBAS, A. (1993): Proyecto: Millares (Los inicios de la metalurgia y el desarrollo de las comunidades del Sureste de la Península Ibérica durante la Edad del Cobre), *Investigaciones arqueológicas en Andalucía 1985-1992. Proyectos (Huelva, 1993)*, Huelva, 1993, pp. 311-315.
- MOLINA, F., CARRASCO, J., TORRE, F. de la (1973): Excavaciones en el yacimiento de "La Cuesta del Negro" (Purullena, Granada). I. La necrópolis, *XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva 1973)*, Zaragoza, 1975, pp. 387-192.
- MOLINA, F., AGUAYO, P., FRESNEDA, E., CONTRERAS, F. (1984): Nuevas investigaciones en yacimientos de la Edad del Bronce en Granada, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, 1986, pp. 353-360.
- MOLINA, F., CONTRERAS, F., RAMOS, A., MERIDA, V., ORTIZ, F., RUIZ, V. (1986): Programa de recuperación del registro arqueológico del Fortín 1 de Los Millares. Análisis preliminar de la organización del espacio, *Arqueología Espacial* 8, Teruel, 1986, pp. 175-201.
- MOORE, J.A., KEENE, A.S. (1982): Archaeology and the Law of the Hammer, *Archaeological Hammers and theories*, (J.A. Moore, A.S. Keene, Eds.), New York, 1983, pp. 3-13.
- MORENA, J.A. (1987): Informe preliminar de la prospección arqueológica de superficie realizada en el término de Cañete de las Torres (Córdoba), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987:II, Sevilla, 1990, pp. 108-114.
- MORENO, A. (1991): Prospección arqueológica superficial en la Cueva de los "Arrastraos" (Subbética cordobesa), *Antiquitas* 2, Priego de Córdoba, 1991, pp. 30-42.

MORENO, M^a.A. (1993): *El Malagón: un asentamiento de la Edad del Cobre en el Altiplano de Cúllar-Chirivel*. Tesis Doctoral. Univ. Granada. 1993.

MORENO, M^a.A., RAMOS, A., MARTINEZ, J. (1985): Prospección arqueológica superficial de las zonas occidental y central del pasillo Chirivel/Vélez Rubio (Almería). 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985:II, Sevilla, 1987, pp. 19-25.

MORENO, M^a.A., CONTRERAS, F., CÁMARA, J.A. (1991-92): Patrones de asentamiento, poblamiento y dinámica cultural. Las tierras altas del sureste peninsular. El pasillo de Cúllar-Chirivel durante la Prehistoria Reciente, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 16-17, Granada, 1991-92 (En prensa).

MOSSE, C. (1976): La esclavitud en Grecia, *Clases y luchas de clases en la Grecia Antigua*, (AA.VV.), Madrid, 1979 (2^a Edic.), pp. 7-18.

MOTOS, F. de (1918): *La edad neolítica en Vélez Blanco*, *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y prehistóricas*, Mem. 19, Madrid, 1918.

MULLER, V. (1987): Kin reproduction and elite accumulation in the archaic states of Northwest Europe, *Power relations and state formation*, (Th.C. Patterson, Ch. W. Gailey, Eds.), Washington, 1987, pp. 81-97.

MUÑOZ, A.M^a. (1965): La Cultura neolítica catalana de los Sepulcros de Fosa, *Publicaciones Eventuales de la Universidad de Barcelona* 9, Barcelona, 1965.

MURILLO, J.F. (1988a): Aproximación al poblamiento calcolítico en el valle del Guadalquivir: sector Villarrubia-Palma del Río, *Ariadna. Revista de Investigación* 4, Palma del Río, 1988, pp. 3-25.

MURILLO, J.F. (1988b): Idolos calcolíticos procedentes del sepulcro megalítico de El Atalayón (Villanueva de Córdoba), *Ariadna. Revista de Investigación* 5, Palma del Río, 1988, pp. 81-93.

MURILLO, T., PÉREZ, C., BLANCO, A., LARREY, E. (1985): Excavaciones en el yacimiento calcolítico del Polideportivo de Valencina de la Concepción (Sevilla). *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985: II, Sevilla 1987, pp. 311-315.

NAVARRETE, M.S. (1976): *La Cultura de las Cuevas con cerámica decorada en Andalucía Oriental*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada Serie Monogr. 1., Granada, 1976.

NOCETE, F. (1984): Jefaturas y territorio. Una visión crítica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 9, Granada, 1984, pp. 289-304.

NOCETE, F. (1986): Una Historia Agraria: el proceso de consolidación de la economía de producción. (Perspectivas en la investigación de las Edades del Cobre y Bronce en el Alto Guadalquivir), *Arqueología en Jaén. Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente*, (A. Ruíz, M. Molinos, F. Hornos, Eds.), Jaén, 1986, pp. 91-99.

NOCETE, F. (1988): *3000-1500 B.C. La formación del Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir. Análisis de un proceso de transición*, Tesis Doctoral, Univ. Granada, 1988.

NOCETE, F. (1989a): *El espacio de la coerción. La transición al Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (España). 3000-1500 A.C.*, British Archaeological Reports. International Series 492, Oxford, 1989.

NOCETE, F. (1989b): El análisis de las relaciones centro-periferia en el Estado de la primera mitad del II milenio a.n.e. en las Campiñas del Alto Guadalquivir: la Frontera, *Fronteras. Arqueología Espacial*, 13, Teruel, 1989, pp. 37-62.

NOCETE, F. (1989c): Del 3000 al 1500 antes de nuestra era, *Historia de Jaén*, (J. Fernández, Ed.), Albolote, 1989, pp. 383-399.

NOCETE, F., RUIZ, A., MOLINOS, M., CASTRO, M. (1986a): Productos, lugares de actividad y estructuras en el asentamiento del Cobre Final del Cerro de La Coronilla (Cazalilla, Jaén). *Arqueología Espacial* 8. Teruel, 1986, pp. 203-218.

NOCETE, F., SANCHEZ, M., LIZCANO, R., CONTRERAS, F. (1986b): Prospección arqueológica sistemática en la cuenca baja/media-alta del río Rumbiar (Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1986:II, Sevilla, 1987, pp. 75-78.

NOCETE, F., CRESPO, J.M., ZAFRA, N. (1986c): Cerro del Salto. Historia de una periferia, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 11, Granada, 1986, pp. 171-198.

NOCETE, F., ORIHUELA, A., PEÑA, M., PÉRAMO, A. (1993): Proyecto Odiel. Un año después (1991-1992). 3000-1000 a.n.e. Formaciones sociales en transición: un modelo de análisis histórico para la contrastación del proceso de jerarquización social, *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía 1985-1992. Proyectos (Huelva, 1993)*, Huelva, 1993, pp. 383-400.

PATTON, M. (1992): Megalithic transport and territorial markers: evidence from the Channel Islands, *Antiquity*, 66, 1992, pp. 392-395.

PAYNTER, R., McGUIRE, R.H. (1991): The Archaeology of Inequality: material culture, domination and resistance, *The Archaeology of Inequality*, (R.H. McGuire, R. Paynter, Eds.), Social Archaeology, Oxford, 1991, pp. 1-27.

PEARSON, M.P. (1982): Mortuary practices, society and ideology. An etnoarchaeological study. *Symbolic and Structural Archeology*. (I. Hodder, Ed.), Cambridge, 1982, pp. 99-113.

PEARSON, M.P. (1984): Social change, ideology and the archaeological record, *Marxist perspectives in Archaeology*, (M. Spriggs, Ed.), Cambridge, 1984, pp. 59-71.

PEARSON, M.P. (1992): Tombs and monumentality in the southern Madagascar: preliminary results of the central Andrey survey, *Antiquity* 66, London, pp. 941-948.

PEARSON, M.P. (1993): *Bronze Age Britain*, London, 1993.

PERDIGONES, L., GUERRERO, L.J. (1985): Excavaciones de urgencia en El Peñón Gordo (Benaocaz, Cádiz), 1985. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985: III, Sevilla, 1987, pp. 29-33.

PEREZ, C., ZAFRA, N. (1991): Excavación arqueológica de emergencia en el yacimiento del Cerro de Los Horneros. Pedanía de Las Escuelas. Baeza, 1991. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1991 (en prensa).

PEREZ, C., NOCETE, F., MOYA, S., BURGOS, A., BARRAGAN, M. (1988): Prospección arqueológica sistemática en la cuenca del río Jándula, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990:II, Sevilla, 1992, pp. 99-109.

PEREZ, C., LIZCANO, R., MOYA, S., CASADO, P., GÓMEZ, E., CÁMARA, J.A., MARTÍNEZ, J.L. (1990): Segunda campaña de prospecciones arqueológicas sistemáticas en la Depresión Linares-Bailén. Zonas meridional y oriental. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990: II, Sevilla 1992, pp. 86-95.

PERLES, J.J. (1988): Prospección arqueológica de concello de Oia (Pontevedra), *Arqueoloxía. Informes. Campaña* 1988 2, A Coruña, 1991, pp. 233-236.

PIÑON, F. (1985): Constructores de sepulcros megalíticos en Huelva: problemas de una implantación, *El megalitismo en la Península Ibérica*, (AA.VV.), Madrid, 1987, pp. 45-72.

PLATONOVA, N. (1990): Popularizing archaeology among schoolchildren in the USSR, *The excluded past. Archaeology in education*, (P. Stone, R. MacKenzie, Eds.), One World Archaeology, 17, London, 1990, pp. 245-251.

PUNTE OJEA, G. (1974): *Ideología e Historia. La formación del cristianismo como fenómeno ideológico*, Madrid, 1989 (4ª Edic.).

- RAMOS, A. (1981): Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6, Granada, 1981, pp. 242-256.
- RAMOS, A. (1986): Procesos postdeposicionales y explotación eficaz del registro arqueológico. La recuperación de las coordenadas posicionales del componente material, *Arqueología Espacial* 7, Teruel, 1986, pp. 81-108.
- RAMOS, A., RIESCO, J.C. (1983): La villa romana de Las Canteras (Chipiona, Cádiz). Procesos formativos y transformativos del registro arqueológico e inferencias preliminares del asentamiento, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 8, Granada, 1983, pp. 375-416.
- RAMOS, A., MARTINEZ, G., RIOS, G., AFONSO, J.A. (1991): *Flint production and exchange in the Iberian Southeast (III Millenium B.C.). (VI International Flint Symposium. Postsymposium field trip)*, Granada, 1991.
- RANDBORG, K. (1975): Social dimensions of Early Neolithic Denmark, *Proceedings of the Prehistoric Society* 41, 1975, pp. 85-96.
- RANDBORG, K. (1981): Burial sucesion and early state formation in Denmark, *The archaeology of death*, (R.W. Chapman, I. Kinnes, K. Randsborg, Eds.), Cambridge, 1981, pp. 105-121.
- RANDBORG, K. (1989): The Archaeology of the Visual: burials post and present. *Dialoghi di Archeologia Anno 7* 1989, nº 1, pp. 85-96
- RAYA, M. (1985): Prospecciones arqueológicas superficiales en el borde oriental de la Depresión de Guadix (Granada, 1985), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985:II, Sevilla, 1987, pp. 103-108.
- RAYA, M., JIMENEZ, S.A., VARGAS, A. (1987): El Puntal (Aldire, Granada). Un nuevo yacimiento de la Edad del Cobre en la comarca de Guadix, *XX Congreso Nacional de Arqueología (Castellón 1987)*, Zaragoza, 1989, pp. 341-354.
- REMONDON, R. (1967): *La crisis del Imperio Romano de Marco Aurelio a Anastasio*, Barcelona, 1984 (3ª Edic.).
- RENFREW, C. (1973): Monuments, mobilization, and social organisation in neolithic Wessex, *The explanation of culture change: models in Prehistory*, (C. Renfrew, Ed.), London, 1973, pp. 539-558.
- RENFREW, C. (1975): Megaliths, territories and populations, *Acculturation and continuity in Atlantic Europe mainly during the Neolithic Period and the Bronze Age*

(*Papers presented at the IV Atlantic colloquium, Ghent, 1975*), (S.J. de Laet, Ed.), Brugge, 1976, pp. 198-220.

RENFREW, C. (1979): Investigations in Orkney, *Reports of the Research Committee of the Society of Antiquaries of London*, XXXVIII, London, 1979, pp. 199-223.

RENFREW, C. (1984): Arqueología social de los monumentos megalíticos, *Investigación y Ciencia* 88, 1984, pp. 70-79.

RIBO, R. (1977): Marxismo, catecismo y cuestión nacional, *El marxismo y la cuestión nacional*, (AA.VV.), Barcelona, 1977, pp. 7-31.

RIGBY, P. (1987): Class formation among East African Pastoralists: Massai of Tanzania and Kenya, *Power relations and state formation*, (Th. C. Patterson, Ch. W. Gailey, Eds.), Washington, 1987, pp. 57-80.

RIVERO, E., CRUZ-AUÑÓN, R., FERNÁNDEZ, P. (1987): Avance de los trabajos realizados en el yacimiento de la Edad del Cobre del Negrón (Gilena, Sevilla). XIX *Congreso Nacional de Arqueología (Castellón 1987)*, Zaragoza, 1989, pp. 329-339.

ROCA, M., NOCETE, F., PEREZ, C., LIZCANO, R., ZAFRA, N. (1985): Prospección en la Vega del Guadalquivir de acuerdo con el proyecto de investigación sobre el centro de producción de Terra Sigillata de Los Villares de Andújar (Jaén) y su difusión. 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985:II*, Sevilla, 1987, pp. 51-53.

RODRIGUEZ, M.O. (1992): *Las relaciones hombre-vegetación en el Sureste de la Península Ibérica durante la Edad del Cobre y Bronce a partir del análisis antracológico de siete yacimientos arqueológicos*. Tesis Doctoral. Universidad Granada, 1992.

RODRIGUEZ, J.M^a. (1982): *La necrópolis megalítica de Huéchar-Alhama*, Memoria de Licenciatura, Univ. Granada, 1982.

RODRIGUEZ, T. (1988): Prospección arqueológica e estudio etnocultural do concello de Samos (Lugo), *Arqueoloxía. Informes. Campaña 1988 2*, A Coruña, 1991, pp. 229-232.

ROJO, M.A. (1990): Monumentos megalíticos en la Lora Burgalesa: exégesis del emplazamiento. *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LVI, Valladolid, 1990, pp. 53-63

ROWLANDS, M. (1984): Conceptualizing the European Bronze and Early Iron Ages, *European Social Evolution. Archaeological Perspectives*, (J. Bintliff, Ed.), Bradford, 1984, pp. 147-157.

RUIZ, M^a.D. (1987): Prospección arqueológica superficial en los términos municipales de Aguilar de la Frontera, Castro del Río, Montalbán, Montilla, La Rambla y Santaella, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987:II, Sevilla, 1990, pp. 104-106.

RUIZ, M^a.D. (1988): Prospección arqueológica superficial en la Campiña de Córdoba, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1988:II, Sevilla, 1990, pp. 32-40.

RUIZ, M^a.D. (1989): Excavación arqueológica de urgencia en La Minilla (La Rambla, Córdoba). Campaña de 1989. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1989:III, Sevilla, 1991, pp. 157-163.

RUIZ, M^a.D., MURILLO, J.F. (1992): Aproximación al Bronce Antiguo y pleno en el Sureste de la Campiña Cordobesa. Los yacimientos del Cerro del Castillo de Aguilar y de Zóñar, *Anales de Arqueología Cordobesa* 3, Córdoba, 1992, pp. 9-35.

RUIZ, J.A., RUIZ, J.A. (1989): Calcolítico en El Puerto de Santa María. *Revista de Arqueología* 94, Madrid, pp. 7-13.

RUIZ, D. (1976): El yacimiento de la Edad del Bronce de Valencina de la Concepción (Sevilla) en el marco cultural del Bajo Guadalquivir. *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. (Córdoba, 1976)*, Córdoba, 1983, pp. 183-208.

RUIZ, A. (1978): Elementos para un análisis de la fase asiática de transición, *Primeras sociedades de clase y Modo de Producción Asiático*, (AA.VV.), Madrid, 1978, pp. 9-41.

RUIZ, A. (1982): Jaén desde los primeros pobladores a la era de Augusto. *Historia de Jaén*. Dip. Prov. de Jaén (Ed), Jaén, 1982, pp.53-111.

RUIZ, A. (1989): Etnogénesis de las poblaciones prerromanas de Andalucía Oriental, *Complutum 2-3 Paleoetnología de la Península Ibérica (Actas de la Reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, Madrid, 1989)*, Madrid, 1992, pp. 101-118.

RUIZ, A., MOLINOS, M. (1989): Fronteras. Un caso del siglo VI a.n.e., *Fronteras. Arqueología Espacial* 13, Teruel, 1989, pp. 121-135.

RUIZ, A., NOCETE, F. (1989): The dialectic of the past and the present in the construction of a scientific Archaeology, *Writing the past in the present*, (F. Baker, J. Thomas, Eds.), Lampeter, 1990, pp. 105-111.

RUIZ, A., MOLINOS, M., NOCETE, F., CASTRO, M. (1983): El Cerro de La Coronilla (Cazalilla, Jaén): Fases de la Edad del Cobre. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 8, Granada, 1983, pp. 199-249.

- RUIZ, A., NOCETE, F., SANCHEZ, M. (1984): La Edad del Cobre y la argarización en tierras giennenses. *Homenaje a Luis Siret, (1934-1984)*, Sevilla, 1986, pp. 271-286.
- RUIZ, A., MOLINOS, M., HORNOS, F. (1986): *Arqueología en Jaén. (Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente)*. Jaén, 1986.
- RUÍZ, A., CHAPA, T., RUÍZ, G. (1988): La Arqueología Contextual: una revisión crítica, *Trabajos de Prehistoria* 45, Madrid, 1988, pp. 11-17.
- RUIZ-GALVEZ, M^a.L. (1992): La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica, *Spal* 1 (1992), Sevilla, 1993, pp. 219-251.
- SALVATIERRA, V., JABALOY, E. (1979): Algunas cuestiones sobre los enterramientos en cistas en la provincia de Granada, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 4, Granada, 1979, pp. 203-225.
- SANCHEZ, L. (1989): Prospección arqueológica superficial del río Bodurria-Gallego, Sierra de Baza, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1989:II, Sevilla, 1991, pp. 57-62.
- SANCHEZ, L. (1990): Prospección arqueológica superficial del sector occidental de la Sierra de Baza. Campaña de 1990, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990:II, Sevilla, 1992, pp. 124-127.
- SANCHEZ, L. (1993): Proyecto: Investigación arqueológica en la Sierra de Baza-Gor. El poblamiento durante la Prehistoria Reciente en la Sierra de Baza, *Investigaciones arqueológicas en Andalucía 1985-1992. Proyectos (Huelva, 1993)*, Huelva, 1993, pp. 329-339.
- SANCHEZ, L., FERNANDEZ, L. (1987): Prospección arqueológica superficial de la Sierra de Baza y altiplano de Baza-Caniles, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987:II, Sevilla, 1990, pp. 48-50.
- SANTONJA, M. (1985): Actuaciones en torno al megalitismo del Occidente de la Meseta (Salamanca y Zamora), *El megalitismo en la Península Ibérica*, (AA.VV.), Madrid, 1987, pp. 199-210.
- SCARDUELLI, P. (1983): *Dioses, espíritus, ancestros. Elementos para la comprensión de los sistemas rituales*. Méjico, 1988.
- SCHIFFER, M.B. (1976): *Behavioral Archaeology*, London, 1976.
- SCHUBART, H., ARTEAGA, O. (1984): Fundamentos arqueológicos para el estudio socioeconómico y cultural del área de El Argar, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, 1986, pp. 289-307.

SCHUBART, H., SANGMEISTER, E. (1984): Zambujal. Un asentamiento fortificado de la Edad del Cobre en Portugal, *Revista de Arqueología* 37, Madrid, 1984, pp. 20-33.

SCHUBART, H., ARTEAGA, O., PINGEL, V. (1985): Fuente Alamo. Informe preliminar sobre la excavación de 1985 en el poblado de la Edad del Bronce, *Ampurias* 47, Barcelona, 1985, pp. 70-107.

SCHULE, W. (1984): El Cerro de la Virgen de la Cabeza, Orce (Granada). Consideraciones sobre su marco ecológico y cultural, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, 1986, pp. 208-220.

SCHULE, W., PELLICER, M. (1966): *El Cerro de la Virgen, Orce (Granada)*, Excavaciones Arqueológicas en España 46, Madrid, 1966.

SEEDEN, H. (1990): Search for the missing link: archaeology and the public in Lebanon, *The politics of the past*, (P. Gathercole, D. Lowenthal, Eds.), One World Archaeology, 12, London, pp. 141-159.

SHANKS, M., TILLEY, Ch. (1982): Ideology, symbolic power and ritual communication: a reinterpretation of Neolithic mortuary practices, *Symbolic and Structural Archaeology*, (I. Hodder, Ed.), Cambridge, 1982, pp. 129-154.

SHENNAN, S. (1982): Ideology, change and the European Bronze Age. *Symbolic and structural archaeology*. (I. Hodder, Ed), Cambridge, pp. 155-161.

SHENNAN, S. (1987): Tendencias en l'Etudi de la Prehistòria Europea Recent. *Cota Zero* 5, Vic, 1989, pp. 91-101.

SHENNAN, S. (1989): Introduction: archaeology approaches to cultural identity. *Archaeological approaches to cultural identity*. (S. Shennan, Ed) One World Archaeology 10, London, 1989, pp. 1-32.

SHERRATT, A. (1990): The genesis of megaliths: monumentality, ethnicity and social complexity in Neolithic north-west Europe, *World Archaeology* 22:2 *Monuments and the Monumental*, London, 1990, pp. 147-167.

SIRET, L. (1948): El tell de Almizaraque y sus problemas, *Cuadernos de Historia Primitiva* III, Madrid, 1948, pp. 117-124.

SOBOUL, A. (1981): *La revolución francesa*, Barcelona, 1987.

SOFFE, G., CLARE, T. (1988): New evidence of ritual monuments at Long Meg and her daughters, Cumbria, *Antiquity* 62, 1988, pp. 552-557.

STAERMAN, E.M., TROFIMOVA, M.K. (1971): *La esclavitud en la Italia Imperial*, Madrid, 1979.

STALIN, J. (1913): El marxismo y la cuestión nacional, *El marxismo y la cuestión nacional*, (AA.VV.), Barcelona, 1977, pp. 33-121.

STE. CROIX, G.E.M. (1981): *La lucha de clases en el Mundo Griego Antiguo. De la Edad Arcaica a las conquistas árabes*, Barcelona, 1988.

SORENSEN, M.L.S. (1987): Material order and cultural classification: the role of bronze objects in the transition from Bronze Age to Iron Age in Scandinavia. *The Archaeology of contextual meanings*, (I: Hodder, Ed.) Cambridge, 1987, pp. 90-101.

SULLIVAN, A.P. (1978): Inference and evidence in Archaeology. A discussion of the conceptual problems, *Advances in Archaeological Method and Theory* 1, pp. 183-222.

THAPAR, R. (1981): Death and the hero, *Mortality and immortality: the anthropology and archaeology of death*, (S.C. Humphreys, H. King, Eds.), New York, 1981, pp. 293-315.

THERBORN, G. (1980): *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Madrid, 1987.

THOMAS, J. (1990a): Archaeology and the Notion of Ideology, *Writing the past in the present*, (F. Baker, J. Thomas, Eds.), Lampeter, 1990, pp. 63-68.

THOMAS, J. (1990b): Monuments from the inside: the case of Irish megalithic tombs. *World Archaeology* 22:2 *Monuments and the Monumental*. London, 1990, pp. 168-178.

THOMPSON, E.P. (1978): *Miseria de la Teoría*, Barcelona, 1981.

TILLEY, Ch. (1982): Social formation, social structures and social change, *Symbolic and structural archaeology*, (I. Hodder, Ed.), Cambridge, 1982, pp. 26-38.

TILLEY, Ch. (1990): Constituint una arqueología social: un projecte modernista, *El canvi cultural a la Prehistòria*, (J. Anfruns, E. Llobet, Eds.), Barcelona, 1990, pp. 17-44.

TINE, S. (1983): *Passo di Corvo e la civiltà neolitica del Tavoliere*. Genova, 1983.

TORRE, F. de la (1978): Estudio de las secuencias estratigráficas de la Cultura del Argar en la provincia de Granada, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 3, Granada, 1978, pp. 143-158.

TORRE, F. de la, AGUAYO, P. (1979): La Edad del Bronce en Alcalá la Real (Jaén), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 4, Granada, 1979, pp. 133-169.

TORRE, F. de la, MOLINA, F., CARRION, F., CONTRERAS, F., BLANCO, I., MORENO, A., RAMOS, A., TORRE, M^o.P. de la (1984): Segunda campaña de excavaciones (1983) en el poblado de la Edad del Cobre de "El Malagón" (Cúllar-Baza, Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 9, Granada, 1984, pp. 131-146.

TOUPET, CH. (1988): The Chasséen. Enclosure et Campiègne. *Enclosures and Defences in the Neolithic of Western Europe*. (C. Burgess, P. Topping, C. Mordant, y M. Maddison, Eds.), British Archaeological Reports. International Series 403 (I), Oxford, 1988, pp. 173-207.

TRIGGER, B.G. (1980): *La revolución arqueológica: el pensamiento de Gordon Childe*, Barcelona, 1982.

TRIGGER, B.G. (1982): La arqueología como Ciencia Histórica. *Teorías, Métodos y Técnicas en Arqueología*. (AA.VV.), Méjico, 1982, pp. 231-265.

TRIGGER, B.G. (1983): Los comienzos de la civilización egipcia, *Historia del Egipto Antiguo*, (B.G. Trigger, B.J. Kemp, D. O'Connor, A.B. Lloyd), Barcelona, 1985, pp. 15-97.

TRIGGER, B.G. (1989): *A History of Archaeological Thought*. Cambridge, 1989.

TRIGGER, B.G. (1990): Monumental architecture: a thermodynamic explanation of symbolic behaviour, *World Archaeology* 22:2 *Monuments and the monumental*, London, 1990, pp. 119-132.

UERPMANN, H.P. (1979): Informe sobre los restos faunísticos del corte nº 1., *El poblado de Los Castillejos en Las Peñas de Los Gitanos (Montefrío, Granada)*. Campaña de excavaciones de 1971. El corte número 1. (A. Arribas y F. Molina), Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada Serie Monopgr. 3, Granada, 1979, pp. 153-168.

VALIENTE, J. (1992): *La Loma del Lomo II, Cogolludo (Guadalajara)*. Servicio de Publicaciones de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Toledo, 1992.

VAQUERIZO, D., MURILLO, J.F., QUESADA, F. (1991a): Avance a la prospección arqueológica de la Subbética cordobesa. La Depresión Priego-Alcaudete, *Anales de Arqueología Cordobesa* 2, Córdoba, 1991, pp. 117-170.

VAQUERIZO, D., MURILLO, J.F., QUESADA, F. (1991b): Protohistoria y romanización en la Subbética Cordobesa. Avance de los resultados obtenidos en las prospecciones arqueológicas desarrolladas hasta 1990, *Antiquitas* 2, Priego de Córdoba, 1991, pp. 3-17.

VAQUERO, J. (1988): Prospección na Serra da Loba e Cordal do Montouto: o fenómeno tumular, *Arqueoloxía. Informes 2. Campaña 1988*, A Coruña, 1991, pp. 241-245.

VAQUERO, J. (1989): ¿Dónde diablos se esconden nuestros muertos que no los podemos ver? Reflexiones sobre el emplazamiento de los túmulos del NW, *Gallaecia* 11, Santiago de Compostela, 1989, pp. 81-108.

VAQUERO, J. (1990): Ríos y tumbas. Sobre el emplazamiento de túmulos en el NW peninsular, *Trabalhos de Antropologia e Etnologia XXX, Homenagem a Ernesto Veiga de Oliveira*, Porto, 1990, pp. 151-175.

VAZQUEZ, J.M., CRIADO, F., BELLO, J.M. (1987): *La Cultura Megalítica de la provincia de La Coruña y sus relaciones en el marco natural: implicaciones socioeconómicas*. La Coruña 1987.

VICENT, J.M. (1990): El Neolític: transformacions socials i econòmiques, *El canvi cultural a la Prehistòria*, (J. Anfruns, E. Llobet, Eds.), Barcelona, 1990, pp. 241-293.

VILAR, P. (1947): *Historia de España*, Barcelona, 1988 (25ª Edic.).

VILAR, P. (1973): *Historia marxista, Historia en construcción*, Barcelona, 1975 (2ª Edic.).

VILAR, P. (1980): *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, 1982 (4ª Edición).

WALKER, M.J. (1983): Laying a maga-myth: dolmens and drovers in prehistoric Spain, *World Archaeology* 15:1 *Transhumance and pastoralism*, London, 1983, pp. 37-50.

WHITEHOUSE, R. (1984): Social organization in the Neolithic of Southeast Italy, *The Deya Conference of Prehistory. Early settlement in the western mediterranean islands and their peripheral areas*, (W.H. Waldren, R. Chapman, J. Lewthwaite, R.-C. Kennard, Eds.), British Archaeological Reports. International Series 229(IV), Oxford, 1984, pp. 1109-1137.

WHITEHOUSE, R. (1988): The social function of religious ritual: the case of Neolithic Southern Italy, *Origini* XIV:2 *L'interpretazione funzionale dei dati in Paletnologia*. II Parte. (Roma, Giugno 1988), Roma, 1991, pp. 387-398.

WHITEHOUSE, R. (1993): Thick description and contextual archaeology in the interpretation of prehistoric ritual: a case study from southern Italy, *IIIrd International Conference of Prehistory. Ritual, rites and religion in Prehistory (Conference Resumes)*, Deia, 1993.

WHITTLE, A. (1988a): Burial: the changing role of the dead. *Problems in Neolithic Archaeology*. (A. Whittle), Cambridge 1988, pp. 142-193.

WHITTLE, A. (1988b): Contexts, activities, events. Aspects of Neolithic-Copper Age enclosures in Central and Western Europe, *Enclosures and Defences in Neolithic of Western Europe*, (C. Burgess, P. Topping, C. Mordant, M. Maddison, Eds.), British Archaeological Reports. International Series 403 (I), Oxford, 1988, pp. 1-19.

WIESSNER, P. (1989): Style and changing relations between the individual and society. *The meaning of things (Material Culture and symbolic expression)*. (I. Hodder, Ed.), *One World Archaeology* 6, London, 1989, pp. 56-63.

WILLETT, F. (1990): Museums: two case studies of reaction to colonialism, *The politics of the past*, (P. Gathercole, D. Lowenthal, Eds.), *One World Archaeology*, 12, London, 1990, pp. 172-183.

WRIGHT, E.O. (1989): Reflexionando, una vez más, sobre el concepto de estructura de clases, *Teorías contemporáneas de las clases sociales*, (J. Carabaña, A. de Francisco, Comps.), Madrid, 1993, pp. 17-125.

YATES, M.J. (1984): *Bronze Age Round Cairns in Drumfries and Galloway. An inventory and discussion*, British Archaeological Reports. British Series 132, Oxford, 1984.

ZAFRA, N. (1989): Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Alcázar (Baeza, Jaén). Campaña de 1989. Informe previo, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1989:III, Sevilla, 1991, pp. 328-337.

ZAFRA, N., PEREZ, C. (1990): Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Alcázar de Baeza. Campaña de 1990. Informe preliminar, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990:III, Sevilla, 1992, pp. 294-303.

ZAPATERO, P. (1991): Sobre las relaciones entre Neolítico interior y Megalitismo. Notas sobre el túmulo de La Velilla, en Osorno (Palencia), *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LVII, Valladolid, 1991, pp. 53-61.